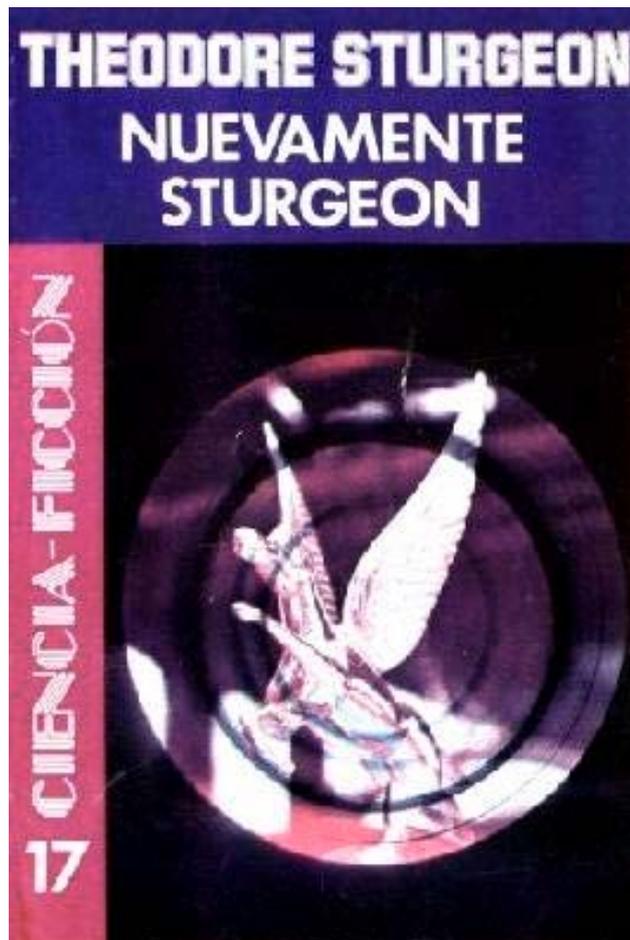


NUEVAMENTE STURGEON



Theodore Sturgeon



Theodore Sturgeon

Titulo Original: Sturgeon Is Alive And Well...

Traducción: Tamara Hormaechea

© 1971 by Theodore Sturgeon

© 1976 Emecé Distribuidora S.A.

Edición digital: Sugar Brown

R6 03/02

ÍNDICE

De aquí y el caballete ("To Here And The Easel") ©1954

Escultura Lenta ("Slow Sculpture") ©1970

¡Eres tú! ("It's You!") ©1969

Hay que cuidar a Joey ("Take Care Of Joey") ©1970

El cajón ("Crate") ©1970

La muchacha que sabía lo que querían decir ("The Girl Who Knew They Meant") ©1970

El punto débil de Jorry ("Jorry's Gap") ©1969

¡No es nada! ("It Was Nothing, Really!") ©1970

Zapatos marrones ("Brown Shoes") ©1969

El tío Fremmis ("Uncle Fremmis") ©1970

El esquema de Dorne ("The Patterns Of Dorne") ©1970

Suicidio ("Suicide") ©1970

DE AQUI Y EL CABALLETE

Aquí donde estoy, en la mina de sal, tengo un buen lío por resolver.

Creo que he expresado más o menos bien mi problema. Mezclo los colores como mezclo las metáforas; así que ¿por qué no? Después de todo ¿soy un escritor?

Lo malo del caso es que no soy pintor. Fui un pintor, y seré un pintor, pero actualmente no lo soy. Tal como le dicen a Alicia en el País de las Maravillas:

"Enredemos las cosas en otro momento; hagámoslo mañana o pensemos que lo hicimos ayer, pero nunca lo hagamos ahora". Ya sé lo que voy a hacer. Voy a pintar cuadros para calendarios ¿no es ese del boom del 54, para el busto de 44? Sólo tengo que olvidarme del arte y dedicarme a las fiorituras sobre los senos de la especie humana.

Entonces: ¡rápido! Alistemos los pinceles, desparramemos el óleo; en garde!, caballete. No eres más que una ventana cuadrada y blanca para mi. Comenzaré aquí con el violeta, o tal vez aquí y...

Y nada.

Así que me desplomo en la silla, miro el lienzo que tengo frente a mí, el lienzo me mira a mí y estamos otra vez como al principio. O sea, sin principio.

Tal como comencé diciendo, en la mina de sal donde estoy, tengo un buen lío por resolver. La mina es mi estudio, Si es que se le puede llamar así a un cuarto amueblado con una paleta. El lío lo tengo dentro de la cabeza. ¿Por qué no puedo trabajar, simplemente porque siento como si en mi cerebro se hubiera hecho un nudo? "Giles", me decía mi maestro, mi viejo maestro: "Giles, no pintes con tu cerebro. Pinta con tus glándulas, con tu sangre. Usa el sudor como color. Moja un pincel en..."

Al diablo, maestro. Consígame un trabajo para pintar carteles. Todo lo demás lo voy a vender. Ya veo el anuncio en el periódico: se vende barato, un par de vesículas seminales. Un corazón: ventrículo, siniestro: aurícula, délfica. Una cañería de nueve yardas con circulación de comentarios calientes y fríos, y un balde de colorante usado que podría emplear una empresa de construcciones camineras.

Fui un pintor, seré un pintor, no soy un pintor. Bien, Giles, escribe una canción y te volverás loco gritándola tal como Ravel con su Bolero. La última canción de Giles.

Yo no pinto, yo no pinto, yo no pinto, ¡ahora! Yo no pinto, yo no pinto, yo no pinto ¡ahora!

Es mejor que te calles, Giles, pues vas a tener otro de esos sueños.

Los tengo de todas formas ¿no es verdad?... los sueños, ese es mi problema. Tengo bien las glándulas, pero el cerebro se me rebela, con glándulas y todo. No, no es que se me rebele; más bien diremos que parece una jaula. Solía ser algo, pero estoy encerrado en mi cerebro hasta convertirme en nada. Tengo que pensar la forma de escaparme.

O tal vez alguien venga y me muestre la salida. Dios mío, qué no daría yo para que alguien me mostrara la salida. Daría cualquier cosa. Tal como yo veo las cosas, el otro tipo, el del sueño, también está encerrado. Tendría que imaginar una salida para él, también. A lo mejor, él se escapa antes y encuentra la forma de hacerme escapar a mí. Fue un caballero de brillante armadura, será un caballero de brillante armadura, pero actualmente no es nada. No habrá caballero. Está en una prisión que transforma a la noche en un eterno atardecer, en el cual se ve danzar a las mujeres.

¿Les parece que debería hacer algo para sacarlo de allí? Después de todo, no es tan malo un castillo sobre una montaña, con mujeres que danzan.

Por otra parte, un caballero que fue un caballero y que desea ser un caballero, es nadie aunque haya muchachas que dancen, si se lo encierra en un castillo mágico sobre una montaña mágica. Me pregunto si su cerebro funciona bien, por que el mío anda bastante mal. ¡Ay! el eco se propaga entre los recovecos y aristas de este lugar encantado. No tengo palabras, ni escudo, ni caballo, ni amuleto. Por lo menos, él tiene consigo en la prisión todas las cosas con la que se disfraza. Y, sin embargo, si desea pintar y no puede ¿no está desarmado? ¡Ay, ay! Los dos estamos unidos, encantados, ligados de alguna extraña forma y encaminándonos hacia la nada. ¿Y quién la está pasando peor? El tiene un pincel, yo no tengo espada, por lo tanto parece que él se halla menos aprisionado. Puedo llamar a mi carcelero por su nombre y ver su rostro y conozco las manos que aprisionan la llave de hierro. Pero él, el pobre pintor prisionero, languidece dentro de sí mismo. Su cuero cabelludo son sus grillos y su cráneo es su celda. ¿Quién conoce la llave que podría hacerlo escapar?

Yo puedo darle un nombre a mi carcelero. Aquí viene, entre susurros de cuero sobre el mármol, con pasos que hablan de horrenda magia, con la presión de los no vivos contra los nunca vivos. Oh, Atlante, odiado Atlante de los ojos blandos y la boca de piedra, Atlante que controlándome alterará el mismo destino.

—Roger, ¿os encontráis bien? —Un grito... que suena como un terrible viento que destroza las rocas: (Tiene una espesa barba, es muy sabio, no tiene alma).

—Si, todo está bien —le digo con sorna—. Ojalá fuera yo como el viento que desgarrar y se desgarrar sobre las rocas, que gira alegre bajo el inmenso cielo que no sabe de la muerte lenta, entre sedas, entre dulces y entre el aburrimiento, tal como ahora me sucede... dame mi espada.

—Aquí la tienes. Llévate el escudo encantado que cegará a tus enemigos y el corcel que corre por la tierra y por el aire. Llévate este castillo para que te sirva de refugio y aprópiate de lo que contiene y de todos mis poderes, para usarlos como creas conveniente. Te doy todo por una palabra.

Atlante es alto y sin embargo cuando me pongo de pie tiene que mirar hacia arriba para enfrentar mis ojos. Me dirijo hacia él, poseído de una tremenda furia y sin embargo a pesar de que me acerco, no se acobarda. No puedo atacarlo, tal como no puedo hacerlo con nadie ni nada que se encuentre aquí, tan cuidadosamente ha tramado su embrujo.

—¡Por una palabra!

Mi voz hace estremecer las colgaduras y rebota en los enormes cuartos de piedra.

—Llamas una palabra a mi fe, a mi lealtad, a mi sangre y al empeño de todos los días de mi vida. Nunca seré tu caballero, Atlante.

Y entonces, aparece lo que más odio de él, su sonrisa.

—Lo serás, Rogero, a menos que decidas languidecer aquí por toda la eternidad. Tengo mejores planes para ti —me dice riendo. Su voz resuena dentro de mi cráneo como la mía retumbaba hace un momento dentro del castillo—. Este es tu destino, caballero: te liberará una doncella y por ella abrazarás una nueva fe de sobriedad y modestia. Pasarán tus días con la lentitud de las tortugas, vestido como un papagayo, sin espada, con cadenas y humor sombrío.

Pienso en lo que me dice y contemplo las maderas talladas, las sedas, los magníficos montones de frutas maravillosas. Finalmente, le pregunto:

—¿Doncella?

—Como es habitual en tales aventuras —me dice riendo, al ver que me ha tendido una trampa para que le respondiera—. Es un justo castigo para tu testarudez. Estimarás su fe más que a tu carne; preferirá caminar como una campesina y no ser transportada como una dama; despreciará las sedas y los encajes y sus ropajes parecerán los de los árboles en invierno. Y lo peor será que tendrá un cerebro más inteligente que el tuyo.

—Seguramente hablas de la vida que hay más allá de la muerte, ¿de alguna terrible penitencia por un gran pecado!

—¡No, muchacho! La vida más allá de la muerte está en otras manos, no en las mías. Este es tu destino. Puedes aceptarlo o no, puedes tratar de adaptarlo a tu fantasía. Tal vez la doncella no venga aquí, pero si lo hace, no te liberará; y aunque te libere, terminarás tu vida como un halcón al que se le han cortado las plumas principales, te moverás entre los siervos sudorosos, y les llamarás tus iguales.

Comprendo que sus razones son adecuadas, y la furia me hace erizar los cabellos. Mientras mi cólera crece, mi mente parece girar en un remolino; estoy en este lugar con el mago, y también estoy, en el sueño, en ese polvoriento y pobre cuarto, con el pintor que no puede pintar. Lucho contra esto, tratando de mantenerme en este lugar odiado, aferrándome a los encantamientos familiares, tal como el hipogrifo y el escudo de Atlante, su castillo, envuelto en el perpetuo atardecer, y las extrañas e invisibles cadenas con que me mantiene sujeto. Todo esto es para mi real, porque es el producto de su magia, y no escapa a mi entendimiento, tal como me sucede con el cuarto del pintor, con su ventana por la que se ven pasar raudos coches que se desplazan sin caballos, con su extraña escultura de un negro demoníaco, que primero emite extraños ruidos y luego habla con voces de personas que no están en el cuarto; con su caja de música que no es más grande que mis dos puños, y en la cual se enciende mi ojo dorado, y que a veces resuena con la música de cien instrumentos. Todas estas maravillas son parte de su pobreza. Otra vez yo soy él, yo mismo, y él es el otro, luego ambos, luego ninguno mientras mi cerebro se pierde en todas estas transiciones. Siento en la boca el sabor de las uvas y el hidromiel, y luego el del humo azul que extrae constantemente de sus blancos palitos. Saboreo primero unos sabores, luego otros y finalmente ninguno.

Vuelvo la espalda a Atlante y a su odiada sonrisa, y me lanzo sobre el montón de pieles y sedas. Lejos oigo el sonar de una campana, el enorme gong de la puerta mágica del castillo. También escucho la ronca exclamación de Atlante, mitad sorpresa mitad placer; luego me llega el raspar de sus pies sobre el mármol. ¿Quién viene, quién viene, haciendo sonar la campana, con aire de desafío, sin ser llamado, y sin temer al castillo ni a sus muchos demonios? Si soy el caballero, Rogero, miraré desde la ventana. Si soy Giles, el pintor, tal como creo que soy, dejaré que el timbre de la puerta siga llamando. ¿Quién halló jamás un timbre en un castillo encantado? ¿Qué castillo encantado?

Aquí hay una cama sucia, más allá una ventana también sucia y aún más allá, el lienzo, limpio. Ahora bien, ¡un momento! Mi nombre es Giles, mi profesión, pintor. Si yo fuera un caballero, tendría una espada. ¡Denme mi espada!

¿Qué espada? ¿Quieres hacerme el favor de dejar de tocar el timbre, para que pueda oírme pensar? Casi lo tenía: el asunto con el caballero, quienquiera que fuese (o es que

yo soy él); y la montaña mágica. ¿O es en realidad un cuarto amueblado? ¡Oh! ¡Basta ya de tocar ese timbre!

—¿Qué quiere?

Sigue sonando.

—¿Quién es?

—Ring, ring.

Muy bien, así será, entonces. Voy a abrir la puerta, voy a salir al umbral, y sin preguntar nada voy a darle un buen puñetazo en la nariz al que está tocando el timbre. A dar vuelta el picaporte, a abrir la puerta, a golpear al que llama. ¡Pum! Un entremetido muerto.

Así que a veces una décima de segundo es tan larga como el movimiento de un brazo. Se abre la puerta y allí estoy yo, todo tenso, como un niño que espía siendo parte y a la vez estando fuera del juego, pero manteniéndome quieto mientras observo. Veo como mi mano se desplaza, cerrando el puño, como alcanza su mandíbula y como la golpea. Ella retrocede, sin caerse, manteniéndose en pie, cruzando el vestíbulo estrecho e iluminado y yendo a dar contra la pared, ¡bum, bum! Es una morena pequeñita, de cabello feo, con hermosas pestañas que se abren y revelan unos ojos redondos y fijos, y nada más.

—Hummm —dice y se desliza por la pared hasta quedar sentada, inclina la cabeza hacia un lado, mientras exhala con ruido a alas rotas.

—Bien, le dije que se fuera, que dejara de tocar el timbre.

—Hummm —vuelve a exhalar.

La levanto y es liviana como la pata de un cordero y vulgar como los repollos. De una patada cierro la puerta y la dejo caer sobre la cama sucia, donde se queda acurrucada, sin pudor, como una muñeca caída, y después de todo a quién le importa. No al artista que ha visto cosas mejores y no pierde el tiempo en chicas como ellas; no al hombre porque no está tal vez en su sano juicio. Aquí hay unos trozos de tela que sirven para mojarse y colocarse sobre la frente suave, sobre los labios delicados, con la tierna fila de pestañas, debo admitir que tiene hermosas pestañas. Tal vez no tenga nada más, pero, Dios mío, qué pestañas.

Y el paño que tenía pintura, le deja una mancha verde en la frente. Tal vez sea posible imaginar que su cabeza es de latón y su piel de seda vieja, pero solamente hasta que sus ojos se abren, luego ya no se puede imaginar nada más, sólo hay una chica atontada sobre mi cama, con una extrema palidez. No repara en la mancha verde y en la rabia del golpe en el pómulo; no siente temor, sino tristeza.

—¿Nada todavía? —pregunta y sigo su mirada hasta que me doy cuenta de que el lienzo vacío la entristece—. Nada todavía.

—Voy a darte otro golpe. —Es una promesa.

—Bueno, pero pinta.

—Pintaré o no, según me dé la gana —digo en una forma tal que la garganta me duele. Los ruidos que hago parecen fosforecer—. Me llamo Giles y mi profesión es pintar. y más vale que no metas las narices en mis cosas. Tus narices —le digo— parecen un pedazo de cámara, y tu silueta, la de una botella de coca-cola. ¿A qué vienes a tocar el timbre de mi puerta?

—¿Puedo sentarme?

Entonces me doy cuenta que estoy cerca de ella, dando vueltas y chisporroteando, mientras protesto y grito.

—¡Levántate y vete!

Entonces me toco el cuello y noto el abultamiento rojizo de una arteria. Me acerco al caballete, pero no puedo tocarlo. Voy hasta la pared y la golpeo con mi puño. Es mejor que hacerlo con un pómulo, allí no quedan marcas.

—¡Oh por favor no te lastimes! ¡Por favor! —dice ella, con una voz aguda y suave en los bordes, como si fuera un agujero en un terciopelo muy usado—. ¡Por favor! —toda suplicante, toda dulce— ¡no te enojés!

—No estoy enojado —digo, mientras golpeo la pared una vez mas—. Soy un demonio, y es difícil aprovecharse de mí, así que no lo intentes. Tú —le digo señalándola— eres una molestia. Tu figura no vale nada, emites tonos discordantes, las cosas situadas por delante me distraen (me refiero a mi caballete) las situadas por detrás son poco agradables (me refiero a mi cama). El todo no está bien compuesto. Está... descompuesto. ¿De dónde sacaste ese horrible vestido?

Ahora ella lo alisa mecánicamente y se mira la mano al hacerlo. Frunce levemente el entrecejo, tratando de recordar. No puede recordar y no está asustada. Simplemente trata de contestarme.

—Está bien, no te preocupes. Realmente no me importa. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que vuelvas a pintar —y sube las pestañas.

—¿Por qué?

—No sé —susurra—. Pero no grites. Te vas a lastimar la garganta. Conozco todo lo que has pintado. Estás mejorando. Realmente, puedes llegar a ser verdaderamente importante. Pero no pintas más.

—Te pregunté por qué y no me has contestado. Simplemente me has dicho lo sucedido.

Me mira, aún sin miedo, aún perpleja.

Esta chica, me digo, no es solamente hogareña, es estúpida.

—Te pregunté por qué... ¿por qué? ¿Qué te importa a ti?

—Pero ya te lo he dicho. Ibas a ser realmente bueno. y dejaste de pintar. ¿No es esa una razón suficiente?

—No, no para el común de la gente. A la gente no le importan cosas como esas: grandeza... talento... —Comienzo a estar más enojado con la gente que conmigo mismo. Muy bien, Giles... muy bien—. A la gente le gusta que el trabajo se haga sin esfuerzo. Le gusta los besos y sentirse importante. Quiere divertirse y entusiasmarse sin correr ningún peligro. Le gusta el dinero, además. ¿Quieres dinero? Aquí tienes una moneda de un cuarto. Toma... toma. Cuarenta centavos. Ahora. vete, gente.

—No quiero que me des dinero. Quiero que vuelvas a pintar.

—¿Por qué?

Baja las pestañas. Su voz murmura, como el viento a la distancia.

—Los vi reunidos alrededor de tu cuadro español "Málaga a la luz de la vela". Era una pareja joven que iba tomada de las manos. Más allá un hombre anciano, y más cerca un niño que tiraba de la manga del vestido de su madre. Cuando ella respondió a sus llamados, el cuadro la abstraigo tanto que el pequeño rompió a llorar. Vi a un hombre que salía de lo de Garret, donde estaba exhibiéndose tu cuadro "Humo". Se reía y decía: "Todo lo que tengo que hacer es decírselo. Estoy seguro de que me ama. Todo está allí, en el cuadro". —Abre sus manos, cuadradas y poco femeninas—. Eso es lo que quiero decir. Creo que lo he probado.

No me importa nada de la gente, del niño que llora, del hombre que le hablaba a los desconocidos y de todo lo demás. No pinté para ellos. Pinté para... para... De todas formas, no fue para ellos. Así que los considero intrusos por los cuales he hecho ya suficiente, más que suficiente. Si lo que han tomado estaba realmente en mis cuadros... me han robado. Si no estaba, son tontos. ¿Debo pintar para ladrones y tontos?

Veo todo claramente, pero no hallo forma de explicárselo a la muchacha.

—Es por todas esas cosas —dice ahora, como si mi silencio significara que me hallo de acuerdo con ella—. Así que debes volver a pintar.

—¿Pintar? ¿Cómo puedo hacer para pintar?

—¿Por qué no? ¿Qué te pasa?

—Es por lo que me pasa en la cabeza. —Me la tomo entre las manos. Mientras le hablo, la espío por entre los dedos—. Te lo diré porque no tiene importancia. Te lo diré —le explico, con dolor— porque tú no tienes importancia. (Ah, por supuesto, ni siquiera

pestaña.) Cuando pintaba, era Giles, Giles ayer y Giles hoy. Así que, cuando me interrumpía, podía volver a empezar, y sabía que mañana podría volver a retomar. Ahora... ahora soy Giles. Antes de ahora era algún otro, y antes de eso era Giles también. Pero no importa que sea Giles, porque dentro de poco voy a ser otro, y luego de eso, volveré a ser Giles. No comprendes nada ¿verdad?

—No —contesta—. Ni tú tampoco.

—Es verdad, dices la verdad. Es la primera vez que te oigo decir algo correcto, sin cumplidos, señorita como-te-llames.

—Me llamo Brandt.

—Brandt. No me equivoqué con lo de señorita, ¿verdad? Hay ciertas estupideces que los hombres no llegan a cometer. La pintura, señorita Brandt, es algo que tiene un principio, un fin y una mitad. El principio es parte del fin del cuadro anterior, y el final es parte del comienzo del cuadro que le sigue. Yo soy Giles, y siendo Giles creo podría pintar. Pero hace un rato, digamos hace una hora, cuando tocaste el timbre de mi casa, con toda tu desfachatez, yo era otro. Pronto mis ideas se van a hacer un lío, las palabras tendrán dos o tres significados y veré ante mí un caballete, o una pared de granito, bajo mi cuerpo una cama o un montón de pieles y sedas, y lo que querré será pintar o recobrar mi espada. Será Rogero o Giles, uno u otro, ambos, ninguno, hasta que, súbitamente, Giles ha desaparecido con el caballete y la pintura. No... tal vez no ha desaparecido, pero, como en los sueños, no se recuerda, porque no pertenece a una realidad.

—Deja que Rogero pinte —dice la niña boba, como si me creyera.

Oigo un ruido que es un tercio de grito y mitad de aullido y me doy cuenta que soy yo.

—¿Que pinte Rogero? No puede pintar. No cree en la pintura, ni puede pensar en ella. No distinguiría una media tinta de una regla T. Escúchame, escúchame bien. ¿Puedes imaginarme como un caballero, prisionero en una montaña mágica, rodeado por encantamientos en los cuales no solamente creo sino que debo aceptar porque son reales, prisionero de un mago que monta un hipogrifo? Un hipogrifo, señorita Sin-importancia Brandt. ¿Me oyes? Un hipogrifo reluciente, cuya madre fue una yegua de raza y cuyo padre fue un grifo. El grifo fue a su vez parido por una leona, que fue servida por un águila. Este hipogrifo es real, real como los encantamientos, real como la montaña mágica, real como el caballero, que tú, señorita Metereta W. Brandt, no crees que soy. (¿He trepado, corrido? Estoy sin aliento.) Para ese caballero —continúo cuando puedo hacerlo— mi radio y mi teléfono son maravillas algo ridículas, que no tienen razón de ser, y mi incapacidad para pintar no tiene importancia excepto para tenerme cierta simpatía condescendiente, pues se halla demasiado trabado y paralizado. Puede hacer tan poco con mis pinceles como yo podría hacer con su espada. Y tú, señorita Feúcha Brandt, serías la más estúpida de las molestias que podrían interrumpir sus fantasías. No hay nada mas que puedas hacer, nada en lo que puedas creer. El hecho de que hayas venido carece de importancia. Si has venido a ayudar, has fallado. Si has venido a luchar, has perdido.

Siempre hay un tiempo para preguntarse, preguntarse qué dirá otra persona. Ese momento ha llegado, y es bueno. Todo lo bueno que puede ser algo ahora, en que esto es real, o aquello es real, pero nunca ambas cosas. Porque me hallo abrumado por un peso del cual no puedo librarme y cuando desaparece, yo ya no soy yo, y es bueno vencer a alguien, aunque este alguien sea una chica sin importancia y feúcha, aunque en la victoria no pueda haber placer, ni siquiera una disminución de la congoja. Por lo tanto espero, para ver en qué forma admitirá que ha sido derrotada. Aquí llega, de sus labios comunes y de los ojos detrás de las pestañas poco comunes. Aquí está.

—¿Puedo usar tu teléfono?

Ya que he dicho que ella no importa, no puede importarme esto tampoco. Me aparto del teléfono y siento los suaves pasos alrededor de mí, los suaves dedos que levantan el

teléfono duro. Ahora hay un coro de clicks, compuestos de síncopas, de siete compases. Un ring y otro ring.

¿Qué puertas se abren a la llamada de esta dama, de esta irritante Brandt? ¿Qué se dilata cuando ella marca los números, con este amplio y brillante pestañeo. Dios mío, Dios mío, está pasando de nuevo, Las palabras parecen yacer como capas que se acumulan, y yo soy él y él es... los dos o cada uno, o ninguno. O... "o" de oro, el rey. Mi manto es de oro, palabra seca y exclusiva. Estamos condenados por el presupuesto de que los hombres han sido creados... ¿iguales? El oro es dorado, recién leyeron en mi rojo corazón, y una mano de plomo aferró y dirigió mi mente. Rojo, plomo: los colores de la juventud radiante de Floradora.

—Hola —dice el teléfono suavemente, porque puede pronunciar las dos sílabas sin mover los labios abiertos.

La señorita Brandt dice:

—Giles. Simplemente Giles.

El teléfono se ríe y dice:

—Muy bien.

—Oigo pasos suaves en el piso de madera ¿o es de mármol? y el llamado ha sido contestado con una explosión de risa. El rápido Atlante, de suaves pisadas, se llega hasta la ventana, moviendo las cortinas de niebla, mientras se disuelven en el aire los vahos del valle situado más abajo. La gran verja dorada resplandece al sol, y ha desaparecido la oscuridad del crepúsculo.

—Roger —grita, (pero ¿no soy Giles, aprisionado en un sueño que le dice que ese es el momento en que se necesita un amigo?. ¡Ayyy...! Más agudas que los dientes de una serpiente son las ingratitudes de Giles)—. Roger, ven y observa tu destino. —Y noto en la risa de Atlante toda su burla y todo su desprecio. Sólo me queda ir a ver. Pararme junto a él.

A uno y otro lado veo los contrafuertes de hierro, hollados por la mano del tiempo. La pared del castillo desciende abruptamente, como un precipicio que se recorta frente a un mar calmo hacia el patio. Allá abajo, a lo lejos, muy lejos, se extienden los prados mágicos, y las murallas están patrulladas por venenosos gnomos. Cuando veo la gran verja yo soy yo otra vez: Roger, el caballero prisionero, que anhela hallarse en el escabroso sendero que ve más allá de la verja.

—Tu destino, caballero, ¿Lo ves?

Miro otra vez, y como un lunar en un monumento, distingo a una persona pequeña, morena y desconcertada. Lleva en la mano un rústico báculo, que poco ha cambiado, desde que era algo nacido de la tierra. Con esto golpea nuevamente la campana dorada, haciendo que su tañido perturbe la calma.

—¿Mi destino?

Ríe una vez mas. Hay un son de batalla en esa risa.

—¡Mira otra vez!

Con el índice y el pulgar forma un círculo, y a través de ese círculo, situado delante de mis ojos, veo la verja, pero ya no como si estuviera en la cima de la montaña, sino como si me hallara a sólo unos pasos de ella. A pesar de que desprecio sus artes mágicas, me veo obligado a mirar.

Miro silenciosamente, durante un largo rato. Finalmente le digo:

—De todo lo que me has dicho acerca de mi destino, mago, sólo veo una cosa de cierto, y es que eso, que parece una bola de barro, es una doncella, puesto que no se me ocurre qué otra cosa puede ser. Con respecto al resto, no creo que el destino me tenga preparado algo tan... poco aderezado.

—¡Ah!, entonces, lo único que tienes que hacer es jurarme lealtad, y juntos aplastaremos a este escarabajo. Si no lo haces actuaré yo solo, y te mantendré prisionero tal como lo estás ahora. Pero será una cosa o la otra, puesto que el rudo llamado que

escuchas es, sin lugar a dudas, la voz de tu destino, y esa damisela descalza ha venido tal cual estaba predestinado, a desafiarme y a liberarte.

—¿Te desafía a ti?

—Así es, mancebo, sin otra arma que esa torcida vara, y la larga falda, de rústica hechura, tras la cual esconde sus piernas poco atractivas. ¡Ah! y una fe tonta en un poco interesante sistema de dioses.

—La vara está encantada, entonces.

—No.

—¡Ella está loca, por lo tanto!

—¡Así es! —ríe el mago—. Así que dime, mi tonto amigo. ¿quisieras ir adónde ella está y pasarte el resto de tus días cuidando de una pléyade de niños de campesinos y de esclavos? ¿O prefieres cabalgar para mí, transformándola en una simple mancha sobre el prado? Luego, poseerás la tierra.

—Elegiré, mago, pero la elección será mía, únicamente mía. No iré hacia ella, ni cabalgaré para ti. Pienso quedarme esperando, para ver tu valerosa e histórica victoria sobre esa pobrecita de monacal aspecto, que se enfrenta con su vara seca a tu corcel encantado, tus armamentos invencibles y tu ejército de gnomos. Y cuando sea vencida...

—¿Vas a esperar hasta que sea vencida? —se burla—. ¿Desperdicias tu única posibilidad de ser libre? Tu destino no tiene ningún otro salvador.

—Cuando la hayas vencido vuelve, para que pueda escupirte a la cara y decirte que de mis tres infiernos posibles elijo el único que no te dará placer.

Se encoge de hombros y se aleja. Cuando llega a la puerta me dirige otra de sus perversas sonrisas y acota:

—Sabía que algún día me hablarías con familiaridad, Rogero.

Tomo un pesado incensario y se lo arrojo. Se detiene a mitad de camino y cae roto a sus pies. Ahora su risa se transforma en una carcajada.

—Ten por cierto, mago, que no uso contigo una forma familiar de hablar, sino que lo hago como lo haría con un animal —rujo.

Ríe una y otra vez. Algún día, cuando encuentre la forma, mataré a esta criatura tan lista. Me dirijo hacia la ventana.

Abajo veo la verja, y la pared reluciente. Los gnomos desfilan perdiéndose de vista, y más allá, con una frágil mano aferrando la vara y con la otra apoyada en la campana, la muchacha se inclina y observa: su coraje está demasiado cargado de estupidez como para admirarlo. Su fuerza es demasiado poca como para considerarla. No dudo de que a Atlante le bastará lanzar una carcajada o fruncir las cejas para deshacer a este audaz gorrión.

Allí, cerca de uno de los contrafuertes, veo a Atlante. Su manto flamea al viento, el sol se asombra del centelleo de sus joyas.

Levanta una mano y la da vuelta. La puerta, que está tan lejos y tan abajo, se abre. Es horrible que algo tan macizo como esa puerta se abra sola. La Pequeña figura que está a la entrada casi cae al suelo. La muchacha se halla apoyada en el vacío, y la puerta se mueve alrededor de ella. Atrás veo la colina rocosa que parece empequeñecerla. El enorme castillo, coronado por la figura de Atlante, se yergue majestuoso. Se la ve muy pequeña y muy sola cuando comienza a acercarse.

Atlante, riendo, golpea las manos.

Desde el prado se oye el batir de unas alas y, con la cruel cabeza de un águila, con las garras del más poderoso de los leones, con la grupa de un fabuloso corcel, y con sus dorados cascos se ve alzarse, flotar, arrojarse, al hipogrifo. Su rugir desgarrar el mismo césped. Es una clarinada, un bramido, y sin embargo, se capta algo que hace que mi corazón se conmueva como jamás lo logrará una mujer. Porque él, aun él, el hipogrifo, está encantado, y odia a su amo.

Me alegro de estar solo, pues lloro como un niño. Soy un caballero y conozco mis virtudes, sin embargo todo lo maravilloso ha pasado de largo. Tal vez mis grillos no puedan romperse, y todo mi destino carezca de belleza. Y sin embargo frente a mí se halla la belleza cristalizada, conmoviendo el mundo con su dolorosa, pero potente protesta... ¿cristalizada digo? No, no; viva como ningún hombre jamás lo estará. Ved al sol en sus plumas doradas, ved sus flancos purpúreos... es más de lo que puede imaginarse. Será mío... ¡debo montarlo!

Pero no puedo saber si me ve, o si sabe algo de lo que angustia a mi corazón, pues pasa raudo, caracoleando, y la parte superior del contrafuerte lo acoge, como una palma que se ahueca. Atlante toma del parapeto un curioso escudo, cubierto de pieles de murciélago ingeniosamente dispuestas. Lo ajusta en la montura del hipogrifo y apoyando una mano en el parapeto y otra en el escudo, sube sobre la bestia. Me enorgullece ver que la montura no le rinde pleitesía.

Atlante se inclina hacia adelante y le habla. No sé qué es lo que le dice, pero las alas del animal se abren, rozando las piedras, antes de elevarse en el aire.

Ahora el hipogrifo describe un amplio círculo, mientras Atlante se inclina sobre la silla. Sus ojos escrutadores, ayudados por todas sus artes mágicas, deberán descubrir cualquier armamento invisible que ella puede tener. Y pienso que no debe tener ninguno, puesto que escucho la risa del mago, que se inclina hacia el oído de su cabalgadura a fin de susurrar alguna orden secreta. Las alas se dirigen ahora hacia arriba, y ambos descienden rápidamente hasta la altura de la cabeza de la muchacha. Con un rápido desaceleramiento, que produce un ruido como el de un trueno, la velocidad se adapta y casi se posan, suavemente. A unos cincuenta pasos de distancia, la muchacha suelta su vara y se queda expectante, desarmada.

La alegría de Atlante me llega, traída por el viento. Se agacha sobre su cabalgadura, y con un rápido movimiento extrae la cubierta de su escudo.

Ahora se coloca entre la doncella y yo, de forma tal que el escudo se halla del otro lado. Si no hubiera sido así, yo no hubiera llegado a ver nada. Pero ahora observo el resplandor súbito que parte del escudo, veo a los pájaros alcanzados que revolotean locamente y caen, y a un venado que cambia de rumbo y se tambalea junto al tronco de un árbol. Había oído hablar de este escudo, pero nunca lo había visto. En alguna forma inexplicable, su brillante superficie ha sido pulida en forma tal que ciega a quienquiera lo mire. Eso y el hipogrifo, son las armas que Atlante utiliza contra una muchachita y su frágil locura. ¡Ah, que mago poderoso y confiado!

Asombrada, vencida casi, la frágil figura permanece inmóvil, mirando... no, no puede esperar clemencia. Esperándolo a él.

Considerando que el escudo ha cumplido su misión, el mago lo cubre, y, sin temores, se acerca hacia ella. Si habla, no lo escucho, pero dudo de que lo haga puesto que sabe que estoy observando y seguramente querrá que comprenda. Se detiene a recoger la inútil vara que ella ha dejado caer y se la coloca con violencia nuevamente en la mano; tomándola de los hombros, la hace volverse y enfrentar la verja, retrocede, y echando la cabeza hacia atrás emite una carcajada rugiente. Tal actitud era previsible; la muerte instantánea le hubiera parecido poco castigo. Y por lo tanto allí permanece riendo, inalcanzable, incluso por una fuerza como la mía, con el muro invisible que sus encantamientos han forjado alrededor de él, cruel y victorioso. Ah, realmente un poderoso mago.

De tal forma, vencida, ella se desplaza hacia la puerta... ¿puerta? la verja de oro... pero no, ya no estoy en un prado sino en un cuarto donde se halla el caballete y mi... y ahora veo ambas cosas, el cuarto y el prado, como si uno de los panoramas estuviera pintado sobre vidrio y a través de éste viera el otro, y ¿cuál es el pintado? ¡Ay! Mis ideas se mezclan y confunden otra vez.. Yo soy uno, el otro, los dos, ninguno. Veo un cielo con montañas... una pared sucia en la que hay una mancha de sangre dónde pegó mi puño y

la asombrada muchacha que levanta su vara, que es ahora un pequeño libro azul con letras doradas.

—¡Pero estás ciega!

La señorita Brandt sonríe forzosamente. Sus dientes no son ni mejores ni peores que el resto, y no pueden compararse con sus pestañas.

—Ya me han dicho lo mismo antes, pero no creo estarlo. Toma, aquí tienes. —Y me da su libro.

Ante mis ojos, o detrás de ellos, veo un resplandor, demasiado brillante; pienso que es el hipogrifo. Aquí, en la mina de sal, tiemblo y aguardo hasta que todo ese momento loco pasa. Abro los ojos lenta y cuidadosamente para poder aprehender la realidad, y mantenerme en ella. Y aquí está la señorita Brandt (o todavía está, no recuerdo bien) y el prado y el hipogrifo se tornan una vez más un sueño o un recuerdo.

—¿Estás bien? —Su voz y su mano se rozan a la vez.

—¡Apártate! Estoy loco ¿no lo sabes? —Veo que ha alzado las pestañas—. Es mejor que te vayas. Puedo llegar a hacer cualquier cosa. Mira, ya comienza a ponerse morado tu ojo. —Estoy gritando una vez más—. ¿No tienes miedo? ¡Maldición! ¡Asústate!

—No.

Es realmente asombroso. Debería estar vestida con un tosco sayal, y armada con una vara torcida, pero ésta es en realidad un pequeño libro azul. Sí, eso es. Estov sacudiendo la cabeza ¿o es un estremecimiento?; la muchacha y la puerta tienden a desvanecerse, y me doy cuenta de que estoy rechinando los dientes, que terminan por hacer un sonido extraño. Tal vez pueda detenerme si aprieto con fuerza las manos contra mi cabeza... y trago lentamente la saliva... libación, libración, liberación, y finalmente reposo. En ese momento de tranquilidad, cuando por fin veo que estoy aquí me doy cuenta de que ese problema de Rogero... mi sueño... se produce en pocos segundos. Ella estaba junto al teléfono cuando comenzó, esta última vez, y todas esas cosas le sucedieron al caballero en el tiempo en que ella dio dos pasos hacia mí... sí; pude oír los pasos. De tal forma que cuando vuelva a ser Rogero, no importa lo que suceda aquí, o cuantas horas pasen, volveré a ver a Atlante y a la muchachita vencida, tratando inútilmente de hacer algo con su vara. ¡oh! ciego y vencido destino mío. Así que abre tus ojos a esto y al caballete y a la señorita Brandt, que no tiene miedo. Sujétale la mano con el libro.

—¿Qué es esto?

—Dinero.

Es una libreta de cheques, de color azul verdoso, muy disciplinada y sin signos de uso por dentro, y maciza y de color azul por fuera.

—Cheques en blanco.

—Cartes blanches —dice ella sonriendo, y sin embargo no hay porqué sonreír. Por lo tanto espera, que ya se desvanecerá la sonrisa. ¡Ahí! Ahora sin sonreír agrega— Es dinero, todo el que quieras. Todo lo que tienes que hacer es llenar un cheque y firmarlo.

—Estás loca.

Menea la cabeza con seriedad.

—¿Por qué me traes dinero?

—Puedes hacer lo que quieras ahora.

—No puedo pintar. ¿Crees que puedes hacerme pintar si me das dinero?

Cuando su lengua roza sus labios, ambos son del mismo color. Nadie, ninguna mujer debería ser así. Una boca tal no puede saber a nada, ni tomar nada. Me dice:

—No si no quieres hacerlo, pero podrás hacer muchas otras cosas. Todo lo que hayas deseado.

¿Qué otra cosa he deseado jamás, como no sea pintar? Ah, sí. Claro está. Nunca pude... pude... y veo que mi mano arruga el librito, el librito de excelente calidad, que cede sólo en parte y que, cuando mi mano se abre, retoma su forma original.

—Es solamente papel.

—Es dinero. ¿No me crees? Ven conmigo. Ven al Banco. Llena uno de los cheques y verás.

—¿Dinero? ¿Cuánto dinero?

—Todo el que quieras. —Está muy segura.

—¿Para qué?

—Para lo que quieras hacer. Lo que se te ocurra.

—No quise decir eso. —Ahora las cosas se están volviendo tan reales como la realidad misma—. Cuando aceptas dinero siempre debes dar algo. Siempre algo, un cuadro, una promesa o...

Tuerce ligeramente la cabeza hacia los lados: derecha, izquierda, derecha, mantiene sus ojos fijos en mi, dejándolos resbalar entre las pestañas.

—No con este dinero.

—¿Por qué me das dinero? (Sabes, Giles, que tienes miedo.) Lo que puedo hacer para conseguir dinero es pintar. Pero ahora no puedo. Ahora no.

—No tienes que pintar. A menos que lo desees realmente, y de todas formas, no para mi. Giles, tal vez no puedas pintar porque tienes ganas de hacer otras cosas. Bien, hazlas. Hazlas hasta que llegues al fin, para que entonces te quede solamente una cosa. Entonces tal vez puedas volver a lo tuyo.

—Entonces el dinero es para que pinte.

Oh, es tan paciente. ¡Cómo odio a alguien que es así de paciente!

—No, es para ti. Haz lo que quieras. No me importa el dinero, así que no quiero que me lo devuelvas. Es mío, así que ¿para que lo quiero?

—Pero ¿te molestaría que yo no volviera a pintar? —Ahora caen sus pestañas, ocultando sus ojos vulgares.

—Me importaría ahora. Siempre me ha importado. —Ha abierto la puerta—. Ven al Banco. Ven a buscar tu dinero. Entonces me creerás.

—Al Banco, sí. Y entonces ¿qué? Tendré que ir donde tú vayas, y tú me dirás lo que he de comprar, lo que he de hacer, y...

—Es tuyo para que hagas lo que quieras. ¿Vendrás ahora? Si quieres te dejaré en el Banco.

—Quiero.

Pero no, esto no la molesta; y no está enojada. Hay solamente una cosa que la conmueve y esa cosa llega más allá de la puerta, se adelgaza para pasar por las escaleras, los dinteles, las curvas, los recovecos y la basura hasta llegar al Banco. Eso es mi blanco, limpio y ciego ojo del lienzo en el caballete.

Me pregunto si lo sabe, me pregunto. Me lo cuestiono bajo las columnas políglotas que encierran al Banco. (Son dóricas pero con capiteles corintios, es claro, pero la puerta no es dórica, sino que es arqueada y bizantina, cerrada por una rejilla. Diría que de Virginia.)

—Me pregunto sí lo sabes.

—¿Si sé qué?

—Por qué no puedo pintar.

—Oh, sí —me dice—. Lo sé.

—Bueno, yo no lo sé, señorita Brandt. No lo sé.

—Es porque no sabes por qué puedes pintar —contesta ella, y sus ojos ya no me miran pacientemente, sino con expectativa. Es muy distinto.

Y cuando meneo la cabeza (porque esa no es una respuesta), sus ojos se tornan nuevamente pacientes.

—Ven —me dice, y entramos pasando por el pórtico y ¿a que no se imaginan? el cielorraso es rojo, con adornos de yeso que forman figuras geométricas moriscas.

Aquí, en una pared baja de mármol que simula vidrio, cubierto por una tapa de vidrio que simula mármol, hay una pequeña puertecilla negra que se abre para los dos lados. Del otro lado veo un pulido escritorio, y una pulida cabeza con anteojos pulidos.

—Señor Saffron —dice la señorita Brandt. Lo mismo dice el letrado, sobre su escritorio. Letras doradas sobre fondo negro.

El señor Saffron, cuyos pulidos lentes centellean, se endereza y se pone de pie, lentamente, como la Dama del Lago. Cuando se ha terminado de mover, sus gafas pierden algo de su impenetrabilidad, y puedo ver sus ojos. Son azules y brillan (no como si estuvieran pulidos, sino con un brillo húmedo); cuando se fija en la señorita Brandt son tan redondos que parecen empalidecer. Cuando me miran, en cambio, son hendiduras negras, con un borde rosado que las cubre. He aquí un hombre que se asombra ante la señorita Brandt, pero que siente rechazo hacia mí. Qué magnífica forma tiene de demostrarlo, una y otra vez: redondos y pálidos, estrechos y negros, cambiando permanentemente.

—Este es Giles.

El señor Saffron dirige sus hendiduras hacia mis ajetreados pantalones, hacia mi camisa amarilla, con puños de burdo paño, que es realmente la parte de arriba de mi pijama, y a mi cara.

—¿Está usted segura, señorita Brandt?

—¡Por supuesto!

—Si usted lo dice —dice el señor Saffron, y se sienta— todo está preparado. ¿Quiere usted firmar aquí, señor es... —Siento que uno de los cajones se desplaza, pero estoy seguro de que ha sacado la tarjeta blanca de su immaculado estómago. Con la pulida lapicera que hallo en su escritorio escribo Giles.

—¿Su nombre? —dice el señor Saffron, hablándole a la tarjeta, con una pulida estilográfica en la mano.

—Sí.

—¿Su apellido?

—Sí —volví a decir, y vi levantarse las gafas.

—Ese es su nombre. Simplemente Giles —dijo rápidamente la señorita Brandt. Y luego recitó mi dirección. El señor Saffron la anotó, apoyando sus dedos color carne hervida en la tarjeta sólo cuando era indispensable.

La señorita Brandt me dijo:

—¿Quieres cobrar un cheque ahora?

—Oh, por supuesto. —Luego de rebuscar torpemente, encuentro el talonario. La señorita Brandt se acerca con un dedo preparado.

—Debes poner la fecha aquí, y... —Pero me quedo sentado, esperando, hasta que se va. ¿Qué le pasa? ¿Piensa que no sé escribir un cheque? Lo hago.

El señor Saffron sujeta el cheque por ambos extremos, y éste sube y baja como un pequeño trampolín. Lo da vuelta con brusco ademán y escribe algo con su estilográfica.

—Sesenta y ocho dólares. Bien, el cajero le dará el dinero. —Extrae de su escritorio una almohadilla amarilla, y se curva sobre ella como si se hubiera prendido fuego en el bolsillo del reloj. Salimos por una puertecita pequeña y negra, y cuando miro atrás lo veo observándonos, sin ocuparse de sus papeles, y mirándonos con esa expresión redonda y pálida.

—¿Es todo lo que quieres, sesenta y ocho dólares?

La miro.

—¿Y que haría yo con más de sesenta y ocho dólares?

Pacientemente, muy pacientemente, me responde:

—Lo que quisieras, Giles. Lo que quisieras. Llegamos a la caja y una cara, de expresión feroz, dice con una voz dulce:

—¿Cómo lo quiere?

—En efectivo.

—No importa la forma —dice la señorita Brandt.

Me da el dinero y nos arrimamos a una mesa de mármol, situada en el centro de la habitación, donde me quedo mirando los billetes. La señorita Brandt me dice:

—¿Te han dado lo justo?

—¿Cómo dices?

—Si te han dado bien. ¿No lo estabas contando?

—Oh, no. Simplemente lo estaba mirando. Es dinero de verdad.

—Ya te lo había dicho.

—¿Y hay más?

Una vez más me responde.

—Todo el que quieras.

—Muy bien. Perfecto. Señorita Brandt, puedes quedarte aquí o ir a donde mejor te plazca.

—Está bien.

Me alejo, y cuando llego a la puerta principal, miro hacia atrás. La señorita Brandt sigue parada cerca de la mesa, sin dirigir la vista exactamente hacia donde estoy. Vuelvo. Dentro de mí siento algo que hace que me duela la base de la nariz. Me paro al lado de ella y la miro, mientras me paso la lengua por los labios. Realmente, no sé mucho que digamos, pero las pestañas están bien. Por lo tanto le digo:

—No te importa lo que me pase.

—Bien sabes que sí.

—Bien, ¿por qué no trataste de detenerme, si realmente te preocupa?

Me contesta:

—No ibas a hacer nada importante ahora.

—¿Con todo este dinero? ¿Cómo sabes que no?

No me dice nada.

—Tal vez querías que viniera corriendo hacia donde estás, para comenzar a cuidarme.

—No, Giles, de verdad —dice, con ese tono seguro—. No comprendes. Yo no importo. No estoy tratando de ser importante. No tengo cabida en todo esto.

—Ciertamente no para mí. —¿Por qué me pone tan furioso?—. Así que ¿qué es lo que importa?

—Por qué podrías pintar. Por qué no puedes pintar. Y nada más.

—Bueno, ¡al diablo con eso ahora! Tal vez nos volvamos a ver.

Hace un movimiento que podría ser un encogerse de hombros. Puede ser que tenga ganas de volver, pero no lo hago. Pienso que debería averiguar cómo ponerme en contacto con ella si lo deseara, pero al diablo con eso también.

Por todos los potes de pintura de la perdición, nadie va a hacerle admitir jamás a Giles que está metido en la cosa, como ella lo hace. Conozco su clase: gente que cree en algo y trata de atrapar a otra gente y de hacerle creer también. "No tengo cabida en todo esto", ¿Qué forma de hablar es esa, pedazo de estúpida?

Me aparto del camino que lleva a la puerta del Banco, cruzo la calle y me quedo parado en un lugar desde donde puedo observarla cuando salga. Desde ahora en adelante, mis asuntos son míos. ¿Se cree que me puede echar?

Afuera hace frío, pero ¿qué importa? Tengo mucho tiempo. Mucho dinero. Mucha paciencia. Ahora bien, la señorita Brandt tiene muchísima paciencia. Y por otra parte, todos los hijos de Dios tienen paciencia. ¡Miren ese Banco! ¿Qué hacen esos pilares gordísimos? Sostienen un friso pseudo-partenón, eso es lo que hacen. Revelan tener verdadera paciencia. Año tras año están allí, sosteniéndolo, y nadie sabe que existen salvo los pájaros. Gran paciencia. Piensen en el trabajo que dio modelar todas esas figuras. Ese desnudo de la gorda del medio, y los perros o leones o lo que sean, en los extremos. A ese trabajo le llaman staccato, la forma menos importante del bajo relieve. La gorda del medio seguro que es poco importante. Y a su vez, esas figuras son pacientes. Toda la mescolanza de Hermes y Demeter, y Justicias ciegas, manteniéndose inmóviles

para los pájaros. Cuando hace frío, estos se hielan sobre la cornisa de mármol. Cuando hace calor se posan sobre el friso, y los mansos inhibirán la tierra.

¡Oh, Dios mío! ¿qué le pasa a mi cabeza?... escucha, Giles, trata de mantenerte calmo y de no sacar tus ojos de la puerta. No empieces a perderte en montañas mágicas. Observa el reloj que está sobre la puerta. ¿Observarlo? ¡Puedo oírlo! Bueno, pues escúchalo entonces, y mantén tu cabeza en el aquí y ahora, no empieces a fraccionar las cosas. Ese reloj debe estar enfermo, y atrasar como tres horas. Escucha cómo se lamenta. Oh, conozco un Banco donde el tiempo ruge, salvajemente... Un momento... A ver, Giles, muchacho, piensa en otra cosa. Como San Francisco cuando a los hombres del segundo piso del otro lado de la bahía se los llamó berkellers, y la Puerta de... ¡No! ¡Estoy delirando! Piensa en la estatua que se halla cerca; al padre del Alcalde montado en un caballo. En los periódicos; todos los días, discuten acerca de si deben o no sacarlo. ¿Cómo era? El caballo de mi padre tiene muchas menciones... y en el Banco, ahora. La señorita Brandt se retira, ves que la verja está abierta y brilla el sol mientras ella se tambalea sobre las piedras, y es como si bastara el regocijo de Atlante para abatirla como un árbol bajo una tempestad. Y del otro lado de la calle... pero no... del prado... eso es, del prado... se pueden ver los cascos de un negro azulado de los gnomos bestiales, mientras observan este... ¿podría llamarlo desafío? Ciertamente, pero no batalla. Tal vez el mejor término sería derrota...

Veo todo esto en una ráfaga de furia, y luego... ella se hunde, cae dando vueltas y piensa que la veré a los pies del mago... pero no, se levanta ahora como un torbellino. Su rudo báculo invisible, perdido en la velocidad, y con el chasquido de un látigo veo que con ese mismo báculo... ¡Oh!

Por un momento me sostengo del muro, como un gato que temiera caer de una pared. En ese increíble momento me he asomado casi diría lanzado, por la ventana; y ¿qué sería entonces de mi destino?

Me repongo y sigo mirando.

Ahora la verja ha quedado calcinada, encogida.

Los gnomos son solamente un rebaño de cabras, no me encuentro parado sobre una fortaleza, sino sobre el techo de un estadio. Ya no veo los estanques con cisnes, las grandes paredes grises, las jóvenes que danzan y las que sirven manjares. Atlante, el poderoso Atlante, yace en tierra, con sus ojos extrañamente fijos y la sangre mana de su cabeza rota. Yace, como un pastor luego de una pelea innoble en día de mercado. Y la montura... ¡Horror! ¿Ha logrado convertir al hipogrifo en una vaca lechera? ¡Qué la mandrágora retuerza sus entrañas si ha hecho daño a mi hipogrifo!

¡Pero no! Allí está el bruto de magnífica belleza, echando hacia atrás su testa de águila y lanzando sus bramidos de regocijo al aire de las montañas. Mezclo su gozo con el mío y, abandonando la muralla descendiendo corriendo por el prado.

Con transportes de alegría me desperezó sobre el césped, ahora sin encantamientos, y ruedo sobre él hasta sentir su suave y verde escozor. Haciéndolo, mis ojos reparan en ella, que se mantiene tranquila y observante, con sus manos plegadas alrededor del trozo restante de su báculo, con los ojos bajos, pero no tanto como para no verme.

—¡Eres tú, mi doncella guerrera! —grito con alegría—. Un voto a tu valor, y en verdad te digo que te recompensaré graciosamente por tus desvelos.

Pero no se mueve de su lugar, y me veo obligado a ir hacia ella puesto que ¿no ha sido ella quién me liberó?

(¿O se halla aquí para volver a aprisionarme? El destino es implacable, y allá se encuentra un mago con la cabeza rota para probármelo).

—¿Cómo te llamas doncella?

—Bradamante —me contesta. Sus largas pestañas, cuando me acerco, me recuerdan a los caballos árabes, con esas crines sedosas que engalanan sus cuellos.

—Bien, Bradamante. Te debo mi libertad, y tal vez mi vida. Si te recompenso por tus acciones ¿qué harás?

Me mira con una calma profunda que hace desvanecer mi sonrisa implacable, y luego desvía la vista, mientras me dice dulcemente:

—Haré la voluntad del Señor.

—¡No me llames señor! —le grito. Esta criatura me desorienta.

—No te llamé a ti. —A pesar de la calma con que lo dice, me siento irritado—. Me refería al Señor a quien sirvo, el Rey de reyes.

—¿Qué? ¿Me quieres decir qué haría el con un caballero hambriento, vencido por la prisión y sin espada?

—Si te decides a servirlo...

—Un momento, muchacha. El mago me habló de ti y de mí como comprometidos a casarnos, arrastrándonos luego por la tierra como gusanos, y sin una joya que usar en nuestras vestiduras. Me dijo que mi destino era que tú me liberaras, y eso hiciste. Si bien aún no sé cómo.

—Lo golpeé con mi báculo.

—No, muchacha. Ni siquiera yo podría hacer eso. Era imposible acercársele.

Me da la mano. La tomo, y distingo en ella un simple anillo de oro. Con dulzura me suelta y se lo quita.

—El Señor me lo envió. Quien lo usa está libre de encantamientos. Ya no lo necesito.

—El anillo brilla en el sol cuando ella lo tira a un lado. Rápidamente lo tomo, en pleno aire, con mi pulgar y mi índice.

—¡Consévalo, Bradamante! No puedes deshacerte de un tesoro tan valioso.

—Me fue entregado para liberarte, y ahora estás libre. Lo que suceda en el futuro... Dios dirá.

Deslizo el anillo en mi dedo pequeño, y a pesar de que es tan grueso como su pulgar, me ajusta bien. (Aún sin él, muchacha, hallarías mejor fortuna con un basilisco que conmigo, si llegaras a persuadirme de que te siguiera en tus peregrinajes, pero...

—Esta parte de mi destino se ha completado, Bradamante, y por lo tanto soy deudor. Pero pienso que el mago se equivocaba cuando hablaba del resto.

—Estamos en las manos del Señor.

—¡No esperarás que cambie mis vestiduras de brocado por un tosco sayal como el tuyo, y que te siga entre los campesinos!

—Hacemos la voluntad del Señor. Lo hacemos libremente con todo nuestro corazón, salvando nuestra alma, o lo hacemos a ciegas hasta que quedamos en la oscuridad, para siempre le servimos.

—Tu confianza es más enervante que cualquier encantamiento.

—No lo creo.

—No quieres creerlo.

—¡Pero puedo elegir! Estamos aquí, Bradamante, dentro de un instante yo puedo matarte, hacerte el amor, morderte, o caer en cuatro patas y morder el césped, la elección depende de mi.

Lentamente, con plena seguridad, meneaba la cabeza.

Tu eliges si sirves al Señor voluntariamente, de otra forma no habría sido enviada a ti. Por supuesto que la elección es libre, pero lo hagas voluntariamente o no, igual responderás a Su mandato. Puedes hacerlo de corazón, o a ciegas; pero no hay una tercera opción.

—No me puedes obligar a...

Levanta las manos.

—No te obligo a nada. Nosotros no obligamos a nadie, ni matamos. No tenemos por qué hacerlo. El Señor...

—¡Tu Señor te permitió que mataras a Atlante!

—No Rogero, no está muerto.

De un salto me acerco al mago, y, verdaderamente sólo está atontado. Busco su daga, pero, instantáneamente, Bradamante me detiene con un gesto de su brazo moreno.

—El Señor se encargará de él en un momento, Rogero. Déjalo.

—¡Que lo deje! ¡El te hubiera matado!

—Pero no lo hizo. El también es instrumento de la voluntad de Dios, aunque no lo sepa. Déjalo.

Irritado, clavo la daga en el suelo con tal violencia que se entierra hasta la enjoyada empuñadura.

—Muy bien, Ya he cumplido con lo que me pedían, y por lo tanto considero que mi deuda está saldada. ¿Estás satisfecha?

Su actitud me trastorna, precisamente debido a su tranquilidad. Recuerdo que Atlante se burló diciéndome que este diligente escarabajito, esta Bradamante, tendría en más estima su fe que mi carne, y que pensaría mejor que yo.

Las pestañas ocultan los ojos.

—Será así, entonces —me replica. Y no agrega nada más.

Necesito mi espada, y para conseguirla es necesario que le vuelva la espalda (¡menos mal!). Con paso ligero asciendo por la colina, como si su presencia no fuera una espada al rojo clavada en mi espalda. Cierro los ojos mientras camino, pero no logro dejar de verla.

—¡Paciencia Rogero! Luego habrás de descender, trepar nuevamente, y habrá quedado atrás.

Y, de todas formas, siempre podré volver si lo deseo.

De manera que dejo que mis ojos se abran nuevamente, y ahora contengo el aliento, porque aquí está el hipogrifo, que nunca antes permitió que me acercara tanto. Para continuar mi camino deberé rodearlo, o desplazarlo de su sitio. Vacilo durante unos instantes, y veo que su gran cabeza gira hacia donde estoy. Oh, he mirado en los pozos de Kazipon, que no tienen fondo, he seguido la luz de mi antorcha dentro de las insondables cavernas de Qual, he sabido de noches sin estrellas, pero nunca me había asomado a una profundidad de tal alcance como los ojos de esta cabeza de águila. Sin duda alguna, son ojos de ave, feroces en su estructura, e insondables. ¿Qué ve la bestia a través de ellos? ¿Piensa que una masa de sangre y huesos no es más que una vaina para su pico dorado?... o un amigo... o un insecto que pa... Debo huir. Debo quedarme. Debo aguardar cerca, traspasado por la melancolía. Debo, debo, debo...

¡Pero lo montaré!

Dejo de moverme sin sentido y me acerco directamente adonde está. Cuando mi mano cae sobre su lomo color púrpura echa la cabeza hacia adelante, y tiembla de tal modo que sus alas hacen un ruido semejante al de la lluvia cayendo sobre una tienda de seda. Mi corazón salta de tal forma que debo saltar con él o perderlo, y con un único envión me planto sobre su lomo, y aprieto mis rodillas contra sus flancos. Es tal mi gozo, que lanzo un grito que rivalizaría con el suyo, y que está lleno de la alegría del terror. Lo espoleo y le doy un puñetazo que me estremece hasta los huesos, y antes de que pueda pensar en nada, veo que ha abierto las alas, que todo su cuerpo se adelanta, que...

Y parece que el salto no fuera a acabar nunca, cada vez vuela más rápido, y cada vez sube más, como escalonando cada avance con su salto, y nunca una cabalgadura ha resultado tan extraña a un caballero. Solamente el brillo del anillo encantado me convence de que no estamos a merced de un encantamiento puesto que por más que nos acerquemos al sol en nuestro vuelo, el aire no se torna más caliente, lo que me resulta curioso. Al contrario, el aire límpido sé torna frío como los hálitos que escapan de las puertas de la perdición.

Pienso en la pobrecita Bradamante, y miro hacia abajo, pero ahora ya no la veo, deglutida por ese lugar indeterminado que se halla entre la neblina y el horizonte; En

realidad y por lo que a mí respecta, bien puede quedarse allí. Me encojo de hombros pero veo que no puedo desprenderme de la imagen de su cara, y eso me parece muy extraño, puesto que no sé qué es lo que merece recordarse. Veamos Rogero, ¿no te ha cautivado?

¿Cautivado? ¿Con qué?

No, no puede ser. Tiene que estar relacionado con alguna otra cosa, con algo enterrado en todo el mosaico de nuestro encuentro. ¡Ah! ¡Ya sé!

Atlante no está muerto.

No es que me importe demasiado, puesto que un Atlante lejano es para mí igual que un Atlante muerto. Pero un Atlante que camina por el prado, destruidos sus encantamientos, privado de su coraza y de su cabalgadura, y seguramente, ayudado a ponerse de pie por la pacífica autora de su ruina que le alarga sus macizas y poco femeninas manos... esto es otra cosa.

¡Pero, bien! La mala pécora de astuta lengua seguramente lo tendrá tan envuelto en una discusión, para el momento en que haya recobrado totalmente la conciencia, que se olvidará de enojarse. Bradamante posee la más poderosa de las debilidades; ataca con el arma irresistible de su falta de defensas, inmoviliza al enemigo rindiéndose, y finalmente se sienta sobre la débil resistencia que éste pueda ofrecer, terminado de vencerlo gracias al enorme peso de su pasividad. Ciertamente, no tengo que preocuparme por Bradamante.

Pero el anillo brilla nuevamente, y me doy cuenta de que me he llevado lo único que podía defenderla, dejándola a merced de su atacante. Ciertamente que no es forma de agradecerle el favor que acaba de hacerme.

Pero ¿qué otra cosa podría hacer un caballero, un caballero de verdad?

Lo que podría hacer, me digo con amargura, es volver a encontrar su espada, y no andar jugando con un hipogrifo, por hermoso que fuera. No eres un caballero, Rogero. Aún no, esta vez tampoco. Recupera tu espada venerada, en cuyo acero se han ido a incrustar tus promesas, y sólo entonces tendrás el derecho de llamarte caballero.

A buscar la espada, y luego se decidirá sobre la doncella. Piensa en tu destino, que está con ella y que significa hundirse en mansedumbre hasta que me encuentre blando como el pan que se sumerge en la leche... ¡no! ¡Por el corazón del fuego del más horrendo pozo! Buscaré mi espada y me forjaré un nuevo destino.

No encuentro riendas, y entonces recuerdo que el mago gobernaba su cabalgadura con palabras. Bien, mi bello bruto. Llévame de vuelta allá. Y dentro de mí, una vocecita me susurra: Te engañas con lo de la espada: lo que te lleva de vuelta es la casa de la muchacha.

—¡No! —digo gritando— ¡no me tendrá! Que la salve su Rey de reyes. ¡Es Su responsabilidad, no la mía! —Y espoleo mi cabalgadura, mientras le digo—. ¡Llévame otra vez por donde veníamos!

Pero el hipogrifo apenas si se estremece y sigue por el mismo camino, puesto que esas no son las palabras mágicas.

—¡Vuelve! ¡Vuelve! —digo ahora, rugiendo. Hundo mi puño en la raíz del cuello, ya que esto es lo que puede hacer tambalear a un caballo—. ¡Mula! —le grito—. ¡Haz girar tu estúpido esqueleto antes que ate una soga alrededor de tu cuello!

Entonces la cabeza de águila se vuelve hacia mí, como la de un buho, mientras que los ojos sin fondo me echan una mirada escudriñadora. Lentamente abre el pico para que pueda apreciar sus dos bordes cortantes. Como un animal ciego, la lengua se mueve, buscando y agazapándose en su sitio. Este sería un adversario capaz de enfrentarse con un soldado. Sin embargo, el miedo es una ayuda sólo hasta cierto punto, y yo me hallo mucho más allá.

—¡Vuelve, aborto monstruoso, antes de que te arranque el cuerno y con él te saque los ojos! Maldita sea la sangre de tu madre mestiza, y... —Entonces me tira un tremendo

picotazo, que hubiera sido capaz de matarme instantáneamente, si no fuera porque pasa a pocos centímetros de mis piernas, y me veo lanzado al aire, sin más heridas que en mi amor propio, mientras surco el aire por encima de la bestia. Giro como una lanza rota, o bien la tierra me persigue dando vueltas, mientras los rayos del sol danzan alrededor. Veo las gloriosas alas desplegadas debajo, demasiado pequeñas y demasiado lejos; ahora las vuelvo a ver más cerca, una y otra vez, hasta que alcanzo y me aferro a algo. Clavo las uñas y flexiono las piernas mientras el hipogrifo se hace a un lado, tratando de evitarme.

Me cubro los ojos y grito, grito hasta que mis tendones no pueden más, lloro y grito hasta que se escandalicen todos los pajarillos de todos los bancos que hay desde aquí hasta Brookline. Acepto mi destino. Me casaré con esta monjita marrón si ella me quiere, y ejecutaré, para su Dios, todas las gracias perrunas que a él se le antojen, pero por favor, haz que este hermoso, magnífico y honrado hipogrifo me salve. ¡Oh! me tiraré de espaldas sobre un andamio, para pintar murales dedicados a Ti, Señor, y te prometo que jamás volveré a darle un puñetazo en el ojo, si me mandas una nube, o un águila, o un paracaídas o un helicóptero... Oh, ¡rábanos! ¡qué momento para que él pierda la cabeza y se transforme en mi otra vez! Me pregunto si sabrá que, donde está, este cambio no le va a dilatar la caída. Debajo de mí, veo la tierra moteada que persigue un cohete lanzado hacia el sol... ¡Uy! Giles, chico, no cierres los ojos a menos que no tengas remedio...

—¡Hola!

Entonces aparece en el área de visión un pilluelo, y una versión femenina de él mismo, con grandes ojos asombrados y mejillas tiznadas.

—¡Señor!, ¡Señor! ¿Está bien?

La vocecita más pequeña contesta:

—¿No te das cuenta que se está muriendo?

—No se preocupen por mí, chicos —les digo—. Me acabo de caer de un hipogrifo.

Me doy cuenta de que estoy de rodillas y trato de ponerme de pie. Entonces descubro que mis manos parecen pegadas a la verja donde me sostengo. Me quedo inmóvil y asombrado mientras me miran, sintiéndome muy tonto. Concentrándome, logro que mis dedos comiencen a moverse. Finalmente libero primero la mano izquierda, luego la derecha, moviendo los dedos uno por uno. Me enderezo y me quedo mirando las manos mientras las muevo.

—No se está muriendo —dice el niño, en tono extraño.

La pequeña agrega, a la defensiva:

—Ahora no sé, pero antes sí.

Sus ardientes deseos de que así fuera se hallan en toda su imaginación.

Me da la impresión de que veo pasar un rayo de sol, pero trato de pasarlo por alto.

—Bueno —les digo— procuraré hacer mejor las cosas la próxima vez —y les doy algo de dinero, no sé cuanto pero debe de ser bastante, porque se van corriendo.

Me apoyo en la verja, tratando de mantener mis temblorosas manos lo más lejos posible, y miro del otro lado de la calle. Las agujas del reloj no se han movido, y ahora veo a la señorita Brandt, que había aparecido en la puerta cuando mi cerebro comenzó su loca carrera, y que se detiene en el pórtico, mientras la puerta se cierra detrás de ella. Dos o tres segundos. Dios mío, ¡qué forma de vivir!

La señorita Brandt mira hacia uno y otro lado de la calle, baja los escalones y se dirige hacia la derecha, donde se halla la estatua del Alcalde. Cuando ha desaparecido, vuelvo a dirigirme al Banco, y apoyado en la misma mesa escribo otro cheque. Se lo llevo al lugar donde se halla encerrado el hombre de la expresión feroz. Lo toma y lo da vuelta con el mismo ademán que ha hecho el señor Saffron, y que tal vez yo deba aprender algún día.

—Debe hacerlo inicialar —me dice, así es que vuelvo a dirigirme hacia el lugar donde se halla el señor Saffron, y me quedo parado frente a su pulido escritorio hasta que levanta los ojos hacia mi cara y vuelvo a ver el reborde rosado de su carne que cruza y

bordea la parte superior de sus párpados entrecerrados. Me doy cuenta de que desapruueba toda mi persona hasta llegar al éxtasis, lo que interpreto como una verdadera amabilidad, porque nos hace sentir importantes a los dos. Dejo que el cheque caiga hasta donde está, y entonces lo mira, lo da vuelta, lo vuelve a mirar y gruñe.

—Muy bien, señor mmmm —me dice, y escribe algo en él con su lapicera. Tomo el cheque, y no me muevo de donde estoy.

—¿Y bien?

—Quiero saber de quién es este dinero.

—Suyo —me dice, recortando los márgenes de las palabras como si no deseara pronunciarlas enteras.

—Sí, pero...

—El depósito está a su nombre. Creo que eso será suficiente para usted.

Miro el cheque.

—¿Hay más dinero?

Veo que la cosa lo ofende, pero lo impresiona.

—Sí —me contesta.

—¿Mucho?

—Más de lo que puede gastar hoy —replica—. O en semana.

—Y bien, maldición. ¿Cuánto?

Hace un ademán con sus manos de color rosa pálido, que quiere significar, me parece, esta no es una cuenta como otra, y le gustaría hacer algo para remediar tal irregularidad pero no puede. Finalmente me dice:

—Esta será la única chequera que se le entregará. Fuera de tal requisito, no parece haber... límites. Y ahora me perdonará, pues tengo mucho que hacer, señor Esteemmmm —y sigue enfrascado en sus papeles.

Bien, ya he preguntado lo suficiente como para darme cuenta de que no me responderán más. Vuelvo a la jaula y le entrego el cheque al hombre feroz.

—La mitad en billetes de cien, y la otra mitad en billetes pequeños.

Emite un bufido largo o un suspiro corto, se cerciora de qué las rejas que nos separan estén bien bajas, sale por la parte de atrás con una llave y está afuera un largo rato, pero ahora no me importa. Vuelve con una bolsa. Comienza a sacar fajos de billetes, luego de haber abierto la reja, me los pasa. Meto los sesenta billetes de cien dólares en mis calcetines, pues tienen buenos elásticos y son bien altos. Los sesenta billetes de cincuenta pueden ir entre mis prendas interiores y mi barriga, si bien hay que decir que abultan bastante. Luego me paso un rato acomodando los ciento ochenta de veinte y de diez en los bolsillos del pantalón. Para entonces ya estoy abultado como un almohadón al que sacan de la lavadora. La cara feroz me dice:

—Se va a encontrar en un lío si lo ven que lleva tanto dinero —y me parece que es más un deseo que una advertencia.

—No —le respondo— no lo creo. Piensan que estoy loco, y nunca se sabe lo que un loco puede hacer.

—Lo digo en voz bien alta, y todos los que me están mirando dejan de chismosear para hacerme lugar cuando paso.

—¡Un momento! —oigo que me llaman, y el hombre aprieta algunos botones de una máquina. Unas monedas bajan rodando por una rampa, y caen haciendo un ruido metálico—. Aquí tiene sus veintiocho centavos.

—Guárdelos —le grito desde la puerta, y me voy sintiéndome muy feliz. Toda mi vida he deseado darle veintiocho centavos a un pagador de Banco, que no se los mete en el bolsillo por el bien de su alma, porque no tiene un lugar en su libro de cuentas para ellos.

Caminando por la calle encuentro una tienda para hombres muy grande y linda, con letras pequeñas en la puerta, y una vidriera llena de trajes de colores sombríos, que no

hacen arrugas en las mangas. Los inspecciono hasta que encuentro uno que tiene muchos bolsillos, entonces entro.

Adentro parece una iglesia, pero una alfombra cubre el piso de pared a pared, y los únicos estantes que veo son unos que están unidos a unas columnitas de caoba. En uno se ven sujetadores de corbatas y de cuellos, en otro cuatro corbatas de seda, pintadas a mano. Me fijo en el primer estante. Cada cajita de terciopelo tiene una humilde tarjetita que pone: \$ 200 cada uno, \$ 850 el juego. Quiero pasar a ver las corbatas, pero entonces aparece un hombre alto, que lleva en la solapa un clavel artificial, saliendo desde atrás de una palmera que crece en un tiesto. Entorpece mi camino, de forma tal que tengo que detenerme o derribarlo.

—¿Qué es lo que desea? —me dice, y el tono de su voz revela que está bastante molesto. Le hablo del traje de la vidriera.

Se ríe con toda la boca.

—Ese es un traje de trescientos dólares.

—Bien, tráigamelo.

—Estoy seguro de que no tenemos su número —me informa, echando una mirada despreciativa a mis pantalones manchados por la pintura.

—Lo arreglaremos, entonces —le contesto— no se haga el tonto y atiéndame correctamente.

—Me temo que...

Entonces empiezo a alzar la voz, y veo que retrocede llamando:

—Señor Triggle, ¡Señor Triggle! y de alguna parte (tal vez de detrás de otra palmera, en otro tiesto, ya que parece haber bastantes por aquí) sale otro hombre, en un traje funerario como el del primero, sólo que éste lleva un clavel de verdad.

—A ver —dice—. A ver, ¡a ver! ¿Qué pasa aquí?

—Ustedes venden, yo compro —le espeto—. Sólo que él parece no pensar así —y señalo al del clavel artificial.

El del clavel artificial le informa.

—El caballero —y el tono con que lo dice lo hace sonar como una mala palabra— pregunta por el traje Von Hochmann, que tenemos expuesto en la vidriera.

El del clavel de verdad comienza a decir, con voz magnánima.

—Bueno, hombre, me temo que se haya equivocado... —entonces le pongo un billete de veinte dólares en la mano. Lo mira, el otro también lo mira, y entonces les pongo un billete más a cada uno.

—Tráiganme el traje.

—¿Desea pasar al probador? —dice ahora el del clavel de verdad, y parece mentira que sea el mismo tipo. Estoy seguro de que no tiene la misma voz—. Tenemos un surtido muy amplio de...

—No quiero un surtido. Quiero el traje de la vidriera. Ese mismo maldito traje, y no algo parecido.

—Oh, pero podríamos mostrarle un traje que... que no tengamos que sacar de la vidriera...

Entonces les vuelvo a dar veinte dólares a cada uno.

—¡Sí señor! —dice el del clavel artificial, y se zambulle hacia la vidriera.

—Una vez que se haya usted probado el traje, podría mostrarle algunas corbatas, y tal vez alguna prenda de casimir inglés, ¿verdad? Algo hecho a mano, bien fino... sí...

—No, no, no. Ya tengo una camisa —señalo la parte superior del pijama. Esto lo hace callar, sin que cambie de dueño otro billete.

El otro hombre aparece ahora con el traje, y desfilamos hacia el probador que parece, más que nunca, una dependencia de una funeraria, sólo que más grande. Los dos hombres se quedan en medio del cuarto, frotándose las manos, mientras paso a un lugar separado por una cortina, para ponerme el traje. Los pantalones tienen los bolsillos

cosidos y la chaqueta me ajusta demasiado. Salgo de atrás de la cortina, y los dos caen sobre mí como Hansel y Gretel sobre la casita de mazapán. Cuando se ponen a medir los pantalones se dan cuenta de que todavía tengo los viejos debajo. Los hago callar con cuarenta dólares, antes de que empiecen a protestar.

Cuando han terminado de hacer marcas con tiza y de colocar alfileres, quieren saber para cuándo espero tener el traje.

—¡Ahora! —grito, y antes de que puedan siquiera balbucear—. "Pero es que...!" —les vuelvo a dar dinero—. ¿Cuántas personas tienen en el taller de costura?

—Ocho, señor.

—Muy bien —les digo, dándoles ocho billetes de veinte dólares— páseles esto, y que se pongan a trabajar en el traje. Les doy nueve minutos.

—Sí señor, —y el del clavel de papel sale corriendo, con la respiración agitada.

El otro me pregunta:

—¿Así que usted trabaja en el cine?

—Yo no he dicho nada de eso.

—¡Ah! ¿Petróleo, entonces?

—No, nada de eso. Fabrico ropa de mujer. Acabo de lanzar una línea de faldas con estampado de sombrillas y teléfonos. Tal vez haya visto algunas.

—Estee... no creo haberlas visto.

—¿Qué? ¿Y me dirá que tampoco vio jamás un "slip" freudiano?

—Perdón, pero... —luego de eso se calla y no me quita los ojos de encima.

No tienen el traje listo a los nueve minutos. pero sí a los once. Tan pronto como aparece el vendedor, con el traje al brazo, me apresuro a decirle:

—¡Caramba! Me olvidaba. Quiero que la manga derecha la acorten tres octavos de pulgada más que la otra.

Su mandíbula casi se desencaja por la sorpresa, pero el del clavel verdadero le dice:

—Cumpla la orden, Hopkinson.

Y el otro vuelve a salir con el traje, mientras yo me apresuro a seguirlo. Llegamos a la puerta del taller al mismo tiempo. La abro y veo un cuarto mal arreglado pero bien iluminado, con dos mujeres de edad, y seis viejos adentro.

—¡Pero señor! No se puede...

—Cállese y déme el traje. No quiero que me acorten la manga, simplemente quería ver a esta gente. Escúchenme —les digo— ¿este hombre les dio dinero, éste del clavel artificial?

Toda esa pobre gente se queda mirándome como si no me comprendiera, y finalmente alguien repite:

—¿Dinero? —Y entonces menean la cabeza y se encogen de hombros.

El del clavel de papel todo sonrisas almibaradas se apresura a excusarse:

—Señor, iba a hacerlo ahora, que veo que el traje ha quedado bien —así diciendo saca del bolsillo los ocho billetes de veinte.

—Claro que sí, sinvergüenza —le digo mientras le arranco de la mano los billetes. Entonces, guardándomelos en un bolsillo, saco los de a cien y reparto uno a cada uno de los viejos.

El del clavel verdadero asoma la cabeza, y yo me apresuro a advertirle:

—Más vale que saque a éste de adelante, porque sino me temo que va a pasar algo que ni siquiera mi dinero va a poder arreglar.

La flor de papel desaparece.

Vuelvo al probador, y ahora me quito los pantalones viejos. Guardo el dinero en los bolsillos del pantalón y de la chaqueta (tiene catorce bolsillos) y termino de vestirme. Le doy al clavel trescientos dólares y mis pantalones viejos.

Quédese con ellos. Pienso que le van a sentar bien. —No puedo dejar de admirarlo. Está profundamente desconcertado, pero camina como un obispo en día de coronación

cuando nos dirigimos hacia la puerta. No deja de doblar y alisar mis pantalones, cosa que no había ocurrido desde que los traje de lo de Kresger, hace dos años. Finalmente cuelgan lacios de su brazo. Al llegar a la puerta la abre para que pase y ¡Dios mío! me hace una reverencia.

—Muchas Gracias, y vuelva pronto, señor Freud.

Ya casi se ha hecho de noche, es hora de comer. A la vuelta de la tienda hay un restaurante que, según he oído, solía ser un establo. Cuando me hallo cerca de la puerta me encuentro con una blanda pared de casimir marrón y dorados botones. Retrocedo y me fijo mejor, y no es una pared, sino la proa de un portero tipo comodoro. Creo que tiene dos metros y medio de altura descontando el sombrero.

—Lo siento, señor, pero no puede entrar así.

Parece que el traje consigue que me llame señor, pero no que ponga cortesía en la voz.

¿Así cómo?

Alzando una mano que parece una pelota de tamaño grande, se toca la nuez de Adán. Yo me toco y siento solamente la parte superior del pijama.

—¡Oh, la corbata!

—Oh, —repite, imitando mi voz—, la corbata.

Siento impulsos de asesinarlo cuando veo que se burla de mí. Esto es peor que cuando Rogero llamó al hipogrifo.

—Bien, usted no se había dado cuenta de que no llevo corbata.

Inspira sacando pecho. Lo veo alzarse como una prensa hidráulica.

—Sí que me di cuenta de que no lleva corbata —dice, aún imitando mi voz. Y no lo hace mal ¿saben?

—¿Está seguro? —le pregunto, mientras saco un billete de veinte dólares.

—Bueno, digamos que pude darme cuenta con un ojo —me retruca, con un tono de voz nuevo, que no es la mía, y que tampoco es la que antes me llamó señor, pero que parece ser más la suya propia. Le doy otros veinte, y me deja pasar.

En la puerta interior me espera otro hombre, muy bien vestido, con frac y esa magnífica cabeza que puede verse en los retratos de los vestíbulos de los colegios, el cuadro del antiguo rector. Con un gesto de la cara siento que hace conmigo lo que hace el señor Saffron con los cheques; me estudia, me da vuelta y me iniciala para que la gente de adentro se comporte en forma absolutamente correcta. Debe de ser todo un problema, con mi traje nuevo, los zapatos usados y la cara sucia, y creo que se preguntará cómo fue que el portero se dejó pasar, pero si todo eso lo preocupa no lo demuestra.

—Buenas noches, señor? —me saluda, y su tono tiene la profundidad de unas de esas radios de consola que fabricaban en los años treinta que, cuanto más dinero se tenía, más profundamente se sentía golpear a los bajos—. Por aquí, por favor.

Lo golpeo en el codo:

—¿Le molesta que no tenga corbata?

—Bueno, pues... no señor.

—Sí, creo que le molesta. —Entonces saco un billete de cien dólares, lo pliego a lo largo con todo cuidado, saco otro de cincuenta, lo pliego también, y lo enrosco una vez alrededor del de cien. Tomando los dos extremos plegados los abro en forma tal que tengo una corbata, atada en el centro. El se ha quedado parado mirándome, como si todo el mundo hiciera algo así—, Ahora présteme el alfiler de la flor que lleva en el ojal. —Me lo da, y no elude el hacer una cortés reverencia, desde la cintura. Prendo el lazo recién formado de la parte de arriba de mi saco del pijama—. Una corbata. ¿No es verdad que está bien?

—Muy correcta, señor.

—Ya me parecía que le iba a gustar. —Me la quito y se la doy—. Quiero una mesa para ocho. La mejor.

—Sí, señor. Inmediatamente. —Se retira, presuroso. Lo sigo y veo una mesa grande y redonda. Quitada de ella un cartelito que dice "Reservada" y me hace sentar—. ¿Cuándo espera al resto de los invitados? —me pregunta.

—Yo soy el resto de los invitados.

—Muy bien, señor. ¿Qué va a beber?

—Brandy. Doble. Ese que solamente usted sabe que es el mejor que hay.

—Tengo exactamente del año adecuado. ¿Agua? ¿Soda?

—Yoghurt —le replico—. Mitad y mitad.

—Muy bien, señor.

Me tomo eso con un emparedado de hígado y avena, y luego "crepes Suzettes" con una salsa hecha (por cuatro hombres, en tres carritos brillantes) de frutillas salvajes y ¿saben? cuesta ochenta y cuatro dólares comer aquí.

Me quedo mirando el programa de números de varieté, y de paso miro a los que miran. También pienso qué es lo que voy a hacer con más dinero del que puedo gastar. Pienso que me voy a quedar aquí hasta que sea demasiado tarde como para conseguir un taxi y que luego voy a alquilar una lancha fabulosa. Le dejaré al propietario, como depósito, el doble de su valor, y luego la hundiré sin que él pueda saber jamás que fue lo que sucedió. Me compraré dos islas y construiré en ellas dos mansiones. En una fingiré ser un defensor de la decencia, mientras que a través de una agencia, alquilaré todo menos la casa a una colonia de nudistas. La otra isla la llenaré de más defensores de la decencia, mientras que yo me pasearé desnudo. Me voy a comprar el arpa de Thomas Moore y voy a adicionarle un micrófono con una caja de música que toque alguna melodía tonta a doble tiempo durante cuarenta minutos si alguien la levanta. Voy a enseñar a un hombre a fascinar a una multitud hambrienta, como lo hace Huey Long, o a atraer el fervor de una masa asustada, como Joe McCarthy, los dos juntos, y cuando se haya hecho cargo de las cosas, bajaré un interruptor y todos van a volverse tan dulces, pobres y fuertes como Jesús de Nazareth. Y le daré a cada jovencito una tarta manchada por las manos, y a cada muchachita un orgasmo totalmente nuevo para aplicarlo a los sundaes, a los convertibles, a los vocalistas de cara prominente y a los lazos para los zapatos. A Bradamante le daré un lápiz de labios transparente, para que pueda sentirse mujer sin que se vea que se ha pintado, y para Atlante (pobre hombre rico) la realización total de un indestructible destino.

—¡Mira! ¡Mira! Allí, sola, con una débil vela que la alumbraba desde la mesa, se halla la más hermosa muchacha que haya jamás visto. Su cabello es como arena suave, largo, fino y espeso, sus ojos y sus pómulos interactúan con la delicadeza especial de los euroasiáticos. Las alas de su nariz, tan delicadas, parecen pétalos, y se mueven imperceptiblemente, como el aleteo tímido de las flores, y sin embargo dejan ver que respira levemente, mientras se mantiene quieta, quieta, quieta, y pienso que sin duda es la mujer más triste del mundo, puesto que de otra forma su boca no estaría tan inactiva, ni sostendría la cabeza con esa inclinación especial, ni dejaría abandonados los hombros y olvidadas las manos. ¿Está acongojada por la soledad, consciente de que nunca encontrará a alguien como ella? ¿O habrá sido herida por algún insignificante ser, y no puede comprenderlo?

Hago un ademán y la consola obsoleta con cara de decano se desplaza hasta donde estoy.

—¿Quién es?

—Averiguaré inmediatamente, señor.

—¡No, no lo haga! —explota—. Por favor, no lo haga. (¿Por qué no?).

—Muy bien, señor —y como si se diera cuenta de mi aflicción—. No lo haré.

—¿Por qué está tan triste? —Y no me he dado cuenta de que he hablado hasta que me responde—. Creo que ha sufrido una desilusión, señor. Hace mucho rato que está

sentada allí, sola. —Se me acerca un poco, como para añadir importancia a lo que va a decirme—. Creo que es muy joven, señor.

Y pienso que me doy cuenta de lo que quiere decir. Tal vez quiere decirme que está asustada, pero no puede sugerir que exista algo así como el miedo, en este lugar tan cargado de dinero, del cual él forma parte.

Miedo... hay miedos y miedos, siempre depende de los propios orígenes y de la escala de valores que se posea. Seimel, que caza tigres con una lanza, enfrenta la muerte sin temor, mientras que conozco un hombre que se aterroriza por el ruido de una llave en una cerradura. ¿Quién podrá decir si el miedo es grande o pequeño, o si no tiene importancia ser una muchachita que no se atreve a levantarse de una mesa porque no tiene dinero para pagar la cuenta?

—Bien, deje que se vaya. Yo pagaré lo que haya gastado.

—Si, señor. —Deja traslucir, como si fuera una partícula alfa, que no está en desacuerdo—. ¿Desea usted que le lleve su tarjeta?

—¡Oh, por favor no! —Otra vez la simple posibilidad de que nos conozcamos me perturba—. Dígale solamente que pasó volando un hipogrifo.

—Bien, señor —agrega, sin perder la calma, y sin manifestar emoción alguna se desplaza silenciosamente sobre sus invisibles rieles.

Espero y espero. Veo entrar un abrigo de chinchilla que va a volar sobre alguna silla próxima, justo debajo de una luz; y una cara regordeta se ríe demasiado alto, el trombón, parte de un conjunto, me sigue ofreciendo la nota exacta para la inexpresable soledad de una muchacha, y para lo que yo siento, mientras el hombre del carrito lo empuja diestramente y remueve una cuchara de plata en el calor puro y transparente que surge azulado de la sangre burbujeante de la salsa de frutillas en tanto que, como si fuera por accidente, la fina cabeza del decano se agacha para hablarle a la joven.

Su cara, cuando mira hacia arriba, me ciega por un momento. O tal vez sean mis lágrimas. No irradia felicidad, y pienso que alguna tremenda pena se halla arraigada profundamente en los finos huesos de esta muchacha. Pero se produce un cambio que permite que las manos se recuerdan otra vez, y que la boca vuelva a vivir. Tal vez sentía temor, y al extirparlo, la escisión obró maravillas, tal como sucede con los perros, con los humanos y pienso que también con las naciones.

Y así sucede que vuelve la cabeza, alejándola de la tristeza, y cuando lo hace no puedo a menos de retener el aliento. En la textura nocturna de su cabello hay una banda de plata, del tono, la frialdad y la distancia de la luna de invierno. Ningún otro color daría con tanta precisión la idea de la melancolía interior, y no creo que nadie pudiera traslucirlo tan correctamente como esta muchacha.

Vi entonces imágenes cinematográficas de un lirio floreciendo, abriendo sus pétalos en cuestión de segundos, y como si fuera a abrirse y a estallar, ella se levanta y echa hacia atrás el cabello. Una ráfaga de una telaraña se escapa, reluciendo, y ella pasa. Veo un pájaro morir en el hueco de mi mano, fijos sus abiertos ojos de cristal. Permanezco sentado y no he cambiado; salvo que algo se me ha escapado desde adentro.

Invocaré a Rogero, para escapar de esta tumba hacia el terror. No pienso esperar que me lleve hasta él. Es mejor sentirme caer por un cielo reluciente, con alas que se agitan rabiosamente encima de mi cabeza, y una desconcertante quietud abajo, que estar aquí sentado en las redes de mis locuras. Los desvaríos son sólo sapiencia parcial, demasiado arraigados como para ser aceptados por los esfínteres de la mente, y esta es la adivinanza de la Esfinge. Giles, el sin pinceles, el ex pintor es, cuando se consideran las cosas con lucidez, mucho más sabio que Rogero el Sin Espada, ex caballero. Pónganme en un hipogrifo sin una licencia de conducir y no me voy a echar atrás con las riendas y a gritar "¡Atrás, pardiez!" Sino que comenzaré a apretar botones y a pisar pedales, mientras veo que pasa hasta poder meterme en el vehículo de alguien, cuesta abajo. Y si las palabras son riendas, cuerda, empuñadura, las probaré todas hasta tener un "¡Bien!" para

él, y un '¡Ya!' para él y, por sobre todo, un grande y ruidoso "¡Arre!" Pero bien, Rogero es un tonto, y bastante más sano que yo, por lo que podría decir que está más sano. Sus incertidumbres están menos bien fundadas en los hechos que las mías. ¡Zuummm! ¿Es eso el caliente y suave ardor del brandy, o el sol que pasa a mis pies? ¿Las formales palmas que escucho son el aplauso para la orquesta, o el ruido del viento que silba al pasar a través de las alas de la bestia que encabritada, se halla sobre mi? Sujétame, buen caballero, y moriré feliz contigo, libre de ambos mundos insoportables. Aquí estoy, rodeado por el crepúsculo, apoyándome en un viento huracanado, plinto sobre el cual giran la tierra y el esquivo sol. (Si realmente estás suspendido, ¿por qué es que la tierra, con sus grietas, parece más cerca cada vez?) ¿Por qué no habré muerto a merced de arrebatos insensatos, como Bradamante, desafiando los poderes del infierno, y no en esta forma absurda, en penitencia por las exhalaciones tontas de mi inútil boca, humillado mientras grito como un esclavo apaleado. (Camarero, tráigame una orquesta para que toquen algo alusivo; he caído de la Gracia, que es un hipogrifo) Oh, reluciente belleza ¿no podrás perdonarme mi temperamento y mi lengua? ¿Cómo podrás recordarte los momentos pasados en las rampas del castillo de Atlante, cuando te alejabas danzando como un compañero? Aquel era Rogero, mi buen hipogrifo, y no el tonto ensoberbecido que te ofendió. Pero, bien; no rogaré más; ojalá que puedas escapar a tu conciencia y obres de otra forma que yo, cuando dejé mi espada y mi destino con Bradamante.

Y aquí viene, todo alas, echado hacia atrás, más ligero que el viento, para lanzarse hacia abajo más raudo que mi caída. En verdad que es veloz, se desplaza rápidamente hacia un lado y el sol sigue sobre mi cabeza, mientras veo que las montañas cambian como la arcilla en el torno del alfarero. Las alas del hipogrifo están completamente abiertas y se mueven con poder y soltura, una vez más lo veo, y una vez mas lo oigo, pues está gritando y gritando... ¡Por todos los dioses! ¡Ese grito habla de terror! Mas luego el grito de paso a la risa. ¡Ah! Se burla, se burla, el hijo de... de un poderoso grifo y de una yegua de raza, la más bella de las criaturas. Ríe, hipogrifo, ríete de mí, pues es tu privilegio; déjame morir pues estás en tu derecho.

Otra vez ruge su humor; mueve las alas: una hacia arriba, otra hacia abajo, rodando como una golondrina en el cielo de verano, y mientras caigo sobre él, se halla de espaldas como un nadador, y me recibe, oh, ¡bendito y angélico hipogrifo!

Me cuelgo de sus espolones como si fuera una lagartija, siento que los ojos se me salen de las órbitas por la presión y la fuerza de su ascenso, pues debe ascender, ya que para recogerme ha tenido que llegar hasta la altura de los árboles, y las montañas de alrededor nos dominan. Si hubiera esperado la décima parte de un latido del corazón, ya no me hubiera podido salvar. No hay duda de que rebosa de confianza en sí mismo, y de que tiene un cruel sentido del humor.

Ahora me lleva hasta su pico; veo sus ojos y oigo el rugir de su risa. Como un cachorrillo cautivo pido que se me ponga en el suelo; y si tuviera una cola la menearía para que me tuviera lástima, O bien gemiría, si pensara que puede oírme.

Gira la cabeza y la baja, mientras me toma de la cintura con el pico. Me levanta, me da vueltas para que mi cabeza quede abajo y mis pies arriba, y finalmente me larga, despatarrado, sobre la silla que lleva en el lomo. Al ver lo poco airoso de mi postura me endereza, mientras yo trato de colocarme bien sobre la montura reculando como un bebé, torpe por el miedo que siento. No me suelta hasta que estoy firmemente sentado, y llego a pensar si, por hacer una broma, no me cortaré en dos cuando vea que me siento a salvo. A través de mis nalgas siento la vibración de la risa que le causo, y aunque me muerdo los labios y bajo la cabeza, no puedo escapar a su burla.

Ahora dejamos atrás las montañas. El mar es un espejo y el cielo tiene el color del mar, así que, donde se tocan no se forma una línea, y puedo imaginar que el cielo que nos rodea es un universo sin Tierra. Otro giro y ahora todo lo que nos circunda es mar, por arriba, por encima; mi hipogrifo y yo somos los únicos habitantes de un universo de agua.

Y entonces llegan hacia mí, como un mensaje extraño, las palabras exóticas e insignificantes, un "¡Bien!" y un "¡Ya!" y un "¡Arre!" y cada una lleva el sabor nasal de Giles y del humo en su boca. Entonces susurro "¡Bien!" y mi hipogrifo da vueltas. "¡Ya!" y retoma el camino previo... puedo montarlo, volar en él. ¡Es mío! ¡Es mío!

Pero mía también es la humillación y el sonido de su risa, crepitante como la conciencia. Hacia adelante está el mar, a través de él, las aventuras. Hacia atrás, las montañas, mi espada, mi deber, mi deuda y una doncella desarmada. Mi montura se mantiene en silencio, expectante, "¡Arre!, entonces, y llévame a enterrarme en mi destino" le grito, y veo que se vuelve para acortar la distancia que nos separa de la costa, con un solo gesto de su dorada mandíbula. Me lleva hacia mi magro futuro. ¡Pues bien! magro o no, rumio en mi pensamiento, soy un caballero que no será hecho a un lado. Vuelo a mi espada, a la reconquista de mi honor, a...

Abajo veo una mancha blanca que distrae mi atención. "Arre" grito otra vez, con todo mi corazón, y el hipogrifo vuelve a reír rugiendo, mientras su risa levanta blancas crestas de las olas espumosas. Y hacia abajo vamos, envueltos en bramidos de carcajadas bestiales, precedidos por su resonancia que luego nos envuelve e inunda al huracán de nuestro descenso. Hay un tono de risa para los caballeros sin espadas, para los deberes que se conocen pero que se olvidan; hay un eco mandado a hacer para la gratitud que se agradece con palabras pero que no se paga en los hechos, hay un sonido para el hombre que planea salvarse solo a pesar de tener tiempo para rescatar a una doncella en peligro o que pudiera plantar campanillas hipócritas sobre su memoria si hubiera llegado tarde, o si hubiera pasado por alto. Pero la más aguda, la más fría, la que resuena más con tono de águila, se reserva para el caballero que decía amar a su espada por los votos que le había hecho.

Tengo un momento para sentir rabia, otro para sentir vergüenza y mi torturado tiempo en que siento ambas cosas a la vez. Todo lo que necesito hacer para detener esta furiosa burla (y, ¿por qué no? para ganar el respeto de la bestia) sería espolear sus flancos para que me llevara a la montaña de Atlante, a Bradamante, a mi espada, al cumplimiento de mis promesas y al pago de mis deudas.

Y sé que con un movimiento de los músculos de mis piernas puedo apretar mis talones, que en mi corazón yace la humildad de aceptar la ensordecedora censura de la bestia y limpiar mi alma; lo sé, lo sé. Pero una vez más miro hacia abajo, y allí, encadenada a la roca, se halla una muchacha de tan maravillosa belleza que sólo puede compararse con el escudo que llevo en la funda... si bien hay una diferencia: el que mirare el escudo perderá la vista, más el que contempla a esta joven verá claramente que no puede vivir.

Mi cabalgadura desciende y da vueltas, hasta que encuentra un lugar para asentarse, en la roca batida por las olas. Aún antes de que esté completamente posada, salgo corriendo, tratando de no oír su risa y resbalando y trepando por la empinada pendiente. Me acerco a los grillos que la sujetan y me inclino hacia ella mientras cubro mis ojos del resplandor que no proviene de la luz sino de su belleza. La espío entre mis dedos y bebo la visión a tragos pequeños y temerosos.

Sus tobillos están cruelmente sujetos por los aros de hierro y la doble cadena que los ata. Una versión más pequeña hace lo mismo con sus muñecas esbeltas, y ella se halla firmemente sujeta a la roca, mojada por el mar y azotada por el viento.

Toco los grillos y las cadenas. Sujetas como están, pareciera que sería más fácil desprender la roca del lecho del mar que arrancar los hierros. Me doy vuelta, sin esperanzas en mi cara, luego de este examen. Encuentro sus ojos y el impacto me sacude. Caigo de rodillas e inclino la cabeza.

—¿Quién eres? —susurra ella al viento que brama.

—Rogerio, un caballero que viene a salvarte. ¿Quién te ha hecho esto? princesa. Porque seguramente tú eres una princesa.

—Así es —suspira—. Angélica de Catay, y naufragué aquí el mismo día que el oráculo de Ebuda exigió que la más hermosa doncella ebudana fuera sacrificada al dios inmisericorde. Pero como me tenían cautiva.

—¿Ebuda es esa ciudad que se ve en lontananza?

—Sí. —Me impresiona verla tan triste. Su voz puede oírse sólo porque su sonido es tan diferente. En realidad, es distinto que el sonido en sí—. Pero no vayas allí, buen caballero, pues son bárbaros que antes te destrozarían que permitirte reemplazarme por otra. Es mejor que sigas tu camino, llevándote mis bendiciones. Me temo que no tengo salvación.

—¿Morir de frío y de los ataques de las águilas del mar? ¡No, antes de dejarte prefiero morir contigo!

—No, no moriré como tú piensas. El fin llegará antes. ¿Conoces al monstruo Orc? — Sus ojos están calmos, dirigidos hacia el mar. Cuando el viento juega con sus cabellos veo que están místicamente marcados con una franja de fría plata, y no creo haber visto jamás algo tan bello y tan lejano como ese trazo de fulgor de estrellas.

—¿Orc? ¡Ah! Sí. La leyenda, la fábula para asustar a los niños. Es grande como una isla, y tiene escamas de hierro y enormes colmillos. ¿Te han encadenado aquí para que lo esperes? Ten por seguro que serán las águilas las que llegarán antes que ese ser legendario.

—Pero aquí viene —dice con toda calma.

Entonces se suceden dos cosas que no olvidare en el resto de mis días. Una que al hablar, sería y grave sus lágrimas fluyen y me doy cuenta de que he visto en ella una fuerza tan grande como su belleza. Si no fuera por sus lágrimas, podríase pensar que se halla en un jardín, rodeada por pacíficos ensueños, tal es su expresión. Al darse vuelta veo al monstruo Orc.

Doy un grito y aparentemente, deslizo mi anillo de oro en su dedo.

—Esto te salvará, ¡princesa! —Y en mi grito se va mi corazón, solamente de mí escudo pienso, y me tambaleo hasta donde se halla el hipogrifo.

Está preparado, con los miembros flexionados, listo para partir. Sólo he puesto un pie en el estribo, y ya levanta vuelo. El monstruo se acerca y salimos a su encuentro, cuando hemos volado lo que parece ser un largo trecho, todavía falta mucho para alcanzarlo. Se halla sobre nosotros, como las nubes de tormenta, se levanta más y más sobre las aguas, y es tan enorme que parece interminable, ciego y sin forma.

¡Ciego! Sin espada sin pica ni alabarda, sin hacha ni garfio mi única arma es la que deja sin vista, y contra ella el monstruo tiene la mejor defensa.

—Ciego, ¡es ciego! —y mi desesperación lleva mi angustia en un grito, que trato de convertir en un desafío, llegando al cielo para ir más allá de la criatura.

Y aún lo veo erguirse hasta que no parecemos más que una avispa sobre el lomo de un toro, hasta que la negra roca no es otra cosa que un mero apoyo para ese tremendo corpachón que se agita.

El hipogrifo, sin saber por qué, dobla las alas y caemos, hacia abajo y abajo, más allá de los acres de hierro fundido y ardiente. Ya no puedo pensar, y sólo intento mantenerme en la silla, durante el descenso interminable. Hasta mi primera caída, desde el lomo de la bestia, me parece ahora sin importancia. Entonces despliega las alas, y con un quejido trato de luchar contra la presión que ejerce mi jubón. Sin embargo, seguimos cayendo, pero ahora el hipogrifo modera la rapidez del descenso, controlándolo por fin.

Nos hallamos en una humareda pestilente, formada por vapor de agua y emanaciones malignas, en algún lugar entre el cuerpo de Orc y el peñón. Cruzamos, volvemos, doblamos, regresamos, cubiertos por el vapor y la espuma, empapados por el correoso y salobre barro. Por segunda vez en ese día me encuentro frente a frente con la muerte y el desprecio del hipogrifo...

Veo una vez más su cara, tal vez la última. Ojalá pudiera dar años de mi vida para ser capaz de leer en esos ojos brillantes e implacables. Pero dispongo de unos pocos

minutos. Levanto mi vista, casi sin esperanza, y veo que me acerca su brillante cabeza, hasta que toca la mía con una suave rudeza. Sin quitar sus ojos de los míos, emite un suave gemido, y veo que ha llegado el momento de dar la vuelta otra vez. Por unos instantes pareciera que no puede hacerlo, pero finalmente lo logra, laboriosa, galanamente. Con suprema tristeza veo que está cubierto de vapor y espuma, y que, como Pegaso moribundo en la sangre del dragón, no será capaz de resistir mucho tiempo. Ah, si pudiera saber lo que quiso decirme. ¿Quién podría? ¿Giles? Pero odio lo que fui y lo que soy...

Nuestras dos gargantas emiten un desafío, y el hipogrifo halla fuerzas para subir hasta dos o tres veces la altura de un hombre, sacudiéndose la humedad que le impregna las alas. Pasa cerca de la boca que se abre y se zambulle hacia la unión de la mandíbula, de donde parece luego emerger. Lo que creía una simple proyección de ella resulta ser un blando ópalo, brillante y vivo: el ojo de Orc, parecido al de una ballena. ¡Creo que el hipogrifo sabía, pienso que lo sabía!

Ahora ha podido recuperar velocidad, tal vez demasiada. Como si estuviera 'vivo, el escudo tiembla bajo mi brazo, se vuelve al sol, para pedirle uno de sus rayos, y lo refleja en ese ojo. Luego ya hemos pasado, inclinándonos peligrosamente. Una vez más el hipogrifo se sacude la humedad, y, trabajosamente se eleva. Una vez más recorreremos la larga distancia que separa los extremos de la enorme boca abierta, dirigiéndonos al ojo del otro lado.

Tal vez entonces la enorme masa de carne, tan pobremente sensible, pueda llegar a percibir el dolor de su ojo destrozado. Algo abominable se mueve en el interior del arco, y surge hacia arriba una gota de agua y de secreción. Veo cómo se elevan, cómo se curvan. Nuestras alas no sobrevivirán a esto, así que grito "¡Bien!", la suma total del terror y del odio a si mismo, de amor por el hipogrifo y por el encantamiento de Angélica, de odio, arrepentimiento, remordimiento. Su respuesta es instantánea y se sale fuera de control, se dirige pues a la costa mientras yo me afirmo en la silla, y al caer hacia el monstruo pateo sus flancos purpúreos con ambas piernas y toda mi fuerza. Y ahora, mientras caigo, miro debajo de un brazo, tratando de distinguir, aunque sea brevemente, el cuerpo de Angélica y a mi hipogrifo, precipitándose hacia el agua cerca de la línea de la costa. Una de las alas se eleva como una vela, y se hunde con la misma lentitud; su cuello, tan patéticamente delgado, sin el adorno del collar de plumas, se alarga hacia la roca, pero no la alcanza. Ha muerto por mi, y su risa ha muerto con él. ¿Sabes, tonto caballero, que fue lo que te dije cuando te tocó con su pico? Sólo que a pesar de sus chanzas y de sus risotadas, estaba presto a morir por ti... Ten en cuenta que, mientras moría, no pudo saber que te habías percatado, o que alguna vez fueras capaz de entenderlo. Todo esto pasa por mi mente en el momento en que me siento como lanzado por una catapulta, que las piernas me duelen por el esfuerzo, que mi cerebro corre una furiosa carrera. Llevo ante mi el escudo de Atlante. Este toca el agua primero, y mi cuerpo, como una flecha, pasa protegido entre el líquido y desciende, desciende. Como una piedra plana, el escudo da saltos sobre su superficie curva, y a cada uno de ellos, mi frente los golpea como un gong. Trata de seguir saltando, pero finalmente logro sujetarlo.

Finalmente me hallo en un rincón de la horrible sonrisa y todo mi odio se concentra en mi brazo y en el reflejo del escudo. Borde contra borde, frente y borde otra vez, voy, laboriosamente, tratando de hallar un lugar donde mantenerme. El viscoso monte de secreciones que me rodea cede lentamente, y a veces debo trabajar con la cara demasiado cerca.

Siento que su proximidad me quema, que me llena de una locura brutal y primitiva que, sin duda, debe convertir mi cerebro en algo similar a lo que el mío encuentra cuando abre una nuez corrompida y seca, Pero luego siento que no está más y seguramente, aquello no era más horrible que cualquier parte de la bestia.

¿Por cuánto tiempo dura esto? No lo sé, pero finalmente me alcanza al dolor: hay un momento en que siento como si me estrangularan, otro en que me aplasta un terrible peso, pierdo el sostén y siento un golpe precisamente donde mi frente chocó contra el escudo. Y luego me veo vareado entre las sobras, sobre negras rocas, mis piernas enredadas en el cuello inerte del hipogrifo. El pivote donde están sujetos los grillos de las piernas de la princesa me presiona las costillas; me aferro a él y rodeo con mis piernas el cuello del hipogrifo, tratando de sacar su cuerpo del agua. Las olas forman cascadas entre las rocas y durante un largo rato veo sobre mi cabeza las manchas negras que se retuercen y se desplazan. Sin embargo, no suelto mi presa.

Cuando he podido dejar de halar, subo la cabeza. El mar ha vuelto casi a la normalidad. Más de la mitad del cuerpo del hipogrifo se halla fuera del agua. Las rocas se hallan casi completamente libres de desechos, habiéndolas limpiado la cascada formada por la última ola. Lejos, en la profundidad de las aguas, veo una nueva montaña. Ahora está muerta. Se hunde lentamente, o tal vez se desliza a lo largo de alguna vieja rampa del fondo del océano.

—Rogerero —Me libero del cuello del hipogrifo, y de su pesada cabeza, y me dirijo hacia ella.

—¡Princesa!

—Eres el más valeroso de los caballeros.

—No, Angélica —murmuro—. No soy valeroso, ni soy un caballero. Simplemente debo liberarte.

—Pareciera ser cosa simple...

—Sí, si poseyera su fuerza —y señalo al hipogrifo muerto.

—No lo llores, Rogerero —me dice la princesa—. Estuviste con él cuando moría, y serás recompensado.

—Entonces, ¿deberemos esperar la llegada de otro hipogrifo para que te libre de tus cadenas?

Me acerco vacilante hasta donde se halla, y tomo el anillo de su mano, mientras ella me dice:

—Es un amuleto mucho más importante de lo que crees. Fue buscándolo que emprendí el viaje, cuando naufragó mi barco. Nunca pensé volverlo a ver, y creo que el traerlo hasta mí te hace parte de un milagro.

—¿Verlo otra vez? ¿Es tuyo?

—Fue robado de mi tesoro hace mucho tiempo, y ha pasado por numerosas manos. Según me dijeron en el Norte, su último destino fue el de hallarse en posesión de una doncella que deseaba liberar a alguien lo suficientemente estúpido como para haberse dejado encantar por un mago, y lo bastante tonto como para no poderse escapar. ¿Cómo llegó a tus manos?

—Fue... descartado como algo sin valor. —Siento que mis orejas me queman—. Princesa, debo liberarte.

Se despereza, a pesar de sus cadenas.

—Cuando lo deseemos. Estos grillos no significan nada. Rogerero, te soy deudora.

—No, princesa, puesto que he podido verte. Es para mí recompensa suficiente.

—Los has dicho muy bonitamente, y te creo. —Pareciera estar divertida—. Entonces, haz como te digo, y verás un nuevo poder del anillo. Pónlo en mi boca.

Lo sostengo entre sus labios.

—Eres un hombre dulce, pero algo lento de ingenio —susurra—. Adiós Rogerero —dice apretando bien el anillo.

Los grillos quedan vacíos y me hallo sobre la negra roca en donde ella se apoyara, con una mano extendida y la mente girando en el torbellino de su proximidad.

¿Qué proximidad? Se ha ido.

Ah, ¿podría haberme avisado de esta magia, antes de demostrarme sus alcances! ¿Es que el mundo y todas sus artes están dispuestos para hacerme quedar como un tonto? "Eres un hombre dulce, pero algo lento de ingenio". ¡Ay de mi! ¡Debería usar esta frase como epitafio!

Lentamente trepo por la roca y enfrento las crestas que llevan a tierra firme, más allá de los dominios de los bárbaros, más allá de las montañas, del hambre, de la pobreza y de la enfermedad, para ayudar y ser ayudado en el camino hasta haber ganado lo que me fue dado y lo que, por mi culpa, fue puesto a un lado. A arrastrarme y a caminar pesadamente hacia mi destino.

—¿Está usted bien, señor?

Bien, viejo decano, ¡esa sí que es una pregunta! La música es toda espuma y plumas, estrictamente social: scherzofrénica. Veo flamear una llama caliente, transparente y azul y repentinamente, eso se convierte en un problema de suprema importancia, si bien no acierto a pensar por qué. Lentamente, miro hacia él.

—¿Quién? ¿Yo?

—Por un momento me pareció que usted... no estaba con nosotros, señor.

—Un segundo o dos —repetí yo— no dura más.

—Ahora recuerdo, esa llama azul en la bandeja es la que estaba mirando cuando me vi atrapado en... allí abajo, o del otro lado o donde sea que Rogero mantiene a su mundo. No cabe duda que ¡tengo que saber dónde está eso! Miro otra vez hacia él. Vamos a ver, los decanos leen libros—. Dígame una cosa ¿qué sabe usted acerca de Atlante?

—¿De la Atlántida, señor? —Parece que con este tío no se puede jugar—. Pues bien, creo que se hundió en el mar.

—No, sobre Atlante, un mago.

—Ah. Creo que se menciona a un nigromante de ese nombre en alguna parte de Ariosto.

Le apoyo un dedo en uno de sus botones brillantes y empujo con aire de triunfo:

—¡Orlando Furioso! ¡Así que eso era! Dígame, ¿recuerda lo que le pasó a Bradamante?

Pone las manos detrás de la espalda y mira hacia la pared. Tiene buena cabeza este hombre, espléndida.

—Si no recuerdo mal, señor, se casó con un caballero.

—Con un ex caballero —le digo yo, y la situación me duele—. Bien, buenas noches. — Le doy una buena cantidad de dinero y salgo.

—Buenas noches, señor —dice el portero.

—Dígame —le pregunto— una joven así de alta; con un mechón plateado en el cabello, salió hace unos minutos. ¿Recuerda cuántos?

Me contesta que no recuerda, así que le doy dinero.

—Hace unos cuatro minutos, señor. Se fue por allí —y señala.

—¿Solamente cuatro? —siento algo que es como un dolor—. Se fue por allí, ¿está seguro?

—Seguro que la alcanzará —me replica. Cierra los ojos y sonrío—. Es muy bonita.

—Sí, como el Gran Cañón, que también es bonito.

—Salgo corriendo hacia dónde él me señala. Es hacia el lado del río.

Así que había sido Orlando, y algo me había impedido reconocerlo. Atlante y Bradamante, Angélica princesa de Cathay, el hipogrifo y el Oro. Todos estaban allí. Y ¿qué estoy haciendo? ¿Reviviendo esos roles? Atlante impidió que Rogero actuara como un caballero, cierta especie de magia me impide ser un pintor. Sólo que en nuestros días eso se denomina neurosis.

Así que, ¿dónde voy tan apurado?

Tengo que salvar a la princesa del Oro, siendo ésta la variante de alguna otra bestia nauseabunda. Tal vez fuera mejor que volviera a mi estudio y me metiera en mis propios asuntos. Sí, es lo que Rogero se dijo a si mismo, pero sin embargo aterrizó al lado de la princesa, no importa cuánto se riera el hipogrifo. Bien, ¡ríete, hipogrifo! De todas formas, no perteneces a este mundo.

¡Allí está!

Apresúrate ahora. Ve a ver que le pasa. No se halla encadenada desnuda en ninguna roca. O tal vez si lo está, siendo las cosas como son.

¡Basta, Giles! Estás bien ahora. No es nada más que una historia que leíste, y que te hizo soñar cuando eras pequeño. Hubo otras, pero realmente llegaste a vivir todas las aventuras, tal como en "El principito cojo", o cuando tratabas de hacer de árbitro entre las peleas que disputaban los seres mitológicos de Andrew Lang, o cuando experimentabas que los libros sobre el polo te hacían sentir frío en el corazón. Tal vez tu subconsciente te está tratando de decir algo, algo sobre Ariosto. Pero ¿qué? ¿Recurrir a la religión? ¿O que (y esta idea duele) no eres un verdadero pintor, tal como Rogero no es un verdadero caballero, a pesar de algunos éxitos iniciales?...

Vuelve a casa. Vuelve a casa y pinta tal como la señorita Brandt quisiera que lo hicieras. Vete a casa ahora y tu hipogrifo te amará. Y vive, sin averiguar qué significa eso.

Pero, vamos a ver. La señorita Brandt quiere que seas un pintor, pero Bradamante no quiere que Rogero sea un caballero. Mi historia no coincide totalmente con la de él. Simplemente tiene algunos puntos parecidos. Mayor razón aun para salir de aquí. Giles, vete a casa. Tienes todo el dinero del mundo, toda la libertad que existe, todo el tiempo para hacer lo que quieras e ir donde quieras. Pinta algo. Recuerda lo que le pasó a Rogero, a su hipogrifo y a su anillo mágico, y a su escudo también, cuando permitió que su torpe caballerosidad pasara por sobre su conciencia. (¿Conciencia? ¿Desde cuándo una conciencia puede ser tan hermosa como un hipogrifo?)

Vete a casa, vete a casa. Pero ¡aguarda! Ella se ha pasado en el camino del río, y se mantiene de pie bajo una luz, su seda gris se ha tornado plateada, y los bordes de su cabello se hunden ligeramente en sus hombros, cuando eleva la cabeza hacia el cielo.

¿Qué veo en esa cara? No sé, no se... un llamado, un gesto de sumisión. Tal tristeza ha trascendido los límites de la esperanza, y por lo tanto ya no llama la atención a nadie.

Princesa ¿cuál es tu roca, quién tu Oro? ¿Qué es lo que sé acerca de ti, mientras estás desamparada? ¿Qué es lo que se muestra sin forma, que crece hasta que llena el cielo? ¿Qué es lo indestructible, armado de hierros v abominable? ¿Qué es lo que, llena tu mundo y tu corto futuro y que al mismo tiempo muestra solamente su cráneo baboso, sabiendo que hay más horrores debajo?

¿No gritas, princesa?

Te mantienes calma, pero he visto tus lágrimas.

Cruza el camino hacia los árboles, y toma un sendero que lleva al agua; así que ríete, hipogrifo. Voy hacia ella.

Pero ha desaparecido en las sombras. ¡Apúrate! Y allí, en un lugar tranquilo, me acerco un tanto, tal como Rogero en la negra roca, y saboreo lentamente la visión, porque si apurara grandes tragos de ella, sería más de lo que puedo soportar.

Hay un claro en la arboleda, un lugar vacío cerca del agua que permite que la noche entre. Parte de una luna cruza el camino a través del agua para llegar hasta ella, que se hunde en un banco. Su cabeza gira y se inclina levemente, como si oyera ruido de pisadas. (¿Me oye a mí? ¿Será capaz de saber que hay algo más que su tristeza en el mundo entero? Sólo se recorta su silueta, excepto una mejilla que queda iluminada, y la franja plateada de su cabello. Forma un efecto final de luz fría, así que el sendero sobre el agua tiene algo de luna en cada extremo?)

Su cabeza vuelve a girar, en forma tal que su perfecto perfil se torna luna líquida. Ahora, si dirige los ojos hacia aquí, me podrá ver. Y así sucede.

—Sabía que estaría cerca. —Su voz... Una campana, un pájaro, un sonido completamente distinto a todo. No. Una voz, solamente una voz. Piensa en eso, Giles, pero no ahora.

—¿Me permite usted?... Quiero decir...

—Sí —me dice, señalando el espacio libre a su lado—. ¿Por qué no?

Me siento tímidamente del otro lado del banco, mirándola mientras ella contempla lo que hay más allá del agua. Sus ojos están cubiertos por la tristeza que impregna todo su rostro, convirtiéndolo en un cáliz de melancolía. Súbitamente me doy cuenta de que ya sé cual es su Oro.

La pobreza puede ser el Oro. La pobreza puede ser el monstruo visible, que se acerca con marcha repugnante, que puede llenar el cielo y sin embargo haber mostrado sólo una parte de sí mismo. La pobreza puede llegar mientras uno se halla en cadenas, no importa cual sea el estado o las virtudes que lo adornen. Se enseñoorea completamente de su presa.

Pienso que aún puedo ser Rogero, puesto que tengo dinero en el bolsillo. El dinero prolijo, obediente y omnipotente. ¿Me atreveré a desafiar a su monstruo?

Tal vez esté enojada. (¿Angélica enojada? No, le dijo al caballero que la dejara y se pusiera a salvo.)

La miro y veo que su tristeza es mayor que la cantidad de dinero que llevo en el bolsillo. Y me doy cuenta de que mi gesto no la va a enojar. Creo que simplemente me va a compadecer, pues mi esfuerzo se perderá en su gran necesidad.

Entonces compartiré lo que tengo. La mitad de lo que tengo es efectivamente, todo el dinero restante.

Ahora está mirando la luna, tan distante y tan muerta. Ella también lleva la marca de la distancia y de la muerte. Rogero no ofreció una parte de sí mismo, se ofreció entero.

¿Todo? Toco el traje más caro que haya tenido jamás en mi vida. Es como oír al dinero que susurra, bajo mi mano, hablándome de las millas y los años de color y de sorpresa, de sabores, de texturas y de juguetes, de todas las cosas que nunca llegué a tener porque me llevó demasiado tiempo ser Giles.

—Por favor, no me mire tan fijamente.

—Lo siento —me apresuro a disculparme.

—¿En qué está pensando?

En que, cuando el sol llegue a ti mañana, tú le pudieras dar tanta alegría como una flor. En que, dándote todo lo que haya tenido en mi vida, tan nuevo que mis propias manos no lo han tocado todavía, pudieras no sentir nunca más miedo.

—En pedirle que... me preste su estilográfica.

—Mi... sí, claro —rebusca en su cartera, la encuentra y me la da.

Tomo mi elegante y único librito azul, y agachándome, escribo Giles, Giles y Giles en cada una de las páginas, hasta que he llenado la línea inferior de cada página perforada.

Se lo alargo, junto con la estilográfica. Aquí, (podría decirle, pero me es imposible hablar) aquí está toda la magia que poseo, puesto que he perdido mi escudo. Aquí están mis armas y mis alas.

—¿Qué es esto?

—Es suyo —le responde— no lo quiero.

—¡Dios mío!

Se pone de pie, como si fuera un lirio. Se queda mirándome.

—¿Está seguro de lo que hace?

—Nunca estuve más seguro de nada.

—Pensé —me responde— que iba a resultar más entretenido.

Y tira la chequera al río.

Me quedo sentado en un sueño, junto al cadáver de un sueño. Está haciendo frío. Siento la soledad en cada uno de mis poros, como en ella anida la tristeza. Ella se ha ido,

la luna se ha ido, y algo más se ha ido también, cuyo nombre no conozco, pero que me mantuvo abrigado alguna vez.

Cuando se fue, completando con su partida el gesto de tirar la chequera, no dije nada y no me moví. Ni siquiera estoy seguro de haberla visto irse.

Rogero, pienso, te necesito. Ojalá estuviera contigo, y tuviera una espada.

Porque cuando estuviste solo y despojado, de alguna forma encontraste el modo de viajar, cruzando comarcas salvajes, a través de la pobreza, de la enfermedad y de las penurias, seguro de que ellas te harían más fuerte para enfrentar tu destino. Ya ves, querido tonto, los hombres del Siglo XX no tienen destino, o por lo menos no tienen magos que se lo lean, por lo que nunca pueden estar seguros. Pero si se les quitan sus amuletos, sus hechizos y sus talismanes, grabados con la efigie de los presidentes muertos, no podrán buscar, más allá de las montañas, una fe inquebrantable. Se quedarán a solas con su espantoso terror.

Rogero, el universo entero se ha coaligado para hacernos sentir tontos.

Dejaré el banco y el río no para ser un peregrino, sino para llevarme mis penas a un ambiente familiar, envolviéndolas en melancolía. Y mañana despertaré con el consuelo, si así puedo llamarlo, de que soy Giles y de que continuaré siendo Giles, sin la intrusión de las parábolas del señor Ariosto. Más vale que me sirva de consuelo, puesto que tal vez no pueda dar vuelta el lienzo blanco de mi caballete hacia la pared. Ahora que lo pienso, a lo mejor no puedo ni siquiera tocarlo.

Así es que camino y camino. Finalmente subo los escalones y cruzo el vestíbulo largo, para abrir la puerta que revela un sucio...

Pero no es una cama sucia, y tengo un momento de pánico infantil: he entrado en una habitación equivocada. Finalmente veo el caballete, el blanco caballete, y me doy cuenta de que este es mi cuarto.

—Espero que no te importe. La puerta estaba abierta, y pensé que... para mantenerme ocupada mientras esperaba... —Trata de sonreír, una y otra vez, cada vez con mayor esfuerzo; pero las sonrisas que se esbozan sobre manos que se crispan abriéndose y cerrándose no son muy convincentes—. Me voy —dice la señorita Brandt—. Pero quería que supieras que pienso que has obrado muy bien.

Me quedo mirando la fila de platos limpios y ordenados, la cama, bien tendida, y mis pinceles y pinturas, que no han sido tocados. Pero lo que más me impresiona es la increíble manifestación de que he hecho algo bien. Me siento en la cama y me quedo mirándola.

—¿Cómo te diste cuenta? —me pregunta—. Se suponía que jamás debías saberlo.

—Ahora sé un montón de cosas —le digo—. Específicamente ¿a qué te refieres?

—Al dinero. Al hecho de que lo has devuelto.

—Lo regalé —admito. Y agrego, sintiendo que digo la verdad—. No creo que eso sea tan maravilloso.

—Lo es, si... —Luego agrega, como si hubiera pensado demasiado en la pregunta, y ya no pudiera controlarse más, mientras mira nerviosamente hacia el caballete—. ¿Eso quiere decir que vas a volver a pintar?

Mis ojos siguen la dirección de su mirada, y me estremezco. Veo que se ha puesto pálida.

—Oh —me dice, con una voz temblequeante— creo que me he equivocado. —Se apresura a tomar un librito pequeño y negro, y corre hacia la puerta. Pero allí ha llegado antes Giles, quien la empuja con fuerza hasta que ¡plum! cae sentada sobre la cama.

Estoy cansado, y herido, y decepcionado, pero no he llegado todavía al fin de mi capacidad de asombro.

—Ahora me tendrás que decir todo lo que has hecho, mal o todo lo contrario, desde el comienzo.

—¡Oh! ¿te refieres a cómo comenzó todo? Bien, yo soy su secretaria, ¿sabes? y discutimos acerca de ti. Es un ser mezquino y estúpido, a pesar de todo dinero que tiene y de lo bonita que es. Porque es muy bella ¿verdad? Tal vez te interese saber, puesto que todos lo preguntan, que ese mechón plateado es natural. De todos modos...

—¿Tú eres su secretaria?

—Sí. Yo me preocupaba tanto acerca de... —señala vagamente hacia donde se halla el caballete, y las maravillosas pestañas se dirigen a otra parte—. Creo que al final, llegué a ponerla nerviosa. Dijo algunas cosas feas acerca de ti, y yo perdí la paciencia. Le contesté que si pudiera tener tanto dinero como ella, me encargaría de que pintara otra vez.

—Así no más.

—Lo siento. Pero era tan importante para mí. No podía soportar la idea de que...

—Sigue contando.

—Me dijo que si tuviera tanto dinero como ella, y tratara de usarlo así, iba a quedar como una tonta. Tal vez tenía razón pero... Seguimos discutiendo, hasta que al final me insultó y me dijo que si estaba tan segura, que lo hiciera. Que tomara el dinero y que tratara de ver qué lograba con eso. —No puedo dejar de notar que, mientras cuenta, está suplicando. No reparo demasiado en eso, sin embargo—. Así es que vine ayer. Debía fijarme en la forma en que tú firmabas, para decírselo por teléfono, a fin de que pudiera llamar al Banco y arreglarlo todo.

—Qué amable de parte de ella.

—No, no lo fue. Lo hizo porque pensó que iba a divertirse. Tiene tanto dinero que no le importa. No se daría cuenta jamás de lo que sacarás tú. Entonces fue cuando tú te enteraste y le devolviste el libro de cheques. Cuando volvió, anoche, estaba furiosa. No fue ni remotamente lo entretenido que ella esperaba. Lo único que hiciste fue pasar un rato en un restaurante. Por favor, no me mires así. Hice lo que pude. Tenía que hacerlo. Por favor, tenía que hacerlo.

Seguí mirándola, mientras pensaba. Finalmente le dije:

—Señorita Brandt, tú afirmaste algo ayer. —¡Dios mío! ¿fue ayer nada más?— Tú dijiste que yo no podía pintar porque no sabía por qué había podido pintar antes. ¿Dijiste realmente lo que pensabas?

—Yo... —las pestañas bajan, las manos siguen retorciéndose—. Quise hablar en un sentido general. Si sabes cómo y especialmente haces algo, y luego no puedes hacerlo más, tal vez sea fácil descubrir qué es lo que te impide seguir adelante.

Entonces me recuesto en el marco de la puerta y me quedo mirándola en forma tal que ella se retuerce de inquietud (lo siento, pero esa es la forma en que miro cuando estoy pensando) y pienso:

¿Le pregunta alguien a un pintor; sin olvidar que el pintor no se lo pregunta a sí mismo, por qué pinta? Ahora bien... yo pintaba... cualquier cosa que fuera hermosa. Tenía que ser cabalmente hermosa a mis ojos para que pudiera pintar. Como era una persona simple, encontraba muchas cosas bellas para pintar.

Pero cuando nos vamos haciendo viejos hay cada vez menos cosas completamente bellas. Cada flor tiene alguna mancha en alguna parte, y hasta los hipogrifos pueden tener una risa maligna. Entonces, en algún momento de su carrera, un artista tiene que pintar no lo que ve (que es lo que yo siempre hice) sino la belleza contenida en lo que ve. La mayoría de los pintores, según creo yo, cruzan esta línea con rapidez. Yo lo estoy haciendo demasiado despacio.

Y el artista simple (¿o niño?) pinta para sí mismo... pero cuando crece comienza a ver por los ojos del que posee lo que él pinta, a sentir por las yemas de los dedos del otro. De tal forma, se ve ayudado para llegar a captar lo que un artista debe captar. Según yo decía, los que han llorado sobre mi obra, me han robado parte de su significado.

Cuando logre crecer, tal vez acepten lo que yo, de todo corazón, les trataré de dar. Pienso que la señorita Brandt quiere obtener esas cosas para los demás, porque considera que lo que tengo para dar es importante.

Había dejado de pintar porque me volví demasiado intelectual como para encontrar algo perfecto, digno de ser pintado. Ahora, sin embargo, se me ocurre que la muchacha del mechón plateado puede ser pintada por su belleza, no importa la fealdad que encierre. Atlante poseía artes mágicas, pero sólo podía ir de un lado a otro, sobre las murallas de un bastión que, en realidad era un establo. La señorita Brandt puede pintarme, en su imaginación, como un hombre que rehusó todo el dinero del mundo, y para ella este fue un acto de nobleza.

La única llave para entender la complejidad de la vida es el tratar de comprender que este mundo contiene dos mil millones y medio de mundos, cada uno hecho en base a los ojos de cada individuo y todos ellos susceptibles de ser quemados.

Me había quedado sin cosas para pintar y ahora... ahora el tiempo no va a ser suficiente para pintar tanta belleza. Rogero tuvo un gesto caballeresco, allí en la roca, porque no era un buen caballero. Yo tuve una actitud viril con el dinero porque soy un tonto. Todos los éxitos son accidentes, de algún mundo. Así que:

—Dile que la cosa marchó, señorita Brandt. Voy a volver a pintar, señorita Brandt. Te voy a pintar a ti, señorita Brandt, porque eres hermosa.

Y pinto, y ella es porque pinto, porque es.

ESCULTURA LENTA

La muchacha no sabía quién era él cuando lo encontró. A decir verdad, no había mucha gente que supiera quién era él. Lo halló en el huerto, bajo un peral. La tierra olía a fin de verano, y a viento: bronce, olía a bronce. Cuando alzó los ojos vio frente a él a una muchacha maciza, de unos veinticinco años de edad, con una cara que hablaba de ausencia de miedo y ojos del mismo color que el pelo, cosa que era muy rara, ya que su pelo era rojo dorado. Ella miraba hacia abajo, hacia un hombre de unos cuarenta años de edad, con un electroscopio de hojas de oro en la mano, y se sintió intrusa. Lanzó un "¡Oh!" en una forma que, aparentemente, era la correcta, porque él asintió con la cabeza y le dijo:

—Sostenga esto —y ya no se pensó mas en la posibilidad de haber caído mal. Se arrodilló al lado de él y sujetó el instrumento, haciéndolo tal cual había visto que lo hacía él, quien se movió un poco hacia un lado, mientras golpeaba un diapasón contra su rodilla—. Fíjese qué pasa —le dijo, y ella notó que tenía una linda voz, del tipo de las que son escuchadas y apreciadas por los que pasan.

La muchacha miró las delicadas hojuelas de oro dentro de su caparazón de vidrio.

—Se apartan una de otra.

El volvió a golpear el diapasón, y las hojas de oro volvieron a separarse.

—¿Mucho?

—Unos cuarenta y cinco grados cuando usted golpeó el diapasón.

—Bien, no creo que logremos más. —De un bolsillo de su chaqueta tomó un saquito de polvo de tiza, desparramó una pequeña porción en la tierra—. Ahora me voy a mover. Usted quédese donde está y dígame cuánto se separan las hojas.

Se desplazó alrededor del peral, en un movimiento de zig-zag, golpeando el diapasón, mientras ella decía en voz alta:

—Diez grados, treinta, cinco, veinte, nada.

Cuando las hojas se separaban al máximo, cuarenta grados o más, el dejaba caer más tiza. Cuando terminó, el árbol estaba rodeado, formando un óvalo aproximadamente, por varios montículos de tiza. Luego tomó un cuaderno, y dibujó un esquema de los puntos blancos y del árbol; hizo a un lado el cuaderno y tomó el electroscopio de las manos de ella.

—¿Estaba buscando algo? —le preguntó a la muchacha.

—No —respondió—. Si.

El podía sonreír. Si bien fue una sonrisa muy corta, ella la encontró sorprendente en una cara como esa.

—Si estuviéramos en un juzgado, no se podría decir que esa es una respuesta adecuada.

Ella paseó la mirada por la colina, que tenía reflejos metálicos a la luz tardía. No era una gran cosa: rocas, hierbas, el verano había terminado; uno que otro árbol, y el huerto. El que llegaba aquí seguramente habría atravesado un largo camino.

—No fue una pregunta fácil de contestar —le dijo ella tratando de sonreír pero estallando en sollozos.

Sentía mucho haberse descontrolado así, y se lo dijo.

—¿Por qué? —le preguntó él. Y esta fue la primera vez que ella experimentó la forma tan especial que él tenía de hablar. Ciertamente, era desconcertante. Siempre lo sería. A veces mucho más, otras veces un poco menos.

—Bueno, porque uno no debe tener estallidos emocionales en público.

—Usted lo tuvo. No conozco a ese "uno" del que habla.

—Bueno, ahora que usted lo dice... me parece que tiene razón.

—Dígame la verdad, entonces. ¿Para qué andamos con rodeos? "Tal vez él piense que" y cosa así. Pensará lo que piensa, no importa lo que usted diga. O váyase hacia la colina, y no diga más nada. —Ella no se fue, así que él agregó—: Dígame la verdad. Si es importante es simple, y si es simple es fácil de decir.

—¡Me voy a morir! —exclamó ella, casi sollozando.

—Yo también.

—Tengo un tumor en el pecho.

—Venga a la casa, y se lo curaré.

Sin agregar una sola palabra, se dio vuelta y comenzó a cruzar el huerto. Casi sin poder dar crédito a lo que oía, indignada y llena de insensatas esperanzas; experimentando, casi, un brote de risa reprimida, se quedó un momento sin moverse y luego se dio cuenta (¿en qué momento lo decidí?) de que estaba corriendo detrás de él.

Lo alcanzó en el límite del huerto que se hallaba casi en la colina.

—¿Es usted médico?

El pareció no haber reparado en su asombro ni en su corrida.

—No —contestó. Y siguió caminando como si no viera que ella se había quedado parada, tironeando de su labio inferior, y que luego volvía a correr tras él.

—Debo de estar volviéndome loca —dijo ella, alcanzándolo en uno de los senderos del jardín. Seguramente no lo dijo en voz alta, porque él pareció no haber oído. El jardín desbordaba de maravillosos crisantemos, y tenía una laguna, en donde distinguió el centelleo de dos magníficos peces plateados (no dorados) tal vez los más grandes que hubiera visto jamás. Luego, la casa.

Primero parecía formar parte del jardín, con su terraza llena de columnas, y más atrás, con sus paredes de rocas, formaba casi parte de la montaña. Estaba sobre y dentro de la colina, con techos que parecían irse para arriba; en parte se recostaba contra un acantilado. La puerta, con gruesos refuerzos, estaba abierta, pero no había nadie allí. Cuando se cerró, tan silenciosamente, pareció excluirlos del exterior mucho más cabalmente que si hubiera hecho resonar cerrojos o cerraduras. La muchacha se quedó con la espalda apoyada en la puerta, mirándolo cruzar lo que parecía ser la parte central

de la casa. Era una especie de vestíbulo, en el centro del cual había un atrio con paredes de cristal a los lados, y abierto hacia el cielo por arriba. Allí había un árbol, un ciprés o un enebro, retorcido y arrugado, con esa apariencia casi irreal de los árboles que los japoneses llaman bonsai.

—¿No viene? —le preguntó él, mientras abría una puerta situada detrás del atrio.

—Los bonsai no tienen jamás cinco metros de alto —dijo ella.

—Este sí.

Ella lo rodeó lentamente, sin quitarle los ojos. Finalmente preguntó:

—¿Cuánto hace que lo tiene?

El tono de voz de él reveló cuán profundamente satisfecho se hallaba. Nunca se debe preguntar al dueño de un bonsai cuántos años tiene el árbol puesto que eso sería indagar si él mismo lo ha logrado, o si ha continuado la idea de otros. Se pondría a prueba al propietario, puesto que estaría tentado a apropiarse de la labor y de la imaginación de otro, y es de mala educación hacerle ver a alguien que se lo está probando. Por lo tanto, inquirir "¿Cuánto hace que lo tiene?" es lo más correcto, delicado y gentil.

El contestó:

—Durante media vida.

Ella volvió a mirar el árbol. A veces pueden hallarse árboles no totalmente descartados, no totalmente olvidados, plantados en rústicas latas en algunas guarderías infantiles de poca clientela, que no se han vendido porque su forma es extraña, o porque tienen ramas muertas aquí o allá, o porque han crecido demasiado lentamente. Estos son los que logran tener troncos interesantes, conjuntamente con una resistencia a los avatares del destino, que lo hace florecer si se les da la mínima excusa para vivir. Este era más viejo que la mitad de la vida del hombre. Mientras lo miraba, la aterrorizó el pensamiento de que un incendio, una familia de ardillas, algún gusano o termita subterránea pudiera acabar con esta belleza. Algo que trabajara más allá del concepto de justicia o de equidad o de... de respeto. Miró al árbol. Miró al hombre.

—¿Viene?

—Sí —se apresuró a responder, y entró al laboratorio.

—Siéntese allí y relájese —le dijo él—. Esto puede llevar un buen rato.

"Allí" era un sillón de cuero que estaba cerca de una biblioteca. Los libros eran una colección bien variada de obras de medicina, ingeniería, física nuclear, química, biología y psiquiatría. También los había sobre tenis, gimnasia, ajedrez, sobre el juego oriental Go, y sobre golf. También había sobre dramas, la técnica de la ficción, varios tratados de lengua inglesa, diccionarios y enciclopedias. En un estante largo, muchas biografías.

—Tiene usted una hermosa biblioteca.

Le contestó brevemente. Es indudable que ahora no quería hablar, puesto que estaba ocupado. Le dijo solamente:

—Sí, es una buena biblioteca. Tal vez pueda usted verla mejor algún día. —cosa que le dejó preocupada, pensando que habría querido decir.

Se puso a observarlo. Le gustaba la forma en que se movía: con presteza y decisión. Usaba ciertos elementos que ella reconoció: una centrifugadora, un aparato para destilar, un equipo para determinar análisis volumétricos. Pudo ver dos refrigeradores, pero uno no era como los comunes, puesto que tenía un indicador en la puerta que marcaba 21 grados. Se le ocurrió que un refrigerador moderno se adapta perfectamente a las necesidades de mantener un medio controlado, aun uno caliente.

Pero todas estas cosas, y el equipo que no reconocía, eran solamente parte del mobiliario. Lo importante de todo eso era el hombre, que la intrigaba de tal modo que en todo el largo tiempo que permaneció sentada no alargó la mano hacia la biblioteca ni una sola vez.

Finalmente, pareció que había terminado de arreglar una serie de cosas. Accionó varias llaves de contacto, tomó un taburete alto y se le acercó. Se sentó en el taburete, apoyó los pies en el barrote y colocó las manos sobre sus rodillas.

—¿Asustada?

—Creo que sí.

—No es obligatorio que se quede.

—Considerando las alternativas posibles —dijo ella, con valor que, sin embargo, pareció disminuir al seguir hablando— no puede plantearse una diferencia muy importante.

—Muy sensato —le contestó él, casi con alegría en la voz—. Recuerdo que cuando yo era chico, hubo una alarma de incendio en la casa donde vivíamos, y mi hermano que tenía diez años de edad, después de superar la marea de gente que pugnaba por salir, se encontró con un despertador en la mano. Era un reloj viejo, y no andaba, pero de todas las cosas que pudo haber elegido para llevarse en un momento así, tomó el reloj. Nunca pudo explicarse por qué lo hizo.

—¿Y usted?

—No sé por qué eligió el reloj. Pero creo que si sé por qué hizo algo evidentemente irracional. Verá usted, el pánico es un estado muy especial. Como el miedo, la huida, la ira o el impulso de atacar. Es una reacción muy primitiva, en momentos de extremo peligro. Es una de las expresiones del deseo de sobrevivir. Lo que lo hace tan especial es que es irracional. Ahora bien ¿por qué el abandono del razonamiento puede llegar a convertirse en un mecanismo de supervivencia?

La muchacha pensó en eso. Había algo en él que hacía pensar con seriedad en las cosas.

—No puedo imaginarlo —dijo, finalmente— a menos que sea porque, en algunas situaciones, el razonamiento no funciona.

—Sí que se lo puede imaginar. Y lo está haciendo —dijo él, irradiando ese gran sentimiento de aprobación que hizo que ella se sintiera muy satisfecha—. Si se está en peligro, y se prueba la razón, y se ve que esta no sirve de nada, se la abandona. No se puede decir que sea poco inteligente abandonar algo que no funciona, ¿verdad? Por lo tanto, cuando se está en peligro, se ejecutan actos al azar. La mayoría, la gran mayoría, serán inútiles. Algunos, hasta peligrosos, pero eso no importa puesto que ya se está en peligro. Lo que hace entrar en el panorama el factor supervivencia es que siempre se sabe que una probabilidad en un millón es mejor que ninguna en absoluto. Por lo tanto, aquí está usted sentada, muy asustada y pensando que podría salir corriendo; incluso algo le dice que debería correr, pero no lo hace.

Ella asintió con la cabeza. El prosiguió:

—Usted se encontró un bulto. Luego fue a un médico que le hizo algunas pruebas y le dio las malas noticias. Quizás también haya ido a un segundo médico, el cual las confirmó. Después, usted averiguó algunas cosas y se enteró de lo que sucedería más tarde, la operación exploradora, la operación radical, la dudosa recuperación, el prolongado y agónico proceso de ser lo que se denomina un caso último. Entonces, usted se escabulló. Hizo algunas cosas sobre las cuales espera que yo no le haga preguntas. Empezó un viaje hacia alguna parte, cualquier parte, y terminó en mi huerto sin ninguna razón en especial. —Extendió las bondadosas manos y les permitió volver a su forma particular de reposo—. Pánico. El motivo que hace estar a los niños pequeños de pie en sus pijamas, a medianoche, con un despertador roto en sus brazos, y lo que explica la existencia de los curanderos. —Algo resonó sobre la mesa de trabajo y él le dedicó una rápida sonrisa y volvió a su labor, mientras le decía por sobre el hombro—: Yo no soy un charlatán, de todos modos. Para llegar a ser un charlatán, hay que ser médico y yo no lo soy.

Ella lo miró desconectar, conectar, mezclar, medir y calcular. Una pequeña orquesta de instrumental hizo coros y solos alrededor de él, mientras la dirigía, zumbando, siseando, marcando el ritmo con movimientos deliberados. Ella hubiera querido reír, llorar y gritar. Sin embargo, no hizo ninguna de estas cosas por temor a no poder detenerse.

Cuando él le volvió a dedicar su atención, el conflicto ya no estaba candente en ella, pero si ejercía tensiones constantes y opuestas; el resultado fue una terrible parálisis, y todo lo que pudo hacer cuando vio el instrumento en las manos de él fue abrir grandes los ojos; casi se olvidó de respirar.

—Sí, es una aguja —le dijo él, con tono casi desafiante—. Una larga, brillante y aguda aguja. No me diga que usted es una de esas personas que les tienen miedo. —Tiró del largo cordón eléctrico que partía del contacto que rodeaba la aguja, lo aflojó y se montó a horcajadas sobre su asiento—. ¿Quiere algo para tranquilizar sus nervios?

Ella tenía miedo de hablar; la membrana que protegía a su yo sano era muy delgada y estaba estirada al máximo.

El le dijo:

—Preferiría que no, porque este guisado farmacéutico ya es bastante complejo de por sí. Pero si usted lo necesitara...

Ella se las arregló para sacudir un poco la cabeza y nuevamente sintió la onda de aprobación que provenía de él. Existían mil preguntas que deseaba hacer, se había propuesto hacer, necesitaba hacer: ¿Qué había en la jeringa? ¿Cuántos tratamientos debía recibir? ¿Cómo serían estos? ¿Cuánto tiempo debía quedarse, y dónde? Oh, por sobre todo, ¿viviría, viviría?

El pareció ocuparse solamente de la respuesta a una de estas preguntas.

—Está hecho principalmente en base a un isótopo de potasio. Si yo fuese a decirle todo lo que sé sobre él y cómo lo obtuve por primera vez, ello nos tomaría.. bueno, más tiempo del que disponemos. Pero le voy a dar una idea: Teóricamente, todos los átomos se hallan equilibrados eléctricamente (no tengamos en cuenta las excepciones a esta regla). En forma similar, todas las cargas eléctricas de una molécula también se supone que se hallan equilibradas; tanto positivo, tanto negativo, igual cero. Pero el equilibrio de una célula "salvaje" no es de cero; no totalmente. Imagínese que se produjera una tormenta eléctrica submicroscópica, con relámpagos que van de uno a otro lado, cambiando los signos, interfiriendo las comunicaciones, como si fuera estática y —hizo un gesto, con la aguja hipodérmica en la mano— de eso se trata. Cuando las comunicaciones resultan interferidas, especialmente el mecanismo del ácido ribonucleico que es el que dice: Léanse las instrucciones y constrúyase de acuerdo a ellas, interrumpiendo la tarea cuando se ha terminado el trabajo. Cuando ese mensaje se ve perturbado, se construyen cosas desequilibradas, incorrectas, cosas que hacen casi lo que deben hacer, y casi bien. Esas son las células salvajes, que transmiten mensajes a las que las siguen, con el resultado de que al final las cosas empeoran.

"Ahora bien; ya sea que estas tormentas estén causadas por virus, o por productos químicos, o por radiaciones o por traumatismos físicos, y hasta se supone que por la ansiedad (y no creo que la ansiedad sea causa de esto) el resultado es el mismo. Lo que quiere decir que lo que hay que lograr es que no se produzca la tormenta. Si se puede lograr esto, las células tienen suficiente capacidad, por sí mismas, de reparar y reemplazar los tejidos enfermos, y los sistemas biológicos no son como pelotas de ping-pong, con cargas estáticas, que esperan que las cargas se disipen o se descarguen por medio de un alambre. Tienen una especie de elasticidad, que yo llamo capacidad de olvidar, que les permite recibir un poco más o un poco menos de carga sin presentar alteraciones.

Entonces: digamos que un grupo de células se ha vuelto salvaje, y admitamos que llevan el agregado de unas cien unidades extra, en sentido positivo. Las células situadas

inmediatamente alrededor de ellas se ven afectadas, pero no las de la capa que viene después, o las de la siguiente.

"Si ellas pudieran 'abrirse' a la carga extra, y si pudieran ayudar a eliminarla, podrían, bien, digamos chupar a las células salvajes, de la sobrecarga ¿me entiende? Y también podrían manejar adecuadamente la pequeña sobrecarga, o si no pasarla a otras células, que ayudarían. En otras palabras, si inundo su organismo con un medio que pueda drenar y distribuir estas cargas mal equilibradas, los procesos orgánicos habituales se verán libres para intervenir y arreglar los trastornos producidos. Esto es lo que tengo aquí."

Sujetó la aguja hipodérmica, convenientemente cubierta, entre las rodillas y de un bolsillo de su chaqueta sacó una caja de plástico, de donde extrajo un trozo de algodón mojado en alcohol. Hablando alegremente tomó el brazo de la muchacha, y limpió con el algodón la parte interna del codo.

—No quiero decir que las cargas nucleares del átomo sean lo mismo que la electricidad estática, pero la analogía es buena. Podría usar otra, por ejemplo comparar este método mío con la acción de un detergente sobre la grasa, que serían las células salvajes. El detergente las diluiría en forma tal que parecerían haberse esfumado. Sin embargo, el asunto de la estática se me ocurrió por un extraño efecto colateral observado. Los organismos que han recibido una inyección de esto han presentado una carga estática bien intensa. Es un producto intermedio, y por razones que, hasta el momento, sólo puedo teorizar, parece estar en "sintonía" con el espectro auditivo. Ya sabe, diapasones y esas cosas. Por eso me vio usarlas recién. El árbol está empapado de este producto. Solía tener grandes cantidades de células salvajes, pero ahora ya no se observan más.

Le dedicó una de sus sonrisas sorprendentes, y colocó la aguja en posición. Con la otra mano, que había puesto alrededor de su bíceps izquierdo, apretó con suavidad pero con firmeza. La aguja, correctamente preparada, se deslizó hacia la vena con tanta destreza que ella contuvo el aliento no porque le hubiera dolido, sino porque no le dolió. El miró atentamente la jeringa hasta ver que se llenaba de un líquido rojo, y entonces comenzó a presionar sobre el émbolo.

—Por favor, no se mueva... lo siento, pero esto va a llevar un rato. Tengo que inyectarle una buena cantidad, ¿sabe? Lo que es bueno —afirmó, prosiguiendo con el tono con que había dado las previas explicaciones acerca del espectro auditivo— porque, efecto colateral o no, la acción es confiable. Los sistemas biológicos saludables desarrollan un fuerte campo electrostático, los enfermos, uno débil, o no lo desarrollan en absoluto. Con un instrumento tan primitivo como ese electroscopio, se puede determinar si una parte del organismo posee una comunidad de células salvajes, y si así es, dónde se halla situada y de qué tamaño, además de precisarse el grado de "salvajismo" de sus componentes. —Con toda destreza desplazó el sostén que mantenía sobre la aguja, sin mover la punta y sin variar la presión que ejercía. Estaba comenzando a ser molesta, un dolor que se tornaría moretón—. Y si usted se está preguntando por qué la aguja lleva una conexión, con un alambre (si bien pienso que no se lo pregunta, sino que se da cuenta de que estoy hablando para mantener ocupada su mente) se lo diré. Es simplemente una conexión que lleva una corriente alternada de alta frecuencia. El campo alterno hace que el líquido sea neutro, tanto desde el punto de vista eléctrico como magnético, desde el comienzo. —Súbitamente extrajo la aguja, le dobló el codo y le dejó dentro del pliegue el trozo de algodón.

—Bueno, nunca nadie me había dicho eso después de un tratamiento.

—¿No le había dicho qué?

—Que era sin carga.

Una vez más la ola de aprobación en él, esta vez sin palabras.

—Me gusta su forma de ser. ¿Cómo se siente?

Trató de encontrar la respuesta exacta.

—Como la dueña de una histeria terrible, que está latente, y que le pide a alguien, desesperadamente, que no la despierte.

El rió.

—En un rato se va a sentir tan rara que no va a tener tiempo de reacciones histéricas.
—Volvió a poner la aguja en su lugar y enrolló el cable. Desconectó el campo y regresó con un bol de vidrio, y un trozo de madera. Puso el bol boca abajo sobre el piso y colocó la madera sobre su base más ancha.

—Recuerdo algo parecido —dijo ella—, Cuando estaba en la escuela secundaria. Producían relámpagos artificiales con un... ¿cómo era?... tenía una especie de cinturón de metal, sobre unos barrotes, y unos alambrecitos... y una bola redonda de cobre arriba de todo.

—Un generador de Van de Graaf.

—¡Eso es! Y hacían todo tipo de cosas raras con él, pero lo que recuerdo especialmente es cuando me hicieron parar sobre un pedazo de madera que habían puesto sobre un bol como ese. Me cargaron de electricidad con el generador, pero yo no sentía nada, salvo que el cabello se me puso de punta, y todo el mundo se reía, pues parecía una muñeca de alambre. Me dijeron que estaba soportando cuarenta mil voltios.

—¡Bien! Me alegro que recuerde una experiencia así. Esto será un poco diferente, sin embargo. Más o menos otros cuarenta mil voltios de diferencia.

—¡Oh!

—No se preocupe. Mientras se halle aislada, y mientras los objetos con contacto a tierra, como yo, por ejemplo, se mantengan lejos de usted, no se producirán chispas.

—¿Usará usted un generador como aquel?

—No como aquel y, por otra parte ya lo he utilizado. Usted es el generador.

—Que yo soy... ¡oh!

Había levantado la mano del brazo tapizado de la silla; se produjo una descarga de chispas y se percibió un suave olor a ozono.

—Oh, por cierto que usted lo es; más de lo que yo creía y también más pronto.
¡Levántese!

Se incorporó lentamente; luego finalizó el movimiento con rapidez. Al separarse su cuerpo de la silla se encontró, durante una fracción de segundo, sentada en medio de una descarga de chispas blanco azuladas. Estas chispas, o bien su propio esfuerzo, la hicieron apartarse a casi un metro de distancia, en posición de pie. Literalmente sacudida y casi fuera de juicio, estuvo a punto de desmayarse.

—¡Manténgase en pie! —le ordenó con brusquedad y ella se recuperó, boqueando. El dio un paso atrás—. Súbase a la plataforma. ¡Rápido, ya mismo!

Obedeció, dejando en los dos pasos que dio, dos breves huellas de fuego. Subió a la plataforma y su cabello comenzó visiblemente a levantarse.

—¿Qué es lo que me está pasando? —gritó.

—Se está cargando de electricidad —le replicó alegremente, pero ella no estaba en condiciones de apreciar ni siquiera su propio ingenio.

Gritó de nuevo.

—¿Qué es lo que me está pasando?

—Todo marcha bien —le dijo él con tono consolador. Se dirigió a los controles, hacia un generador de sonidos. Este emitió una profunda queja dentro del margen de los cien a trescientos ciclos. Aumentó el volumen y giró el control de tono. El aparato chilló más alto y, al mismo tiempo, los cabellos rojo dorados de la mujer se agitaron hacia arriba y afuera, pareciendo que cada uno de ellos trataba de alejarse desesperadamente de los demás. El aumentó el tono por encima de diez mil ciclos, hasta alcanzar una especie de campanilleo oscilante a los once mil; en los puntos extremos, su cabello se asentaba, pero alrededor de los once mil ciclos quedó completamente rígido, tal como ella decía, como si fueran de alambre.

Después bajó un poco el nivel, hasta que se hizo más o menos soportable, y le dijo:

—Se ha transformado en un electroscopio ¿sabe? También en un generador de Van de Graaf viviente, y en una muñeca de pelo de alambre.

—Déjeme bajar —fue todo lo que pudo articular la muchacha.

—Todavía no. Aguante un poco. El potencial diferencial entre usted y todo lo que la rodea es tan grande que si se acerca a algo, se producirá una descarga. No le va a pasar nada grave, pero tal vez sí se lleve una quemadura, y un susto. —Sostuvo en alto el electroscopio y, aun a esa distancia, ella pudo ver cómo se separaban las hojuelas. Describió círculos alrededor de ella, observando atentamente las hojas de oro, moviendo el instrumento hacia adelante y atrás, y hacia un lado y otro. En un momento determinado fue hacia el generador de tono y ajustó el nivel—. Está usted emitiendo un campo tan intenso que no puedo determinar las variaciones —le dijo, y se acercó a ella nuevamente.

—No puedo aguantar mucho más... no puedo —murmuró la muchacha.

El no la escuchó, o bien no le hizo caso. Movié el electroscopio cerca de su abdomen, hacia uno y otro lado.

—¡Ajá! ¡Aquí está! —dijo alegremente, moviendo el instrumento cerca de su seno derecho.

—¿Qué? —gimió ella.

—Su cáncer. Seno derecho, situado cerca de la axila —ahora emitió un silbido—. ¡Y bien malo! ¡Maligno como el demonio!

La muchacha se balanceó y finalmente cayó desmayada. Una enfermiza negrura se abatió sobre ella y la alcanzó explosivamente, con un destello de agonizante resplandor azul. Cuando cayó al suelo le pareció que la aplastaba una montaña.

Un lugar donde la pared se encuentra con el techo. Otra pared, otro techo. No los había visto antes. No le importó.

Sueño.

Un lugar donde la pared se encuentra con el techo. Hay algo más a la vista. Su cara, cercana, tensa, cansada; con ojos vivaces y penetrantes. No le importó.

Sueño.

Un lugar donde la pared se encuentra con el techo.

Un poco más abajo, el resplandor del atardecer. Otro poco más allá, un crisantemo de color oro viejo, en un vaso de cristal color oro verdoso. Algo a la vista otra vez: su cara.

—¿Me oye?

Sí, pero mejor no responder. No moverse. No hablar.

Sueño.

Un cuarto, una mesa, un hombre que camina de aquí para allá, una ventana a la noche, y flores que parecen vivas, pero que han sido cortadas y se están muriendo ¿no es cierto?

—¿Las flores lo saben?

—¿Cómo se siente? —Hay preocupación en la voz, preocupación.

—Tengo sed.

Algo frío y que duele en las mandíbulas. Jugo de pomelo. Sentirse recostada contra su brazo mientras él sostiene el vaso en la otra mano, oh, no... así no...

—Gracias. Muchas gracias...

Tratar de sentarse. La sábana, ¡mi ropa!

—Lo siento —le dice, casi leyendo su pensamiento—. Algunas cosas no se pueden hacer en ropas tales como medias y minifaldas. Todo está lavado y seco, listo para usarse. Aquí las vera.

En una silla la falda marrón, las medias, los zapatos. El se halla a respetuosa distancia, poniendo el vaso cerca de una jarra.

—¿Qué cosas?

—Oh, vomitar —dijo él, cándidamente.

Protegerse con la sábana, que puede ocultar los cuerpos, pero no la vergüenza.

—¡Oh! lo siento, debo de haber... —menea la cabeza, y parece que él se desplazara hacia adelante y hacia atrás.

—Cayó en estado de "shock", y no sabía —dijo vacilando, y era la primera vez que ella lo veía vacilar. Por un momento parecía que ella también pudiera leer el pensamiento "¿Deberé decirle lo que pienso?". Claro que debía, y lo hizo. No quería salir del "shock".

—Lo he olvidado todo.

—¿El peral, el electroscopio, la inyección, la respuesta electrostática?

—¡No! —respondió ella, no sabiendo, luego sabiendo—. ¡No!

—¡Un momento! —gritó él, e instantes después estaba al lado de la cama, inclinándose junto a ella, con las manos en sus mejillas—. ¡No se desmaye! Usted puede resistir. Puede resistir porque ahora ya está todo bien, ¿me comprende? Usted está bien.

—Usted me dijo que tenía cáncer —la voz de ella sonaba acusadora, lastimada.

El se rió con ganas.

—Fue usted la que me dijo a mi que lo tenía.

—¡Oh, pero es que no lo sabía con certeza!

—Esto lo explica —dijo él con un suspiro de alivio—. No fue nada de lo que yo hice lo que le causó esta pérdida de conciencia durante tres días. Fue algo que estaba en usted.

—¡Tres días!

El movió la cabeza afirmativamente y prosiguió.

—A veces me pongo un poco pomposo. Me sucede porque muy a menudo tengo razón. Tal vez pensé que usted ya había hecho cosas que no hizo. Cuando presumí que había ido a un doctor, también pense que se había hecho una biopsia. Pero no lo hizo, ¿verdad?

—Tenía miedo —admitió ella. Lo miró—. Mi madre murió de eso. Igual que mi tía. Y mi hermana tuvo que ser sometida a una mastectomía radical. No lo podía soportar. Y cuando usted...

—Cuando le dije lo que usted ya sabía, pero que no quería escuchar, no pudo soportarlo. Se desmayó, ¿se da cuenta? Sin que tuviera nada que ver con los setenta y pico de mil voltios de estática. La tuve que pescar en el aire. —Extendió sus brazos y ella, instintivamente, se encogió, pero él mantuvo esa posición hasta que la muchacha vio las marcas rojas de sus antebrazos y fuertes bíceps; por lo menos, todo lo que podía ver hasta donde llegaban las mangas cortas de la camisa—. Yo también perdí el sentido, o casi, pero por lo menos usted no se golpeó la cabeza contra nada.

—Gracias le dijo ella, pensativamente. Luego se echó a llorar—. ¿Qué voy a hacer?

—¿Hacer? Volverse a su casa. Retomar nuevamente su vida.

—Pero usted me dijo...

—¿Va a convencerse de una buena vez que lo que yo hice no fue simplemente llegar a un diagnóstico?

—Quiere decir... ¿que usted me curó?

—Lo que quiero decir es que usted se está curando ahora. Se lo expliqué todo aquella noche. ¿Lo recuerda o no?

—No del todo... o mejor dicho, sí. —Sin decir nada, pero no lo suficientemente rápido como para que él no se diera cuenta, la muchacha metió la mano bajo la sábana y se tocó el tumor—. Sigue allí.

—Supongamos que le doy un golpe en la cabeza con un palo —comenzó a explicar él—. Se le formará a usted un bulto. Estará allí mañana, y pasado mañana. Luego se irá

tornando más pequeño y a la semana, más o menos, ya casi no se notará. En este caso sucederá lo mismo.

Finalmente, la importancia de toda la situación la asaltó.

—Una cura para el cáncer en una sola sesión...

—¡Oh, Dios mío! —dijo él con cierta rudeza—. ¡Sólo de mirarla ya me doy cuenta de que voy a tener que pasar por todo el asunto otra vez! Bueno, no lo pienso aguantar.

Asombrada, ella preguntó:

—¿Qué asunto?

—El sermón acerca de mis deberes para con la humanidad. Suele tener dos fases y varias formas de expresarlo. La fase uno tiene que ver con mis deberes frente a la humanidad y lo que realmente quiere decir es que de esto se puede sacar dinero. La fase dos tiene relación con mi deber hacia la humanidad, pero es en serio, y no suelo oír esta parte muy a menudo. Habitualmente, en estos casos se suele pasar por alto la dificultad con que la humanidad acepta las cosas buenas a menos que provengan de una fuente aceptada y respetable. La primera fase habitualmente tiene en cuenta esta situación, pero trata de llegar a astutos medios de obviar la dificultad.

Ella comenzó a decir:

—No sé... —pero no pudo seguir.

—Las variaciones —siguió diciendo él, interrumpiéndola— se acompañan por la luz de la revelación, con o sin religión y/o misticismo, o se vierten prolijamente en el molde ético filosófico, tratando de lograr que me rinda a través del sentimiento de culpa, mezclado, en grados variables, con compasión.

—Pero yo solamente...

—Usted —dijo él, apuntándola con su dedo índice— se ha robado la posibilidad de ver en forma bien ejemplarizada, lo que le acabo de decir. Si lo que recién le dije que había presumido hubiera sido verdad, usted habría ido a su amable matasanos, quién hubiera diagnosticado cáncer, y la hubiera enviado a un especialista. Este habría repetido la historia y la hubiera mandado a otro colega para realizar una consulta. Cuando, presa del pánico, usted hubiera llegado hasta mí, y recibido tratamiento, volvería a los médicos que la habían revisado, quienes le dirían ¿sabe? Ha sido una "remisión espontánea". Y no pasaría eso solamente con los médicos. Cada uno tiene su propia teoría. Su especialista en nutrición hubiera comenzado a aclarar las bondades del germen de trigo, o de sus tortas macrobióticas de arroz, su sacerdote hubiera caído de rodillas y hubiera elevado la vista al cielo, su genetista le expondría su teoría favorita acerca de "saltos" generacionales y le aseguraría que sus abuelos probablemente tuvieron remisiones espontáneas de la enfermedad, y que nunca se enteraron.

—¡Por favor! —gritó ella con angustia, pero él siguió, elevando el tono de voz—: ¿Sabe usted lo que yo soy? Soy dos veces ingeniero: mecánico y eléctrico, y tengo un diploma en leyes. Si usted fuera suficientemente tonta como para contarle a alguien lo que ha sucedido (y espero que no lo sea, pero de todas formas, resulta que sí lo es, sabré como protegerme) me podrían mandar a la cárcel por ejercer la medicina sin un título adecuado. Podría hacerme detener porque le clavé una aguja, e incluso acusarme de secuestro, si puede probar que la traje aquí desde el laboratorio. A nadie le importaría un comino que yo le haya curado su cáncer. Usted no sabe quién soy, ¿verdad?

—No, ni siquiera conozco su nombre.

—Y no se lo pienso decir. Tampoco yo sé su nombre.

—¡Oh! me llamo...

—¡No me lo diga! No me lo diga. ¡No quiero saber nada! Simplemente quise ocuparme de su tumor y lo hice. Ahora quiero que usted y él desaparezcan tan pronto como sea posible. ¿Me ha entendido?

—Déjeme que me vista —le dijo ella— y me iré inmediatamente.

—¿Sin hacer un discurso?

—Sin hacer un discurso. —Y, repentinamente, su rabia se tornó en congoja, y agregó— : Quería solamente decir que le estoy tan agradecida. ¿Me lo permite?

Entonces la rabia de él también se calmó, se acercó a la cama, se sentó en ella, y pareció despojarse de su agresividad.

—Eso estaría muy bien. Ahora sí, no será sincera hasta dentro de unos diez días, cuando se produzca la "remisión espontánea". O tal vez hasta dentro de seis meses, o de un año o dos; cuando los análisis continúen siendo negativos.

Ella pudo captar tanta tristeza oculta en estas palabras, que se halló a sí misma buscando la mano con que él se sujetaba a la cama. No retrocedió, pero tampoco pareció agradecer el gesto.

—¿Por qué no puedo darle las gracias ahora?

—Porque eso sería un acto de fe —dijo él con amargura— y actualmente esas cosas no suceden, si es que alguna vez sucedieron. —Se levantó y fue hacia la puerta—. Por favor, no se vaya esta noche. Ya está oscuro, y usted no conoce el camino. Mañana la acompañaré.

Cuando volvió a la mañana siguiente, la puerta estaba abierta. La cama estaba recién hecha, y las sábanas habían sido prolijamente dobladas. Ella se había ido.

El hombre se dirigió hasta la entrada de la casa y se puso a contemplar su bonsai.

El sol de la mañana daba reflejos dorados a la parte superior del follaje del viejo árbol, poniendo de relieve las torcidas ramas, de oscuro y aterciopelado tono. Solamente los compañeros de un bonsai (hay dueños, pero son los menos) pueden darse realmente cuenta de lo que esto significa. Hay algo exclusivo e individual en la esencia de un árbol, puesto que éste es una cosa viva, las cosas vivas cambian, y hay muchas formas en que un árbol desea cambiar. Un hombre ve un árbol, en su mente se producen ciertas extensiones y extrapolaciones de lo que ve, y entonces comienza a hacer que sucedan. En cambio, el árbol hará solamente lo que un árbol puede hacer, resistiendo hasta la muerte el intento de que haga otra cosa, o de que lo haga en menos tiempo del que le es preciso. La tarea de dar forma a un bonsai es, por lo tanto, un compromiso y una forma de cooperación. Un hombre no puede crear un bonsai, un árbol tampoco, por lo tanto, es necesario que ambos se comprendan. Se memoriza el bonsai propio, cada una de sus ramas, los ángulos y las hendiduras y, despierto de noche, a mucha distancia a veces, se recuerda ésta u otra línea, se hacen planes. Con alambres, con agua, con luz, con distintas inclinaciones, plantando hierbas que saquen parte del agua o raíces que crezcan bajo la tierra, se le explica al árbol lo que se desea. Si la explicación ha sido correctamente planteada, y se produce la lógica comprensión de la situación, el árbol obedecerá y responderá... casi siempre. Siempre se observará una variación individual, nacida del respeto que él se tiene a sí mismo: Muy bien, haré lo que tu quieres, pero lo haré a mi manera. Por cada una de estas variaciones, el árbol se hallará dispuesto a ofrecer una explicación lógica, y más a menudo en forma positiva que negativa (pero siempre sonriendo) le hará ver al hombre que todo eso se hubiera podido evitar si su comprensión hubiera sido mayor.

Es la escultura más lenta que existe, y se llega a dudar de quien está siendo esculpido, si el árbol o el hombre.

Se quedó contemplando al árbol durante diez minutos, por lo menos, mirando el juego de la luz sobre las ramas superiores, y luego llegó hasta un armario de madera y extrajo un lienzo, que extendió sobre las raíces y la tierra de un lado del cuarto, dejando el otro libre. Tal vez después de un tiempo, un mes más o menos, aparecerá un brote en la rama de más arriba, y el desigual flujo de humedad a través de las capas de la corteza lo hará desviarse de la vertical, para comenzar a hacerlo crecer en sentido horizontal. Tal vez llegue a necesitar el más rudo lenguaje del alambre o la soga. Pero entonces seguramente tendrá algo que decir acerca de la conveniencia de mantener un crecimiento

hacia arriba, y tal vez lo diga en forma tan persuasiva que llegará a convencer al hombre. Habrá sido un diálogo paciente, lleno de sentido y de recompensas.

—Buenos días.

—¡Oh! ¡Diablos! me hizo morder la lengua. Pensé que se había ido.

—Me fui. —Ahora ella se arrodilló en la sombra, con la espalda apoyada en la pared, dando la cara a la parte interior del vestíbulo—. Pero me paré a contemplar el árbol.

—¿Y entonces?

—Entonces me puse a pensar.

—¿En qué?

—En usted.

—¿No me diga?

—Mire —le dijo ella con firmeza— no voy a ir a ningún médico a que me revise. No me quería ir hasta habérselo dicho y hasta estar segura de que va a creerme.

—Entre y nos prepararemos algo para comer.

Ella se puso a reír un poco tontamente.

—No puedo. Se me han dormido las piernas.

Sin vacilar, la alzó en sus brazos y la transportó alrededor del vestíbulo. Ella dijo, mientras mantenía su brazo alrededor de sus hombros y los rostros uno junto al otro:

—¿Me cree usted?

El continuó su movimiento circular hasta que alcanzó el arcón de madera y luego se detuvo y la miró a los ojos.

—Le creo; no sé por qué ha decidido usted tal cosa, pero estoy deseoso de creerle.

La colocó sobre el arcón y se mantuvo de pie detrás del mismo.

—Se trata del acto de fe que usted mencionó —dijo ella gravemente—. Creo que uno debiera experimentarlo, al menos una vez en la vida, para nunca volver a decir algo semejante. —Apoyó cuidadosamente los tobillos sobre el piso de pizarra—. Oh —y sonrió con expresión de dolor—: Agujas y alfileres.

—Usted debe haber meditado durante mucho tiempo.

—Sí. ¿Quiere saber algo más?

—Por cierto.

—Usted es un hombre enojado y asustado.

El pareció encantado.

—¡Hábleme de todo esto!

—No —dijo ella pausadamente— hábleme usted. Estoy tomando esto muy en serio.

¿Por qué está enojado?

—¡No lo estoy!

—¿Por qué está tan enojado?

—¡Le digo que no lo estoy! Si bien —agregó con tono simpático— usted me está empujando en esa dirección.

—Y bien, entonces ¿por qué?

La observó durante lo que a ella le pareció un lapso muy largo.

—Usted realmente desea saberlo, ¿verdad?

Asintió con la cabeza.

Súbitamente, él extendió la mano hacia arriba y afuera.

—¿De dónde cree que salió todo esto, la casa, el terreno, el equipo?

Ella esperó que prosiguiera.

—Un sistema de extracción —agregó él, con un enronquecimiento de la voz que ella estaba aprendiendo a reconocer— un procedimiento para guiar los gases provenientes de los motores de combustión interna de modo de imprimirles un impulso circular. Las partículas sólidas no quemadas son embutidas en las paredes del quemador con una cobertura de lana de vidrio que puede extraerse en un solo bloque y puede ser sustituida por una nueva cada par de miles de millas. El resto de los gases se enciende por sus

propias chispas y lo que debe quemarse, se quema. El calor producido se utiliza para precalentar el combustible: el resto es nuevamente impulsado, a través de un cartucho que dura cinco mil millas. Lo que por último se obtiene es, por lo menos según las normas actuales, bastante purificado; y debido al precalentamiento, logra un mejor rendimiento en millas por parte del motor.

—De modo que ha ganado mucho dinero.

—He ganado mucho dinero —repitió él— pero no porque el dispositivo se esté utilizando para eliminar la polución del aire. Obtuve el dinero porque una empresa fabricante de automóviles compró el invento y lo encerró en una caja fuerte. No lo quieren porque es algo costoso de instalar en los automóviles nuevos. Algunos amigos de ellos, del negocio de refinado, no lo quieren porque obtiene un alto rendimiento de los combustibles. Y bien, yo no conocía ningún método mejor para hacerlo y no volvería a cometer el mismo error. Pero sí, estoy enojado. Me enojé cuando era un muchachito en un buque tanque y nos hacían lavarlos con cañamazo y jabón marrón desmenuzado, y fui a tierra y compré un detergente y lo probé y resultó mejor, más rápido y más barato, de modo que lo llevé al patrón, quien me dio un puñetazo en la boca por pretender saber su trabajo mejor que él... bueno, él estaba borracho en ese momento, pero lo más duro fue cuando los viejos cascarudos de la tripulación cayeron sobre mí por ser lo que llamaban un "hombre de la compañía", lo que es mala palabra arriba de un barco. Lo que yo no podía entender era por qué la gente se ponía en el camino de las cosas que significaban un progreso.

"He estado en contra de esta actitud durante toda mi vida. Tengo algo en mi cabeza que nunca se quitará de ella: es un modo que tengo de formularme la siguiente pregunta: ¿Por qué tal y tal cosa es como es? ¿Por qué no puede ser en cambio de tal otro modo? Siempre existe otra pregunta respecto de cualquier cosa o situación; en especial, no debe abandonarse cuando a uno le gusta una respuesta, porque siempre existe otra pregunta detrás de ella. Y vivimos en un mundo donde lo que le pasa a la gente es, justamente, que no quiere formularse la pregunta siguiente.

"He realizado los máximos esfuerzos por cosas que la gente nunca habrá de utilizar, y si estoy todo el tiempo fuera de mí, realmente la culpa es mía, lo admito; porque no me es posible dejar de formularme la pregunta que sigue y de darme respuestas. Existe una media docena de verdaderas maravillas en ese laboratorio, que nadie jamás verá, y un medio centenar más en mi mente; pero ¿qué puede uno hacer en un mundo donde la gente es capaz de matarse entre ella en un desierto, aun cuando se les demuestre que es posible transformarlo en un sitio verde y florecido; donde son capaces de caer unos sobre otros para derramar billones con el fin de desarrollar una nueva fuente productora de petróleo, cuando ha sido probado hasta el hartazgo que los combustibles fósiles habrán de matarnos a todos?

"Sí, estoy enojado; ¿es que no debiera estarlo?"

Ella dejó que el eco de su voz girara alrededor del cuarto y saliera por el orificio superior, y esperó un poco más hasta hacerle saber que estaba aquí con ella y no solo consigo mismo y con su furia.

El le sonrió mansamente cuando tomó conciencia de esto y entonces ella dijo:

—Podría ser que estuviera planteándose la pregunta siguiente en vez de la pregunta correcta. En general, creo que quienes viven guiándose por refranes están tratando de no tener que pensar, pero sin embargo conozco uno digno de atención: "Si te planteas una pregunta en forma correcta, te has dado también la respuesta". —Ella esperó un instante para ver si él realmente le prestaba atención y, al comprobar que así era, prosiguió—: Quiero decir que si pone la mano sobre una estufa caliente podría llegar a preguntarse cómo impedir que su mano se queme. Y la respuesta sería bien clara ¿verdad? Si el mundo insiste en rechazar lo que usted puede darle, debe existir alguna forma de preguntarse que contenga la respuesta.

—La respuesta es simple —dijo él brevemente— la gente es estúpida.

—Esta no es la respuesta y usted lo sabe —le dijo ella.

—¿Cuál es, entonces?

—¡Oh, yo no puedo decírselo! Todo lo que sé es que la forma en que usted hace algo, es más importante que lo que hace, cuando está involucrada la gente y desea obtener resultados. Quiero decir... usted ya sabe, cómo obtener lo que desea con el árbol, ¿verdad?

—Que me condenen, si es así.

—La gente también es una cosa viva que crece. No sé ni una centésima parte de lo que usted sabe sobre los bonsai, pero sí sé esto: cuando se comienza con uno, no suele ser el sano y fuerte el que se elige, sino que es el enfermo y retorcido el que puede llegar a adquirir la forma más hermosa. Esto es lo que deberá recordar cuando trate de hacer algo con la humanidad.

—Por todos los... ¡No sé si reírme en su cara o darle un puñetazo en la boca!

Ella se levantó. Él no se había dado cuenta de que era tan alta.

—Mejor que me vaya.

—Vamos... usted sabe que lo que dije es una metáfora.

—No, no estoy asustada; pero mejor que me vaya, de todos modos.

En forma cortante, él le preguntó:

—¿Tiene miedo de hacerse la pregunta siguiente?

—Muchísimo.

—Hágala, de todos modos.

—¡No!

—Entonces, lo haré yo. Usted dijo que yo estaba enojado y temeroso. Quería saber de qué tengo miedo.

—Sí.

—De usted. Le tengo un miedo pánico.

—¿Realmente?

—Tiene un modo de despertar la honestidad —expresó él con cierta dificultad—. Diré lo que sé que está pensando: que tengo miedo de toda relación humana estrecha. Tengo miedo de algo que no puedo apartar con un destornillador o con un espectroscopio de masa o con una tabla de cosenos y tangentes. —Su voz era burlona, pero sus manos temblaban.

—Hágalo echando agua en uno de los lados —dijo ella suavemente— o girándolo hacia el sol. Manéjelo como si fuera un ser viviente, una especie de mujer o de bonsai. Se transformará en lo que usted desee si lo deja ser sí mismo y si se toma el tiempo y el cuidado necesario.

—Creo —dijo él— que me está haciendo algún tipo de ofrecimiento. ¿Por qué?

—Allí sentada durante casi toda la noche —dijo ella— tuve una especie de loca imagen. ¿Cree que dos árboles enfermos y retorcidos pueden llegar alguna vez a hacer bonsai uno del otro?

—¿Cómo te llamas? —le preguntó él.

¡ERES TÚ!

—¡Eres tú!

No era el pelo lo que le hizo gritar así, ya que Dios bien sabe que California puede transformar a cualquiera en una extravagancia capilar en estos días; ella era todo lo que necesitaba ser, con esa cascada de seda color canario cobrizo, complementada por el

arco de los ojos y cejas, y los dientes perfectos, si bien hay que decir que eso no era todo. Tampoco lo era la absoluta confianza con que usaba la blusa transparente, que permitía ver sus senos, o el hecho de que era lo suficientemente alta y lo suficientemente redondeada. Más que todo, lo importante era que ella era real.

Todos lo hacen, pero algunos tienen conciencia de ello y otros no: se ven chicas bonitas y de las otras, se suma y se resta y, a lo largo de los años, llega a crearse un concepto de las cosas: así de alta, así de morena, así... exactamente así, hasta que todo queda bien delimitado. Entonces esa cosa terminada, ese ella se sedimenta dentro de uno, y cada vez que se ve a alguien, se la compara con ella. Las cosas pueden salir bien, uno puede sentirse sumamente apasionado, se pueden soñar muchas cosas con cualquiera de las otras, pero de alguna forma nunca llegan a ser exactamente como ella, la que uno se ha forjado. Así que, cuando la vio, no pudo menos que gritar.

La afirmación salió de sus labios sin que pudiera darse cuenta. Tal vez por eso mismo estuvo seguro, porque el reconocimiento explotó, sin que pudiera llegar a pensarlo.

Había estacionado el Monstruo y estaba a punto de bajar cuando la vio. Estaba tratando de que la llevaran en auto a ella y a una amiga (eso se hace mucho en California). Nunca pudo recordar demasiado acerca de esta amiga, Susie o Dotie o algo así. Además había un camión con cerezas, choclos y otras cosas parado más allá del camino y él se había detenido porque le gustaban los choclos. Se dirigió hasta donde estaban las dos chicas, señaló al Monstruo y les dijo:

—En un minuto estoy con ustedes.

Ellas sonrieron, lo miraron de arriba abajo, luego se miraron entre sí y finalmente dijeron gracias, mientras se dirigían hacia el auto. Algo adentro de sí se transformó en un par de puños y comenzó a golpearlo tan fuerte que pestañeaba con cada golpe. Se dirigió hasta el camión, compró choclos y otras cosas, pues vivía solo.

Pero antes de recogerlas se llegó hasta el Monstruo. Las chicas habían logrado, quién sabe cómo, meterse en uno de los asientos. El le preguntó si le gustaban los choclos y ella le contestó que sí. Volvió y compró más y también tomates y un melón. Luego vio unos largos ramos de flores blancas y rojas, con un intenso perfume, y presumió que nunca nadie las había puesto en un florero. Compró un ramo de flores blancas y otro de flores rojas y las mezcló allí mismo, formando un gran ramo. Nunca había hecho una cosa así antes.

Primero fueron hasta la casa de la amiga. Sin recordarla demasiado, nunca podría olvidar la intensa desaprobación que recibieron cuando la amiga bajó, pero ella no lo hizo. Esto lo hizo reír una vez que quedaron solos, y cuando se encontró con sus ojos, vio que ella estaba riendo también.

Ella vivía en Altadena, que era lejísimo de donde vivía él pero no le importó. Oh, ya lo creo que no le importó. La muchacha vivía en una casa de huéspedes pequeña, de dos cuartos, que quedaba del otro lado de una piscina; la gente de la casa no la usaba casi nunca. Tenía un caminito propio. Era muy linda. Ella le dijo que cocinaría algo para ambos. Preparó el maíz con unas costillas de cordero y finalmente comieron el melón con helado de vainilla y un poco de café instantáneo espolvoreado por encima. Ella cocinaba bien. Se veía a la legua. Había más de cuarenta hierbas aromáticas y especias en la cocina. Le inventó un nombre: Knightly. Le dijo que parecía un caballero con su armadura reluciente. El nunca la llamaba por su nombre, salvo a veces que le decía Hon.

Era una de esas noches calurosas y llenas de humo, comunes en California, y la piscina estaba tentadora, pero él no tenía traje de baño. Ella se rió alborozada y le preguntó para qué lo quería. Cuando la muchacha se sacó la blusa transparente, él se dio cuenta de que no era transparente en serio, porque ¿quién dice que una vidriera de colores es transparente cuando se desea mirar el sol? No puede existir un cuerpo más perfecto que ese, en ningún lado, no solamente por la perfección de cada una de las

partes, sino por la absoluta justeza con que unos senos como los de ella se adaptaban a un hombro como el suyo, y por la armonía de la cintura así, con unos tobillos de esta otra forma. Además, todo su cabello era de ese color bronce amarillento, y su piel no tenía imperfecciones.

Se zambulleron en la piscina, se rieron mucho, y tal vez no crea con facilidad lo que le digo: había algo en ella que hizo que no la poseyera en ese momento. Se secaron sobre una montaña de toallas limpias, se vistieron nuevamente y él no tomó la iniciativa. Tal vez porque los hombres toman la iniciativa cuando quieren saber de qué se trata, y él ya lo sabía. Sucedió a las dos de la mañana, mucho más tarde, y luego (fue maravilloso) ella le susurró las buenas noches y se quedó dormida en sus brazos. El no volvió a su casa hasta el sábado.

En el camino de vuelta se paró frente a una agencia de autos de alquiler y alquiló un remolque. Tuvieron que afanarse mucho para acoplarlo al Monstruo sin abollarle las magníficas partes metálicas; les llevó más de media hora calcular cómo iban a hacer para colocar el espejo retrovisor y cuando finalmente pudo ponerse en marcha, dieron un suspiro de alivio. Parecía un caballo de carreras enganchado a un carro de estiércol, y a él se le antojaba que todos se paraban para verlo pasar, y hasta que a algún patán bien se le podría haber ocurrido frotarle el pescuezo. Cuando llegó a su casa cargó todo lo que poseía, que no era mucho. Habla pagado el alquiler hasta fin de mes. Todo lo llevó a la casita de Altadena.

Se suponía que ella iba a disponer las cosas para que él pudiera usar el segundo cuarto, pero cuando llegó había armado un cuarto de estar y un dormitorio, en lugar del lío que tenía antes. Había mucho lugar en el ropero para que él colgara sus cosas, pero ella arregló los muebles de tal forma que cupo ninguna de las cosas de él, pero ¿a quién le importaba? Era una Casa de Nosotros.

El estaba en la sección de Emergencia, lo que le venía bien. Era una de esas personas afortunadas que se dormían instantáneamente y se podían despertar (despertar en serio) a los veinte minutos, o a las dos horas, o a las veinte horas, siempre que fuera necesario. Cualquier momento de las veinticuatro horas le venía bien. En cambio, para ella, que dormía de noche y vivía de día, las doce de la noche era siempre demasiado tarde, y las ocho también. Le gustaba levantarse antes de las siete. El se ajustó a este horario bastante bien, y aprendió a no hablar mientras ella se dedicaba al complicado ritual de conciliar el sueño. Hay muchas personas que son así. Tienen que cumplir con una serie de cosas, cualesquiera sean estas, exactamente en el orden previsto, y si se las interrumpe deberán comenzar nuevamente hasta el final. Nunca dormía tarde, así que si él la tenía despierta mucho después de su hora habitual de acostarse, se la veía triste y retraída casi todo el día siguiente. Descubrió que ella se dormía casi instantáneamente después del sexo, cuando era bueno, y casi siempre lo era. Pero todo este problema del sueño se complicaba estando él en Emergencias, puesto que recibía llamados a las dos o tres de la madrugada y tenía que salir sin saber a qué hora iba a volver. Ella se comportó en forma muy dulce en todo este problema (ella era siempre dulce) pero luego de corto tiempo él se pasó al turno de día. Significaba ganar un poco menos de dinero, pero qué se le iba a hacer.

El dejó de ir a lo de Mother's que, créase o no, es una cadena de salones de juego en la zona de Los Angeles. Nunca nadie le dijo que lo hiciera, pero a ella no le gustaba jugar, no era posible hacerlo mientras ella esperaba pacientemente, sonriendo, a que él terminara ¿verdad? Ya no era lo mismo. Fue muy simpática con Scruffy y Ralph y Red, y aún con Blinker, a pesar de que no le gustaba para nada. Bueno, para querer a Blinker había que conocerlo. Y ella siempre era muy simpática y alegre con todos, pero no había ninguna duda de lo que le gustaba y de lo que no le gustaba. Bien... las cosas ya no eran lo mismo, y él empezó a ir cada vez menos, hasta que ya no siguió tratándose con la gente de Mother's. Lo mismo pasó con los compañeros que él tenía en lo de Butch, salvo

cuando había que arreglar algo que no marchaba bien en el Monstruo. Una vez que él había ido a buscar unos conectores, se descubrió tomándose una hora en vez de hacerlo en diez minutos, como hubiera podido, y comenzó a darse cuenta de que sentía cosas bullendo dentro de él, que no podía comprender del todo. Eran una serie de estúpidos que no podían hablar de otra cosa que de tonterías pero...

Los primeros días ella le había regalado un medallón, con una cadena, para usar alrededor del cuello. Era una cosa rara, toda retorcida, de plata y con un ópalo que colgaba hacia afuera. El lo usaba todo orgulloso, y cuando alguien le decía algo, se complacía en aclarar:

—Mi nena.

Sus suscripciones a "Automóviles y Conductores" y a "Caminos y Senderos" sufrieron una demora y pasaron seis semanas sin que llegara a extrañarlas. Había que conocerlo para darse cuenta de lo que sentía. Estaba realmente contento. Se lo decía a ella de vez en cuando, para verla animarse. También se lo decía así mismo. Compró las revistas en un puesto de periódicos, y cuando salieron los números nuevos, ella tiró los viejos. El se sobresaltó, pero no dijo nada. De allí en adelante se llevó las revistas al trabajo.

Una mañana sonó el despertador, y cuando él alargó la mano, medio dormido, para buscar la ropa, sintió que no era la misma. En vez de la camisa estilo vaquero, y los pantalones negros, halló otros, muy bien cortados, y una camisa algo aburrada, con un pañuelo y un anillo para sujetarlo. Era lindo el conjunto, y le gustó, pero mandó todo al diablo porque pensó que si iba al trabajo vestido así parecería un pavo real. Ella estaba acostada con una expresión de di-que-te-gustan, y alegría radiante en los ojos. Se los había cosido de a ratos, mientras él trabajaba, escondiéndolos para que no se diera cuenta de lo que estaba haciendo. Entonces él le dijo que le gustaban mucho, y se puso la ropa para ir al trabajo; pero al ponerse la camisa se dejó el medallón dentro y ya no lo usó más afuera. No había dudas, los compañeros se cansaron de reírse del cambio, y cuando volvió a casa él le dijo que iba a guardar la ropa nueva para las fiestas, porque era una pena arriesgarse llevándola todos los días. Entonces fue corriendo al recipiente de los desperdicios, antes de que pasaran a recogerlos, y sacó sus pantalones y su camisa vieja y los puso en una caja, en el garaje. Nunca nadie le preguntó, ni él se preguntó a sí mismo, por qué, después de ese día, no volvió a usar el medallón a la vista.

Ella le hizo tres pares de pantalones más y otras dos camisas, y eran muy lindas, pero para las fiestas. Iban a fiestas muy frecuentemente. Siempre eran de gente que ella conocía desde hacía tiempo. Eran lindas fiestas. El nunca bebía mucho, pero de vez en cuando se le ocurría tomar un poco, y le gustaba. Lo mismo sucedía con la marihuana: podía fumarla o no. Pero a veces pasaba que saliendo de una fiesta en la que se había reído mucho, sentía la misma sensación que si hubiera cruzado un desierto. Podía ser que hubiera mucha gente, pero no había nadie con quien charlar. Una vez que dejó el auto afuera, vio, en la oscuridad, un Excalibur plateado. Bueno, él siempre había dicho que los Excalibur eran una porquería, y para sí mismo había admitido que eran puras ruedas, pero si alguien le hubiera ofrecido cambiarlo por el Monstruo, se hubiera quedado con el Monstruo, pero después de haberlo pensado mucho. Así que, cuando entraron, él se dispuso a averiguar de quien era el auto, seguro de poder charlar un buen rato, pero resultó que era de una chiquilina rica, a quien su papito se lo había regalado para el día en que cumplió dieciocho años. No sabía distinguir entre un eje y el mango de un hacha. Esa vez se sintió estafado, se puso rabioso, sin poderse explicar por qué, y todo el viaje de vuelta lo hizo sin hablar una palabra, cosa que la asustó mucho. Cuando llegaron no quiso hablar tampoco.

Ella se cortó el pelo. Claro está que tenía derecho a hacerlo. Podía hacer todo, y hacerlo bien. Le quedaba muy lindo, pero no era lo mismo.

Una noche, después de algo de sexo, que había estado verdaderamente sensacional, ella se quedó dormida en la forma habitual y él se puso a pensar en motores, y en algo

que había leído últimamente y no podía recordar. Se levantó silenciosamente, fue hasta donde estaba el Monstruo, buscó la linterna y entrando en el garaje se puso a leer los números atrasados de las revistas de mecánica. Se quedó tanto rato que se gastaron las pilas, y los pies se le durmieron. Mientras golpeaba con los talones sobre el cemento para desentumecerlos pensó que se sentía magníficamente bien. Cojeando, se levantó, guardó las revistas en la caja, guardó luego las cajas y se volvió a la cama. Consideró que ella no se había dado cuenta.

Compró pilas nuevas al día siguiente, y una semana después pasó lo mismo. Nunca se puso a pensar en lo que había pasado (tal vez no era del tipo de los que piensan demasiado). Pero la tercera o cuarta vez que sucedió, él se hallaba arrodillado en el suelo de cemento del garaje, estudiando un esquema de unas turbinas especiales, que se veían en el extremo del túnel de luz que daba la linterna, cuando oyó algo. Apagó la linterna, y la lámina en colores, de un motor raro con el chófer en posición invertida, se vio reemplazada por la silueta desnuda de ella, que se recortaba en el marco de la puerta.

El le dijo:

—No quería que te despertaras.

Entonces ella le dijo lo único feo que le dijera jamás. Le señaló la entrepierna y le dijo:

—Lo usas como una píldora de dormir para mí, ¿no es verdad? —Se volvió y entró nuevamente.

El se quedó en el garaje a guardar las revistas. Cuando volvió al cuarto le pareció que ella estaba durmiendo, así que se acostó sin hablar y sin tocarla. No hablaron de lo sucedido a la mañana siguiente.

A la otra noche fueron a otra fiesta, y no menos de tres tipos se detuvieron a decirle lo suertudo que era. Bien, ella tenía buen gusto, sabía lo que era lindo. La fiesta era toda de gente hermosa, con dos guitarras, una mesa llena de cosas hechas de arroz y un montón de comidas con queso, y vinos. Cuando volvieron a casa, ella se fue a la cama y él al baño a tratar de devolver el postre (el queso) y le pasó una cosa horrible. Se puso a mirarse en el espejo, y va no supo más quién era ese que veía.

Claro que el corte de pelo era magnífico, y el collar estilo gurú de la camisa de satín estaba tan bien cortado que no parecía descuidado, y también había que pensar en las botas con dobleces y tan finas que parecían de piel. Pero nada de eso era él, no como se recordaba. Nada que fuera lo que pensaba cuando decía Yo. Algo horrible.

Se sacó la ropa, la colgó y la puso lo más lejos posible. Luego se sacó el medallón, lo puso sobre el aparato de televisión y se fue a dormir.

Ella se levantó antes que él tal como sucedía siempre, y el desayuno estaba listo. El se fue al garaje desnudo, y allí encontró su ropa y sus botas viejas. Se vistió con ellas. Volvió a la cocina y comió. Mientras estaba comiendo ella le dijo que había hecho todo lo posible para hacerlo feliz. El lo admitió y le aseguró que lo había pasado muy bien.

Era sábado. Se subió al Monstruo y volvió a la oficina donde alquilaban autos. Se acordaban de él, y rápidamente volvieron a amarrarle el remolque, ahora sin tantos problemas. Volvió hasta la casa, paró al lado del garaje y cargó todas sus cosas dentro del remolque. No le llevó mucho tiempo.

Ella salió y se quedó mirándolo.

—Ven, por favor —dijo.

El negó con la cabeza, y se dispuso a subir al coche. Entonces ella volvió a salir y se detuvo junto al Monstruo, con las manos apretadas.

—Knightly, Knightly, ¿qué pasa? Dime qué te pasa. El sólo pudo mirar adelante sin ver. Lo único que se le ocurría era una idea tan tonta que no podía explicarla: Quiero que me devuelvas mi nombre. Finalmente logró decir:

—Nunca he sabido explicar bien las cosas, Hon.

Pero ella sí podía. Se arrodilló al lado del Monstruo, para que él no pudiera dejar de ver sus ojos y sus cejas, tan arqueados bajo la mata brillante de cabellos amarillos cobrizos, y

le dijo cómo había estado pensando y pensando, y lo equivocada que estaba. Comenzó a enumerar toda una lista de promesas. Le dijo:

—Voy a tratar de aprender algo acerca de automóviles, para poder acompañarte a los negocios de compra y venta y de mecánica. Verás que pronto podré hablar de muchas cosas, y luego pondré atención a la forma en que a ti te gusta vestir, y no a la manera en que a mí me parece bien que lo hagas. Y nunca me había dado cuenta, pero ahora veo que estuve equivocada al hacerte dejar la sección de Emergencia, y obligarte a vivir en la forma en que lo hice. —Y otras cosas más, acerca de cómo ella nunca había averiguado las cosas que él acostumbraba comer antes de conocerla a ella, y se puso a cocinar lo que a ella le parecía. Iba a cambiar, iba a cambiar. Haría cualquier cosa que él quisiera.

El casi llega a enunciar un pensamiento que valía la pena. Algo acerca de lo que le pasaba a la gente, que tenía que cambiar, pero no pudo darle forma. Tal vez ella se daría cuenta sola. Hizo arrancar el motor, cambió de velocidad, controló los espejos de ambos lados, y luego le gritó algo hacia atrás, para que ella lo oyera. Le dijo, en el momento en que arrancaba el coche:

—No es nada de eso. Hon. ¡Eres tú!

HAY QUE CUIDAR A JOEY

Hablando con el mozo del bar, no recuerdo por qué, me dijo "un momento", y tomó el teléfono. No me había fijado en el hombrecito del pulóver verde, pero él sí. No le quitó los ojos de encima mientras marcó el número, así que yo también me quedé mirándolo. El hombrecito iba de aquí para allá sin detenerse pero caminando más lentamente cada vez que se encontraba junto a uno de los bancos altos. Cada uno de los parroquianos era examinado con una mirada fría y escrutadora, como si dijera "por que no me pegas". Daba escalofríos. Algunos hombrecitos actúan así: soy chico pero resistente, por qué no te metes conmigo y vas a ver lo que es bueno. Y son fuertes de veras. Pero este no. Algo le pasaba en las piernas, si bien no se podía decir que rengueara. Era muy flaco además.

—Hola, Dwight. Te habla Danny, del Rambler Inn. Joey acaba de llegar y parece que... Está bien. Está bien.

Colgó, y los dos nos quedamos mirando a este hombrecito, este Joey. Algunos de los presentes le daban la espalda, se volvían para la derecha cuando se acercaba, se daban vuelta cuando él se movía y finalmente él terminaba poniéndose bien cerca hasta que tuvieran que mirarlo a la cara. Después se quedaba mirándolos como dije, y torcía la boca para este lado, y si no decían nada seguía adelante, y tampoco decía nada.

Otros ponían una expresión de "qué demonios le pasa" y él no les sacaba la vista de encima hasta que ellos la esquivaban. Entonces seguía adelante. Uno de los parroquianos, un hombre grandote, a quien parecía gustarle la cosa, le espetó.

—¿Y usted que quiere?

Joey se toma un buen rato antes de contestarle y finalmente le dice:

—A lo mejor más tarde se lo cuento.

Finalmente llega adonde yo estoy hablando con el mozo. Lo miro por el espejo, pero él no se da cuenta, así que se queda a mi lado, hasta que yo me doy vuelta y le largo un hola.

No me contestó. Se quedó en silencio lo que pareció ser un largo rato, mirando con esos ojos de huevo hervido, hasta que escupió en el suelo. No tuve que quitar los pies de donde estaban, pero casi casi. No apartó los ojos, y finalmente, pasando alrededor de mí, se dirigió al mozo y le dijo:

—Prepárame un trago caliente.

Danny hizo lo ordenado, y el hombrecito se llevó su bebida a una mesa desde donde pudiera ver bien a todos.

—Un tipo como ese puede causar líos —dije.

—No lo dude —me respondió Danny.

Antes de que pudiera contestar apareció un tipo grandote, con aire preocupado, y no creo que haya podido ver a Joey de entrada, porque se dirigió a Danny, el mozo, y le dijo:

—Danny ¿dónde...?

—Hola, Dwight Allí está —y señaló con los ojos. Dwight, el alto, pasea una mirada por el lugar, y luego se pone a mirar al tal Joey por el espejo. Pareciera que estuviera tratando de averiguar todo lo posible sin tener necesidad de hablarle. Lo oigo rechinar los dientes cuando Joey se traga su bebida. Lo oigo decir Dios mío cuando Joey se levanta.

Joey se pone un cigarrillo en un ángulo de la boca, y se sienta al lado del tipo grandote aquel, que le preguntó: ¿Y usted qué quiere? y alarga una mano hacia el cigarro del otro, que está sobre el bar, en un cenicero.

Dwight vuelve a susurrar "¡Oh Dios mío", y Danny el mozo le dice:

—Dwight, mejor que lo saques de aquí.

Grandote empieza a protestar:

—¡Oiga! ¡A ver si deja mi cigarro en paz!

Joey sigue, imperturbable, encendiendo su cigarrillo con el cigarro del otro, y Dwight se pone en movimiento hacia donde están, y tal vez todo hubiera salido perfectamente bien si no fuera porque finalmente Joey deja caer el cigarro del otro adentro del "Righball" que estaba tomando. Claro, el lío ya estaba armado, y Grandote larga una trompada, pero ya está allí Dwight para interponerse y más aún, pues con el hombro manda a Joey al otro lado del local, mientras recibe el puñetazo en el pescuezo y levanta las manos en son de paz mientras dice tómesele con calma o algo por el estilo.

Pero Grandote no tiene ganas de tomárselo con calma, y se pone de pie. Es un tipo mucho más grande de lo que pensaba. Saca a relucir una trompada con una mano derecha que parece un jamón, en el extremo de un brazo grueso como el tronco de un árbol, y ya lo he visto hacer antes y tengo ganas de gritarle a Dwight "no te fijas en la trompada esa", porque es lo que él quiere y seguro que la izquierda de Grandote va a aparecer desde abajo de la axila, y va a llegar, corta y fuerte, hasta donde está Dwight, para dejarlo liso y chato en el suelo.

Con asco y miedo oigo que Danny el mozo dice:

—Ahora sí que voy a tener que llamar a la policía, y miren que no me gusta llamar a la policía.

Le digo que no lo haga y me acerco al lugar del lío, donde Dwight se menea un poco en el suelo, y Grandote le pone el ojo encima a Joey, y Joey retrocede y retrocede. Creo que estaba tratando de ver si lo podía arreglar, pero Grandote le vuelve a tirar una trompada a Dwight, sin sacarle la vista de encima a Joey, como si no le importara a quién le da la trompada, y la verdad es que no le importa. No me gustan los tipos a quienes les gusta pegar a otros tipos, así que le digo a Grandote que termine la cosa, entonces él le vuelve a pegar una trompada más a Dwight, ahora mirándome a mí y meneando su falsa mano derecha hacia mi lado. Cuando hace eso, es fácil darse cuenta de que se tiene frente a uno, a un peleador de un solo truco, lo que hace mucho más fácil la tarea a quien sabe dos. Yo me sé cincuenta.

Entonces le enseñé algunos y no me pudo poner la mano encima, sino que más bien yo le agarré la muñeca y lo hice pasar por sobre mi cabeza, y para entonces ya le había pegado cuatro veces, así que no era nada probable que se pudiera volver a levantar por un buen rato. Lo ayudé a Dwight a ponerse de pie, y a que viniera hacia el lado del mostrador en que tenía mi bebida, y se mantuvo en pie agarrándose y meneando la cabeza. Danny el mozo le sirvió algo y eso pareció mejorar un poco las cosas, mientras el

resto de los parroquianos se volvieron a sentar, salvo dos o tres de ellos que decidieron ocuparse de Grandote. Yo les grité que no se molestaran:

Y mientras tanto, el Joey ese que fue el que empezó todo se había quedado a un lado, donde lo empujara antes Grandote.

Danny me pidió que terminara mi bebida.

—Lo convida la casa, y muy agradecido que le estoy, pero saca a ese Joey de aquí. No quiero verlo más, de veras, te lo juro, Dwight —y me di cuenta de que era a Dwight a quien le estaba hablando, no a mí—. No sé por qué lo cuidas tanto. Si fuera por mí, te aseguro que ya le habrían pasado por encima.

Dwight le contesta:

—Sí, pero no eres tú el que decide. Gracias por el trago.

Luego me mira a mi y me agradece también. Le digo que lo voy a acompañar. A veces estas cosas no se terminan así nomás, sino que lo esperan a uno cuando sale. Dwight dijo que a él no le parecía que sucediera eso ahora, ni a mí tampoco, pero de todas formas salimos juntos. Nos pusimos uno a cada lado de Joey, y casi pareció entonces que lo recogimos y salimos con él. Joey pareció colaborar, pero entonces se paró en la puerta a mirar hacia atrás, donde unos tipos estaban ayudando a Grandote a ponerse de pie, luego lo miró a Dwight y finalmente se echó a reír. No me prestó atención en absoluto. Ya les dije que era un tipejo siniestro.

Salí con ellos, y le diré por qué. He visto muchas cosas en muchos lugares, y una de las que siempre me llama la atención es que alguien se preocupe por algún prójimo, porque, para decir la verdad, no lo entiendo. Por qué un determinado individuo se arroja sobre una granada para salvar a otros. Por qué un tipo que pasaba casualmente por la calle se mete en una casa en llamas para sacar a alguno que quedó adentro. Por qué se puede llamar a alguien en plena noche y éste saldrá rápidamente a ayudar a otro que lo necesite. Tal vez usted me diga algo acerca de la existencia de héroes, de la supervivencia de la raza y otras cosas por el estilo, y yo digo mierda. Tal vez a usted le guste creer todo eso, pero yo creo que en el mundo hay lobos y lobas y nada más, cuando no son gusanos o borregos o cosas así.

Pero igual me quedo mirando, y bien fijo, sin sacar nada en limpio. Parece como si no quisiera entender que alguien puede verdaderamente ocuparse de otro sin sacar ningún provecho. Es como si tuviera miedo de hallar algo así, como si todo mi esquema del mundo. pudiera derrumbarse, pero igual yo sigo buscando.

Lo primero que pasó cuando salimos del Rambler Inn es que Joey se fue corriendo al medio de la calle y pasaban automóviles y autobuses, sin que a él pareciera importarle un comino. Se produjeron una serie de chirridos de frenadas y de maldiciones, y Dwight, que todavía parecía estar mareado del golpe que recibió se largó enseguida detrás de Joey, estiró los brazos alrededor de él, como si quisiera protegerlo, lo llevó a la zona segura y lo hizo quedarse quieto hasta que pudieron cruzar al lado opuesto. El también iba maldiciendo, pero Joey se reía. Dwight le dijo que se mandara a mudar a su casa antes de que alguien lo matara, y tuve la sospecha de que él, Dwight, iba a ser ese alguien. Joey se limitó a decir que no. Siguió sin prestarme ninguna atención.

Entonces Dwight lo soltó, y el hombrecito se puso a caminar por la calle, mientras Dwight lo seguía. No le quitaba los ojos de encima ni un momento. Se volvió hacia donde yo estaba y me dijo que bueno, que muchas gracias por lo que había hecho y parecía que me quería decir adiós, a ver si te vas de una vez. Pero yo seguía caminando con ellos, y al rato Dwight dijo que él era capaz de encargarse de las cosas solo. Me dijo:

—De vez en cuando se le da por salir a emborracharse. No se complican las cosas si uno no le saca el ojo de encima y lo aparta de los grandes. —Pero no me parece que se refiriera a tipos grandes, sino a líos grandes.

Le dije si no le importaría que le preguntara por qué estaba tan desesperado por matarse, y si así era, por qué no lo dejaba en paz, ya que estaba tan decidido a hacerlo. Y Dwight me contestó:

—No, no lo está. —lo dijo muy seguro, quiero decir que parecía que supiera.

Así que aquí estaba Joey, caminando por la calle a altas horas de la madrugada, como si no supiera adonde iba, y nosotros dos siguiéndolo y hablando entre nosotros de vez en cuando. Como yo no me iba, Dwight dejó de decirme gracias y otras cosas agradables. Me enteré que no eran parientes, que no venían de la misma ciudad, que no vivían juntos y que tampoco trabajaban en la misma compañía, ni siquiera tenían trabajos similares. Dwight era jefe o algo así en una especie de imprenta, era un tipo muy educado. Lo que quiero decir es que uno se imaginaba que hubiera podido llegar a mucho más, si no se le hubiera presentado una situación como esta en la que se hallaba. Joey era obrero de una fábrica metalúrgica o de automóviles. Tampoco eran homosexuales. Cuanto más averiguaba más me preocupaba el hecho de que aquí parecía haber alguien que estaba dispuesto a hacer algo por otro sin provecho, sin ningún provecho. Ni siquiera pienso que se tuvieran aprecio.

Así que finalmente me decidí a preguntarle ¿por qué? y Dwight me contestó:

—Hav cosas que uno tiene que hacer.

Entonces Joey echó a correr.

Nunca hubieran pensado que un tipejo como ese podría salir así disparado: en un instante estaba caminando despacio, mirando vidrieras y al segundo corría como una ardilla o una semilla de manzana lanzada al apretar los dos dedos. Oí el mismo susurro Oh Dios! del pobre Dwight, y al momento ¡boom! estaba corriendo como loco detrás del hombrecito. Pensé maldición, y salí corriendo yo también.

Joey siguió corriendo durante trescientos metros, agrandando siempre más la distancia que lo separaba de nosotros. Me di cuenta en seguida de que Dwight no estaba en buen estado atlético porque cuando pasé junto a él, después de haber corrido cincuenta metros, ya jadeaba. Por lo tanto no me preocupé por él sino que traté de alcanzar a Joey y hacerlo detener. No fue fácil.

Dobló hacia la derecha, hacia una callejuela, y si no hubiera estado atento no lo hubiera visto doblar otra vez a la derecha hasta llegar a una zona sin salida, que parecía destinada a cargar y descargar camiones, detrás de una gran tienda. Estaba oscuro, pero algo se distinguía. No lo pude encontrar por ningún lado.

Comencé a retroceder, buscando por aquí, por allá, hasta que llegué otra vez a la callejuela, pensando que Dwight podría pasar de largo si no nos veía. Al final llegó y estaba tan agitado que no podía hablar, y cuando le dije lo que había hecho Joey se limitó a mover la cabeza y a sostenerse de una pared de ladrillo, respirando anhelosamente y tosiendo un poco hasta que comenzó a reponerse. Entonces me dijo:

—Tenemos que encontrarlo. Tiene un problema cardíaco, no debería correr así. Lo sabe, pero igual me hace esto de vez en cuando, ese hijo de puta.

Me di cuenta de que no era simplemente que no se apreciaran. Dwight lo odiaba a Joey.

Volvió al lugar donde se cargaban y descargaban camiones y se puso a buscar frenéticamente. Me dijo que si uno se quiere esconder no se mete debajo ni detrás, sino que se va arriba. La gente que busca nunca mira para arriba, siempre mira hacia abajo, al menos que algo atraiga su atención. Me acordé de esto y me puse a mirar para arriba.

Le di un golpe en el brazo a Dwight y señalé. Se veía una escalera de incendio que subía hacia el techo, y a unos veinte metros de altura había algo que parecía un bulto raro y oscuro que oscilaba en uno y otro sentido. Fijándose con cuidado, era posible comprobar que se trataba de Joey y después de un momento vimos que se encontraba en uno de los descansos de la escalera metálica. Cuando los ojos realmente se acostumbraron se veía que estaba en el borde del descanso y del lado de afuera de la

baranda, colgado de ella, parado sobre una pierna y oscilando de adelante hacia atrás, colgando sobre el vacío.

—¡Dios mío! ¡Tengo que subir! Padece de mareos. Dwight comenzó a correr hacia la escalera. lo alcancé en dos zancadas. Fue muy fácil porque todavía no había recobrado el aliento. Le pregunté cómo demonios pensaba que iba llegar hasta alcanzar la escalera.

Era una de esas que accionan por contrapeso. Si se estaba bajando por la escalera de incendios, el peso de quien bajaba la accionaba, y la última parte descendía. De otra forma, los dos tramos, hasta el segundo piso, quedaban en el aire, a fin de que los ladrones no pudieran usarla. Había que ser un pájaro o un acróbata para alcanzarla. Alguien debe de haberla atado para que no subiera. Joey la encontró así, pero ciertamente no la dejó igual. Arriba de todo se balanceaba Joey como un mono. Podía oír su risa.

Dwight se situó debajo de la escalera y se puso a saltar. Era patético. Saltaba y saltaba. Creo que estaba medio loco. Me pareció que repetía "Tengo que alcanzarlo" una y otra vez, entre sus saltos inútiles. Al poco rato ya estaba de nuevo sin aliento.

Observé que, no sé por qué, había una cañería lisa, de un grosor adecuado, en uno de los ángulos del edificio, que llegaba hasta el tercer piso. Pasaba a un metro o a un metro y medio del descansillo donde se quedaba aplicada la escalera. Desde donde yo estaba se la veía muy alta y muy lejos del descansillo, y ciertamente que una cañería lisa no es el mejor objeto para trepar por él, pero qué le íbamos a hacer! Comencé a trepar con los brazos y las manos, porque los pies no me servían de nada, así que los dejé acompañarme, colgados. Más abajo veía a Dwight tratando de seguirme, pero no podía despegar del suelo.

Cuando llegué un poco más arriba del descansillo paré por un par de segundos para recobrar el aliento, y simplemente porque un par de segundos era todo lo que mis manos podrían aguantar. Alcé los pies, los llevé hacia afuera tratando de impulsarme, me balanceé una vez más y luego salté hacia adelante. La idea no fue mala, pero no fue un éxito. No pude aferrarme con las dos manos de los barrotes de la escalera, con una tuve que sujetarme de las barras del piso. Me lastimé bastante, pero pude mantenerme hasta que dejé de balancearme y fui capaz de subir al descansillo; tuve que esperar un rato antes de poder seguir adelante.

Creo que hubiera podido bajar la escalera para que subiera Dwight a ayudarme, pero la verdad es que no lo pensé. Comencé a subir para alcanzar al loco de Joey.

Oí que se estaba riendo otra vez.

Subí en cuatro patas. Creo que pensaba que era Dwight, y no yo, quien lo perseguía. Cuando llegué al sexto piso comenzó a gritarme.

—¡No eres Dwight! ¡Más vale que te vayas, métete en tus asuntos, quiero que me cuide el viejo Dwight!

No respondí nada y seguí subiendo. Todavía estaba sobre las vigas, inclinándose peligrosamente. Todo lo que tenía que hacer era abrir las manos, y hubiera caído. Seguí avanzando lentamente.

Tal vez hasta ese momento se estaba divirtiendo, no lo sé. Tal vez se enojaba conmigo, porque las cosas significaban una importante diferencia en su cabeza loca. Pero mientras me acercaba me di cuenta de que algo en sus ojos se extraviaba, que su mirada era rara y luego dejó de gritar y de mecerse, y los ojos se le pusieron blancos. Lo que quiero decir es que puso los ojos en blanco, y vi que sus rodillas temblaban.

Salté. Lo aferré con la mano derecha porque soy diestro, y porque no tuve tiempo de pensar. Pero era la mano que recién me había lastimado, y estaba llena de sangre y despellejada. No puedo decir cuánto me dolió, pero no lo largué. Lo había aferrado por la axila, que no es lo apropiado para sujetar a alguien y con la mano aferré un pedazo de pulover y piel. Caí y comencé a deslizarme, y me hubiera ido tras él, pero enganché los

pies en uno de los barrotes. Me sostuve con las piernas y alargué la otra mano para sujetarlo mejor. El no podía ayudarme, porque era un peso muerto. Recuerdo que, por un instante, pensé que después de todo, ya había hecho todo lo que podía. Pero no escuché mis pensamientos y seguí sujetándolo hasta que tuve suficiente fuerza como para alzarlo, hacerlo doblar sobre los barrotes y luego volverlo a aferrar hasta que lo hice caer sobre el descansillo.

Abajo, en la oscuridad, Dwight gritaba y gritaba. Oí que decía:

—¡No le pegues! ¡Por favor, no le pegues!

Creo que si no se hubiera desmayado sí que le hubiera pegado. Como les dije, conozco muchos trucos pero hay algunos que todavía no he ensayado, y me gustaría hacerlo. Pero no hubo necesidad, y luego de descansar, lo cargué sobre mi hombro y bajé con él por la escalera de incendios. La parte basculante descendió sin problemas y llegué al suelo, entonces volví a subir con un ruido metálico, mientras yo ponía a Joey en el piso.

Dwight se precipitó sobre él, trató de oír su respiración, acercó un fósforo encendido a su boca, le levantó un párpado y finalmente dijo con un suspiro de alivio:

—Está bien, ya se recuperará.

No vacilé en decirle que, personalmente, lo lamentaba mucho.

Dwight me informó que permanecería sin sentido durante una media hora, más o menos, que luego se repondría y que lo llevaría a casa. Según manifestó, era poco probable que repitiera la aventura antes de dos o tres semanas.

Creo que entonces me enojé y lo llamé un montón de cosas, todas las cuales querían decir estúpido. Agregué que perder el tiempo dando vueltas alrededor de un alfeñique medio loco como ese Joey era un síntoma de que debía hacerse ver de la cabeza.

Se quedó allí, agachado junto a Joey, mirándome, hasta que me cansé de decirle cosas, y finalmente me dijo que le parecía que yo tenía el derecho de saber toda la historia.

Me contó que en todas las pandillas de muchachitos siempre hay alguien del cual los otros se burlan. Puede ser el más gordo. O a veces el más flaquito, o el único que tiene el cabello rizado. Agregó que cuanto más lo provocan los otros, más lo odia uno, y que a veces uno se siente bien cuando lo encuentra solo y le da una buena paliza, simplemente porque está allí para recibirla. Joey era ese chico, y una vez Dwight lo encontró solo y comenzó a pegarle. Joey se levantó del suelo y le contestó con otro golpe. Tal vez no lo esperaba, y se fue al suelo como si le hubieran dado con un palo; se golpeó la cabeza con unas botellas, se cortó y estuvo un rato sin saber qué le pasaba. Cuando reaccionó vio que Joey estaba a su lado, tratando de limpiarle la sangre que le corría por la cara. Eso lo puso como loco, se levantó y comenzó a golpear a Joey hasta que lo tiró al suelo, y luego siguió golpeándolo hasta que se cansó. Después se levantó y se fue. Cuando hallaron a Joey creyeron que estaba muerto, y durante varios meses en el hospital pensaron que iba a morir, pero resultó que no murió.

Tenía lesiones importantes en el bazo y en el sistema nervioso central, que hacían que caminara de un modo raro, y una fractura de cráneo había producido un aplastamiento de su cerebro. También tenía problemas cardíacos, debido a una fractura de costillas. De acuerdo con la ley del Estado, una muerte que se producía a raíz de una paliza era un asesinato, aunque el fallecimiento ocurriera mucho después. Con todas las lesiones que había sufrido, un puñetazo o una caída hubieran podido bastar para matarlo a Joey. Dwight lo sabía, y Joey también lo sabía. Si alguna vez hallaban a Joey muerto, existían grandes posibilidades de que eso no hubiera ocurrido de no haber estado él tan maltratado previamente, y cualquier médico forense hubiera sido capaz de comprobarlo. Así que lo único que podía hacer Dwight era tratar de que Joey no se metiera en líos.

—Cada tanto comienza a pensar en que nunca se va a casar. ni va a ir a la universidad, o que jamás va a ser como las personas normales, y entonces sale y se emborracha, y trata de que lo golpeen, a ver si yo termino en la silla eléctrica; y de paso a

él le gusta ver todo lo que tengo que hacer para que no se meta en líos. Se quedó mirando a Joey un largo rato, y luego alzó los ojos hacia mí—. Se mudó de donde vivíamos a Filadelfia, y luego a Macon y Cleveland, Ohio, y luego aquí, y yo tuve que seguirlo.

—Volvió a mirar a Joey y agregó—: Yo tampoco fui a la universidad, tampoco me case con nadie ni tuve hijos, y creo que nunca lo haré. Ya hace veintidós años de esto.

—Bueno —le contesté— esto me hace sentir mejor. Toda mi vida estuve buscando alguien que ayudara a otros sin recibir ningún beneficio material, y si algún día llegara a encontrarlo me parece que la cabeza me estallaría. Que los perros se devoren entre ellos, es algo que puedo comprender, pero si alguna vez encontrara a alguien que hace algo por un semejante simplemente porque considera que debe hacerse, me espantaré. —Y luego pregunté—: ¿Qué es lo que te parece tan gracioso?

El me contestó:

—Tú eres ese alguien.

—No —grité— ¡yo no! —y salté corriendo, mientras gritaba—: "No, no soy así... No quiero que nadie sea así, porque si alguien lo fuera, ya no comprendería por qué las cosas son como son.

EL CAJON

Tuvimos que enterrar al piloto y al señor Petrilli, y al chico Stein, y cuando terminamos hubo que enterrar a Rodney. Era mucho trabajo para un grupo de chicos como nosotros, pero la señorita Morin nos ordenó hacerlo. El piloto ya no tenía cara, y le quedaba muy poco de la cabeza, y el pecho del señor Petrilli estaba todo aplastado. El chico Stein no tenía ni una marca, y pienso que a lo mejor se murió de miedo, antes de que la nave diera contra el suelo. Rodney estuvo gritando, hasta que la señorita Morin le dio esa cosa a tomar. Entonces se quedó quieto hasta que murió. También la señorita Morin estaba herida, pero en ese momento no lo sabíamos. Se puso de pie antes que nadie, luego del accidente, y nos ordenó a todos lo que teníamos que hacer. Era especial para eso. Si se quiere ser un oficial de esos que vigilan la libertad condicional, hay que actuar así. Creo que la señorita Morin fue ese tipo de oficial desde que nació, y apuesto que cuando nació ya tenía esas líneas alrededor de la boca, como las que se les forman a las solteras de tanto morderse los labios, en vez de besar.

Luego que metimos a la gente bajo tierra hubiéramos querido descansar un poco, pero ella le dijo a Fatty y a Pam que sacaran algo de comida, y la dispusieron correctamente, mientras le encomendó a Hal, Tommy y Flip que fueran a la bodega y sacaran uno de los embalajes. La bodega estaba llena de ellos, y la mayoría eran triangulares y contenían paneles para la construcción de casas, pero no era un cajón cualquiera el que quería, sino uno especial. Le dio a Tommy un papel con unos números para identificarlo, y tuvieron que mover más de cincuenta cajones antes de hallar el que buscaban. Lo sacaron, cosa que les dio mucho trabajo debido a la inclinación de la nave, y a que Flip se la pasaba molestando todo el tiempo. Tenía nueve años. Tom tenía quince, y era grande. Hal tenía catorce, pero no era mucho más grande que Flip. El cajón pesaba unos cincuenta kilos.

Todos nos sentamos afuera de la nave y comimos, excepto la señorita Morin. Ella se sentó sobre el cajón. Así era ella, siempre sentada en un lugar más alto que los demás, uno de sus trucos. Estaba llena de trucos. Era la vieja repugnante más dura, cortante y fría que jamás haya existido. Siempre estaba dando vueltas alrededor de nosotros. Nos decía lo que había que hacer, y cómo había que hacerlo. Otros oficiales que vigilan a los que están en libertad condicional, allá en la Tierra, tenían grupos como el nuestro,

formado por chicos inadaptados, que siempre se metían en líos y a quienes se mandaba a planetas cercanos al límite explorado, a fin de que pudieran luchar contra el frío, el calor y los animales en vez de contra otras personas y el «Como Debe Ser" (bueno, eso era lo que decían ellos, pero a nosotros siempre nos parecía que simplemente buscaban una forma de que no los molestáramos). De todos modos, otros oficiales proponían planes para el grupo, y luego se iban, y si las cosas no estaban hechas cuando volvían, llevaban a uno o dos, o a todos los del grupo, a Detención. La señorita Morin nunca hacía eso. No se iba a ocupar de ningún asunto propio. No tenía otros asuntos propios como no fuéramos nosotros. No mandaba a nadie a Detención, en realidad no lo necesitaba. Ella era una Detención ambulante. También pasaba que otros oficiales se encargaban de un grupo hasta que los mandaban a otro planeta, y luego se ocupaban de un nuevo grupo. La señorita Morin no. Cuando se fijó el día para nuestra partida, ella también vino con nosotros. Nadie sabía con certeza cómo iban a ser las cosas allá, lo único que uno esperaba era poder librarse del oficial. Y miren, a nosotros nos seguía adonde fuéramos.

Así que mientras comimos nos endilgó un discurso. Nos dijo lo que ya sabíamos: que no había lugar para chicos como nosotros en la Tierra, que habíamos tenido nuestra oportunidad de adaptarnos y no lo habíamos hecho, que teníamos suerte de vivir en una época en que existía la posibilidad de enviarnos a otros planetas porque en otros tiempos hubiéramos sido sometidos a una operación en la cual nos hubieran sacado una buena parte del cerebro, y después lo único que hubiéramos podido hacer por el resto de nuestras vidas era empujar una carretilla, y que antes de eso, todavía era peor, pues nos hubieran metido en un lugar como Detención pero con barrotes en las ventanas. Pero ahora se podía dar el Salto, que ahorraba mucho tiempo de viaje, como si se dibujaran dos puntos en un papel, uno lejos del otro, y luego se doblara el papel, acercándolos; así que era posible saltar de uno a otro casi sin moverse y muy rápido. Gracias al salto, había naves espaciales que iban a más de treinta nuevos mundos, y a cada momento se descubrían nuevos planetas, lo que daba mucho espacio para la gente que superpoblaba la Tierra, y trabajo y lugar para los que, como nosotros, causábamos problemas. El que ahora nos acogía se llamaba Barrault, y era un lugar muy peligroso pero podía ser lindo si nos encargábamos de civilizarlo. Y no tendríamos que hacerlo nosotros solos pues ya había una ciudad llamada Cabo Sidney.

La señorita Morin siguió diciéndonos cosas que ya sabíamos, como que nuestro módulo de aterrizaje se había estrellado. En realidad, las naves que daban el Salto no aterrizaban. Eso lo hacían los módulos. Pero el nuestro, al ser soltado, llegó al espacio real en medio de una tormenta magnética, y nada había funcionado bien. El piloto hizo todo lo que pudo, pero sin radio, sin radar y sin control de tierra, no fue mucho. Así que ahora él estaba muerto, junto con el señor Petrilli y dos de los chicos. Quedábamos la señorita Morin y cinco de nosotros. Seguro que la gente de la nave no sabía que nos habíamos estrellado porque no se puede hablar desde las naves que daban el Salto a las que estaban en el espacio real, porque se encontraban en el mismo lugar. Tampoco lo sabían en Cabo Sidney, puesto que ellos nunca sabían cuando bajaba un módulo hasta que se lo avisaban por radio, y nosotros no habíamos podido comunicarnos en medio de la tormenta magnética.

Entonces la señorita Morin se puso a decirnos lo que tendríamos que hacer: íbamos a dormir todo lo que pudiéramos, a comer todo lo que pudiéramos y después íbamos a comenzar a caminar hacia Cabo Sidney. Nadie nos iba a venir a buscar, y era estúpido quedarse dando vueltas alrededor del módulo, pues no llevaba alimentos ni agua salvo para unas pocas órbitas, y aun así la mayoría se había perdido en el accidente.

Nos dijo como llegar a Cabo Sidney. Ir directamente hacia el Este, o sea caminar hacia el sol durante toda la mañana y tener al sol a las espaldas toda la tarde. Entonces llegaríamos a un río, al que había que seguir en el sentido de la corriente hasta que

llegáramos a Cabo Sidney. Cuando nos daba las instrucciones parecía fácil la cosa, y no creo que ninguno de nosotros hayamos escuchado con demasiada atención.

Pero cuando llegó a explicarnos lo referente al cajón que habríamos de llevar, todos la escuchamos, porque se apeó de él y se arrodilló en el suelo, bajando la voz hasta que fue sólo un susurro, de tal manera que parecía que el envoltorio contenía los mayores tesoros del mundo, y de cualquier mundo. Nos dijo: "Allá en la Tierra ninguno de ustedes tenía la oportunidad de llegar a ser algo o poseer algo. Aquí la tienen. Ahora bien, ustedes no debían enterarse, pero debido al accidente yo les voy a tener que decir lo que pasa. Este embalaje contiene el mayor de los tesoros de la especie humana, pero tendrán que llevarlo al preceptor de Cabo Sidney antes de que puedan disfrutar de su parte. No lo abran, porque no serán capaces de comprender lo que hay adentro, y quiero que entiendan que este tesoro no es para mí ni para nadie de la colonia, sino que les pertenecerá enteramente a ustedes. Es vuestro, y nadie les podrá estafar nada. Pero es necesario que se lo lleven al preceptor".

Creo que entonces nos comenzamos a dar cuenta de que la señorita Morin no pensaba venir con nosotros. Nadie la extrañaba demasiado, pero no podíamos habituarnos a la idea de que íbamos a estar lejos de ella. No estábamos acostumbrados, supongo. Todos nos quedamos muy callados, y luego ella empezó a toser. Solía toser así de vez en cuando. Casi no hacía ruido porque mantenía un pañuelo bien apretado contra los labios, pero era como si enormes puños la golpearan, por la forma en que se sacudía. Solíamos esperar hasta que pasara, pero esta vez duró más tiempo. Se había quedado allí sentada, apoyada contra el cajón, manteniendo el pañuelo bien apretado contra la boca. Nadie hizo el menor intento de tocarla. No se debía tocar a la señorita Morin. Cuando se le pasó la tos, se paró, y se mantuvo tan erguida como siempre. Pam vio algo que no nos comentó en ése momento, pero nadie más se dio cuenta.

Entonces la señorita Morin se puso a dar órdenes sobre la forma de preparar el embalaje para llevarlo, asegurando una especie de agarraderas en cada esquina, e improvisando unos soportes para transportar algo de comida y de agua en la parte superior. Luego le dijo a Pam que fuera con ella, y ambas volvieron a entrar en el módulo, semidestruido. Nosotros seguimos trabajando en el embalaje, y al rato volvió Pam, con una mirada melancólica y le dijo a Flip que fuera a verla a la señorita Morin. Flip volvió al poco rato, y parecía asustado. Le dijo a Fatty que ahora le tocaba pasar a él. Uno por vez, todos entramos a verla. Tenía algo especial para decirnos a cada uno de nosotros, y nos lo quería decir a solas, así que no voy a hablar de eso ahora. Nos acostamos tan pronto se hizo de noche, y dormimos afuera, cerca del cajón. A la mañana siguiente la señorita Morin estaba muerta. Podíamos verla a través de los cristales, pero la puerta había sido cerrada desde adentro. Tenía los ojos abiertos y había vomitado mucha sangre. Estoy seguro de que habrá tratado de no hacerlo, pero igual lo hizo. Tal vez la hubiéramos enterrado a ella también, pero, tal como les digo, se encerró allí adentro y no tuvimos más remedio que ponernos en marcha. Tommy era el más grande, porque tenía quince años, y cuando nos dijo que nos pusiéramos a caminar, lo hicimos. Tommy, Hal y Fatty se ocuparon cada uno de una de las agarraderas, y Pam y Flip marcharon adelante. No pasó mucho rato antes de que Fatty se empezara a quejar de lo pesado que era el cajón, y entonces Pam la reemplazó. Fatty siguió quejándose, pero ya más bajo. Flip estaba en todas partes, adelante, atrás, alrededor. Bueno, claro, Flip tenía nada más que nueve años. Nos dijo lo que la señorita Morin le había recomendado a solas. Le había dicho: "Siempre pregúntale antes a alguien."

Ese día no hizo demasiado calor pero el aire estaba muy seco. Cuando mirábamos hacia atrás, seguíamos viendo el módulo estrellado, durante mucho tiempo. En realidad, caminábamos por un lugar llano, y el suelo estaba cubierto de unas hierbas marrones. Vimos un animal parecido a un ratón, pero con seis patas, un montón de bichos que caminaban de costado como los cangrejos, y también una especie de avestruces, de

cabeza bien grande, que nos miraban desde lejos. Después de un tiempo ya no pudimos ver más el vehículo en que habíamos llegado, pues se perdió de vista como si se hubiera hundido. Tuvimos que protestar mucho para que Fatty reemplazara a Pam. Pam no se quejaba, pero nos dábamos cuenta de que se cansaba más fácilmente que nosotros. Pam tenía catorce años, y no era grandota. Queríamos paramos a descansar, pero Tommy nos hizo seguir adelante hasta que el sol estuvo bien sobre nuestras cabezas, y después nos echamos. por un rato, hasta que estuvimos seguros de que se estaba poniendo, y por lo tanto de que podíamos saber adonde íbamos. Comimos algo y tomamos un poco de agua, pero Tommy se preocupó de que no tomáramos demasiado, y nos tiramos a la sombra a charlar un rato. Nos acordamos de la señorita Morin. Entonces pasó algo raro.

Alguien dijo que ella era una mala mujer, incapaz de alcanzarle un vaso de agua a alguien aunque estuviera muriéndose de sed, y que si alguna vez hubiera tenido una palabra buena para cualquiera se le hubiera atragantado, y en eso Flip se puso a gritamos. ¡Flip! Flip era un alborotador de nueve años, a quien tal vez se podría encontrar gracioso, pero que todo el tiempo se metía debajo de nuestros pies, preguntaba cosas y corría cuando había que caminar, hasta que uno se cansaba de sólo verlo. Bueno, ustedes ya saben como son los chicos. Pero él gritaba y gritaba que no era la señorita Morin la que era mala, sino que éramos nosotros los que apestábamos. Estaba realmente furioso y lloraba. Después de un rato estaba triste y lloraba, y eso ya es otra cosa. Nos contó que una vez, en el Centro de Libertad Condicional, se sintió tan mal que se quiso escapar. No debía tener más de siete años, en esa época. Era de noche, y nadie hubiera podido pasar por las barreras de fuerza, pero él no lo sabía, y estuvo probando durante largo rato, hasta que empezó a sentir frío, entonces se quedó tirado al lado de uno de los generadores, y apareció la señorita Morin, que debía haberlo estado buscando casi toda la noche. No le dijo nada, sino que se sentó al lado de él, y él se le subió a la falda y se quedó dormido, mientras ella lo tuvo abrazado el resto de la noche. Luego lo llevó de vuelta y no le aplicó ningún castigo. Nosotros lo escuchábamos con la boca abierta, porque no podíamos creer que la señorita Morin fuera capaz de algo así, pero no podíamos pensar que Flip nos mentía, llorando como lo hacía.

Tan pronto como las sombras apuntaron al Este nos levantamos y comenzamos a caminar hacia el Este también. Fatty empezó a quejarse más que nunca, y entonces dejamos que Flip se encargara de esa agarradera, para ayudarla. Pero Flip pisó a Fatty, y Fatty casi lo mata; lo persiguió por todos lados, y después ya no se quejó tanto.

Empezamos a ver unas montañas bajas, y llegamos hasta un lugar desde donde se distinguía un valle. Parecía que alguien hubiera construido algo allí. Quiero decir, que había unas cosas como tazas grandes que sobresalieran bastante, pero como si estuvieran al revés, así que lo que se veía era la parte redonda. Dos de ellas tenían un metro más o menos de alto, otras eran más grandes, como de la altura de un hombre, y había una que era grandota de veras, como de seis metros. Flip se acercó a ver qué eran, no tenía más cabeza que un cachorrito. Mientras nosotros caminábamos, pudimos ver que en la parte de adelante de cada una de las cosas esas medio ovaladas, había algo que parecía una roca de color rojo oscuro, aparentemente cubierta de barro, y en la parte de atrás de la más grande, medio hundida en la tierra, un bulto del tamaño de una cabeza de hombre, rojo y verde, y cuando temblaba parecía volverse amarillo. Pensamos que podía ser una especie de animal atrapado, o algo así, porque cuando nos acercamos empezó a moverse, a temblar y a retorcerse, y a veces, era como si se hinchara. Sentimos un olor raro, como dulzón. Flip parece que quiso verlo desde más cerca, y después no se le ocurrió nada mejor que ponerse a tocarlo. Inmediatamente, toda la cosa esa, que parecía una boca grande, se cerró. ¡Dios mío! Me pareció que la tierra temblaba. Fatty empezó a gritar y a gritar. Dejamos caer el cajón y corrimos. La cosa esa ovalada se había achatado, estaba cubierta por una corteza marrón y parecía hecha de madera. Lo único que sobresalía de Flip era la mano y el antebrazo. Tommy le dio un golpe a Fatty

para que dejara de gritar, y trató de meter los dedos en la hendidura para abrirla. Hal agarró la muñeca de Flip y se puso a tirar. Tommy no pudo hacer nada, y el brazo se desprendió, a la altura del codo, cortado limpiamente. Fatty se puso a gritar de nuevo. Hal se cayó para atrás, soltó el brazo y cuando lo miró vomitó todo lo que había comido.

Después pareció que nos habíamos vuelto locos. Saltamos y pateamos la cosa esa cerrada, que estaba allí como si fuera una ostra. No pudimos ni siquiera hacerle un rasguño. Entonces alguien se acordó de los cohetes que llevábamos, que eran unos discos grandes como una mano; se tiraba de una cuerda que tenían y empezaban a arder. Hal tiró de la cuerda de uno y lo echó dentro de una de las cosas esas, que se lo tragó ¡glup! Después se oyó un ruido y empezó a salirle humo por los bordes. Así que matamos todas las cosas esas con los cohetes. Si hubieran estado allí nos hubieran tomado por locos, por la forma en que nos reíamos. Pero había que comprender por qué era que nos reíamos así. Hicimos un buen fuego alrededor de la que se había tragado a Flip pero no le hizo nada. No creo que hayamos podido ni siquiera molestarla.

Enterramos el brazo, dijimos las mismas palabras que cuando enterramos al piloto, al señor Petrilli y al chico Stein, y a Rodney después. Entonces volvimos a cargar con el cajón y seguimos adelante.

Llegamos abajo de la colina antes de que se hiciera de noche, encontramos un lugar lindo cerca de una pared de roca, y entonces hicimos un fuego y comimos y tomamos agua. Sacamos las bolsas de dormir, que desinfladas no pesaban nada, pero cuando las inflábamos eran bien cómodas. Pam se metió en la suya, y Tommy se quiso meter con ella, pero antes de que nadie hubiera podido darse cuenta, Hal lo agarró por el hombro y lo tiró al suelo.

Tommy era grandote, tenía hombros anchos y unos dientes bien relucientes, y Hal jamás lo hubiera tirado al suelo, si hubiera estado prevenido, pero no lo esperaba. Creo que el que estaba más sorprendido era Hal, porque no se le fue encima para pegarle ni nada. Tommy se levantó, y empezó a dar vueltas alrededor de Hal. Hal le pudo tirar dos buenas trompadas, porque estaba muy furioso, pero de todas formas, no le hicieron nada a Tommy. Tommy entonces le dio una paliza brutal, y cuando Hal se levantó del suelo y quiso volver a pelear, le volvió a dar unas buenas. Entonces Hal se dio por vencido. Tommy fue otra vez adonde estaba Pam.

Pam le gritó que no quería, que se fuera, y llamó a Hal.

—Hal —le dijo— tú vas a dormir conmigo.

Tommy largó un rugido de rabia y le preguntó por qué. Pam se lo dijo en seguida:

—La señorita Morin me dijo que si alguien se peleaba con otro compañero por dormir conmigo, yo tenía que acostarme con el perdedor. Piénsenlo la próxima vez que tengan ganas de pelear.

Pam mantuvo el cierre de la bolsa abierto hasta que a Hal se le pasó la sorpresa, porque al principio no creía que fuera verdad. Hal dio la vuelta con cuidado alrededor de Tommy por miedo a que le fuera a pegar de nuevo. Por último se decidió a meterse. Tommy se quedó allí parado, meneando la cabeza, y después que Hal se reunió con Pam, sacó su propia bolsa de dormir, se metió en ella y dio vuelta la cabeza hacia la pared de roca.

Mucho más tarde, cuando el fuego se había casi extinguido, y todo estaba silencioso, Tommy se despertó. Pam se estaba deslizando dentro de su bolsa de dormir. Ella susurró:

—Bueno, no me dijo que no podía dormir con el vencedor también.

Pero, créanlo o no, Tommy la echó.

Al día siguiente comenzamos a sentir mucha sed, y casi fue el último día de vida de Fatty. Por la forma en que Tommy y Hal se miraban uno a otro, podría decirse que se iba a producir un asesinato. Tommy también estaba muy enojado con Pam, y Pam todavía estaba con rabia porque Tommy la echó. Ya se sabe, a ninguna mujer le gusta que la

rechacen. En medio de todos estos problemas, Fatty no hacía más que quejarse: quejarse de que le dolían los pies, quejarse de que tenía sed, preguntando si tendríamos que caminar mucho todavía y sobre todo, insistiendo sobre por qué había que llevar el cajón.

Al final ya nos parecía que la única razón para llevarlo era la de molestar a Fatty. Sus lamentos eran suficientemente molestos como para que, al rato de oírla nos hiciera hallar fuerzas en la unión, olvidando nuestras rencillas.

Seguimos trepando. No sé lo que hubiéramos hecho si se hubiera nublado. Nos dirigíamos hacia el Este, pero a medida que las montañas se hacían cada vez más altas y menos transitables, nos tuvimos que desviar, hacia el Norte unas veces, hacia otro lado en otras. Una vez pasamos tres horas bajando por un cañón que parecía ir hacia el Este, y volvimos a subir hasta un paso que creíamos llevaba al Sur, sólo para encontrar que no había salida. Nos llevó siete horas llegar, con nuestro cajón, hasta el lugar desde donde habíamos empezado la jornada. Acampamos allí, y ya no había nada de agua, casi. Aparte de la rabia que tenían, Pam y Fatty estaban bastante bien y por supuesto, Tommy era un toro, pero Hal estaba mal. No decía nada, pero la forma en que se desplomaba cuando parábamos para descansar, y el tiempo que tardaba antes de recobrar el aliento, a pesar de que nosotros hacíamos lo que nos habíamos repuesto, nos preocupaba. En realidad, la razón por la que acampamos allí fue que Hal se desmayó. Quiero decir que se le doblaron las rodillas y cayó. Pam vio cómo la cabeza golpeaba contra el suelo. Largó la agarradera del cajón y corrió hacia donde estaba Hal, lo sentó apoyándolo contra su cuerpo y le limpió la cara con la manga. No abría los ojos, y si nosotros tratábamos de separarle los párpados, sólo veíamos lo blanco. Sin decir nada, Tommy se acercó con la cantimplora, midió una medida de agua y se la hizo tomar. Eso lo ayudó a recobrar, y cayó en un sueño normal pero profundo. Hubo que despertarlo para que comiera.

Esa noche pasamos mucho frío. Juntamos tres bolsas de dormir y tratamos de darnos calor unos a otros, pues de otra forma no hubiéramos sobrevivido. Nunca tengan sed y frío al mismo tiempo. Es muy, pero muy feo.

A la mañana, lo primero que hizo Tommy fue darle a Hal otra medida de agua, y tres horas más tarde repitió la ración. Fue Fatty quien se dio cuenta de lo que pasaba. Tal vez fuera que estaba buscando razones para quejarse. Ahora Pam era la que llevaba la agarradera de adelante, mientras que Fatty estaba, sobre todo, del lado izquierdo. Tommy sujetaba la del lado derecho con una mano, mientras que con la otra trataba de ayudar a Hal, que sólo podía caminar con ojos vidriosos, casi dando tumbos. Fatty dejó de quejarse y se puso a observar a Tommy.

Llegamos al paso, y abajo, bien abajo, vimos el río. Fue muy raro darse cuenta de que toda esa cantidad de agua hacía parecer todavía más pobre el trago que nos daba Tommy de vez en cuando. Pero todos sabíamos que no había llegado el momento de sacarnos la sed. Fatty, Pam y Hal recibieron cada uno su parte, y seguimos adelante. Nos dimos cuenta de que, hasta pasada la lluvia, Fatty no se volvió a quejar.

¡Y cómo llovió! Parecía fuego de artillería, y se descargó sin otro aviso que unos diez minutos de humedad y pesadez. Al rato estábamos tratando de sujetarnos tomándonos de las rocas y procurando sujetar nuestra carga, con uñas y dientes. Los torrentes de agua rugían y escupían alrededor de nosotros, descargándose primero ráfagas de viento que nos golpearon como puños, y uniéndose luego a las cascadas que se formaban desde las montañas, entre las grietas y las fisuras, juntándose en arroyuelos que levantaban espuma. Súbitamente, la caída de agua del cielo paró, pero la de la montaña siguió y siguió, silbando, rugiendo y brillando al sol. Tan pronto como se atrevió a aflojar un poco la presión de las manos sobre las agarraderas del cajón, Tommy se apresuró a llenar la cantimplora en uno de los arroyuelos recién formados, hasta que hizo glug y desbordó. Luego la tapó con cuidado, y se inclinó sobre el agua que corría.

Fatty se llegó hasta él, y poniéndole una mano sobre el hombro le advirtió:

—Con cuidado, Tommy. No de golpe —y le guiñó un ojo.

Tommy contestó:

—No se te escapa nada ¿verdad Fatty?

Primero hizo buchec con el agua, y luego la tragó de a poco. Pam quiso saber qué pasaba, y Hal apareció detrás de una roca, con cara de hallarse bastante repuesto. Tommy le pidió que se callara la boca. Fatty sonrió y dijo:

—¿No saben lo que ha estado haciendo? Le ha dado su propia ración de agua a Hal.

Tommy volvió a decir que se callaran, pero Hal dijo, asombrado:

—¡Por amor de Dios, Tommy! —Pam lo miró... lo miró exactamente tal como los muchachos desean que los miren las chicas.

Tommy pareció algo dolorido cuando dijo:

—Al diablo, no fue cosa mía; fue la señorita Morin, ella me dijo que lo hiciera. —Dejó que esta revelación penetrara con toda su fuerza—. Ella debía saber lo que ocurriría; o, simplemente, me conocía a mi. Me dijo que si uno llegaba a odiar a alguien; había que hacerle un favor, uno bien grande. Fue por eso que le di el agua a Hal. —Miró hacia Hal y dijo, con cierta sorpresa:

—Ya no te odio más ¿qué te parece esto?

Creo que en ese momento hubiéramos podido decir algunas cosas mas acerca de la señorita Morin, allí mismo, excepto que sucedió algo muy grave: Tal vez fuera de todo eso que Pam quería hablar, puesto que se puso de pie y pareció que ya no podía aguantar más, si se dan cuenta de lo que quiero decir. Entonces habló:

—La señorita Morin era... —y desapareció. Así, simplemente, desapareció.

Ustedes saben que la lluvia suele poner resbaladizo el suelo. También parecía que tanta agua había... cambiado la montaña, que había una saliente que estaba más cerca. los tres nos tiramos al suelo, y gritábamos desesperados mientras veíamos como Pam caía y caía, haciéndose más y más pequeñita, hasta que rebotó contra un borde de rocas, y siguió rebotando cada vez más lejos y más abajo, hasta que ya no hubo más Pam. Detrás de ella cayeron rocas, barro, luego más rocas y un poco de tierra seca, descubierta por el desprendimiento, y todo se veía casi bonito bajo el sol recién salido.

Desde la posición en que estaba, boca abajo, Hal dio un brinco y se puso en cuatro patas, tal vez listo para ir detrás de Pam, no para salvarla ni procurar detener la caída, sino simplemente para estar donde ella estaba. Inmediatamente se vio rodeado por Fatty, con brazos, piernas, manos y pies. Tommy fue un poco más lento pero mucho más efectivo, los sacó a los dos a tirones del borde del precipicio. Estaba llorando. Fatty; también estaba llorando, pero ¿qué íbamos a hacer? La forma en que lloraba Tommy nos ponía la carne de gallina.

Llevamos el cajón hasta Cabo Sidney. No sé cómo. No sé cómo. Bueno, realmente la labor la hizo la señorita Morin. Trataré de explicarles lo que quiero decir. La señorita Morin nos conocía bien, y lo que más le preocupaba era que fuera la que fuese nuestra debilidad, iba a estallar cuando la tensión fuera demasiado grande. Sus consejos no valieron para Flip porque, claro, ustedes saben como son los niños pequeños. Se olvidan de las cosas. Hal nos dijo qué era lo que ella le había recomendado. Le había dicho: "Trata de tener voluntad para conseguir la recompensa, la más importante de tu vida". Fatty le explicó esto a Hal todo el viaje. Le dijo que seguir a Pam, ahora o luego, no era algo para toda la vida. Hal no sabía para qué quería vivir luego de que Pam no estuvo más, pero la señorita Morin le dijo que buscara la recompensa de su vida. Para eso tenía que vivir. Fue Fatty también quién le dijo a Tommy que la señorita Morin quería que el cajón llegara a Cabo Sidney. Solamente se lo tuvo que decir una vez.

Pero las cosas anduvieron bien, y por eso todos se concentraron en lo que hacía Fatty. Lo que la señorita Morin le había recomendado fue: "Cuando todo se derrumbe, tú trata de mantener al grupo unido". Viendo lo bien que había marchado el consejo, Fatty se transformó de una niña en una muchacha. Luego, el mismo consejo la transformó en una mujer.

Nos llevó ocho días atravesar las montañas y el río hasta llegar al Cabo Sidney, y ocho horas le llevó al preceptor convencernos de que lo que había en el cajón no tenía mucha importancia. Que en realidad, eran simplemente unos aislantes triangulares para una construcción geodésica, y que no sólo había suficientes en el campamento sino que, en caso de necesitarse más, los hubieran podido ir a buscar hasta el transporte, ahora que sabían que se había accidentado. Al principio nos enojamos mucho. Tanto nos enojamos que casi rompemos nuevamente la unidad del grupo. Y entonces Fatty nos volvió a unir. Nos dijo que había algo verdaderamente importante para nosotros, los inadaptados, los sobrantes, los no queridos. Nos dijo:

—¿Cuántas veces nos habríamos derrumbado si no hubiéramos tenido que llevar el cajón? ¿Cuánto hubiéramos recorrido si no nos hubiéramos tenido que mantener juntos alrededor del cajón? El tesoro que nos prometió si lo lográbamos transportarlo era el más grande de los tesoros del ser humano: estar vivos. El tesoro no estaba dentro del cajón, el tesoro era traerlo. —Y entonces lo dijo, sí, Fatty lo dijo. La cosa más importante que hayamos jamás escuchado; Nos dijo—: Esa señorita Morin nos quería muchísimo. Realmente nos quería con todo el corazón.

LA MUCHACHA QUE SABIA LO QUE QUERIAN DECIR

Salí del vestíbulo del motel sintiéndome... bueno, sintiéndome como cualquiera se siente cuando recibe una llamada telefónica en la que le dicen: "Tienes una semana, Sam" y uno sabe que lo llamará otra vez diciéndole: "Tienes un día más, Sam" y luego llega el día en que uno debe morir. Creo que lo único que me habría hecho olvidar por un rato lo que me pasaba hubiera sido una chica.

Esta lo logró, por un segundo, o a lo mejor por tres. Fue por el perro, al principio. Un afgano. Toda la vida me han gustado los afganos. Un amigo mío que vive en Oriente me envió una vez todo un libro sobre los afganos: historia, cuidado y alimentación, características, retratos de campeones. Este afgano era de color miel, huesos largos y pelo sedoso, y eso es todo lo que vi, porque luego me fijé en la muchacha. Sujetaba al perro con una cadena plateada. Estaba vestida con un pantalón vaquero que le quedaba enorme, y una camisa masculina mucho más grande que ella, realmente tan desaliñada que así podría pasearse Miss Universo en una prisión para hombres, sin ser advertida. Pero el sol le daba de lleno en la cara y en el cabello, y su pelo era del mismo color, pero más sedoso que el del afgano. También sus ojos eran bien separados, del mismo color del cabello, y además no usaba sostén, cosa que era bastante difícil de advertir dadas las circunstancias, pero yo puedo hacerlo. Tengo una especie de conformación glandular que me hace notar estas cosas.

Todo esto me hizo detener de golpe, la miré a los ojos y le dije (esto tendrán que creérmelo, porque parece mentira que, de todas las cosas que hubiera podido decirle, le haya dicho esto).

—¡Qué lindo día!

Y ella me contestó:

—Bien, gracias —y me sonrió.

Ya habían pasado mis dos o tres segundos, y toda la realidad se me cayó encima, mi realidad de una semana, una llamada telefónica más y bang estás muerto, así que me fui de vuelta a mi cuarto, cubierto de sudor frío.

Pero uno no puede sentirse permanentemente igual, por lo menos no en el pico de mayor angustia (cuando uno se asusta por cada llamada telefónica), y a veces simplemente se siente furioso, para, después de un rato, comenzar a experimentar el tipo

de dolor sordo que produce un tobillo lastimado. Ya el mundo no está lleno de la sensación, ni el hecho de que lo acompañe a uno a cada paso le impide pensar en otras cosas.

Y yo me puse a pensar en esta chica, no solamente porque era linda. Comencé a darle vueltas a la conversación:

—¡Qué lindo día!

—Bien, gracias.

Ahora veamos. ¿Sería esa respuesta considerada correcta en una escena de un juicio, que uno viera por televisión?

No, si se piensa en las palabras. Si se consideran fríamente las palabras, no tienen sentido. Pero entonces es mejor no pensar en las palabras. Por ejemplo yo quería entablar conversación, y pensé en lo que me hizo decir esa estupidez, por encima de todo otro comentario que pudiera haber hecho. Ella me contestó a lo que yo había pensado, no a las palabras que dije. Sabía exactamente lo que quería decir.

Me pasó una idea por la cabeza y me puse a rebuscar en el armario, donde había puesto varias revistas, periódicos viejos y finalmente hallé el libro. Lo saqué, le quité el polvo, y me fui al vestíbulo del motel. Era un motel barato, veintiún cuartos y solamente un teléfono, lo que tenía sus ventajas. Viviendo en un lugar así es posible ocultarse bien. La hallé a la señora Walker cuando salía de su departamento, con cara preocupada. Era la encargada, y la cara que tenía no significaba nada. Tenía siempre la misma expresión preocupada.

—¿Dónde está la muchacha del perro? —le pregunté.

—Vamos, Sam —contestó.

¿Dirían que eso es una respuesta adecuada?

—Vamos, dime —le dije.

—En el Número 5, pero es una buena chica, Sam —me respondió—. Indudablemente, si se toman en el exacto sentido las palabras de la gente, todo puede volverse demasiado extraño. Me refiero a que no dicen lo que deberían decir, ¿no es así?

Crucé el espacio libre hasta la puerta Número 5 y llamé. Luego de un rato la puerta se abrió un poquito. La blusa blanca estaba abotonada con tres botones solamente, y ella se puso a arreglarse el cuarto botón en cuanto quitó la mano del picaporte.

—Aquí le traigo un libro que usted desea pedirme prestado.

—¿Libro? —Se quedó mirándolo mientras yo lo tenía en alto frente a ella y sonrió. No trataré de explicarles cómo era su sonrisa la primera vez. Tampoco la segunda. Conocía el libro—. ¡Oh! siempre me había gustado, pero era demasiado caro como para que pudiera comprarlo.

—Bueno, puede tomarse todo el tiempo que quiera para leerlo.

Tan pronto como vi el perro que usted tiene me imaginé que le gustaría tenerlo, así que lo busqué y se lo traje.

—Se lo agradezco muy sinceramente. —Otra vez la sonrisa.

—No hay de qué. —Retrocedí un paso y la saludé con la mano—. Hasta pronto. —Comencé a retirarme y oí que la puerta se cerraba suavemente detrás de mí. No se debe insistir, al principio. Más tarde se insiste.

Entonces me di vuelta y volví a llamar a la puerta. Ella la abrió y le dijo:

—Olvidó llevarse el libro.

No se rió.

—Usted se olvidó de dármele. —Entonces, abrió bien la puerta e hizo un gesto con la mano para que entrara.

Entré y puse el libro sobre la cómoda. Era un cuarto como todos los otros: pequeño, cama doble, cortinas de plástico con mucho polvo, paredes sucias por el hollín, una pequeña heladera y una hornalla de gas sobre ella. Para lavar los platos, había que hacerlo en el baño. Después de todo, no estaba tan mal por cuatro dólares por noche o

noventa por mes, incluidas la ropa blanca y las otras comodidades. Tenía un adorno de vidrio verde, de esos moldeados, del tamaño de mis dos puños, sobre la mesa de luz y algunos libros, no del tipo de los que yo leo, y por supuesto también estaba el perro. Lo acaricié detrás de la oreja y le gustó.

Me senté en una de las sillas destartadas y ella se sentó sobre la cama, colocando un tobillo debajo de su cuerpo. Hablamos acerca de su trabajo en la veterinaria que quedaba a unos doscientos metros y me contó que no podía encontrar un lugar barato donde vivir y tener con ella a su perro. Animales. California, especialmente la California del Sur, y Los Angeles no son como otras ciudades que tienen un arte especial, tal como sucede con San Francisco, Chicago, Nueva York y Nueva Orleans. Todas ellas tienen algo especial y se las reconocería en quince segundos con los ojos cerrados, pero no sucede lo mismo con Los Angeles. Si se la llega a conocer muy bien, se verá que se siente algo especial en Pasadena, que no es lo mismo que en Beverly Hills; o que Encino es diferente de Pacoima o Glendale, pero ese sabor especial no existe en Los Angeles. Tengo la teoría de que por más tiempo que la gente viva en Los Angeles, no echa raíces en ella. Suele venir de otros lugares y tampoco allí tiene raíces. Las corta antes de venir o tal vez no las haya tenido nunca, así que parece que todo allí fuera a la deriva.

—¿Qué pasa? —me dijo.

—Nada —le contesté. Me había estado riendo mucho también.

Me hizo café y me contó todo acerca del muchacho con quien se iba a casar, pero que él fue reclutado, le dio meningitis en el campamento y murió; y cómo sus parientes comenzaron a molestarla porque habían vivido juntos antes de que él se fuera y desde entonces ellos no la pudieron perdonar.

—No es que jamás me lo dijeran, pero cuando hablaban de cualquier cosa yo sabía qué era lo que querían decir en realidad.

Luego cenamos, ella cocinó. No teníamos otra cosa más que huevos, así que los comimos y de repente se habían hecho las diez de la noche y todavía estábamos hablando acerca de las tortugas, de cómo si uno se para sobre ellas no les hace nada, sino que meten para adentro sus cabezas y se puede perforar un agujero en su caparazón para ponerles una cadena, sin que lo noten siquiera, si es que se quiere tener una como animalito doméstico y de repente ella me echó los brazos al cuello y así fue.

Tenía el más hermoso cuerpo que haya jamás visto. No usaba sostén por tres razones. Una, era que la hacía sentir atada y a ella no le gustaba sentirse atada de ninguna forma. Las otras dos razones estaban una a la derecha y otra a la izquierda, grandes, turgentes y perfectas, y sosteniéndose sin necesidad de nada. No le gustaba usar ropa, eso era todo. Yo había visto esto antes, pero siempre en chicas que usaban ropa transparente muy desnudas aquí y allá, para que todo el mundo pudiera mirar. Con ella, todo era en privado. Una vez me dijo:

—Cuando se está desnudo, se puede mentir pero no es fácil.

Era una muchacha fabulosa y ni usaba ni conocía trucos. Simplemente, era.

Durante tres días, ella iba al trabajo y luego estábamos juntos todo el tiempo. Una noche me despertó y me pareció que todo el cuarto retumbaba con el eco. Me dijo que estaba gritando y maldiciendo en mi sueño. Me preguntó qué me pasaba y yo le dije que nada. Traté de volverme a dormir mientras ella me rodeaba con sus brazos y creo que lloré.

Entonces le conté todo acerca de Millikein, de cómo se había imaginado que yo era el responsable de la muerte del hermano y cómo se había decidido a que yo muriera también. Millikein tenía todo el dinero del mundo, pero no creo que esto tuviera mucho que ver en el asunto; cuando ese hombre se proponía algo, lo lograba. Decidió que yo iba a morir el día del cumpleaños de su hermano menor y me lo avisó con un año de anticipación. Huí, me escondí, pero siempre me encontró y me llamaba o me escribía una carta, tan pronto como yo me detenía en alguna parte; o arreglaba las cosas en forma tal

que lo encontraba en la calle. Hasta llegó a comprar una cervecería de nombre Bash West. Siempre me hablaba en forma agradable y lo podía ir a ver cuando quisiera; lo único malo era que me iba a matar dentro de cuatro días. Si hubiera sido un asunto de chantaje o un problema de dinero, que yo pudiera arreglar pagando, la cosa no hubiera sido tan grave, pero no lo era. Yo le conté a ella que era inútil ir a la policía porque ¿quién creería una historia como esa? No le mencioné que si la policía llegaba a enterarse de cuáles eran los negocios que yo tenía con el hermano de Millikein, la cosa iba a ser aun peor.

La tarde siguiente, estaba acostado en mi cama que había colocado en forma de poder ver la puerta del Número 5 y saber cuando ella volvía a casa del trabajo, cuando vi a una muchacha y a pesar de lo que pasaba entre la chica del perro y yo, la primera mirada me hizo casi poner de pie. Imagínense la pollera hasta por aquí, una blusa transparente, con dos bolsillitos pequeños allí y allí, el cabello muy arreglado, ¡Oh! piernas largas y una delantera como la que creo que no había visto más que una sola vez en mi vida y eso era en el Número 5. Bueno, claro que era el Número 5. No me di cuenta hasta que la chica sacó la llave, que era la misma chica. Digamos que porque no le gustaba usar ropa, eso no quería decir que no la tuviera o que no supiera cómo llevarla.

Fui hasta donde ella estaba, tan rápido que todavía no sé si salía través de la puerta o si la atravesé sin abrirla. Estaba en el baño, sin la falda, quitándose el maquillaje de la cara. Maquillaje. Ella.

—¿Dónde estabas? —le pregunté.

Me dijo que con Millikein. Me contó que lo había tenido que ir a ver para averiguar si todo era verdad.

Le dije que entonces pensaba que yo era un mentiroso. Me echó una mirada tan... creo que la palabra sería cansada, una mirada tan larga y cansada que sentí como si algo se me retorciera adentro. Me dijo que no era así, que simplemente tenía que hablar con él a ver si pensaba hacerlo en serio. Me contó que cuando hablaba con la gente, se daba cuenta de lo que quería decir. Para entonces yo estaba dispuesto a creerle, así que le pregunté qué le había dicho.

Se secó la cara, se arregló el cabello y entró en el cuarto. Se quitó las medias y las tiró sobre la cama. Nunca la había visto hacer nada así. Se recostó en la cama y me dijo que él le había hablado muy bien de mí. Le dijo que estaba simplemente tratando de asustarme. Que no tenía prueba de nada. Que pensaba que yo era un tipo bueno, joven y algo irresponsable, de acuerdo a lo que había sucedido, yo me merecía llevarme un buen susto y después de todo, esto me iba a hacer bien.

Me enojé mucho porque había metido las narices en mis asuntos, y le dije además cosas que dolían. Todo su cuerpo se retorcía cuando le gritaba. No dejé de informarle que ahora tendría que pagar por ese error, puesto que Millikein iba a tener que sacarle de en medio, ya que estaba dispuesto a matarme a mí, y ahora había una muchacha que estaba enterada de todo el asunto. También le grité que en caso de que él hubiera decidido cambiar de planes, seguramente la visita de ella había hecho que siguiera adelante con la idea de matarme, puesto que se lo había contado todo a ella.

Cuando me quedé sin aliento, rodó sobre la cama, se incorporó y se quitó el pelo de la cara. Creo que siempre la recordaré así, suceda lo que sucediere. Tan linda, tan linda, no solamente una muchacha desnuda, que ya es muy lindo, sino por la forma que tenía de estar desnuda, como si siempre llevara ropas. Creo que se dan cuenta de lo que quiero decir, como si tuviera ropas buenas, llevadas como hechas a medida y con un corte que sabía perfecto y que le permitía usarlas sin preocupación. Oh, malditas palabras, todo gira siempre alrededor de las malditas palabras.

Entonces se me pasó todo y me senté al lado de ella, mientras le decía que era una forma muy desagradable de tomar las buenas noticias que me traía. Por primera vez en

un año comenzaba a sentir esperanzas, y ahora debía admitir que era ella quien lo había logrado. Nos metimos en la cama.

Al día siguiente no vino del trabajo.

Esperé durante más de una hora, y súbitamente me sentí presa del más espantoso pánico que haya sentido en mi vida. Corrí a Bash West y desde casi cien metros antes de llegar pude ver las luces rojas que parpadeaban, y la muchedumbre agolpada. Tres autos de la policía y una ambulancia. Sólo pude dar un vistazo, para ver de quién se trataba, y entonces la puerta se cerró, y salió disparada. Oí que decían que alguien había atacado a una muchacha, y que ella lo había matado para defenderse. Vi que llegaba otra ambulancia, pero lo que metieron adentro tenía la cara tapada por una manta.

¿Quién sería capaz de acordarse de todo lo que sucedió después, en la forma que sucedió? Corridas, gritos, un montón de alboroto acerca de dinero ¿quién podría pensar en dinero en un momento como ese? Me di cuenta de que le estaba gritando a la encargada, la señora Walker, para que me diera un billete de veinte dólares, a fin de poder tomar un taxi hasta el hospital, de alguna forma, no es que importara, sabiendo además que cuando aceptó, no lo hacía por la chica del Número 5 sino por mí, puesto que ella ya no era más una buena chica, a causa mía, pero yo seguía siendo decente ¿eso tiene algún sentido? Y luego el taxímetro que no llegaba nunca, y que cuando llegó parecía que se mantuviera parado, o que marchara hacia atrás, hasta llegar al hospital, oh, tardando tanto, y después de todas las corridas y los gritos esperar, esperar y esperar, mirando unas revistas que no veía, tomando café que no saboreaba y que sacaba de una máquina que había en el corredor.

Entonces, el doctor, que parecía sacado de una serie de televisión, cabellos grises en las sienes, ojos cansados, estetoscopio al cuello: Ahora necesita verlo, puede quedarse solamente unos minutos, no sé lo que va a suceder, creo que todo depende de ella, puede salir adelante si tiene deseos de seguir viviendo.

Y en un rincón de la unidad de T.I., o sea Terapia Intensiva, por si les interesa saberlo, todo tipo de máquinas, tres enfermeras que corrían entre las camas, un muchachito quemado, una anciana con las dos piernas rotas y enyesadas, sostenidas por poleas, que hacía un ruido horrible al respirar, y en un rincón, ella. Las enfermeras pusieron un biombo para separarnos del resto de la sala y me dijeron "llámeme sí", y "solamente unos minutos", y cosas parecidas.

Pensé que estaría inconsciente pero no, estaba simplemente esperando con los ojos cerrados. Ojo. El otro estaba debajo de los vendajes que le cubrían toda la cabeza y la mitad de la cara. Estaba cubierta simplemente con una sábana.

—¿Estás bien? —me dijo—. Eso es lo que dijo.

—Estoy muy bien —le contesté.

—Está muerto. —Cerró el ojo.

—Así me han dicho.

—Bien, entonces ahora ya no te pasará nada.

—¿Por qué lo hiciste?

—Te iba a matar.

—Eso no es lo que tú me dijiste.

—Tampoco es lo que él dijo. —Todavía podía sonreír un poco. No era lo mismo, solamente con un ojo—. Pero es lo que quiso decir. —Entonces me pidió que levantara la sábana.

Yo no quería, pero finalmente lo hice. Grité. —¡Oh! Dios mío y comencé a llorar. Me alentó a que no lo hiciera.

—Mira —le dije— no me importa cómo estés. De ahora en adelante yo voy a cuidar de ti.

—Me han sacado un pedazo de uno. Y además no voy a volver a recobrar el ojo —me contestó.

—¡Dios mío! —volví a decir.

Me miró durante largo rato con el ojo que le quedaba. Con la misma mirada cansada. Luego me dijo, sin enojarse:

—Toda mi vida he sabido lo que la gente quería decir, sin importar lo que dijera en realidad. Nunca encontré a nadie que dijera lo que siente. No creo que nadie sepa como hacerlo.

—Estás loca —le dije. También agregué que la amaba. Que siempre la amaría, no importa lo que sucediera.

Me miró durante un largo rato y luego me respondió:

—Si me muero ¿cuidarás de mi perro? Es tan bonito, y realmente necesita de alguien que lo cuide.

Le dije que no se iba a morir.

—Pero si sucediera —me contestó.

—Te lo juro.

Cerró el ojo. Apareció la enfermera, apartó la sábana y me dijo que era mejor que me fuera.

No se salvó, por alguna razón. Un par de días más tarde vendí el perro y me fui de la ciudad. Realmente, Los Angeles no tiene personalidad.

EL PUNTO DEBIL DE JORRY

¡Jorry!

Maldición. Jorry nunca decía maldición en voz alta. Era algo que pasaba por su cabeza cuando se daba cuenta de que no se iba a poder salir con la suya, o cuando las cosas no iban bien para él.

—Sí, mamá.

¿Cómo hacía ella para oírlo a pesar de que Papá tenía la cabeza metida en el televisor, donde había caballos que galopaban y tiros por todos lados?

Mamá se levantó y se paró en la puerta de la sala, mirándolo fijamente, mientras él se quedaba bien quieto en el tercer peldaño de la escalera, que era el que había crujido, pese a que había tratado de sincronizar el crujido con un lindo ruido de la televisión.

—Vas a salir —dijo ella.

—Bueno... sí.

—No vas a salir.

—Es temprano.

—Fuera hasta quién sabe qué hora, quién sabe dónde y quién sabe con quién.

—Es viernes.

—A ver si le dices algo a tu hijo.

Sin sacar la vista del televisor, Papá dijo:

—Qué.

No fue una pregunta ni una respuesta. Simplemente —Qué.

—No vas a salir —le dijo Mamá a Jorry.

Hasta ahora las cosas sucedían con la misma rutina, tal como con las luces del tránsito, de rojo a amarillo, de amarillo a verde, de verde a rojo otra vez. Si quisiera, hubiera podido comenzar de nuevo. Es temprano, fuera hasta quién sabe qué hora, quién sabe dónde y quién sabe con quién, es viernes, a ver si le dices algo a tu hijo, qué.

—No te preocupes, Mamá, voy a volver temprano.

—Temprano en la mañana, querrás decir. A las cinco de la mañana, con Chatz, ese drogadicto —dijo Mamá.

—Chazz —le corrigió. Con Chazz todo era distinto, hasta las palabras eran nuevas: hierba, sucucho... "¿Fumas?" significaba algo totalmente original. Chazz mentía mucho y Jorry nunca lo habla visto en nada sucio, tal vez de vez en cuando actuaba en forma rara, pero, qué diablos, para eso no era necesario que pasaran cosas, se podía ver cómo era en el cinematógrafo. Ayer le había dicho: "Tengo drogas, ¿quieres?" Tal vez era una mentira, pero Jorry se asustó mucho; sin embargo respondió con tranquilidad: "Más tarde, hombre". Ahora le había dicho a la madre:

—Chazz no hace nada malo.

—¿Con esos hombros redondos y esos ojos tan juntos? —dijo Mamá—. No me digas que no. No sé si ahora hace o toma algo, pero ya lo va a hacer, y cada vez va a ir de mal en peor. ¿O es esa Jane?

—Joan —¡Remaldición! En el momento en que la corrigió se dio cuenta de que había estado pensando en el cabello rubio partido al medio, y en la risa fácil, siempre con algún otro, mientras que con él era, en cambio, algo así como Termina lo que vas a decir de una buena vez, pues me tengo que ir, a pesar que él solamente la había saludado con un hola—. Esa mujercuela —dijo Mamá— va a terminar por contagiarte algo. Dile algo a tu hijo.

—Que... que... —Papá no quitaba los ojos de los vaqueros, pero cada "que" ahora tenía dos sílabas y eso quería decir que iba a pasar a la acción si ella lo pinchaba una vez mas.

—Vas a ir a lo de ese Stube.

—Strobe —la corrigió antes de darse cuenta de que debía callar—. No tienen nada allí, ni siquiera cerveza, solamente refrescos y jugos de frutas.

—Te vas a matar yendo en ese trasto destartado —que ningún ser humano que no se haya vuelto loco podría confiar a un retardado como el Highball ese.

Highboy —dijo débilmente Jorry.

—...y no me interesa que tenga mucho dinero. Dile algo a tu hijo.

Maldición maldita. Ahora sí que todo dependía de lo que estuviera pasando con los vaqueros. Si papá estaba realmente interesado, la cosa iba a ser corta, pero si no lo estaba, iba a hablar durante horas, y nadie iría a ninguna parte.

Que. —Otra vez volvió al monosílabo, pero esta vez fue gritando, y se levantó del sillón grandote como si fuera impulsado por un resorte, e irrumpió saliendo de la sala con las mandíbulas apretadas, los labios como una sola línea rígida, los ojos entrecerrados—. Bien qué.

—Va a salir —dijo Mamá.

—¿Va a salir? —dijo Papá.

—No va a salir —volvió a decir Mamá.

—Que salga, que salga. Un hombre tiene derecho a trabajar todo el día y volver a su casa para ver un poco de televisión, sin que lo molesten —dijo Papá.

Menos mal, el programa era bueno y esto iba a ser corto.

—Vete no más —gritó Mamá—. Vete con tus amigotes horribles sin importarte que sea aquí donde te cuidamos, te damos la mejor comida y nos preocupamos por tu salud, mientras yo me gasto los dedos trabajando. Vete no más.

Jorry salió, sintiéndose raro como siempre que se iba así, escapándose, ganando; pero con la impresión de que lo habían echado a la calle, sin que a nadie le importara. No hay palabras para describir una sensación como esa. Se fue casi corriendo, pero tuvo buen cuidado de no golpear la puerta, porque eso hacía que a veces Papá se levantara y saliera a buscarlo, obligándolo a volver. Podía seguir oyendo a Mamá que lo pinchaba a Papá: cómo puede ser que tenga que ser la madre y el padre a la vez, no tiene un padre que se preocupe lo suficiente como para mantenerlo en casa, sin que vaya por allí de un lado para otro con esos horribles amigotes, y a Papá que decía. "Luego hablamos, luego" lo que quería decir que se callara mientras él terminaba de ver el programa.

Jorry llegó hasta la calle Tercera sin ver a nadie, y de repente apareció Specs, que estaba esperando que cambiara la luz. Specs tenía mal la piel, y el cabello más corto que nadie, pero siempre se las arreglaba para estar en todas y saberlo todo.

—Righboy se conquistó a Libby —dijo, a guisa de saludo.

Libby no era una chica inalcanzable; del tipo de las que son abanderadas en las asambleas del colegio secundario, presidentes del Consejo de Estudiantes, y cosas así como las listas de honor. Limpias, buenas, agradables y decentes, bueno, mejor no pensar en eso. Pero con algo de cuatrocientos caballos de fuerza lleno de cosas bonitas, Highboy se la lleva a Libby zumbando por los caminos oscuros, a cualquier parte, para hacer lo que se le dé la gana y estar de vuelta a tiempo.

—¿Y qué te pensabas? —le dijo, y comprendió que Specs sabía a lo que se refería. La luz cambió y cruzaron juntos. Jorry se detuvo.

—Strobe —dijo Specs, anunciando y preguntando a la vez.

—Ahora no. —Jorry no sabía bien por qué ahora no. Tal vez fuera que no quería llegar al lugar ese con Specs. Uno no entraba con Specs, simplemente se lo encontraba allí. O tal vez fuera que se quería encontrar solo en una calle oscura durante un rato, para pensar en Libby, imaginándola sentada sobre un asiento de cuero verdadero, y el cuenta kilómetros que subía y subía mientras iban a algún lugar lejos, donde nadie los viera ni supiera nada, pudiendo pasar mucho rato allí y volver todavía a tiempo.

—Hasta luego —dijo Specs y se puso a caminar, mientras que Jorry se quedó parado pensando siempre en el Mustang.

Tal vez hubiera pasado un rato o tal vez no; en determinados lugares no existe el tiempo, pero lo que lo hizo volver a la tierra fue un bang sobre la acera, una bolsa plástica que había caído al suelo desparramando lápiz de labios, una polvera con polvos y algunas monedas.

Era Joan, con el cabello rubio partido al medio.

—No importa —dijo ella sin verlo.

Se quedó un largo rato quieta, con los ojos cerrados. Jorry no quiso decir nada mientras ella tenía los ojos cerrados, pero entonces, a la luz de las lámparas, se dio cuenta de que los párpados apretados no lograban detener las lágrimas, y el surco que ellas dejaban en sus mejillas eran como las rajaduras de una muñeca, si se le pone una luz dentro. Entonces él recogió el bolso, la tocó y dijo su nombre. Ella boqueó y se llevó la mano a la nariz, mientras lo miraba. Finalmente dijo:

—Jorry —y tomó su bolso.

—Estaba aquí, parado —fue todo lo que él pudo balbucear, y entonces se agachó para recoger el polvo y el resto de las cosas. Halló dos monedas, y se enderezó. Ella sostuvo el bolso abierto y él le puso las cosas dentro, dejando caer la polvera otra vez al suelo—. ¿Estás bien? —le preguntó.

Ella comenzó a reír en una forma que a él no le gustó nada, pero para cuando volvió a ponerle la polvera en la cartera ya se había dado cuenta de que no se estaba riendo de él. No se estaba riendo, en realidad. No importa lo que fuese que estaba haciendo, lo dejó de hacer bruscamente y entonces hizo algo que él no sabía que ninguna chica hubiera hecho antes: le tomó la mano y se la puso en sus senos. Nunca en toda su vida había sentido algo tan blando, vivo y maravilloso.

—¿Te parece mal? —le preguntó ella.

—Nada —fue todo lo que atinó a responder.

La muchacha sacó la mano con que sujetaba la de él, de ahora en adelante era decisión suya si la quitaba también, o si la dejaba donde estaba. La dejó caer. Todavía le parecía sentir el contacto; es más, no pudo dejar de pensar que tal vez lo seguiría sintiendo siempre.

—Nunca en mi vida me había sentido tan sola —le dijo ella.

Jorry sacudió la cabeza. Hacía mucho que no la veía, pero no podía recordar que jamás la hubiera visto sola. Nunca.

—Jorry..

—¿Qué?

Ella se pasó la lengua por los labios.

—¿Sabes dónde vivo?

—Bueno, sí.

—Mira, ahora tengo algo que hacer, pero estaré en casa a eso de las once. Nadie va a venir esta noche. Ven tú.

—Bueno... no se... De repente sintió que la boca se le había reseado, y que no podía articular palabra.

—Lo que quiero decir —siguió ella— es que no importa. —El se había quedado pendiente de la expresión de los ojos de ella, como un abrigo colgado de un perchero—. Por favor, Jorry. Por favor.

—Está bien —le contestó el muchacho, y entonces ella lo abrazó durante unos instantes, se dio vuelta y se marchó. El creyó que las piernas no iban a sostenerlo. La vio irse: piernas largas, cabello largo mmidado por las sombras de los troncos de los árboles mientras caminaba.

—¡Ay! ¡Qué bueno! —susurró el muchacho.

Luego de un rato se puso a caminar lentamente por la calle Tercera, consciente como nunca del taconeo de zapatos sobre el pavimento, de la presión de los dedos, del olor de un prado recién regado y un leve tufillo de orín de gato, y de la forma en que las agudas estrellas azules perforaban el cielo de la noche del viernes. Entonces se dio cuenta de que no se sentía más como el Jorry-que-le-tiene-que-preguntar-a-mamá, o el Jorry-no-me-van-a-dejar, o el Jorry-que-está-siempre-afuera, mirando para adentro, o adentro mirando lo que pasaba. "Bien, hombre, le dijo quedamente a la noche, tienes que hacer lo tuyo", dándose cuenta de que estaba citando a alguien, pero de que decía exactamente lo que sentía. Entonces estaba en la luz y quien creen ustedes que salió de la tienda de dulces, les diré que era Chazz.

Chazz tenía largos ojos verdes, un pico de águila, no tenía barbilla y se acercaba en una forma rara, como si caminara un poco de costado. Jorry lo llamó, y esto pareció ponerlo contento.

—¿Qué tal muchacho?

Jorry le hizo una seña para que lo siguiera, y Comenzó a caminar alejándose de las luces y de la gente, dándole tiempo a Chazz para que lo alcanzara. Por un rato se mantuvieron en silencio, y lo que había dicho Joan: "¡No importa!" saltó súbitamente en el recuerdo de Jorry. Esto lo hizo sonreír y sintió un agradable vacío frío en el plexo solar. miedo-alegría. Entonces dijo, imitando un poco la forma de hablar de Chazz:

—¿Qué hay de esa cosa para fumar que ofreciste?

Un silencio de asombro y contento. Chazz golpeó las manos y sonrió a su alrededor, como si en la oscuridad lo aguardara un público invisible, al cual dijo:

—Cayó, cayó. —Le dio un golpe a Jorry—. Ya tenía pensado que nunca te ibas a decidir.

—¿Yo? —Jorry había aprendido el arte de usar una interrogación como si fuera una afirmación. Le gustó como le había salido—. ¿Puedes conseguir hierba?

Chazz lanzó una risotada, que se cortó súbitamente. Lleno de satisfacción, miró alrededor, y luego, acercándose, le dedicó una de sus muecas torcidas.

—Chico, realmente he estado esperando que me dijeras esto. Parece mentira que seas tú. —Comenzó a caminar con aire decidido, y Jorry se mantuvo a su lado, con firmeza pero algo asombrado. Llegaron hasta la próxima esquina, debajo de un farol y Chazz, volviendo a mirar alrededor, le dijo: Súbete la manga.

—¿Cómo?

—Súbetela. Quiero ver una cosa.

—Jorry comenzó a pensar en algo, pero luego decidió que era mejor no pensar. Su subió la manga. Chazz le apretó el bíceps entre las manos, y mantuvo la presión. Jorry se debatió, pero Chazz no lo soltó.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—Cállate un poco —le dijo Chazz, y siguió apretando. Estaba mirando el pliegue del codo de Jorry. Súbitamente, le soltó el brazo—. Magnífico, hombre, magnífico.

—Magnífico ¿qué?

—Esa vena. Parece una manguera, hombre.

—Chazz ¿de qué diablos estás hablando?

—Eres como yo, chico. A algunos no les puedes ver las venas ni con un aparato de rayos X, pero tú y yo tenemos las puertas bien abiertas.

Jorry trató de elegir las palabras.

—Mira, Chazz, si mantienes tu oferta, dame para fumar. Si no, mejor que nos olvidemos del asunto.

Chazz lanzó otra vez su risotada que murió súbitamente en un silencio regocijado. Cuando pudo hablar dijo:

—¿Hierba? Bah, eso es mierda, y puede esperar. Vamos a hacer otra cosa mejor. Como un viaje de cuatro o seis horas a seis mil metros de altura, con el viento a nuestras espaldas. —Se acercó más y susurró—:... lo mejor.

—¿Lo mejor?

Se produjo una larga pausa. Jorry comenzó a sentirse como tengo-que-preguntarle-a-mamá. El Jorry no-me-van-a-dejar tal vez estaba en un escalón superior, pero todavía andaba por allí.

Por otra parte, el haber dejado de ser un cobardón por un margen tan estrecho sólo para fallar en esta amistad y volver por el Buen Camino era... impensable. Por otra parte, estaba muy asustado. Venas... Lo Más Fuerte... ¡Dios mio! Súbitamente sintió la boca seca, lo que tenía el extraño efecto de recordarle algo. Trató de encontrar saliva en la boca para tragar, y finalmente dijo:

—¡Hombre! ¡Seis horas! Tengo una cita a las once. Voy a necesitar estar bien alerta.

—Olvida la cita.

—Ummm...

—¿Quién es?

—Una chica.

—Me vas a dejar de lado por una chica.

—En serio, Chazz. Te aceptaría si fuera cualquier otro día pero no hoy.

Aparentemente lo dijo bien, porque Chazz pareció estar realmente apenado cuando exclamó:

—¡Caramba! —y no esperar demasiado cuando preguntó—: ¿Tiene ella una amiguita?

Jorry comprendió durante un segundo (si bien lo olvidó más tarde) por qué los hombros redondos y la ausencia de barbilla estaban realmente tratando de experimentarlo, todo. Chazz se quedó mordiéndose el labio durante un buen rato, y luego dijo sin rodeos:

—Mira, te voy a esperar a que termines tu cita. Tengo lo que necesitamos, pero no pienso hacer el primer viaje solo.

—Te comprendo —contestó Jorry—. Lo que en realidad comprendía Jorry es que Chazz estaba muy asustado; esto podía ser lo primero y eso lo hizo sentirse agradecido. Lo golpeó ligeramente y le dijo—: Hasta luego y pudo ver que Chazz estaba agradecido también.

Entonces apareció el Mustang rugiendo en una curva, y frenó en seco.

Highboy: cabello ensortijado de color vainilla, camisa blanca, pulóver blanco, dientes fuertes y blancos, y sentada bien cerca, Libby.

—¡Hola! ¿Quién quiere venir con nosotros hasta Little Gate? —preguntó Highboy. Little Gate quedaba a unos sesenta kilómetros.

Jorry tiene un compromiso, ahora mismo se iba —dijo Chazz. Jorry; coligió que a Highboy la noticia le gustó, pero a Libby no. Ahora... ¿qué importancia podría tener eso? Chazz estaba diciendo—: ¿Podrían dejarme en lo de Strobe, verdad?

Highboy hizo un gesto hacia la puerta del coche, pero Chazz la abrió solo y le dijo a Jorry: "Adelante, muchacho" lo que quería decir "hasta luego" y le transmitía una sensación de que estaba haciendo las cosas bien, lo que lo puso muy contento, pero de todas formas, remaldición no podía dejar de ver las luces traseras. Lo más cómico del asunto es que tenía que pasar por lo de Strobe de todos modos para ir a la casa de Joanie. Uno nunca sabe por qué hace las cosas que hace.

Durante la noche (de día no está) lo de Strobe en un lugar de amplia entrada de cristales, que oculta la oscuridad de la parte de atrás; un lago de luz en el frente. Los autos pasan por una amplia entrada, la gente cruza el portal bamboleándose y de vez en cuando, la policía entra buscando algo o a alguien. Specs estaba allí, sabiéndolo todo, y tan pronto como vio a Jorry le dijo: "Veo que la pasas bien". O sea: felicitaciones, no irías a pensar que me lo ibas a poder ocultar, quién es ella, si no me lo dices lo voy a averiguar de todos modos, tal vez comience a pensar que vas a empezar a comportarte como se debe, de ahora en adelante no te voy a perder de vista. Jorry hizo ver que comprendía. "Y... así son las cosas". Vio al Mustang en medio del lago de luz, con la cola mal colocada en la parte oscura, a unos sesenta centímetros de la curva, pero, ¡caramba! Highboy no necesitaba estacionar bien el auto.

—Tres tipos se contagiaron de la misma muchacha. Los padres se unieron para ir a quejarse al colegio —dijo Specs.

Contagiados. Jorry casi no podía comprender la cosa, a menos que...

—¿Quién?

Specs se lo dijo. Tres tipos a quien él conocía. Dos de ellos estaban con él en la clase de historia. Pero no era eso lo que él quería saber. Quería saber quién era la chica, y no quería preguntar. Pero tampoco tuvo que hacerlo porque Specs le dijo que era Joanie. Remaldición. En ese momento Highboy y Libby salieron de lo de Strobe y cruzaron hacia el Mustang. Highboy le abrió la puerta, y subió después. El motor rugió al arrancar. De lo de Strobe salió una chica con un larguísimo pelo negro y unos pantaloncitos cortos muy apretados y tan cortos adelante que Specs le susurró al oído "cuando compras uno de esos te regalan la crema de afeitar". Highboy hizo un gesto que Jorry recordaría toda su vida, según pensó, mucho más que cualquier cosa que sucediera después. Highboy le tiró un beso. Le tiró un beso delante de todos, inclusive de Libby, e hizo que ésta se sonriera. Highboy le tiró a la chica un beso mientras accionaba la palanca y los mecanismos del coche lo lanzaban en un impulso fabuloso. Le tiró un beso dándose levemente vuelta en su butaca de cuero; le tiró el beso con un ademán que finalizó en una sonrisa, y en un saludo a través del enorme vidrio trasero, mientras el impulso era implacable con los neumáticos, y los apretaba, a él y a Libby, contra los respaldos acogedores. Fabuloso.

Pero había calculado mal. Al llegar a la zona donde finalizaban las tiendas oscuras, cruzando una callecita, no encontró curva o paso alguno, sino el edificio de un Banco, que parecía diseñado precisamente para chocar contra el lado derecho de un auto, y hacerle dar la vuelta. No había recorrido mas de setenta y cinco metros desde que salió de Strobe, cuando el Mustang voló por los aires, chocó y finalmente fue a dar contra un árbol, incendiándose. Por supuesto que la policía sabía siempre qué hacer en esos casos y estuvo allí pero esto no significa poder solucionar todo.

Jorry se dirigió a su casa cruzando las calles oscuras, tratando desesperadamente de olvidar lo que quedaba atrás, antes de comenzar a considerar lo que tenía por delante, tratando también de conciliar lo que sentía dentro de sí mismo, no con el Jorry-creo-que-

no-te-voy-a-perder-de-vista o con él Jorry-puedo-mamá, sino consigo mismo, y ¿quién diablos sería ése?

Acerca de Chazz y sus aficiones, acerca de Joanie y del contagio, acerca de la forma en que uno pedía morir con un Mustang, hubiera podido saber todo eso sin necesidad de abandonar la casa. La madre se lo había advertido. Mamá sabía más que nadie. Se hubiera dado cuenta sin que ella insistiera tanto que así era. Pero ella insistía.

También le había dicho que trabajaba mucho y cuidaba de que comiera bien y fuera decentemente vestido, además de proporcionarle un lugar bien cómodo para estar. Lo dijo en una forma muy rara y lo decía luego tan a menudo que uno ya no lo oía, pero lo decía.

Papá decía que trabajaba muy duro, y que tenía derecho a estar tranquilo en su casa. Se lo decía a Mamá y se lo decía a Jorry. Entonces Jorry contestaba algo, pero la verdad es que nadie lo escuchaba.

Jorry comenzó a caminar más rápido.

Porque comenzó a pensar que si encontraba una forma de decirle algo a Mamá, y si se lo podía ella decir luego a Papá, de tal manera que uno se escuchara al otro, tal vez no hubiera necesidad de que siguieran estando enojados o de que se sintieran inútiles. Nunca más. Como si se pudiera lograr que la gente se escuchara, unos a otros, no solamente que lo oyeran a uno. Y que uno pudiera escuchar también. Todo el mundo igual.

Jorry comenzó a correr, porque realmente pensaba que se podía lograr que otros escucharan. Lo sabía porque lo había hecho. Había escuchado cada una de las palabras que había dicho Mamá, a pesar de que solamente lo había hecho más tarde, cuando pasaron todas esas cosas. Pero se dio cuenta de que pensaba que era posible hacer que la gente se escuchara en ese momento. Y ¿podrán creerlo? Luego que hubo pensado todas esas cosas eran sólo las doce menos cuarto.

Entró por la puerta trasera, porque no importara cómo, Mamá siempre hacía que hubiera una forma de entrar. Luego cerró bien la puerta, porque cuando ya había entrado, a Mamá le gustaba que el resto del mundo no pudiera entrar. Esto pareció significar algo muy especial cuando comenzó a ascender por las escaleras. Entonces oyó sus voces, duras como martillos. Se sonrió a sí mismo, porque él sabía algo que ellos no sabían.

Era lo mismo que había oído cuando salía: Por qué no le hablas a tu hijo. Y también: Cuando vuelvo a casa tengo derecho. Pero era lo mismo expuesto en una forma dura y despiadada. Jorry se dio cuenta de que habían seguido con lo mismo desde que él se había ido. Todavía creyendo que la gente podía escuchar y oír, golpeó la puerta.

Papá desaliñado, con ojos enrojecidos y furiosos; Mamá con el cabello gris recogido en dos trenzas (trenzas solamente para la noche) y tan cansada, tan cansada de que no se la escuchara.

Papá, escúchame.

—Yo me lavo las manos —gritó Mamá—. Haz lo que quieras, ve con la basura, vive con tu Chazz y los otros como él. Yo me lavo las manos.

—Mamá, escúchame.

Es probable que Papá no lo haya golpeado demasiado fuerte, pero fue totalmente inesperado y no estaba listo. Caído en el piso del rellano superior, mientras Mamá gritaba, vio a su padre demasiado grande. Como no lo había visto desde que tenía tres años de edad.

—He aguantado esto por última vez; ¿me oyes?

Tú sales de noche y ella me vuelve loco todo el tiempo. Fuera de mi vista —rugió Papá y escupió.

Jorry se incorporó y se arrodilló.

—Papá, escúchame —dijo, o tal vez pensó que lo había dicho. Mientras estaba allí arrodillado, Papá lo volvió a atacar, esta vez no con un puñetazo de hombre, sino

empujándole la cara para tirarlo hacia atrás, en la forma que no lastima pero que humilla...

—¡Fuera de mi vista! —rugió Papá una vez más. Mamá se había puesto en el quicio de la puerta y él la empujó a la cama y cerró la puerta. Entonces Jorry comenzó a no creer más en nada.

Se dirigió otra vez al pueblo, y no tardó en hacer esto aquí, lo otro allá, y a las cinco menos cuarto él y Chazz estaban completamente deshechos y drogados, y un par de semanas después apareció el chancro; para ese entonces estaba en la correccional.

Y así fue como Jorry empezó.

¡NO ES NADA!

Henry Mellow había alcanzado ese estado de su carrera en que podía tener un baño privado en su oficina; un día salió de él y le habló a la cajita negra que tenía sobre su escritorio: "Traiga su anotador, por favor".

La señorita Prince respondió afirmativamente y cuando entró lanzó un: "¡Ayyy!".

—Desde el comienzo de la historia —comenzó a dictar Henry Mellow— la humanidad se ha hallado frente a frente con hechos básicos que...

—Yo me hallo frente a frente —dijo la señorita Prince— con que usted se ha bajado los pantalones y meneas un largo pedazo de papel higiénico.

—Bien, bien, a eso vamos... con hechos básicos que no puede ver o no puede comprender. ¿Está tomando nota, señorita Prince?

—Me estoy poniendo muy nerviosa, señor Mellow... Por favor, súbase los pantalones.

El señor Mellow la contempló durante un momento, mientras trataba de agrupar sus pensamientos, de encauzarlos y de captar lo que ella había dicho, y por último miró hacia abajo.

Arquímedes —dijo, poniendo el trozo de papel higiénico sobre el escritorio. Subiéndose los pantalones, agregó—: Al menos creo que fue Arquímedes. Estaba tomando un baño y mientras se hallaba recostado en él, desplazando el agua y viéndola derramarse por sobre los bordes de la tina, vino a él la solución de un problema, acerca de cómo determinar la proporción de metal común mezclado con las joyas de oro del rey. Saltó de su baño, y corrió desnudo por las calles, gritando "¡Eureka!", lo cual significa en griego "lo encontré". Usted, señorita Prince, es testigo de un momento similar. ¿O fue Aristóteles?

—Fue algo vergonzoso, sea lo que fuere —respondió la señorita Prince— y no importa cuánto tiempo lleve yo trabajando aquí, usted siempre encuentra la forma de sorprenderme. Papel higiénico.

—Algunos de los pensamientos más profundos de la historia de la humanidad han tenido lugar en los cuartos de baño —dijo Henry Mellow—. La reforma protestante comenzó en un sitio así, mientras Lutero se hallaba sentado ocupado con su... ¿la estoy ofendiendo señorita Prince?

—No lo sé. Supongo que depende de lo que venga a, continuación —respondió ella, bajando las manos desde sus oídos, pero no mucho. Observó prudentemente mientras él colocaba el trozo de papel higiénico sobre el escritorio y comenzaba a desgarrarlo con las manos apoyadas sobre el mismo y con un movimiento de separación mutua—. Observe señorita Prince, ¿capta usted esto?

Ella tomó su anotador desde donde lo había dejado caer para taparse los oídos.

—No señor, realmente no.

—Entonces comenzaré de nuevo —respondió Henry Mellow y comenzó a dictar el informe que habría de provocar un sacudimiento de terror en los corazones y en las almas

del complejo militar-industrial. Oh, sí, ellos tienen corazones y almas. Simplemente nunca los usaron hasta Henry Mellow. Observe la estructura. Henry Mellow era más que un hombre, era un suceso histórico. Usted no necesita decir "Wilbur y Orville Wright y su primer experimento exitoso", todo lo que necesita decir es "Kitty Hawk". Usted puede decir "A partir de Hiroshima o Dallas" o "Pasteur o Darwin" y la gente sabe de qué está usted hablando. Y las cosas no han sido las mismas, en relación con el complejo militar-industrial, a partir de Henry Mellow.

El informe Mellow llegó al Pentágono por las vías habituales, es decir que un hombre del F.B.I., al efectuar una revisión de rutina del material proveniente de los cestos de papeles de las oficinas de Mellow, halló tres páginas escritas por una dactilógrafa nueva, las cuales habían sido descartadas por presentar cuarenta y tres errores tipográficos y que, luego que dicho material pasó por todos los niveles hasta llegar al mismo escritorio del Jefe, dicho agente recibió la orden de tomar por asalto las oficinas de Mellow y conseguir fotografiar una copia del expediente. Durante el cumplimiento de esta misión, fue arrestado dos veces y herido una, y la misión se demoró además por un accidente inevitable: olvidó los papeles en un taxi después de haberlos robado, y le llevó tres semanas localizar al conductor y arrebatárselos. Mientras tanto, el informe había sido remitido al "Times" en forma de una carta, la cual a su vez constituyó la base para un editorial; pero, tal como es habitual, la aparición de este material en un medio de difusión pública, pasó inadvertida tanto para el público como para el Pentágono.

El impacto que produjo el informe en el Pentágono y muy especialmente en el sitio que era su blanco principal, las oficinas del mayor general Fortney Superpate, fue el de un terremoto condimentado con una carta supersecreta. Su reacción fue inmediata y correspondiente a la mejor tradición militar, ya que puso a toda su sección en estado de Emergencia Roja y sometida a Máximo Secreto, de modo que nadie ajeno al departamento pudiera captar la emergencia. Luego siguió un período de parálisis total durante dos horas y cuarenta minutos, debido a su instantánea decisión de corroborar los resultados de Mellow. Esto requería papel higiénico y si bien el general Superpate, lo mismo que Henry Mellow, tenía un cuarto de baño en un ángulo de su oficina, tenía bastante respeto por las normas tradicionales como para contener su impulso de levantarse y buscarlo y llamó en cambio a su ayudante, quien recibió la orden luego de hacer un breve y elegante saludo. Desde la oficina exterior, el ayudante requirió la inmediata presencia personal del sargento de Suministros (debe recordarse que se trataba de un asunto que ya había sido clasificado) quien estaba con permiso; fue necesario recibir los antecedentes de su cabo, antes de que éste pudiera sustituirlo. Se llenaron los formularios de pedido, con un error en la cuarta copia (de un total de seis) que debió ser corregido antes de que el rollo de papel higiénico, bajo doble cerradura en una caja de equipo de color negro, fuera remitido al general. En este momento fue interrumpido por un caballero de Jamestown llamado (según dijo él) Brown: traje negro, corbata negra, zapatos negros y un objeto de cuero negro en su bolsillo delantero el cual, al ser desplegado, dejó ver un brillante y pesado distintivo con águilas y otras cosas grabadas en él. "Oh, maldito sea, dijo el general, ¿cómo pudieron ustedes enterarse de esto?" lo cual le valió una sonrisa (había dicho lo único que alguna vez hacía sonreír a estos tipos como el señor Brown) mientras éste se apropiaba de la fotocopia del informe Mellow y de la cerrada caja de equipo que contenía el rollo de papel higiénico. Se fue, mientras el general que con espíritu práctico de soldado comprendió que asunto había salido de sus manos, hizo volver la situación a Verde y suprimir el Secreto, y se sintió entonces libre para dirigirse a su propio cuarto de baño y procurarse su propio papel higiénico. Volvió con un trozo de aproximadamente un metro, lo extendió sobre su immaculado escritorio y comenzó a desgarrarlo. Entonces palideció.

La irrupción del informe Mellow en el área industrial, resultó un misterio mayor. Por cierto que a él se debió la súbita reducción en un seis por ciento de los pedidos de materia prima de la Inland Corporation, y cuando una empresa tan grande y tan diversificada como la Inland suprime un seis por ciento, el mercado entero tiembla como un cargamento de gelatina en un camión de ruedas cuadradas. Esta fue la verdadera razón por la cual la Outland Industries inició tratativas de fusión con la Inland, ya que uno de sus espías había conseguido el dato pero no el informe, y los principales de la Outland se figuraban que, si compraban la Inland, el memorándum vendría incluido en el trato. Imagínense entonces su sorpresa cuando el presidente del Directorio de la Inland no sólo accedió entusiastamente a la fusión sino que les remitió sin cargo una copia del informe. No existen registros de las reuniones de medianoche en que las cabezas principales de ambos gigantes industriales, pero se supo que al cesar las mismas, sólo quedaba un pobre manojito de sujetos asustados. Cuando la aurora iluminó a numerosas mansiones suburbanas, haciendas, clubs y suites de hotel, se oía en ellas el suave y preocupado sonido de papel higiénico que se desgarraba.

Y también de toallas de papel.

Y de cheques arrancados de sus chequeras.

En lo que respecta a la fusión, se la dejó en el mismo estado de negociación, sin renunciar a ella ni hacer progresos, sino en actitud expectante; en el ínterin, la orden de la Inland en cuanto a la reducción de compras de materia prima se adaptó a una solución de compromiso del tres por ciento, mientras el mundo —el pequeño mundo real, no el masivo mundo durmiente— esperaba a ver qué es lo que habría de ocurrir.

Sin embargo, el impacto más impresionante producido por el informe Mellow fue el que sufrieron los cuarteles generales secretos de Jamestown. (Se trata, probablemente, de los cuarteles generales más secretos que existen en el mundo o en cualquier otra parte. No hay señales exteriores en su frente, los automóviles no tienen identificación y los almuerzos se remiten a la oficina del frente a nombre del "señor Brown". Nadie sabe cómo se los surte. Todo el mundo en la ciudad guarda el Secreto.)

Habían hecho todo lo que pudieron; él hogar, la oficina, la persona y los asociados inmediatos de Henry Mellow fueron escrudifiados, desmenuzados y se grabaron secretamente sus conversaciones, sus movimientos probables fueron estudiados por computadoras, se sometieron a programación las respuestas más adecuadas por parte de la Agencia, y no quedó nada por hacer, más que quedarse a la expectativa y esperar que algo ocurriera. Fueron destinados con exclusividad al asunto Mellow tres agentes de primera línea, Red Brown y Joe Brown, así como un infiltrado en el poder negro llamado Brown X. Debido a la naturaleza extremadamente sensible del informe, Red Brown había enviado a Brown X a una cacería sumamente difícil, en la cual tuvo que seguir el rastro y entrevistar a los que habían sido maestros de escuela de Henry Mellow, desde el jardín de infantes hasta el cuarto grado, en sitios tales como Enumclaw, Estado de Washington y Turtle Creek, Estado de Pennsylvania.

Red Brown se incorporó de su escritorio tachonado de botones interruptores y de señales luminosas, atravesó la habitación y cerró la puerta contra un fondo de susurros de computadoras, cintas magnéticas, pisadas de suelas de goma y conversaciones telefónicas cubiertas por el hueco de la mano: "Aquí Brown... Listo. Discusión Dos. Brown corta". Joe Brown lo observó atentamente, sabiendo que esto significaba que irían a discutir su asignación. Sabía también que se referirían a Henry Mellow sólo como "Sospechoso". No "El sospechoso" ni "Señor sospechoso". Simplemente: Sospechoso.

Red Brown volvió a su montura o torre de control (nadie lo llamaría una silla) y dijo:

—Revisión. Sesión de tormenta de cerebros.

Joe Brown puso en marcha el grabador oculto en su chaqueta negra y repitió "Revisión. Sesión de tormenta de cerebros", junto con la fecha y la hora.

—¿Quién es, exactamente, Sospechoso? —preguntó Red Brown.

Comprendiendo perfectamente que esto significaría una rápida revisión de todo lo que sabían acerca de Henry Mellow, con el fin de obtener nuevas perspectivas y conclusiones, por más lejos que hubiera que llegar, y que él, Joe Brown, estaba siendo sometido a una prueba del tipo de "ha hecho usted sus deberes escolares", Joe Brown respondió en forma rápida, nítida y con un stacatto oficial:

—Blanco, norteamericano, varón, uno setenta y cinco, soltero, treinta y seis años de edad, ojos castaños, peso setenta...

—Bien. Bien. Ocupación.

—Escritor, técnico, también artículos sobre divulgación científica. Trabaja por su cuenta. También inventor, con patentes numero...

—No importa, no se pase el resto del día dándome números y, por otra parte, está fanfarroneando, Brown. Sé bien como se la gasta con los números.

Joe Brown se sentía muy mal, pero se cuidó muchísimo de demostrarlo. Una de las cosas que hacía bien era memorizar números, y en los números de las patentes hubiera podido lucirse.

—Tiene patentes sobre artefactos de cocina, procesos químicos, herramientas, sistemas ópticos...

—Tipo genio, muy peligroso. El F.B.I. ha estado echando sobre él la basura durante dieciocho meses.

—¿Por qué se le han echado encima?

—Datos internos. Recibe regalías de todas partes del mundo. Nunca deja de denunciar sus ingresos.

—Tiene que ocultar algo —dijo John Brown pensativo.

—Sí. Esto no es común, no es normal. ¿Política?

—No, nada de política. Está inscripto y vota, pero no expresa opiniones.

Joe Brown volvió a poner cara preocupada. La misma cara que antes, porque era parte de la misma situación.

—Tiene que ocultar algo. Y ¿qué pasaría si suelta al mundo lo que sea que tenga?

—Tal vez sea peor que la bomba, que los gases con efectos neurológicos, que la plaga Dederiek, imagínese lo que quiera.

—¿Y qué si obtiene control único?

—Rey del mundo.

—Por diez minutos, al menos. —Joe Brown hizo ademán de mirar por una imaginaria mira telescópica y de apretar un gatillo.

—No si tiene a la Agencia con él.

Joe Brown se quedó mirando a Red Brown durante un largo y comprensivo minuto. Antes de convertirse en agente, y por un tiempo mientras estaba en el período de instrucción, había tenido una idea bien clara acerca de para quien trabajaba la Agencia. Pero, a medida que fue pasando el tiempo eso ya no parecía importar. Los agentes trabajaban para la Agencia, y nadie dentro o fuera de ella o del gobierno hubiera osado preguntar para quién trabajaba la Agencia. Así que si la Agencia decidía trabajar para el rey del mundo, bien ¿por qué no? Sería solamente un hombre, y es muy fácil cuidar a un solo hombre. La Agencia sabía, desde hacía tiempo, que las cosas sucederían así, y simplemente con el control de la situación, podía determinar que las cosas fueran de cierta manera. Para todos, en todas partes.

Red Brown hizo un rápido gesto, que Joe Brown comprendió. Los dos extrajeron sus grabadores ocultos y borrarón cuidadosamente la última frase de la conversación. Volvieron a guardar los grabadores, y se miraron con ojos de mirada nueva y reluciente. Si los dos pudieran llegar a poseer el efecto Mellow, entonces su superior, un tal señor Brown, y su superior, jefe de toda la Agencia, iban a recibir una sorpresa.

Red Brown sacó un montón de llaves de su cinturón, eligió una, con la que abrió un cajón, de su escritorio, de donde extrajo una pesada caja de acero. Con una mirada a su colega, para asegurarse de que estaba fuera del alcance visual, hizo girar una llave de la combinación, con gran cuidado y atención, hacia aquí, hacia allá, otra vez hacia aquí, otra vez hacia allá y manipuló el cerrojo. Se levantó la tapa de la caja, de donde extrajo dos fotocopias del informe Mellow.

—Ahora sabremos —dijo— lea el informe Mellow.
Ustedes también lo leerán.

INFORME MELLOW

Desde el comienzo de la historia, la humanidad se ha hallado frente a frente con hechos básicos que debido a desatención, a preconcepciones o a simple estupidez, no puede ver, no reconoce o no comprende. Algunas veces, se ha manejado bastante bien con cosas complejas, como por ejemplo el calendario maya y la navegación entre los polinesios, mientras que ciegamente descuida el hecho de que las cosas complejas se logran en base a las simples y que las mes simples están, por su naturaleza, alrededor de nosotros, esperando ser captadas.

La humanidad ha sido terriblemente lenta en la captación de lo obvio y dos ilustraciones serán suficientes para puntualizarlo:

Por unos pocos centavos en cualquier tienda de juguetes, se puede comprar un trompo. Ahora bien, no he podido descubrir cuándo, dónde, o por quién fue inventado este aparatito, pero de acuerdo a mis conocimientos, no hay ejemplos demasiado antiguos de él. Un aparatito todavía más simple puede ser construido por un niño de ocho años con una piña: una hélice de dos palas. Si se lo ajusta sobre un alfiler, girará libremente al viento. Este parecería ser el tipo de descubrimiento al cual se hubiera podido llegar hace quinientos o mil o aun cinco mil años, cuando los artesanos egipcios estaban perfeccionando diseños e inventos mucho más complejos. Pasos tan obvios y evidentes como el fijar la hélice en un eje inmóvil, para que al girar cree una corriente de aire, o sumergir e todo en agua para lograr un efecto de bombeo y de propulsión, no fueron encarados por miles de años. Ahora, imagínense si pueden (y les diré que no pueden), lo que sería de nuestra civilización y cuáles serían nuestros logros tecnológicos, si hace mil, tres mil o cinco mil años, hubiéramos tenido bombas y hélices, todo porque en ese momento faltó un chico que fuera lo suficientemente agudo, un niño curioso, cuyo ojo fuera cautivado por una hoja retorcida que giraba en una tela de araña.

Un ejemplo más y para este comenzaré a usar materiales modernos, echando una mirada retrospectiva. Si se perfora un agujero de un milímetro y medio en un trozo de latón y se coloca allí una gota de agua, quedará suspendida. La gravedad la llevará hacia abajo, mientras que la tensión superficial la impulsará hacia arriba, formando una cúpula. Vista desde el borde del trozo de latón, la gota de agua tendría entonces la forma de una lente y, además, será una lente. Si se mira a través de ella, acercando bien el ojo a la gota, algo situado debajo y bien iluminado, veremos que esa lente líquida posee una distancia focal de alrededor de un centímetro y cuarto y un poder de aumento de unos cincuenta diámetros. (Por otra parte, si usted quiere tener un microscopio por unos pocos centavitos, perfora un agujero en el centro del fondo de una lata de sopa, luego corte tres lados de un cuadrado, a la derecha, a la izquierda y arriba, en las paredes de la lata, y dóbleles hacia adelante y adentro, hasta unos cuarenta y cinco grados, para que la luz entre y se refleje hacia arriba. Corte un trozo de cristal y sujételo para que quede dentro de la lata y debajo del agujero. Ahora, monte el espécimen que desee ver, una pata de mosca, una crin de caballo, o lo que usted quiera, sobre el espejo; ponga una gota de agua en el agujero y así tendrá un aumento de cincuenta diámetros. Si utiliza una gota de

glicerina, verá que la visión no es tan clara pero que es casi tan buena como el agua y no se evapora).

Los microscopios y sus parientes, los telescopios, no aparecieron hasta el siglo XVIII ¿por qué no? No había, acaso miles y miles de pastores, quiénes en incontables mañanas de rocío se hallaron en presencia de gotas de agua cautivas en telas de araña o en hojas con agujeritos, iluminadas por la luz del sol. ¿Cómo fue que no hubo uno de ellos que mirara una sola vez a través de una de esas gotas de rocío, investigando las papilas de su pulgar? ¿Y, por que, en la misma forma, los maravillosos artesanos del vidrio, de Tiro, Florencia y la antigua Babilonia, nunca se preocuparon en mirar a través de sus gruesos vidrios, en vez cíc admirarlos de lejos? Traten de imaginarse lo que sería este mundo si la lupa, el microscopio, las gafas y el telescopio se hubieran inventado mil años antes.

Tal vez ahora compartan conmigo esta especie de sorpresa frente a la ceguera y a la estupidez humana. Permítanme que agregue otra especie de ceguera: la convicción de que las cosas simples se observan actualmente y que se comprenden sus principios. Realmente, esto no es así. Todavía hay en la naturaleza innumerables descubrimientos por realizar, y muchos de ellos pueden ser hechas por un pastor iletrado. Pero, además de esto, nuestra propia tecnología ha producido todo un nuevo espectro de fenómenos, que esperan a ese ojo observador, esa mente que no se engaña, que ve las cosas que se presentan frente a su nariz, no una vez, ni raramente, sino una y otra y otra vez más, clamando por ser descubiertas y perfeccionadas.

Hay uno de tales fenómenos que reclama su comprensión, hoy y todos los días, desde por lo menos uno de tres lugares de su casa: su cuarto de baño, su cocina y, si usted tiene una cuenta en un Banco, desde su bolsillo.

Dos de cada cinco veces, como promedio, en que usted arranca una hoja de papel higiénico, o una toalla de papel, o una hoja de su chequera, no se cortará por la línea de puntos, sino que lo hará fuera de ella, desgarrando la hoja. Lo mismo sucede con las estampillas de correo, con ciertos envases de medicamentos y con virtualmente cualquier otra sustancia o cosa diseñada para ser arrancada por la línea de perforaciones.

De acuerdo a los conocimientos de quien esto escribe, no se ha hecho jamás un estudio exhaustivo de este fenómeno. Por lo tanto, propongo uno.

Comenzaremos por el hecho, experimentalmente demostrable, de que en un amplio porcentaje de casos, el papel se desgarrará por otra línea, que será irregular y no pertenecerá a las perforaciones. En todos los casos, la conclusión es obvia: la línea de perforación es más fuerte que la parte no perforada.

Consideremos luego lo que es en sí la perforación, o sea lo que sucede cuando una sustancia es perforada. Pura y simplemente, se elimina una porción del material constitutivo.

Ahora bien, si en estos casos especiales, la sustancia se torna mas resistente cuando se elimina una pequeña porción de ella, parecería lógico presumir que si se eliminara una parte todavía mayor, la sustancia se tornaría aun más resistente. Y continuando con las lógicas conclusiones, sería entonces coherente pensar que al eliminar más y más material, la sustancia resultante se tornaría más y mas fuerte, hasta que al final hallaríamos una sustancia compuesta de nada, que sería indestructible.

Si este pensamiento convencional le resulta difícil de aprehender, y si aun lográndolo; encuentra que no puede aceptarlo, permítame que le recuerde lo que dijo una vez un caballero corso, de nombre Napoleón Bonaparte: "Para determinar si algo es imposible, trate de hacerlo". Así es como he actuado, y los resultados hasta el momento son de lo más prometedores. Hasta que no haya finalizado otros estudios de desarrollo, prefiero no detallar las materiales probados, excepto para aseverar que ya no trabajo más con papel. Sin embargo, estoy convencido de que la teoría es coherente y lógica, y de que los resultados finales serán coronados por el éxito.

Ahora unas palabras finales, que seguramente no son necesarias, pues, de acuerdo a todo lo que se halla involucrado en este proceso, cada paso dicta y describe el próximo, sugerirán brevemente las ventajas de esta nueva sustancia, la que llamaré por comodidad y utilizando mayúsculas, con el nombre de Nada.

El material original, que deberá ser perforado, no es caro y siempre habrá abundante cantidad a disposición. El procesamiento, si bien requerirá un alto grado de precisión en la disposición de las perforaciones, es fácilmente adaptable a las máquinas automáticas y, una vez establecido, requerirá poco esfuerzo para el mantenimiento. Y lo más significativo, uno casi podría decir agradable, de este procesamiento es que, por su misma naturaleza (o sea, la eliminación del material), permite la recuperación de casi el cien por ciento de la sustancia original. Esta recuperación hace que se obtenga material que será nuevamente elaborado, lográndose hojuelas que serán procesadas por repetidas perforaciones, hasta alcanzar una gran cantidad de Nada disponible, y a su vez, las posteriores manipulaciones permitirán obtener, como producto final, cantidades ilimitadas de Nada.

Una serie de instrumentos simples y fácilmente transportables podrán fabricar Nada en forma de planchas, varillas, tubuladuras, partes de máquina, etcétera, en grados variables de flexibilidad, elasticidad, maleabilidad o rigidez. Una vez en su forma final, la Nada es indestructible. Su permeabilidad, conductibilidad y reacción química frente a ácidos y bases es de cero. Pueden lograrse hojas finas, para usarse como envoltorios para sustancias perecederas, que luego se podrán disponer en forma muy atractiva en estantes hechos de Nada. También podrán hacerse con ella edificios enteros, casas, fábricas, escuelas. Puesto que no tiene peso, podrán enviarse por carga cantidades ilimitadas por un precio virtualmente igual a cero, y es tan fácil de ser almacenada que todavía no he sido capaz de determinar un método para calcular la cantidad que puede ser guardada en un determinado volumen, digamos de un camión o de un avión, que pienso que podrán transportar suficiente cantidad de Nada como construir, pavimentar y equipar toda una ciudad.

Pues que Nada es, si se desea, impermeable e indestructible, parecería completamente factible el erigir protecciones cupuliformes permanentes o temporarias sobre las ciudades, las casas o sobre áreas geográficas en su totalidad.. Sin embargo, la protección de los aviones se torna difícil, puesto que el lograr un flujo de aire a través de la barrera invisible de Nada, y más allá de las alas, presenta ciertos problemas. Por otra parte, estos no afectarían a los instrumentos que hubieran sido puestos en órbita.

Para resumir: los pasos lógicos que llevan a la producción de Nada se encuentran dentro de los actuales conocimientos tecnológicos, y los beneficios que la humanidad logrará gracias a este descubrimiento justifican ampliamente la realización de estudios más exhaustivos al respecto.

Se notó entonces un tono de sorpresa en la voz de la señorita Prince, registrada en la grabación, cuando dijo:

—Quiere verlo un señor llamado Brown.

Henry Mellow hizo entonces un gesto que era algo así como:

—¡Dios mío! —luego dijo:— Hágalo pasar.

Entró, traje negro, zapatos negros, corbata negra, y nada en los ojos. Henry Mellow no se puso de pie, pero, de modo agradable, invitó diciendo:

—Siéntese usted, señor Brown. —Había solamente una silla donde sentarse, y estaba bien ubicada, de modo que el señor Brown se sentó. Se identificó con una cosa de cuero que se abrió y cerró con celeridad y con un chasquido como de medallas—. ¿Qué desea usted?

—Usted se llama Henry Mellow. —El señor Brown no había preguntado, había afirmado.

—Así es.

—Usted escribió un informe acerca de... acerca de una nueva sustancia para hacer cosas.

—¡Ah! ¿Eso? Por supuesto. Usted se refiere a Nada.

—Eso depende —dijo el señor Brown, sin una pizca de humor—. Usted ha continuado los estudios pertinentes y el desarrollo de esta sustancia.

—¿Lo he hecho?

—Eso es lo que queremos saber.

—¿Queremos?

La mano del señor Brown se hundió otra vez en el bolsillo de su chaqueta, y se oyó otra vez el sonido del portadocumentos.

—¡Oh! —dijo entonces Henry Mellow—. Digamos que podríamos llamar a todo esto una forma de ejercicio intelectual, de entretenimiento. Tal vez lo mande a alguna revista para... ciencia ficción, digamos.

—No vamos a permitir que suceda algo así.

—¿De veras?

—Vivimos en un mundo real, señor Mellow, donde suceden cosas que tal vez gente como usted no pueda comprender. Ahora bien, yo no sé si hay algún mérito en su idea, o hasta donde han llegado sus investigaciones, pero he venido para advertirle que las interrumpa inmediatamente.

—¡Oh! ¿Por qué, señor Brown?

—No tiene usted idea de cuantas grandes corporaciones se verán afectadas por algo así, si es que tal cosa existe. Las empresas constructoras, de minería de prefabricaciones... prácticamente todo. No tomamos nada de esto en serio, claro está, pero como sabemos mucho sobre usted nos lo vamos a tomar en serio de todas formas.

—Bueno, apreció su consejo, pero pienso que igualmente seguiré adelante.

—Además —siguió diciendo el señor Brown, como si no hubiera oído, y su voz adquirió entonces una resonancia de púpito— están los militares.

—Los militares.

—Defensa, señor Mellow. No podemos permitir a cualquiera la posesión de una forma de cubrir las ciudades con cúpulas de una sustancia impenetrable. Suponga que alguien en el extranjero se entera de todo esto y lo haga antes que nosotros.

—¿Le parece a usted que si una gran cantidad de gente lo lee en una revista, alguien en el extranjero va a ponerse a fabricarlo?

—No nos queda más remedio que pensar en eso.

—Se acercó aún mas—. Mire, señor Mellow, ¿ha pensado usted que tal vez esté en posesión de una mina de oro? ¿Va a entregársela a cualquiera?

—Señor Brown, no quiero una mina de oro para mi. No quiero minas para nadie. Simplemente no deseo que la gente siga arrasando los bosques o abriendo agujeros para sacar lo que no pueden volver a poner, mientras existan otras soluciones más adecuadas. Y no quiero que se me pague por no usar una de esas soluciones, si la hallo. Quiero que la gente sea capaz de tener lo que necesita sin despojar a todo un planeta para lograrlo, y deseo que pueda protegerse si fuera necesario, o de lograr comodidades en forma rápida y barata, aunque esto quiera decir que algunos peces gordos van a compartir esta prosperidad, sin impedirla. No quiero que se vuelvan flacos, señor Brown.

—Me pareció que usted iba a decir algo así —respondió Brown. Su mano se hundió en otro bolsillo, y esta vez extrajo un objeto pequeño, que parecía una pistola de juguete. Vendrá usted conmigo voluntariamente o me verá precisado a usar esto.

—Tendré entonces que pedirle que lo use —le contestó Henry Mellow, con un tono de lástima en la voz.

—Es un aparato muy lindo —dijo el señor Brown—. No dejará rastros.

—No lo dudo —contestó Henry Mellow, a tiempo que la pequeña arma emitía un sonido sibilante. La aguja que había salido disparada se desintegró en el aire.

El señor Brown se puso lívido. Volvió a empuñar el arma.

—No se moleste, señor Brown —dijo Henry Mellow— nos separa una plancha de Nada, y es impenetrable.

Empuñando aún el arma, el señor Brown se puso de pie y retrocedió, tropezando contra otra plancha de Nada, situada detrás de él. La palpó, y trató de desplazarse hacia uno de los lados, donde halló otra barrera invisible, a tiempo que el golpazo lo lanzó sentado contra la alfombra. Parecía que iba a ponerse a llorar.

—Vuelva a su silla —dijo Henry Mellow, no sin cierta dulzura—. Por favor, allí. Así es mejor. Ahora escúcheme bien.

Entonces pasó algo con Henry Mellow: al señor Brown le pareció más grande, más ancho y de alguna forma más real que lo que jamás había sido antes. Era como si el trabajo al cual se había dedicado durante tanto tiempo, le hubiera impedido ver a la gente en su dimensión real, y ahora fuera nuevamente capaz de hacerlo.

—He tenido más tiempo de pensar en esto que usted, y por otra parte, tampoco pienso en la misma forma —dijo Henry Mellow—. Creo que no pienso en la misma forma que nadie. Por lo menos, así me han dicho. Pero de todas maneras trataré de explicarle. Si trato de guardarme esto para mí, y de controlarlo yo, no me lograría mantener vivo ni siquiera diez minutos (¿Qué pasa, señor Brown? ¿Alguien más ha hablado así antes? No me extrañaría). O podría también archivarlo y olvidarlo. En realidad, eso fue lo que quise hacer, y no pude porque actualmente muere mucha gente, y seguirá muriendo, si este descubrimiento no está a su disposición. Hasta llegué a pensar en imprimir una enorme cantidad de volantes y en diseminarlos desde un avión. Pero entonces consideré lo que había escrito acerca de los pastores que no miraban a través de las gotas de rocío, y a considerar que lo mismo podría volver a suceder, y eso no sería algo que podría repetir demasiadas veces. Entonces me decidí a actuar como ya le dije, a publicarlo en una revista. Pero no en detalle. No quiero que nadie piense que lo robó, ni tampoco que nadie se crea demasiado listo y que me venga a buscar, ya sea para eliminarme (cosa que podría suceder) o para compartir sus ideas, porque no quiero compartirlo con una persona, ni con dos, ni tampoco con una compañía. Quiero compartirlo con todo el mundo, y aprovechar conjuntamente tanto el bien como el mal que de ello se desprenda. Usted no sabe de qué estoy hablando, ¿verdad señor Brown?

"Dentro de un instante usted va a conocer a un amigo mío, médico, quien le administrará algo para olvidar. Es completamente inofensivo, pero usted no recordará nada de lo que hemos hablado. Así que antes de que se vaya, quiero decirle algo más: hay otro señor Brown abajo. Dice que usted lo llamó señor Brown X y que quería este descubrimiento, no para sí mismo ni para la Agencia, sino para su pueblo. Me dijo que ellos sabían cómo actuar teniendo Nada. —Se sonrió—. Y no quiero que usted se sienta demasiado mal con respecto a todo esto, pero su Agencia no es tan competente como usted piensa. La semana pasada me visitó un hombre con acento de un país centroeuropeo, otro que hablaba ucraniano, dos orientales y un tipo con una barba, que venía de Cuba. Pensé que le gustaría saberlo...

"Así que adiós señor Brown. No recordará usted nada de toda esta charla, pero tal vez cuando escriba un cheque y lo arranque de la chequera, cuando quiera cortar en dos una toalla de papel o una estampilla de correos y vea que las perforaciones son mas resistentes que el resto, algo le dirá que debe usted interrumpirse y pensar.

Se sonrió y tocó otro botón de su intercomunicador.

—¿Está listo, doctor?

—Listo —dijo una voz.

Henry Mellow movió una llave situada debajo de un borde del escritorio y la silla del visitante se hundió en el suelo. Segundos después reapareció, vacía. Henry Mellow tocó

otro control y las planchas de Nada se deslizaron hacia arriba para esperar al próximo visitante.

Así que cuando suceda, no diga "maldición" y lo olvide. Párese a pensarlo. Alguien puede cambiar la faz de la tierra y ese alguien, puede ser usted.

ZAPATOS MARRONES

Se llamaba Mensch. Esto fue en un tiempo una broma entre ellos, pero luego se tornó en amargura.

—Ojalá te hubieras mantenido siempre como fuiste —le decía ella— quejándose de noche, saltando de la cama y caminando en la oscuridad, sin decir jamás por qué; dejándonos que pasáramos hambre, sin que te importara cómo vivíamos o cómo estábamos. Solía regañarte por ello, pero en realidad, nunca me importó demasiado. Lo soportaba sin problema, y lo hubiera seguido soportando siempre, porque a pesar de todo hacías lo tuyo, eras un alma libre.

—Siempre viví como me pareció —dijo Mensch— y te expliqué el porqué.

Ella hizo un sonido que pareció ser de asco.

—¿Quién hubiera podido comprenderlo? —Era una forma de decir basta, una vieja forma, algo que había recordado, elaborado y no comprendido durante años, algo que la hacía sentir cansada—. Y solías amar a los seres humanos. Verdaderamente amarlos; como cuando aquel muchacho rompió la toma de agua y la luz de la calle de enfrente de casa, y tú te mantuviste firme frente al alboroto y a los abogados, y conseguiste enviarlo al hospital, librándolo de firmar nada comprometedor, porque pensaste que no lo había hecho con mala intención. O la vez que pusiste patas para arriba el hotel barato aquel, para hallar la dentadura postiza de Víctor, y se la llevaste a la cárcel. Y todo el tiempo que te pasabas esperando en el hospital, a que le hicieran el tratamiento a aquella señora, no he olvidado su nombre, que se sentía tan mal por su cáncer de garganta, y a quien luego acompañabas a casa, a pesar de que casi no la conocías. No había nada que no hicieras para ayudar a tus semejantes.

—Siempre hice todo lo que pude, nunca me evadí.

Ella hizo un gesto de desprecio.

—Si, igual que Henry Ford o Andrew Carnegie, o la familia Krupp. Le dan trabajo a millones de personas, y pagan miles de millones de dólares en impuestos. Me conozco esa historia de memoria.

—Mi historia no es la misma —respondió él dulcemente.

Entonces ella lo dijo, sin odio y sin pasión, sin demasiado énfasis, lo dijo con una voz apagada.

—Nos amábamos y tú renunciaste.

Se amaban. Ella se llamaba Fauna; y era una broma privada: Fauna. lo animal, y Mensch, lo humano. Y todo lo que había entre ellos. "Sodoma se avecina" decía él citando mal a Chaucer. "Alto canta el cornudo" (porque ella tenía un esposo entre las lecciones de clavicordio, las alfombras de manufactura casera sin terminar, el proyecto de una obra de teatro y todos los otros planes que guardaba en la buhardilla de su vida). Mensch fue el primero a quien ella hubiera podido permanecer constante. Era una de esas personas que esperan a que llegue lo trascendente, olvidando todo lo otro que se les presenta. en cuanto se dan cuenta de que no es lo que deseaban. Cuando alguien así

tiene la fortuna de hallarlo, es para siempre, y los demás dicen: "¡Como has cambiado!" Aunque no ha cambiado.

Pero sucede que cuando lo trascendente llega hasta su vida, y no funciona como es debido, ya nunca más terminará nada. Nunca.

Eran muy jóvenes cuando se conocieron y ella tenía una casita en un bosque cerca de una ciudad de esas que tienen la reputación de ser centro de turistas, de artesanos y de artistas, y que, en algunas ocasiones hacen honor a su fama. La gente rara no es mal mirada allí, exigiéndosele solamente que (a) atraiga, o por lo menos no espante, a los turistas; y (b) que nunca se haga rica. Nada perturba mas a la gente que realmente lleva las riendas de una ciudad que alguien que llegue a ganar mucho dinero. La gente comienza a escucharlo y eso podría cambiar el estado de cosas. Fauna no deseaba cambiar nada. Era una chica bonita y esbelta, a quien le gustaba ir desnuda debajo de vestidos amplios y muy largos, y cuidar de todas las cosas enfermas siempre que no fueran capaces de hablar: pájaros con las alas rotas, filodendros y objetos similares. Y agreguemos a esto mucha música. Mucha en cantidad, y de distintos tipos. También le gustaba hacer con habilidad cosas que no terminaría hasta que lo trascendental llegara a su vida. Tenía un título de propiedad en regla de la casita donde vivía, y un trabajo por medio día en una de las tiendas del lugar. Era pintoresca, no pedía nada y jamás se veía involucrada en marchas, peticiones o cosas así. Consideraba que se debía ser bondadoso con todo el mundo, y pensaba... bien, diremos que en realidad no pensaba, sino que sentía que si es bondadoso, esa dulzura se desparramará por todo el mundo, como un bálsamo curativo, y que eso es lo que se debe hacer para luchar contra las guerras y la injusticia. Así que la aceptaban y casi diría que la aprobaban en el medio que la circundaba, incluso pavimentaron la calle que pasaba frente a su casa, y colocaron la luz y la boca de incendios.

Mensch entró en este panorama con cabello largo, guitarra a su espalda, una cabeza llena de buenos libros y una gran cantidad de inquietudes. Comenzó a vivir con Fauna al día siguiente que ella descubrió que su guitarra estaba afinada como un laúd. El también tenía manos hábiles, y terminaba lo que empezaba, completando la tarea con la manufactura de otros doce objetos iguales: hermosas bases para las listas de las compras de la cocina, hechas con maderas locales trabajadas a mano, que tenían un filo en el extremo para poder cortar un trozo de papel grande o pequeño, adornos para chimeneas y peladores de manzanas, que podían venderse en las pintorescas tiendecitas del lugar, con lo cual se ganaba la vida. También sabía de transistores, de engranajes helicoidales, eslabonamientos excéntricos y cosas como pilas de combustibles y otras similares. Comenzó a manipular mucho en el cuarto de atrás con imanes, ejes y líquidos coloreados de distintos tipos, y un día tuvo una idea, a raíz de la cual se lo vio jugando con tijeras, cartones y algunas partes de metal. Lo que hizo era sobre todo un marco con un rotor, pero estaba hecho con ciertas cosas, de una cierta manera. Cuando lo terminó de armar, el rotor comenzó a andar, y comprendió. Hizo ciertos arreglos en el rotor, que estaba construido sobre todo con cartón, y éste emitió un sonido agudo y comenzó a girar con tal velocidad que el eje, hecho con un material precario y barato, gastó el punto de apoyo que tenía en el cartón y voló a través del cuarto, desparramando pedacitos de metal. El no hizo ningún esfuerzo por juntar las partes desprendidas, sino que se levantó y entró al otro cuarto. Fauna lo miró, corrió hacia él y le preguntó: "¿Qué te pasa, qué sucede?" pero él se limitó a mirarla de nuevo en silencio, con un aspecto totalmente anonadado, mientras las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas. No pareció darse cuenta.

Entonces fue cuando él comenzó a gemir en sueños, saltando luego de la cama y caminando en medio de la noche, en la oscuridad. Cuando, años más tarde, ella le reprochó el que no le hubiera contado nada, él admitió que era verdad, pero lo que en realidad pasó fue que en ese momento él le explicó que lo que tenía en la cabeza era tan

importante que algunas personas podrían matarlo para enterarse y robarle el invento, u otros para que jamás se pudiera poner en práctica, y que no le contaba lo que era, porque la amaba y no quería que estuviera en peligro. Fauna lloró mucho y le dijo que él no confiaba en ella, pero él le respondió que aunque confiaba plenamente, su deseo era protegerla y no echarla como pasto a los lobos. También dijo, y a esto se debían todos sus quejidos y sus paseos nocturnos, que lo que tenía en la cabeza podía hacer que los desiertos florecieran y posibilitaría el alimentar a quienes sufrieran hambre en todo el mundo, pero que sí se usaba indiscriminadamente podría convertirse en una plaga, no por lo que era sino por lo que la gente haría y que el primero que muriera a raíz de eso, moriría por causa suya, y eso era una idea que no podía soportar. Tenía que tomar una decisión, pero antes le era necesario saber si la muerte de una persona era un precio demasiado grande para la felicidad y seguridad de millones y si la muerte de varios miles se justificaría frente a la posibilidad de terminar definitivamente con la pobreza. Agregó que sabía historia y psicología, además de tener la mente de un matemático y unas manos hábiles y que, por lo tanto, era plenamente consciente de lo que sucedería si tomaba una u otra decisión. Por ejemplo, sabía a quienes podía pasarle la idea y la responsabilidad a cambio de suficiente dinero para mantenerlo a él, a Fauna y a un par de cientos de amigos íntimos, si era necesario, con todo lujo, durante el resto de sus días. Todo lo que tendría que hacer sería firmar unos papeles y ver su invento para siempre enterrado en la caja de seguridad de alguna gigantesca compañía, porque había por lo menos tres potencias industriales que se disputarían el privilegio.

O lo matarían.

También pensó en la posibilidad de hacer grandes cantidades de copias de su invento y desparramarlas sobre varias ciudades de todo el mundo. O de hallar científicos e ingenieros competentes y éticos para formar un grupo que se encargaría de la manufactura y del patentamiento del artefacto, usándolo solamente para el bien. Bien, pero eso puede hacerse con un nuevo raticida o con una máquina de coser perfeccionada, pero no con algo suficientemente potente como para cambiar la faz de la tierra, eliminar el hambre, el "smog" y la indiscriminada explotación de materias primas; y menos porque podría terminar con la industria petroquímica (excepto en lo que respecta a las pinturas y a los plásticos), las compañías eléctricas, los motores de combustión interna y todo lo que se refiriera a su fabricación y al combustible que las mantiene en marcha, llegando incluso a sustituir la energía atómica en la mayoría de los casos.

Mensch trató de decidirse a no hacer nada, lo que causó los quejidos y los paseos nocturnos, pero no lo logró. La idea lo atormentaba. Entonces decidió actuar e imaginó los pasos a seguir. Su primera parada fue en la barbería de la ciudad.

Fauna no dijo nada por esto ni tampoco cuando él se consiguió un trabajo en Flextronica, el centro local de industria liviana, que tenía un contrato con el gobierno para fabricar partes de computadoras y que era despreciada por el núcleo de la ciudad que se dedicaba al arte, a la literatura y a las bibliotecas. La necesidad de mantener un horario regular la apabulló y a pesar de que él actuaba igual en la casa (Si bien su aspecto físico no era el mismo), la muchacha comenzó a preocuparse mucho. Nunca había visto tanta cantidad de dinero junto como la que él traía los días de pago y por primera vez en su vida tuvo que mantenerse tozudamente dedicada a remendar, improvisar y actuar como antes, sin tener que dar como excusa la pobreza. Las explicaciones que se daba para vivir en la misma forma parecían tener cada vez menos fuerza, cosa que la tornó aún más empecinada y más rara. Y luego él compró un coche, cosa que ella consideró una verdadera inmoralidad.

Lo que la desgarró, fue que alguien le contó que él había ido a la reunión de la comisión de vecinos cosa que ella nunca había hecho, y que había propuesto que se dictaran ordenanzas prohibiendo sentarse sobre el césped de los parques, tocar instrumentos musicales, nadar en el lago cercano luego de la puesta del sol y, por último,

contratar más policías. Cuando ella le pidió una explicación, él la miró tristemente durante un largo rato, sin negar la acusación pero rehusándose a discutirla y finalmente se fue.

Se alquiló un cuarto limpio en una casa de huéspedes muy respetable cerca de la fábrica, trabajó como un condenado hasta lograr su diploma y luego continuó concurriendo a cursos nocturnos hasta que logró otro título más. Comenzó a merodear alrededor del lugar donde se reunía la Legión las noches de los sábados, tomó un poco de cerveza pero convidó a todo el mundo con mucho whisky. Aprendió una gran cantidad de chistes sucios y los contaba calculadamente: dos tercios sexo, un tercio letrina. Finalmente pidió licencia en su puesto, adonde había llegado ahora a jefe de sección y se trasladó río abajo hasta una ciudad universitaria donde siguió estudiando para lograr un título de posgraduado en ingeniería, mientras que de noche comenzó a estudiar derecho. La vida se le había tornado muy difícil porque tenía que cuidar cada monedita y seguir manteniendo sus pantalones planchados y sus zapatos marrones bien lustrados, cosa que siempre hizo. Halló tiempo para concurrir a la iglesia local y terminó siendo un miembro distinguido de la comunidad religiosa, tomando siempre como texto de referencia las homilias del Almanaque del Pobre Ricardo, de Franklin y citándolas (tal como lo hacía el autor) como si creyera en ellas.

A su debido tiempo rediseñó su invento, no con cartones y cola, sino con materiales debidamente fabricados que tenían mucho de trampa y que estaban bobinados en forma tal que los efectos se anulaban.

Entonces llevó todos sus diplomas de graduado, de posgraduado, los trabajos científicos que había publicado, sus patentes y su meticuloso corte de cabello, conjuntamente con una carta de presentación de su pastor, a un Banco, donde obtuvo suficiente dinero en préstamo como para comprar una compañía próxima a la ruina, que fabricaba cintas conductoras portátiles. Allí terminó de completar su invento y salió a la calle a tratar de venderlo. Se vendió magníficamente bien. Así debía ser. Permitía que un acumulador de automóvil de seis voltios se cargara durante un año, sin necesidad de ser reemplazado ni recargado, cosa que no era extraña porque la carga era alimentada por un pequeño bultito negro casi escondido, que a pesar de su tamaño insignificante y de no requerir combustible, movilizaba las piezas necesarias indefinidamente, hasta que había que reemplazar las partes mecánicas.

No pasó mucho antes de que la competencia comenzara a comprar su invento y a desarmarlo minuciosamente, para tratar de ver de donde venía tan obscena eficiencia. Las trampas que había armado fueron capaces de vencer a la mayoría, pero uno o dos jóvenes inteligentes, conjuntamente con algún canoso experto, pudieron llegar a la conclusión de que ese bultito tan pequeño hacía girar la pieza indefinidamente sin combustible, y a considerar la maravilla que sería si se colocara tal cosa en un automóvil o en un aeroplano. O bien si se deseara extraer agua en el desierto o generar luz y energía en las perdidas montañas y selvas, sin tener que construir caminos o vías ferroviarias ni tender cables conductores. Alguno de estos hombres fueron a verlo a Mensch. El los contrató, ligándolos con lazos de dinero y con otros beneficios o los hizo vigilar a fin de disuadirlos, o los desacreditó o, cuando hizo falta, los arruinó.

Inevitablemente, llegó el día en que alguien fue capaz de reproducir el efecto Mensch, pero para ese entonces su descubridor ya poseía toda una bien montada oficina llena de abogados con lápices de buenas puntas y claras instrucciones al respecto. El hábil operador que había duplicado el efecto y que había invertido todo lo que tenía y todo lo que pudo pedir prestado, en esa tarea, se encontró en tal lío de vueltas y revueltas legales, que vendió su planta a Mensch a precio de costo y aceptó, agradecido su trabajo que le permitía continuar al frente de la misma. Digamos que ese fue el primero.

Entonces aparecieron los militares. Pero Mensch ya estaba listo para enfrentarlos y a sus planes de apoderarse de sus patentes en nombre de la necesidad de la nación. Permitió entonces que en el juego de tira y afloje lo fueran ascendiendo de posición a

medida que sus negativas eran cada vez más decididas y que las amenazas eran cada vez más y más tremendas, hasta que se lo vio emerger en la cima del grupo de civiles que eran los que les daban órdenes. Este encuentro fue propiciado por un obispo, porque en ningún momento Mensch había pasado por alto sus deberes para con su iglesia, incluyendo sus donaciones, sus concurrencias a las escuelas de vacaciones bíblicas, a los almuerzos campestres o a las quermeses. Y Mensch, en este pináculo de riqueza, poder y respetabilidad, pudo enseñarle al presidente los documentos que había colocado por duplicado en un Banco suizo, los cuales, el día que sus patentes fueran amenazadas por los militares, determinarían la donación de las mismas a los institutos de investigación de Albania y de otros países situados al Norte y al Este. Así fue como no lo molestaron más.

El año siguiente, un auto propulsado por el efecto Mensch ganó la carrera de Indianápolis. No era tan veloz como los Granatelli; simplemente, lo que sucedió fue que continuó andando, dando vueltas y vueltas sin parar en ningún momento. Por supuesto, al comienzo las cosas quedaron como paralizadas, pero la conclusión inevitable fue que la industria del automóvil capituló y con ella la gente de los combustibles fósiles. Luego, siguieron la energía y la luz eléctrica y, a medida que el gas, el vapor y los motores diesel resultaron obsoletos fueron reemplazados por los que se movían gracias al efecto Mensch, y entonces las plantas atómicas comenzaron a esperar su turno.

Fue inmediatamente después de la victoria lograda en Indianápolis que Mensch donó las patentes a Albania, de todos modos, porque, claro está, nunca dijo que no lo haría, y el invento rápidamente llegó a surgir en Hong-Kong y de ahí a desplazarse al continente. La Unión Soviética clamaba a quien quisiera oírle, que el efecto Mensch había sido descubierto por Sidkovsky, quien lo había dejado de lado por hallarse más interesado en los cohetes, pero ni siquiera los rusos pudieron mantener tales asertos durante mucho tiempo sin echarse a reír ellos también, y comenzaron a tratar de vencer a todas las otras naciones en su deseo de perfeccionar el invento. Ningún tipo de trampa podría sobrevivir frente a una situación como esta, puesto que las trampas necesitan verdaderas enredaderas de leyes sobre patentes para crecer y prosperar, y no pasó mucho tiempo antes de que los soviéticos (en realidad fue un científico checo, lo que es lo mismo ¿no es así?, bueno, los soviéticos decían que era lo mismo) pudieran proclamar a los cuatro vientos que habían mejorado y refinado el invento, reduciéndolo a un simple marco que daba apoyo a una parte móvil, el rotor, realizados ambos en sustancias muy comunes que una vez bien armadas funcionaba inmediatamente. Por supuesto, eran el mismo marco y rotor con los que Mensch, lleno de terror y de lágrimas, había comenzado su larga carrera y el "perfeccionamiento" checo, o sea soviético, fue como todo lo otro, algo que él había previsto y planeado. Porque ahora no había un sólo taller de mecánico, por humilde que fuera, en todo el mundo, que no comenzara su día poniendo en marcha los rotores de Mensch. Las infracciones a las leyes de patentes ocurrían tan a menudo, que ni siquiera el alto rascacielos que Mensch mantenía lleno de águilas legales hubiera podido detener su curso. Y no trataba de hacerlo, porque...

Por segunda vez en la historia moderna (la primera fue cuando un hombre extraordinario llamado Kemal Ataturk actuó en forma similar) alguien que había llegado a una posición de dictador de una nación, abdicaba luego de haber alcanzado su meta. No le importó un bledo a Mensch que los sabios escritores de editoriales, con sus cultos dedos índices colocados sobre las partes laterales de la nariz, señalaran que se había vencido a sí mismo, que había estremecido su propio imperio, al extender sus límites y que al haber liberado sus patentes al dominio público, sólo estaba haciendo un trágico y vacío gesto hacia lo inevitable. Mensch sabía lo que había hecho y por qué, y lo que otra gente pensaba no era de su incumbencia.

—Lo que sí importa —le dijo a Fauna, en su casita pequeña cerca de la boca de incendios y del farol de la calle— es que no existe una sola choza en Africa o en Asia

donde no puedan extraer agua, arar la tierra, o calentar y alumbrar sus hogares, gracias a una planta energética lo suficientemente simple como para ser fabricada por cualquier mecánico, en cualquier taller precario. Las pequeñas mueven juguetes o trasladan rocas. Las grandes pueden dar luz a una ciudad. Tiran de los vagones de los trenes o afilan la punta a los lápices, sin requerir combustible. Actualmente, el agua desalinizada del Mediterráneo se vuelca en el Norte del Sahara. Allí se construirán nuevas ciudades, tal como las había hace cinco mil años. En diez años más el aire estará considerablemente más limpio, y ya la demanda de petróleo ha descendido tanto que se han interrumpido casi las perforaciones. "Tener" y "no tener" ya no significan más lo mismo, porque todos tenemos acceso a energía barata. Y por eso lo hice, ¿te das cuenta?

Realmente, se lo veía muy interesado en que ella lo comprendiera.

—Te cortaste el pelo —le dijo ella con amargura—. Usaste esos horribles zapatos y te convertiste en un... en un tifón.

—En un "tycoon" —la corrigió él, con aire ausente—. Pero, Fauna, escúchame. Recuerda cuando éramos jóvenes, las protestas y los alborotos que se armaban en las universidades. Trata de pensar, entonces en un pequeño aspecto de la situación. Suponte que un grupo de estudiantes quisiera tomar el edificio de la administración. ¿Cómo lo haría? Por la fuerza, llenando los caminos y los senderos. ¡Oh! ¡Escúchame! —porque ella había comenzado a menear la cabeza y a abrir la boca para interrumpirlo— por los caminos y senderos. Pero cuando estos fueron construidos, los planificadores y arquitectos no los pusieron allí para ser usados de tal manera ¿verdad? Pero no importa, cuando la multitud quiere llegar al edificio de la administración, utiliza el camino que encuentra hecho. Y esto es todo lo que yo hice. El modo de obtener lo que yo quería, era con el pelo corto, con los zapatos marrones, con la publicación de trabajos de posgraduados, con los Bancos, con las oficinas y con el gobierno y con todas esas cosas que estaban allí para que yo las utilizara.

—No te hacía falta todo eso. Yo creo que lo que realmente querías era movilizar las cosas y sacudirlas para figurar en los periódicos y en los libros de historia. Podrías haber fabricado tu motorcito en esta casa, haberlo enseñado a la gente y vendido mientras te quedabas aquí tocando la guitarra y todo hubiera sucedido exactamente igual.

—Pues no, te equivocas —respondió Mensch— ¿no sabes, acaso, en qué clase de mundo vivimos? Vivimos en un mundo en el cual, si un hombre presenta una curación segura para el cáncer y por otra parte se ha casado con su hermana, sus vecinos quemarían meticulosamente su casa junto con todas sus anotaciones. Si un hombre ha construido la más bella torre del país y luego comienza a creer que Satán debiera ser adorado, se haría saltar por el aire su torre. Conozco un grande y conmovedor libro escrito por una mujer que más tarde se volvió loca y escribió libros insanos y nadie más quiso ya leer su gran libro original. Podría citar tres tipos de tratamientos psiquiátricos capaces de cambiar la faz de la tierra, pero cuyos descubridores fueron a parar a institutos para insanos y a las creencias llamadas religiones e hicieron el papel de tontos, tontos peligrosos en ese sentido, y nadie quiere ahora saber nada de sus descubrimientos previos. Grandes políticos no pudieron llegar a ser grandes gobernantes porque eran divorciados. Y yo no iba a permitir que el aparato Mensch fuese robado o sepultado o sometido a burla y olvido, sólo porque yo tenía el pelo largo y tocaba la guitarra. Tú sabes que es fácil tener el pelo largo y tocar la guitarra y ser amable con la gente, cuando todos alrededor hacen lo mismo. Mucho más difícil resulta ser el primero que hace algo porque entonces debes pagar un precio, se mofan de ti, te apedrean y te aíslan.

—De modo que, para evitarlo, te uniste a ellos —dijo Fauna en forma acusadora.

—Me valí de ellos —replicó llanamente— aproveché cada camino y sendero que llevaba hacia donde yo iba, no importaba quién lo hubiera construido ni para qué lo hubiera hecho.

—Y pagaste tu precio —dijo ella, sin dureza— millones en el Banco, miles de personas prestas a caer de rodillas cuando tú chasqueas los dedos. Algún precio. Podrías haber tenido amor.

Entonces él se interrumpió y la miró. Su cabello era mucho más fino ahora, pero siempre largo y delicado. Estiró la mano y levantó un mechón. Era blanco. Lo dejó caer.

Pensó en los bien nutridos niños de Biafra, en el aire limpio, en las playas no contaminadas, en los alimentos más baratos, en el transporte más económico, en los procedimientos más baratos de fabricación y mantenimiento, en la mayor disponibilidad de espacio para reducir la presión y la histeria durante el prolongado y lento proceso de control de la población. ¿Qué era lo que lo había llevado a negarse tanto a sí mismo, a rebelarse, a movilizar, a sacudir y quebrar el "statu quo" en la forma en que lo había hecho, más que a conformarse (¡conformarse!) con el pelo largo y una guitarra? Podrías haber tenido amor.

—Pero lo tuve —dijo entonces; sabiendo que ella nunca, nunca, podría comprenderlo, subió a su silencioso vehículo sin combustible y se fue.

EL TIO FREMMIS

—¡Dios mío! —grité— es... no puede ser. —Luego, algo atemorizado porque mi voz no había despertado ningún eco en esos amplios e interminables corredores (¡qué diablos!, tenían un alfombrado de cuatro centímetros de espesor) agregué, en forma casi tímida—: ¿tío Fremmis?

—Seguro que soy yo hijo —me respondió. Debo confesar que me sentí sacudido.

El tío Fremmis, (en realidad era tío de mi madre) era un hombre de risa fácil y cabellos grises cuando yo era un niño. Pasado el tiempo, cuando fui mayor, y antes de abandonar la zona de los lagos (en realidad es un lugar montañoso, pero lo llaman la zona de Los lagos), el tío Fremmis era aún un hombre de risa fácil y cabellos grises. Vivía solo, en una casa cerca de un estanque (un lugar amplio y sinuoso cerca de un riacho) y de un valle profundo y lleno de neblina. Era un valle que no le gustaba a nadie, y creo que al tío Fremmis le agradaba ver la luz antes de que el sol saliera, y contemplar a los conejos, a las ardillas rojas y grises y al ciervo pastando, hasta que la luz del sol disipaba la niebla. Solía estar siempre en el pueblo y era un personaje muy popular pero, según lo que recuerdo, no intimaba demasiado con nadie. Cuando necesitaba dinero hacía lo primero que se le presentaba: cortar madera, abrir pozos, trabajar en las tierras anegadas (de cualquier cosa que ustedes imaginen), siempre en los alrededores del depósito de maderas. Sus compras se limitaban a harina, sal y agujas. También adquiría jabón de lavar, pantalones aptos para el trabajo rudo y, cada pocos años, un hacha, una piedra de amolar y un cántaro.

Tenía enemigos: eran siempre el mismo tipo de individuos. El primero que recuerdo era un herrero. Odiaba al tío Fremmis, y un día se le acercó en la calle con el brazo extendido. El tío sonrió con aquella sonrisa fácil, y le estrechó la mano. El herrero lo levantó en vilo y lo golpeó, cosa que fue perjudicial para los dos, porque el resto del pueblo dejó de acudir al herrero, salvo cuando no tenía más remedio, y permítanme recordarles que la gente como la de mi pueblo puede pasarse muy bien sin alguien a quien no quiere recurrir. Recuerdo a un granjero que se pasó casi tres años usando un rastrillo mal acondicionado antes que permitir que el herrero lo arreglara. El tío Fremmis nunca hizo nada para vengarse, salvo pararse frente a la tienda del herrero, riéndose a mandíbula batiente, el día en que éste fijó el letrero de «SE VENDE»

En ese lugar parecía que los años pasaran más lentamente que en otras partes, pero de todas formas trajeron novedades. Los caballos utilizados para las labores de campo corrieron la misma suerte que los caballos de tiro, y todos poseían un tractor. Entonces fue cuando el viejo Pidgeon, el de la estación de gasolina, comenzó a hablar mal del tío Fremmis. El tío no hizo caso, hasta un día en que Pidgeon fue a la tienda de la zona, para impedir que le dieran crédito al tío Fremmis; puesto que, cuando al tío las cosas le iban mal, el hecho de que le otorgaran o no un crédito era de extrema importancia. Debo aclarar que jamás en su vida había dejado una cuenta sin pagar, ni tampoco había permitido que se le acumularan más de cuarenta dólares de deuda. Cuando se supo lo que había pasado, los negocios le comenzaron a ir tan mal al viejo Pidgeon, a pesar del anexo que había puesto para reparación de tractores, que el viejo se las vio realmente negras para pagar sus deudas. Parecía que los tractores ya no se descomponían más, y cuando, raramente, alguno de ellos lo hacía, siempre había alrededor algún vecino a quien pedirle prestado, o un caballo de los que habían estado pastando, se acercaba al pueblo, como si tuviera ganas de ponerse a trabajar de nuevo. Antes de lo que tardo en contarle, el viejo Pidgeon se vio obligado a vender su parte de la tienda del pueblo, con lo que el tío Fremmis recuperó su crédito nuevamente. La gasolinera y el anexo de reparaciones no levantaron cabeza hasta que el viejo vendió.

Cuando yo estaba en la escuela secundaria, un tipo de aspecto rudo y de nombre Skutch abrió un tallercito de reparaciones de artefactos eléctricos y de radio. Le fue muy bien hasta que trató de hacerle daño al tío Fremmis la segunda vez. La primera vez se la salvó diciendo que había sido un accidente. Le pidió al tío Fremmis que fuera a ayudarlo, le dijo que sujetara un cable, y luego hizo algo que le dio al tío una descarga tan grande que quedó tendido en el suelo, y se tragó la lengua, así como lo oyen. Si no hubiera sido porque el doctor Weiss, que pasaba por allí, tuvo la precaución de colocarle bien la lengua otra vez, enganchándola con un dedo, el tío no hubiera contado el cuento. La segunda vez que Skutch quiso dar cuenta del tío Fremmis fue cuando se le tiró encima con su automóvil, un Essex Terraplane, y también alegó que había sido un accidente, pero fue algo de lo más raro, porque el pobre tío estuvo corriendo y saltando y esquivando la máquina durante más de trescientos metros, hasta que Skutch reparó en que lo había visto Roudenbush, que estaba trabajando con el tractor. Eso lo hizo renunciar a la cacería. Después, todas las cosas de Skutch comenzaron a irle muy mal, y si uno tenía un negocio en el pueblo, y se sabía que se estaba en tratos con Skutch, el propio negocio también se venía abajo. Así que Skutch no duró mucho.

Cuando el tío Fremmis necesitaba algo más de dinero, hacía valer su sensibilidad de rabadomante. O sea, podía hallar agua. Cortaba una vara de madera de manzano, algunos usan sauce, pero el tío siempre cortaba una vara en forma de Y de un manzano, e iba de un lado a otro con ella en sus manos. Donde la vara se doblaba, él daba la orden de cavar, y allí tenían el pozo de agua, sin más ni más. Sólo le vi hacerlo tres veces, y cobró quinientos dólares cada vez. Le pagaban tanto porque era muy honesto: si decía donde había que cavar, pero no se encontraba agua, no se le pagaba nada. El dinero invertido en la excavación del pozo era la parte que el granjero tenía que arriesgar. Las tres veces halló agua sin error. Se hizo muy famoso por esto, y tenía muchísimas ofertas, pero no las aceptaba. No creía que hubiera que pagar impuestos, así que jamás ganaba más de quinientos dólares por año.

Nunca se casó, por lo que yo sé. Sabía mucho, claro está, y la medida de su popularidad en los lagos era que, si bien a todos les gustaba chismosear, nunca se metían en las cosas del tío Fremmis, excepto en una que otra oportunidad que alguna de las señoras codeaba o hacía una guiñada a otra, que se ruborizaba. Así que nunca tenía verdaderas necesidades, y se mantenía perfectamente bien con lo que ganaba aquí y allí, excepto cuando necesitaba algo especial, o para ponerse al día con la cuenta de la tienda, en momentos no muy buenos.

Una de esas cosas especiales fue un camión de un cuarto de tonelada de carga, Modelo 1-NC. Probablemente no recuerden al 1-NC. Fue el último de cuatro cilindros fabricado por Ford. (No cuento al jeep, porque ese no es de él). El camión tenía unos arreglos de lo más pintorescos, con una caja de velocidades muy rara, que le permitía hacer casi acrobacias. El velocímetro llegaba solamente hasta noventa kilómetros, lo que era completamente ilusorio para cualquiera que haya manejado un 1-NC; algo así como cuando los niños apuestan un millón de dólares a cualquier cosa. Cuesta abajo, con viento a favor, un 1-NC podía llegar a sesenta o setenta kilómetros. De todas formas, el tío Fremmis se enamoró de uno de ellos, y entonces halló agua para un individuo de Clearwater, a fin de comprarse el camión. Logró que Ed Varney le hiciera unos arreglos con piezas de recambio que compró en su pueblo. Le pidió a Ed que lo hiciera porque, en cuestiones de mecánica, el tío Fremmis era el mejor radiestesista y cavador de pozos de la vecindad, y creo que ustedes me comprenden lo que les quiero decir. De todas formas, a pesar de la pintura verde que se saltaba y de las manchas de herrumbre, el auto parecía una bomba voladora sin alas. Subirse a él, cuando el tío Fremmis guiaba, era una experiencia para aterrorizar a cualquiera. La aguja del velocímetro montaba en seguida a noventa kilómetros, allí se detenía, y luego se la veía arquearse. La suspensión era buena, las gomas adecuadas, y los tumbos pocos. El armazón era alto y estrecho y producía un raro golpeteo. Cuando andaba parecía llevar el ritmo de ambas ruedas izquierdas, luego de las derechas, y uno no sabía a que se debía, hasta que se le preguntaba al tío Fremmis. Por otra parte, no importa lo poco hábil que fuera el tío con las cosas mecánicas, con el volante en la mano era un artista. Nadie llegaba a saber nunca a qué velocidad podía correr. Una tarde tomó la carretera a toda velocidad y un policía trató de seguirlo y luego abandonó porque tuvo miedo: según explicó, más tarde, no hubiera podido soportar ver lo que creía que tenía necesariamente que suceder. De todas formas, abandonó cuando estaban a ciento treinta y lo atrapó en el viaje de vuelta. El tío Fremmis, debido precisamente a que era el tío Fremmis, se libró de la multa y durante una hora y media el policía se pasó examinando el monstruoso eje trasero. Ese mismo policía ganó luego una carrera importante y solía contar alborozado que el tío Fremmis había sido quien lo inició en la velocidad, pero esa es otra historia. De todos modos, fue ese camión el que me permitió comprender al tío Fremmis.

Yo tenía una novia o; mejor dicho, quería tenerla, y ella tenía una madre que tenía una vaca, que tenía un ternero, a quien yo no le gustaba para nada, me refiero a la madre; y por lo tanto, nunca me acercaba a la empalizada, ni mucho menos pensaba en cruzarla a menos que pudiera hacer que la madre me demostrara que no estaba mal conmigo. Bien, ella vendió ese ternero a un granjero de Westfork que no quería venir a buscarlo y ella, a su vez, no quería llevarlo sin que le pagaran dos dólares extra, de modo que así estaba la cosa. Ella quería el dinero, él quería el ternero, ella le decía que viniera a buscarlo, él le decía que lo trajera, ella le decía que sí, que por dos dólares, y, el le decía que no; entonces pedí prestado el camión.

Pedí prestado el camión del tío Fremmis y ¿saben? nunca llevé el ternero a Westfork. En realidad, nunca llegué a buscar al ternero. A mitad de camino hacia la casa de su madre, me volví y, a duras penas pude llegar de nuevo a lo del tío Fremmis. Verán, tenía el acelerador sujeto con una charnela, y ésta había gastado el perno. Si la charnela hubiera funcionado, habría accionado el mecanismo para permitir el paso de la gasolina. Habiéndose salido el perno del pedal, ésta se ladeaba cada vez que bajaba el pie, y si no se iba a marcha muy lenta, el motor se paraba. Alguna vez ustedes habrán balanceado una escoba colocando un índice en el mango ¿verdad? Bueno, esto es lo que había que hacer con el pie al apretar el pedal, excepto que uno no tiene la misma destreza en el pie que en la mano. A primera vista parece una cosa muy sencilla, pero prueben ustedes a hacerlo con un frente de V-8 enorme y un eje como el de este camión, que además tenía un panel que se movía para todos lados como un zombi (recuerden que los zombis son

los muertos vivos), teniendo el mismo tiempo la cabeza llena de planes acerca de buscar el ternero y recoger la justa recompensa. Me sentí muy frustrado.

El tío Fremmis se rió muchísimo. Pero comencé a comprender lo que creo que ya sabía desde hacía mucho tiempo, claro que inconscientemente. El tío Fremmis no era como el resto de la gente. Lo que quiero decir es que no tenía ni siquiera una cerradura en el camión. Le bastaba con un simple y gastado picaporte. Tenía el don... Tenía el don de hacer que las cosas funcionaran.

No crean que podía arreglar cosas. No me refiero a eso: jamás pudo hacerlo. Verán lo que quiero decir: tenía una radio vieja en la casa, una radio de auto que hacía andar con un acumulador que cambiaba de vez en cuando con el del camión. A veces la radio sintonizaba una estación, pero algo se le había metido dentro de sus gastadas entrañas, y entonces el volumen bajaba hasta no ser más que un susurro. Uno la ponía más alto, de repente el volumen subía tanto que uno se mordía la lengua del susto. El tío Fremmis le pasaba la mano por encima, como si la acariciara, hacia adelante, hacia atrás, otra vez hacia adelante, como si buscara un sitio exacto. Cuando lo encontraba, la mano se detenía y ¡pum! Le daba un golpazo con el borde de la mano. La radio marchaba bien durante todo un mes.

Creo que eso explicaba el hecho de que tuviera tantos amigos y tantos enemigos, el tío Fremmis no era como todo el mundo.

Para entonces, cuando estaba sucediendo lo de la muchacha con la madre, con la vaca y con el ternero, fue que comencé a meterme en líos. La vida era tan simple y buena entonces que yo creo que no llegaba a darme cuenta. Considero que todo debe haber empezado cuando le pedí prestados veinte dólares a Sam Pritchard durante dos semanas, y vi que no podía pagarle. Entonces le pedí treinta prestados al viejo Joe, de la barbería, para poder pagarle a Sam, pero me tuve que quedar con algo. Cuando llegó el momento de pagarle a Joe, volví a pedirle a Sam. No tenía problemas en prestarme, pero solamente tenía veinte, así que ya me quedé debiendo diez. Necesitaba tener algo más para mí, así que le pedí veinte a Hank Johanssen, y entonces las cosas comenzaron a complicarse. De alguna forma me las arreglé para reducir la deuda a treinta dólares de Sam y otros treinta de Joe, durante un tiempo, que llegué a estirar a seis semanas. Pero entonces no pude pagarle a Sam, quien se enojó mucho, y le dijo a Joe que tuviera cuidado conmigo, así fue que cuando fui a pedirle veinte, me dijo que no. Pensé mucho tiempo en el asunto, y al final se me ocurrió una idea que me pareció fantástica. Le dije a Joe que le diera a Sam treinta dólares, y en dos semanas Sam podía darle a él treinta dólares, de forma que yo pudiera concentrar mis esfuerzos en Hank. Me echó de la barbería a patadas.

Entonces me acordé del tío Fremmis, y me dije: (a) no había forma de averiguar cuánto dinero tenía el tío Fremmis, así que en una de esas tenía cincuenta dólares; (b) como no necesitaba nada, a lo mejor no importaba qué no se los devolviera; y (c) una vez me había prestado su camión ¿no era así? Entonces, ¿por qué no me habría de prestar dinero? Me fui derecho a la casucha del tío, que tenía ya innumerables reparaciones hechas con una capa de papel alquitranado de treinta años de antigüedad y se encontraba allí en buenas condiciones, pero él no estaba y tampoco el 1-NC. Pregunté por alrededor y me enteré de que había partido sin que nadie supiera a dónde y nunca regresó, que yo sepa. Recuerdo haberme sentido realmente furioso con el tío Fremmis por haberme abandonado de tal manera.

Estuve un tiempo en el pueblo después de eso, pero las cosas sucedieron en forma demasiado complicada. Nunca podría describir con exactitud cómo sucedió todo, pero el hecho fue que ya no pude pedir más prestado y, si no podía pedir prestado ¿cómo le pagaría a nadie? Sería mucho más simple ir hasta la ciudad y dejar que todos ellos se las arreglaran por sí mismos.

Me fue mucho mejor en la ciudad; quiero decir que, en tres años, llegué a deber unos doce mil. Me puse a pensar en el fundador de una de las más exitosas cadenas de moteles de los Estados Unidos. Cuando era un adolescente, se decidió a deber un millón para cuando tuviera veinticinco años. Lo hizo y se transformó en un tipo importante. Creo que a mí me faltó tener su clase; la cosa me estaba llevando mucho más tiempo y el mundo parece ser bastante intolerable con aquellos que no son rápidos.

Así que fui a una fiesta, llevado por una chica que consideré que yo le podía caer bien a otros (porque siempre a uno le queda algo de campesino) y me concentré en un tipo que usaba un traje de seda, que tenía una oficina en ese mismo rascacielos, la oficina de marras estaba en una parte llamada Towers, arriba de todo, donde tienen esas espesísimas alfombras en todas partes y hay que cambiar de ascensor antes de poder llegar. Aclaremos que el ascensor está manejado en forma tal que es mejor que se tenga una buena razón para acudir. Yo tenía una razón, y también tenía una tarjeta personal de Traje de Seda, confiando siempre en que estuviera todavía un poco borracho, para que no se acordara lo borracho que estaba cuando me la dio. En cuanto entré a su oficina, le dije que me prestara quinientos dólares y cuando me preguntó para qué no pude pensar en una buena excusa, así que me echó. Eso fue, entonces, lo que estaba pasando y por qué estaba allí cuando, de repente, me encontré con el tío Fremmis.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí tío Fremmis? Llevaba pantalones vaqueros bastante usados, una camisa, y un llavero, sujeto al cinturón: No esgrimía una escoba ni usaba una máquina de encerar pero por su aspecto, parecía que fuera eso lo que tenía que hacer. Realmente era el tío Fremmis, a gran distancia en espacio y en años de la casucha del valle lleno de la niebla de la mañana y de la laguna rara; sobre todo, lejos del pueblo, donde toda la gente lo quería tanto, donde lo necesitaban.

—No tengo tiempo de contarte nada ahora, hijo —me dijo—. Ven conmigo.

Caminamos apresurados por el corredor. Sentía que su mano en mi brazo tenía una firmeza de roca y que sus movimientos eran rápidos y resueltos; los años no lo habían cambiado. No me refiero a los años que habían transcurrido desde que dejó el pueblo, sino a los que pasaron desde que me subía a sus rodillas para espiar su sonrisa simpática.

Pasamos por puertas que ostentaban meticulosos cartelitos con nombres, la mayoría de los cuales se podían encontrar en los periódicos algunas veces; ya saben a lo que me refiero, hombres que ganan muchos dólares y que suelen ser llamados para asesorar al presidente, nombres de hombres que eran casi como marcas registradas, como Eveready o Birdseye y también los que no había visto antes, sin duda debido a mí propia ignorancia o porque eran tan grandes y poderosos que nadie sabía que existían. Eran los que manejaban los títeres. Sin embargo, había un nombre que conocía y entonces me detuve de pronto, para decir:

—¡Caramba! Semlar E. Varburg, Doctor en Medicina, miembro de la Asociación Psiquiátrica Americana ¡Caramba! Este es el que...

—El mismo —dijo el tío Fremmis. Estábamos hablando del más famoso psiquiatra del mundo, de uno que había escrito muchos libros y que había fundado una «escuela» o sea que tenía una forma especial de hacer las cosas que determinaba que todos los graduados lo rodearan para aprender a hacer lo mismo o, por lo menos para tratar de hacerlo. Años atrás, lo llamaban de vez en cuando para realizar peritajes para los tribunales. Sin embargo, ahora se hallaba muy por encima de todos esos menesteres. Sería lo mismo que llamar al Papa o a J. Edgar. El tío Fremmis sacó una llave y me miró con sus ojos expresivos. Esos ojos lo calaban a uno hondo y nunca pude dejar de sentirlo.

—Ahora escúchame, hijo —dijo en forma tal que era imperativo prestarle atención— ¿cuándo te vas a decidir a sentar cabeza? Y te pido que, si vas a hablar, lo hagas en voz baja.

Le dije que así lo haría y entonces abrió una puerta estrecha situada muy cerca de la del doctor Warburg.

Al principio pensé que sería un armario para las escobas, hasta que nos encontramos adentro y cerró la puerta, que se cerró con un ruido a cerradura de puerta pesada. Estaba tan oscuro como el interior de una de esas cajas para la comida que usan los mineros de las minas de carbón.

—Espera un poco hasta que seas capaz de ver —me dijo en voz baja. Así lo hice y pronto me pude dar cuenta de que nos hallábamos en un corredor estrecho y oscuro que parecía estar cubierto con espuma de goma—. Espera —me dijo cuando yo iba a preguntarle algo. Parecía saber lo que pasaba.

Súbitamente vi un destello de claridad a unos pocos metros más adelante. La sorpresa me sobresaltó.

—Como le dijo el cigarro al cigarrillo, hijo, hemos llegado justo para la nicotina —dijo el tío Fremmis. Me dio un codazo en las costillas y luego agregó—: En serio, siempre me pide que esté aquí media hora antes. —Me hizo señas de que me dirigiera hacia la luz.

Parecía ser una ventana cuadrada, de vidrio plateado, abierta en la pared. A través de ella vi a una mujer sentada en un sillón, casi de perfil, y a menos de un metro de distancia. No pude evitarlo y me eché hacia atrás antes de que me pudiera ver. El tío Fremmis se rió entre dientes.

—No te preocupes, hijo, es uno de esos espejos que del otro lado son transparentes. Mientras aquí está oscuro, del otro lado se verá como un espejo. No te puede ver. —Más tranquilo, volví a mirar.

En una mesa baja situada a menos de dos metros de la mujer que estaba muy bien vestida, y ostentaba una mirada altanera que la gente de dinero parece lucir como si fuera el distintivo de un club, vi una cajita negra con tres llaves y un reflector del tamaño de un plato de ensalada, sujeto por el borde. En el centro del reflector se hallaba lo que parecía ser una válvula de radio. Un hombre, de edad mediana, ajustaba los diales con una libreta de notas en la mano.

—Ese es él —dijo el tío Fremmis.

—¿Quién es?

—El gran hombre —dijo sonriendo el tío Fremmis—. El doctor Warburg.

Me quedé mirándolo, asombrado. No tenía barbita, no usaba una pipa austriaca ni ropas europeas raras. Era, simplemente, un hombre.

—¿Qué es ese aparatito?

—Un soc. Sincronizador de ondas cerebrales. Brilla. Mueves los diales y envía un destello tan a menudo como lo deseas y tan intenso como crees que es necesario.

—¿Pare qué sirve?

—Según lo que me ha explicado, cada cerebro tiene un distinto tipo de onda pulsátil. La primera vez que alguien viene aquí, se pasa una hora o algo así, averiguándolo. Entonces lo anota y ajusta los controles de la máquina adecuadamente. Luego de eso, lo único que tiene que hacer es ponerlo en marcha, para que la persona se detenga.

—Lo que quieres decir es que hace algo así como hipnotizarlos.

—No algo así, hijo, los hipnotiza en treinta o cuarenta segundos, en vez de los treinta o cuarenta minutos de maniobras raras del tipo de sus-ojos-se-están-poniendo-pesados.

—Y entonces ¿qué?

—Una vez que están hipnotizados, el doctor les dice que van a olvidar de todo lo que sucederá hasta el momento en que él les ordene despertarse.

—Y entonces ¿qué?

—Yo —dijo el tío Fremmis, con alborozo. Antes de que pudiera contestar nada, el hombre del otro cuarto hizo andar la máquina. La válvula se encendió, emitiendo una luz no demasiado intensa, en una serie de destellos anaranjados. Cada destello no duraba, probablemente, más que una centésima de segundo y no sé con qué frecuencia se

sucedían. Algo más lento que una luz continua, pero más rápidos que un centelleo. Me di cuenta de que el tío Fremmis me observaba atentamente—. ¿Hijo?

—¿Qué?

—Está bien. Me preguntaba si te habría llegado a hipnotizar a ti. Es difícil que dos personas tengan la misma frecuencia de ondas cerebrales, pero si así fuera esa máquina podría hipnotizarte antes de lo que tardo en decírtelo. Por supuesto, tú no lo recibes como ella, porque el reflector apunta a su cabeza. ¡Listo! Ya está.

Vimos que, en el otro cuarto, los párpados de la mujer se cerraron. No del todo, pero se quedó allí sentada muy relajada, con las manos sobre la falda y la mirada como perdida enfrente de ella. El doctor Warburg movió la mano cerca de sus ojos y ella no parpadeó. Se acercó y pareció decirle algo; ella movió lentamente la cabeza, en señal de afirmación.

El doctor miró hacia donde estábamos nosotros e hizo una señal.

—Déjame libre el paso —dijo el tío Fremmis para que pueda salir y luego para que pueda volver a entrar. No creo que al doctor le haga muy feliz el saber que tengo otra persona conmigo. —Me empujó suavemente hacia atrás, mientras accionaba un picaporte situado debajo de la «ventana», con lo que yo me di cuenta de que, en realidad, era una puerta. Esta se abrió y él entró al cuarto con la señora y el doctor, cerrándola detrás de sí. Me acerqué para ver bien.

El doctor le hizo un gesto con la mano, y el tío Fremmis le contestó algo. Se rieron. Estaba claro que todo esto les era muy familiar. El doctor le hizo un gesto que parecía querer decir que pusiera manos a la obra y el tío Fremmis se acercó a la señora. Ella no daba señales de verlo, sino que mantenía sus ojos fijos en la máquina. O tal vez ni siquiera viera la máquina. Ni se movió cuando el tío pasó entre ésta y ella.

Giró alrededor de ella mirándola como si buscara algo. Entonces la tocó o puso las manos tan cerca que parecía que la tocaba. Pensé que en una de esas ella le podría dar una cachetada o sobresaltarse o que el doctor lo detendría, pero no fue así. Después de un rato (oh, un minuto y medio) sus manos se posaron alrededor de su cabeza y de su cara y por último sobre su oreja izquierda. El movió las puntas de los dedos de su mano izquierda de atrás hacia adelante unos dos o tres centímetros y luego los desplazó muy, muy poco. El tío Fremmis aparentaba estar realizando un esfuerzo de concentración realmente grande. Cuando halló exactamente lo que parecía estar buscando, levantó su mano derecha hacia arriba y atrás.. todo esto me recordaba algo que había visto antes, pero no sabía qué... y le dio tal golpe en la cabeza que me hizo morder la lengua, y con el dolor volvió a mi memoria aquella vieja radio de automóvil que él tenía y que nunca funcionaba bien hasta que él la golpeaba de cierto modo en un determinado lugar.

La cabeza de la señora se sacudió un poco pero ella seguía sentada, mirando la luz centelleante. El tío Fremmis hizo con el pulgar y el índice el signo «o» para indicar «ok» sonrió al doctor y volvió hacia mí. Me salí del camino cuando él abrió la puerta, se introdujo en el corredor secreto y la volvió a cerrar. Todo no había durado más de dos minutos.

Nos quedamos juntos observando cuando el doctor desconectó la pequeña máquina y se acercó a la mujer, mientras le hablaba. No podíamos oírlo, pero podría asegurar que la estaba volviendo a la normalidad. Primero, ella parpadeó lentamente y comenzó a levantar una mano para llevársela a la cabeza, en el sitio donde había sido golpeada, pero el médico le tomó ambas manos y siguió hablando hasta que ella estuvo completamente despierta y lo miraba. Luego, ella sonrió. Era una sonrisa verdaderamente hermosa y aquella altanera mirada la había abandonado por completo. Realmente había desaparecido. La sonrisa era hermosa.

Con la cabeza próxima a la mía, mientras mirábamos, el tío Fremmis me dijo al oído:

—Siempre soliste ser un chico inteligente, hijo. ¿Qué crees que ha sucedido? Yo no sabía qué pensar.

—Te ríes de mí —le dije.

—No. —Siendo ésta una de las palabras más breves que existen, él la llenó de un gran significado. No se reiría de mí. De modo que le dije la locura que se me había metido en la cabeza.

—Tú la golpeabas tal como lo hacías con aquella vieja radio que tenías.

Su voz sonó como si realmente me admirara:

—Oh, sí, eres inteligente. —Y me golpeó en el hombro. Luego me preguntó cómo andaban las cosas por casa.

Sucedió que yo había vuelto allí durante una semana hacía tres meses, de modo que se lo dije. La zona de los lagos ya no era la misma, el siglo XX había llegado por fin y lo había hecho de una vez, no poco a poco. Se lo conté del modo que se hace con la gente de casa que hace tiempo que está lejos, es decir quién había vendido su propiedad y quién se había casado y qué había ocurrido con el reloj de la iglesia. Escuchó atentamente, y me dio la impresión de que estaba triste. Mientras hablaba, el doctor y la dama salieron del cuarto contiguo. Al apagarse las luces, el corredor quedó a oscuras nuevamente. El tío Fremmis no parecía tener intención de salir, de modo que seguí hablando en la oscuridad. Continué diciéndole que no pensaba volver nunca más al pueblo, puesto que ahora era igual a cualquier otro.

Entonces las luces volvieron a encenderse y el doctor entró con otro paciente, a quien reconocí. Era un senador, y estaba en el cargo desde hacía muchos años. El doctor lo hizo sentar, volvió a ajustar los controles de la máquina, lo hipnotizó, y luego entró el tío Fremmis y... y lo arregló. Claro que no los arreglaba. Más tarde me confió que no se podía llamar «arreglar» a lo que él hacía. Era algo distinto, que no tenía un nombre definido. El tío Fremmis nunca supo cómo arreglar las cosas. Esta vez no tuvo que buscar se dirigió decididamente hacia el senador, le levantó la mano izquierda hasta más arriba del hombro y se la bajó tan violentamente que pensé que se le iba a desprender. Si el doctor no hubiera estado sujetándolo, pienso que el viejo senador se hubiera caído de la silla. Luego volvió hasta donde yo estaba y continuamos charlando mientras el doctor hizo salir al senador, después de haber desconectado el aparato.

—Es mi culpa —me dijo el tío Fremmis con tristeza cuando volvió adonde yo lo esperaba—. Me refiero a lo que pasó con el pueblo. Yo lo mantenía tal como era. No intencionalmente, claro está. El doctor Warburg fue el que me hizo dar cuenta de lo que pasaba. Por lo tanto es por mi culpa que las cosas han cambiado. Hasta hoy mismo no te sabría decir si he hecho bien o no.

—No sé a qué te refieres. Te diré que a mí me gustaba como era antes.

—Dé la forma en que estaba, parecía agua estancada —me dijo con presteza—. Si algo está vivo tiene que cambiar. Si deja de cambiar puede convertirse en un montón de cosas: algo divertido, algo lindo de ver, o algo para que lo estudien los sabihondos, pero no está vivo, y una ciudad es como una persona: tiene derecho a estar viva, crecer y cambiar, y nadie debe impedirselo.

—¿Quieres decir que tú se lo impedías? ¿Y cómo podías hacerlo?

—Bueno, hacía que las cosas funcionaran. ¿Te acuerdas de aquella cortadora de césped de Artie Becker, que andaba con un motor a querosene? Yo solía llegarme hasta la casa de Artie cada seis semanas, y darle un buen puntapié. Nadie sabía dónde dárselo, ni con qué fuerza, pero yo sí. Y andaba. La vieja señora Roudenbush tenía una máquina para moler carne que se atascaba, pero si yo le daba unas sacudidas, volvía a marchar.

Entonces recordé un montón de cosas: el tractor de Wertenbaker y la bomba del molino de Samuel, el reloj de la iglesia y docenas, o más bien cientos de otras cosas alrededor de las cuales rondaba siempre el tío Fremmis, conociendo a todo el mundo, y todo lo que todos tenían para arreglar. Relojes despertadores, máquinas de coser, artículos para la granja: sembradoras, trilladoras, barrenos y esas cosas.

Y recordé al herrero que lo había golpeado en la calle del pueblo, y al electricista que trató dos veces de matarlo, y comencé a comprender por qué eran sus enemigos y por

qué el pueblo los echó. Cuando las luces se encendieron una vez más y pude volver a verlo, lo miré con ojos nuevos, como si lo viera por primera vez. Lo miré cuando entró en el cuarto donde estaban el doctor y el famoso predicador que todos habrán visto en la televisión, y mientras el predicador estaba allí inmóvil mirando la luz que centelleaba, el tío Fremmis le descargó un buen golpazo entre los omóplatos con el canto de la mano.

Cuando volvió, le pregunté cómo fue que se había trasladado aquí y me lo contó. Se hallaba un día en su choza mirando a los conejos que retozaban en el prado a la luz de la mañana, cuando vio que había alguien cerca de la laguna.

—Una mañana fría —me dijo— vi a este hombre en mangas de camisa, metido en el agua, así que me di cuenta de que algo pasaba y allí fui. Parado cerca había un Cadillac enormemente grande y este individuo se dirigía al lugar donde el agua era más profunda con una mirada extraviada en los ojos. Lo forcé a volver a tierra firme. No quería hacerlo y era mucho más grande que yo, así que cuando las palabras, los tirones y los empujones no dieron resultado, pensé que lo mejor era... bueno, a decir verdad, no pensé. Me comporté como si, en vez de ser un hombre, fuera una máquina descompuesta o uno de esos relojes pare niños, con dibujitos infantiles. Lo que quiero decir, es que también me hubiera podido arrastrar a mí a las aguas profundas, así que procedí de la mejor manera que supe. Le di un golpe en una forma especial —me señaló del lado derecho, un poco por debajo de la cintura—. Lo golpeé más o menos aquí y eso lo enderezó. Se quedó estático, mirándome y como si se hallara pensando en dónde diablos se encontraba, así que volvimos a tierra firme, lo llevé a mi choza y bebimos café y nos secamos las ropas enfrente del fuego. Aquí viene el maestro.

Miramos por el espejo y vimos a uno de los más importantes directores de orquesta del país, tan cursi que aun la gente de pueblo se ríe de él, pero qué diablos, si a usted le gusta la música con burbujas exactamente a tiempo, también tiene derecho. El tío Fremmis entró en el cuarto, movió el pie derecho del director un poco y lo mantuvo entre las rodillas, mientras lo golpeaba no demasiado fuerte en el cuello con un golpe tipo karate. Cuando volvió, me siguió contando:

—El doctor y yo hablamos todo el día hasta la otra noche. Es un hombre importante, hijo, y no me refiero al dinero ni a los libros que ha escrito. Es un hombre importante, con ideas claras, que no tiene miedo de mirar de frente a la verdad, aun si ésta parece haberse vuelto loca. Me habló acerca de lo difícil que es su trabajo, de lo complicado que es escuchar las locuras de tanta gente sin que algo de ellas se le pase a él, de cómo la carga de problemas que había llevado se tornó tan grande con los años que un día algo se rompió dentro de él y se subió en su Cadillac reluciente, conduciendo sin rumbo fijo hasta que vio el agua y se le ocurrió ahogarse. Sí. Me lo dijo todo. Y que cuando yo lo golpeé, se le aclaró la situación, tal como sucedía con las máquinas de coser o los autobuses descompuestos. Así que me empezó a preguntar un montón de cosas, hasta que llegamos a todo este asunto de que yo no dejaba que el pueblo se comportara en forma natural. Esto me hizo sentir muy mal. Entonces me ofreció venir a la ciudad a ayudarlo, se fue y yo lo pensé durante un par de días, hasta que monté en mi camión y me vine.

—Así que ahora arreglas gente en vez de cosas.

Mi tío bufó.

—No arreglo nada, hijo, nunca arreglé nada. No puedo. Es lo que pasaba con la cortadora de césped de Artie Backer. Tenía que repetir mi operación cada seis semanas. A veces, las cosas andan bien durante un año o más, a veces durante una semana. No sé por qué. Lo mismo pasa con la gente. Todos tienen que volver, más tarde o más temprano, cuando la parte gastada de adentro, cualquiera que sea, comienza a andar de nuevo. Por ejemplo, tengo que golpear al doctor Warburg cada nueve meses.

—¿Y qué hay de la maquinita con la luz centelleante? ¿Es un engañabobos? Creo que eso lo molestó.

—Nada de eso ¿te crees que esta gente me dejaría hacer lo que hago, voluntariamente? La máquina y la forma en que Warburg la usa hace que no recuerden haberme visto.

—¿Para qué lo quieres al doctor, tío Fremmis? Dios mío, puedes instalarte independientemente y hacerte millonario.

—No quiero hacerme millonario, hijo, nunca quise. Y de todas formas, ¿quién vendría a consultar a un viejo tonto para que éste le dé un golpe en las costillas cuando empieza a actuar como loco sin poder detenerse?

—Un montón de gente. Se correría la voz... y podrías...

—Esta gente no vendría. Y eso es lo importante, hijo, por que esta es gente muy famosa, estos son los que hacen marchar las cosas. Lo lamentable es que luego de un tiempo se cansan y ese cansancio envenena todo lo que hacen. Todos piensan que el mundo va a ser destruido pero tal vez esto no suceda si los que mandan pueden ser «arreglados». Realmente, no hay mucha gente muy importante, nunca la hubo y no hemos llegado a todos ellos, pero tal vez algún día sí lo logremos. Y me parece que eso tiene mucho más valor que arreglar una máquina de coser porque perteneció a la abuelita de alguien o lograr que un granjero pueda seguir haciendo funcionar su vieja bomba en vez de comprar una nueva.

Comencé a darme cuenta de un montón de cosas, pero una de ellas llamó mi atención, como una bikini en un corredor de un hotel, y fue que el tío Fremmis era un candidato adecuado para pedirle dinero.

—Tío Fremmis —le dije— necesito cinco mil dólares.

Bueno, no voy a entrar en detalles de toda la conversación que tuvimos pero les diré que me preguntó qué era lo que había estado haciendo y cómo había estado viviendo y con él no se podían evitar las preguntas directas. No se podían hacer que las cosas que uno hacía mal pasaran como que uno las hacía bien. Cuando terminó de preguntarme y yo terminé de responder, me sentí como salido de un pozo de basura.

Me miró durante un rato y luego dio un largo suspiro.

—Te voy a decir lo que vamos a hacer, hijo —me dijo— voy a ayudarte. Sólo me va a llevar un minuto. No vamos a utilizar la maquinita, porque entre tú y yo no la necesitamos. Sólo debo decirte que no te va a gustar y que a mí tampoco me va a gustar y que además deberás volver para que repita el tratamiento de vez en cuando. Tú ya te darás cuenta cuándo.

—¿Me vas a dar mis cinco mil dólares? —fue todo lo que pude preguntarle.

Me palmeó el hombro cariñosamente. Era tan afectuoso que hubiera podido llorar.

—Sí, por supuesto y aún más que eso. Todo lo que tú quieras.

—Muy bien —le contesté.

Entonces, en el corredor a oscuras, me fue tocando levemente con las manos. Su roce era tan leve que parecían mariposas. Lo oí emitir un gruñido y luego volvió a mover las manos de aquí para allá un poco más.

—Ven conmigo —me dijo. Me llevó al cuarto de entrada. Se fijó que no hubiera nadie presente. Entonces, hizo algo que, ustedes me tendrán que creer, me sorprendió mucho. Mi tío es un tipo bien fuerte.

Ese mismo día conseguí un trabajo. Me va lo más bien. Y de vez en cuando, cuando me doy cuenta de que ha llegado el momento, voy a verlo al tío Fremmis. Sé que debo hacerlo cuando no puedo seguir adelante un sólo día más sin pedir prestado. Entonces voy a verlo a mi tío, para que me dé otra buena patada en el culo.

EL ESQUEMA DE DORNE

El dardo era un milagro de precisión. Pequeñísimo y plateado, contenía un generador laser, un mecanismo de aproximación y otro de autodestrucción tan eficiente que, en un instante, sería capaz de separar sus partes componentes hasta un nivel molecular. Podía llevar hasta el blanco la breve onda de calor intolerable que, a distancia tan pequeña, resultaría letal, autodestruyéndose luego. La disección posterior del hombre asesinado revelaría solamente la herida de quemadura, puntiforme, y el orificio de salida, que, en este caso, sería casi idéntico al otro. Lo que se hallara entre ambos estaría prácticamente cocinado. No habría marca alguna detrás o alrededor del muerto; aun el breve resplandor de una intensidad casi como la del sol se vería oculto dentro del cuerpo de la víctima, y ésta al caer, debía girar en uno u otro sentido. ¿Quién sería entonces capaz de reconstruir la trayectoria?

El pequeño fusil diseñado para lanzar el dardo era también un verdadero milagro de la técnica. Tan pequeño que se veía como un poco importante apéndice de la mira telescópica montada en su parte superior. El propulsor estaba constituido por una serie de anillos solenoides criptogénicos, silenciosos y que no emitían resplandor, envueltos en miles y miles de vueltas de alambre superconductor casi invisible. En la mira telescópica había un sistema completo de amplificación de la luz, con acoplamiento automático según el foco. Lo que se hallara en la intersección de los dos delgados hilos de la mira iba a ser inmediatamente destruido en cuanto se ajustara al foco. El todo, estaba realizado en materiales muy por debajo del error admisible de los más delicados instrumentos de detección, y era desmontable hasta que quedaran partes muy pequeñas y poco notables que pudieron ser, y que efectivamente lo fueron, ocultas en el uniforme de un teniente mayor de la guardia del líder. El líder era Borne, y la imagen que se veía en el teleobjetivo era la puerta abierta del balcón de la habitación de Dorne y lo único que faltaba para completar el cuadro, para poner el punto final de este cuidadoso plan era la aparición de la famosa cara del gobernante.

El cuarto de piedra en el cual el teniente se inclinaba, anhelante, sobre su mira telescópica, era más adecuado tal vez al siglo XV que al XXI, con su enorme puerta de roble y herrajes de acero, su única y estrechísima ventana. Estaba oscuro como una tumba, excepto por el pequeño rayo de luz del ocular y vacío, salvo por el odio que se había acumulado durante la mitad de una vida, por la voluntad y por la absoluta certeza. Ahora se completaba el cuadro; ahora, una sombra aparecía en la puerta que se veía a través del patio interior, ahora, la cara de las monedas, de las estampillas, de las estatuas y de los edictos del gobierno, la cara poderosa de Dorne con su cabellera que se asemejaba a la melena de un león, apareció en los dos hilos cruzados de la mirilla cuando el líder se dirigió, exactamente a tiempo (¡cómo no habría de ser así!) a buscar su bocanada de aire nocturno.

La vida entera del teniente se encontró suspendida de los dos movimientos de un dedo que se deslizó en el seguro del gatillo y del que buscó el rotor del foco. La imagen fue tan exacta, que casi se podían ver los poros y mientras el pulgar se movía hacia el segundo rotor y hacía funcionar la lente con esa cara tan largamente detectada, vio las mejillas musculosas, las patas de gallo que se insinuaban alrededor de los ojos, ampliamente separados. Dirigió expertamente la intersección de la mirilla hacia el puente de la nariz del líder, el dedo se tensó sobre el gatillo, la imagen se estabilizó...

Y desapareció.

Desapareció completa, absolutamente.

Entonces, hubo un segundo que pareció interminable, un universo negro compuesto enteramente de un total descreimiento, hasta que se decidió a volver a mirar, sin poder distinguir otra cosa que la oscuridad que lo rodeaba, con la única excepción de la estrecha ventana. Movi6 su mano hacia el lente, para tratar de determinar qué era lo que oscurecía la visión.

Era una mano. Tuvo tiempo suficiente para tocarla y reconocerla, cuando algo romo lo golpeó sobre la nuez de Adán. Cayó mientras parecía que el fusil hubiera quedado suspendido en la oscuridad, por la oscuridad, suspendido mientras él caía, luchando desesperadamente por dos imposibles, aire y silencio. Sus rodillas golpearon contra el piso y mientras su cabeza se doblaba por el tremendo dolor que sentía en la garganta, algo le golpeó en la nuca y entonces terminó de caer. El dolor no fue más que un breve centelleo de una mayor oscuridad que lo deglutió.

Entonces, el tiempo pareció perder su ritmo. Nunca recordaría cómo fue trasladado desde el montón que formaba en el suelo debajo de la ventana, hasta descansar su espalda, sentado, contra una de las paredes. Todo estaba oscuro o él se había vuelto ciego... no, todo estaba oscuro, porque ahora podía distinguir la incierta claridad que pasaba a través de la ventana. Los ojos le dolían. Se dio cuenta de que no lloraba desde hacía años. Desde que su padre y sus dos hermanos habían sido tomados prisioneros por una patrulla, una noche, y nunca los volvió a ver. Entonces no era más que un niño. Lo que ahora lo sacudió fue toda la pena y la angustia de la pérdida y la rabia frustrada que durante tantos años se negó. Por el momento, también se le negó todo lo otro. Lo único que no sentía era vergüenza, pero ésta apareció, junto con el asombro, cuando con un pañuelo le limpiaron con las lágrimas que bañaban sus mejillas. Trató de levantar sus manos con enojo, puesto que nadie debía saber que había llorado, pero el dolor agónico que sintió sobre las clavículas, le dijo que alguien había presionado expertamente sobre sus nervios y la experiencia le comunicó que sus brazos no le pertenecerían durante un largo rato.

Sintió algo sobre su cabeza, que luego se posó sobre su frente y sus ojos. La luz no era demasiado intensa, pero en comparación con la oscuridad del lugar, lo deslumbró. También lo deslumbró lo que entonces comprendió; que estos eran anteojos para luz negra, conversores de luz ultravioleta, y que gracias a ellos y al rayo invisible que emitía la lámpara entre los lentes, había sido observado desde el momento en que entró en la habitación de piedra del sótano. Había sido observado (¿y por qué no fotografiado?) mientras armaba el arma y apuntaba. Había sido visto, Dios mío, llorando, y sus lágrimas fueron limpiadas para que pudiera ver por los lentes.

¿Ver qué? Un borrón de luz, un parpadeo, una insignia de cuero con la cara del líder y una letra a cada lado, una brillante S del servicio secreto, el legendario y misterioso servicio secreto de Dorne, que se hallaba por encima de la ley, más allá de la ley—, porque aun las leyes de Dorne, hechas por Dorne, representaban una restricción a lo que Dorne quería hacer, y Dorne era un hombre que no admitía restricciones.

Movió la cabeza en señal de asentimiento y se le retiraron los anteojos. Oyó tres pasos en la oscuridad. Luego hubo un momento de espera y escucha y luego la puerta se abrió lo suficientemente como para dejar entrever una silueta que salió al exterior, cerrándose nuevamente.

El teniente boqueó al ver esto, y trató de no pensar, porque el pensar era demasiado terrible; el pensar llevaba a la conclusión de que era un hombre muerto y a la comprensión aún más horrible de que se había jugado con él como con un gatito y de que a último momento se lo había hecho a un lado con el ademán despreciativo con que espantamos a un insecto molesto. Y todo esto había sido lo que obtuvo después de media vida de planeamiento apasionado. Así que en vez de pensar, comenzó a sentir. A sentir el cosquilleo sobre las clavículas, a sentirlo descender hacia sus bíceps, hacia los antebrazos, hacia las manos, hacia los dedos, cada vez con menor dolor, hasta que un esfuerzo de su voluntad fue recompensado por el movimiento de sus dedos. Levantó las manos y las frotó una contra otra hasta que volvieron a pertenecerle. Entonces se puso de pie y siguió el ejemplo que recién le habían dado. Se dirigió hacia la puerta y se quedó allí escuchando. No oyó nada. La abrió solamente lo necesario para deslizarse afuera y luego la cerró. No había nadie a la vista. Dobló hacia la derecha y comenzó a caminar.

Si bien había esperado que todo el lugar se hallara en estado de alerta o de alarma, la tranquilidad reinante lo desilusionó. Se dio cuenta, al pasar a un soldado que lo saludó y luego a otro, de que había visto sus caras otras muchas veces, de que se hallaba otra vez en su lugar acostumbrado dentro de los intrincados laberintos concéntricos de la guardia. Habiendo tomado guardia esta noche, había hecho sus contactos de rutina unos segundos antes cada uno, hasta que pudo acumular unos seis minutos de tiempo. Con estos seis minutos y un arma que le había llevado años diseñar y construir se había propuesto cambiar la faz de la tierra. Ahora se preguntaba si tal vez no sería que en ese poco tiempo él se habría tornado inútil y habría muerto dejando al mundo, el mundo de Dorne, sin cambiar y triunfante, puesto que se hallaba exactamente en su puesto. Podría ir al cuarto de guardia para ser reemplazado y abandonar el lugar sin que nadie supiera que no sólo la vida, sino que todas las razones para vivir, habían sido arrebatadas sin misericordia en menos de seis minutos.

En el cuarto de guardia familiar, lleno de caras conocidas, se dedicó a completar su informe (una columna estaba encabezada sucesos poco habituales, otra personal no autorizado). Mintió y escribió «no se han observado» hasta llenar toda la página, (porque ¿qué podían hacerle ahora por mentir?) Y entonces pudo apreciar el valor de las cosas familiares. Se puede estar preocupado, o cansado o borracho, pero siempre se harán correctamente las cosas habituales. También se puede estar muerto. Sabía que estaba siendo observado, tal como lo habían hecho hasta ese momento. También sabía que no podía defenderse, que estaba inerme. Le pasó el turno a Riggs, un teniente de carrera, con dientes muy grandes, que mostraba siempre en una sonrisa, y salió a la noche inundada de luz, cruzando la verja que le era tan familiar y preguntándose si esta sería la última vez. Tal vez sí, tal vez no, pues mucho dependía de cuán «divertido» hallaran el juego.

El auto, tan familiar, estaba esperando. Las caras, tan familiares de Hallowell e Iturbi subían cuando él llegó y mientras se deslizaban silenciosamente por las calles oscuras, la charla también fue familiar. Nadie reparó en su silencio, pues siempre había sido un hombre callado. Iturbi se apeó. Luego de otro silencio, comenzó la conversación, también familiar de Zein-Hallowell: siempre hablaban de Iturbi. Luego también se apearon, al llegar al Altar del Líder, puesto que ambos vivían cerca y el auto tomó hacia el Norte por el boulevard Dorne con la última y familiar estampa del amplio asiento posterior y del silencio del conductor.

¿Hacia el Norte? ¿Por el boulevard Dorne?

—¡Oiga! —El auto disminuyó su marcha y paró en la curva. Bueno, por fin algo distinto para señalar el día de su muerte. El conductor había olvidado que él vivía en el lado Sur. Ahora miró y observó que quien conducía era una mujer. Bien, eso era lo más frecuente. Ella se dio vuelta para mirarlo y le dijo:

—Venga aquí adelante conmigo.

—Me quedaré donde estoy —dijo casi gritando—. Dé vuelta y... —Se interrumpió atónito porque con un movimiento leve de su mano, la mujer extrajo algo de su bolsillo y lo tiró sobre sus piernas. Era la lente de la mira telescópica.

Entonces hubo un momento de estremecedor silencio: no se repitieron las órdenes, no se extrajeron armas. Ella se quedó allí, aguardando. Sin embargo, se cruzaba todo un diálogo hacia adelante y atrás, hacía adelante y atrás, argumentos, resistencia, amenazas, miedo. Hizo lo que le pareció correcto. Abrió la puerta se apeó y volvió a subir, al lado de ella. El automóvil comenzó a andar en el momento en que cerró la portezuela. Durante un rato él atisbó la cara de ella a la luz débil que venía de afuera. Algo más de veinte años, buena mandíbula, nariz recta, ojos grandes, simplemente una mujer más con uniforme, similar a los otros millones de ellas. Se le ocurrió una idea que tradujo luego en pregunta:

—¿Quién me atacó en el sótano aquél?

—Yo. Guiaba muy bien y parecía ser normalmente saludable, pero no era una mujer robusta. Otros instantes de diálogo silencioso, descreimiento, ¿podría ser?, sino ella ¿quién? y pruébemelo, hasta que ella lo logró con palabras:

—Usted estaba llorando.

No era lo que él hubiera querido oír, pero fue la prueba.

Hizo doblar el auto en una calle cercana, y finalmente lo miró a la cara.

—No lo culpo —le dijo—. Yo hubiera hecho lo mismo. La verdad es que me resulta usted simpático por ello.

—¿No me diga? —contestó él con amargura.

Sin dar a entender que había oído, ella continuó:

—No tenía usted plan alguno, ¿verdad? Para después. Para después de que lo hubiera matado.

Si ella le hubiera preguntado cuáles eran sus planes, él hubiera podido negarse a contestar. Hasta habría disfrutado si la muerte le hubiera llegado por negarse a contestar. Pero si lo de la mujer había sido una afirmación.

—¿Para qué quiero yo planes? Dorne es un tonto. —La herejía le supo bien luego de tantos años de forzada reverencia—. Todo hombre es un tonto si construye una estructura sobre bases tan débiles. Fácil es hacer caer el todo. Parece algo fuerte, pero no lo es en realidad.

—¿Y qué piensa usted que hubiera sucedido luego que toda la estructura se hubiera derrumbado?

—No me importa. Cualquier cosa sería mejor que un pueblo controlado, viviendo vidas controladas. Algo surgiría de las ruinas. Tal vez algo no tan meticuloso, no tan eficiente ni tan confortable. Pero sería algo vivo y en crecimiento, no algo perfecto y... y estático.

Ella dijo en un tono de perfecta certeza y convencimiento:

—Dorne no piensa que será eterno. Pero quiere que su sistema sí lo sea. Hace mucho tiempo que se prepara para algo como lo que usted quería hacer esta noche.

—¿Cómo es eso?

—La ley de Newton vale para todos, hasta para la política. «Cada acción posee una reacción igual y contraria». Si se crea una sociedad como esta, se crean los revolucionarios. Usted sabe perfectamente bien que existe una resistencia organizada.

—¡No me incluya a mí entre esos! —rugió él.

—No lo incluyo —prosiguió la mujer—. Existe todo tipo de revolucionario, y aquellos que hacen más ruido son los más fácilmente manejables. Se ponen en evidencia, claro está. Pueden ser hallados y encarcelados en el momento adecuado. Además, aquellos que los siguen suelen ser inadaptados, No dejan de serlo simplemente por el hecho de obedecer a otro líder. No pueden comportarse correctamente dentro del orden establecido, pero tampoco son capaces de llevarse bien entre ellos. El principio que usted enunció, de las malas bases, también se extiende allí. Elimínese al líder y solamente habrá un lío que arreglar, no un movimiento que vencer.

—Veo que lo tiene, todo bien pensado —dijo él, viendo que su amargura crecía por momentos.

Ella asintió moviendo la cabeza serenamente. El estaba tan furioso que hubiera podido golpearla, pero ¿cómo hacerlo en un automóvil a ciento y pico de kilómetros por hora, en un camino difícil?, Y además ¿adonde lo estaba llevando? La ciudad había quedado muy atrás. Ella siguió hablando.

—Hay, otro tipo de revolucionario mucho más difícil de manejar. El que tiene un rencor personal, e inteligencia suficiente como para planear algo, combinándola con la habilidad para ejecutarlo. No tiene compañeros ni cómplices, así que no puede ser traicionado. Lo más difícil de todo es que tiene un objetivo bien limitado. Quiere una única cosa, digamos, matar a un hombre. No se propone ningún plan especial, no está tratando de salvar al

mundo, ni siquiera le importa si alguien se entera de que es responsable. ¿Cómo estar prevenido contra alguien así?

—¿Cómo lo logró usted?

—Simplemente pensando que usted existía —dijo ella sonriendo—. Pensando que es tan inevitable como los otros tipos de héroes de revolución. Una vez que se sabe esto, cualquier computadora Mark II o III puede dar un retrato de él. Quién, por qué, cómo, cuándo y dónde. Todo lo que hay que hacer es sentarse a esperar. Cumpliré su cita.

La onda de desesperada inutilidad casi lo ahogó. Cuando logró recobrase, balbuceó:

—Entonces... por un simple procedimiento de extrapolación...

—Exactamente. Funciona como si fuera una predicción. Se toman en cuenta los factores conocidos y se determinan las probabilidades. Comparándolas, se elige la más factible, y se va prosiguiendo en la elección, hasta agotar las posibilidades. Le diré además que no usamos una II o III. La nuestra es una VII. Le habla a todas las otras computadoras, teniente. Sabe.

Ahora había llevado el automóvil más allá del camino pavimentado, a un sendero casi invisible que atravesaba un bosque. Dejó de hablar y se concentró en la tarea de hacer pasar el vehículo por lugares estrechos, entre árboles y rocas. Llegaron finalmente a un lugar sin salida, entre árboles que les cerraban el paso. Ella no hizo ademán de abrir la puerta, así que él también se abstuvo. La mujer debió de haber tocado algún control, porque repentinamente el suelo donde estaba el auto comenzó a girar silenciosamente. Cuando el auto pareció hallarse dirigido a un espacio libre entre los árboles, ella lo hizo pasar por ella. Mirando hacia atrás el teniente vio que la parte que giraba volvía a su posición original.

—Venga.

El se quedó mirándola, y luego fijó sus ojos en la dirección que ella señalaba, una choza de madera y cartones encerados, que se apoyaba en la pared rocosa. El miró de nuevo a la mujer. La luz de las estrellas y del segmento pequeño de la luna no era demasiado brillante, pero le permitió ver la forma tranquila y segura en que ella se movía cuando bajó del automóvil y se paró cerca de él. Era más alta de lo que esperaba, llevaba las manos un poco separadas del cuerpo y sus pies se afirmaban seguramente. Sus manos eran un arma, toda ella era un arma, y no sería nada difícil de que además llevara un revólver. Meneó la cabeza y fue hacia la choza, abriendo la puerta después de que un gesto de ella lo animara a hacerlo. Entró, y ella entró detrás. Cerró la puerta, y vio que algo que ella llevaba en la mano emitió un haz de luz. Gracias a él distinguió un jergón, una vieja estufa, un suelo nada limpio y una chimenea. La mujer dio un golpe en un lugar de la chimenea, y la pared situada detrás se corrió hacia arriba, revelando la existencia de un corredor que parecía penetrar en la montaña.

El teniente se paró para descansar, Y miró hacia atrás, hacia la débil barrera formada por la pared de la choza, fijando luego la vista en ella. Nunca supo cómo fue que la mujer captó la idea que pasó por su mente. ¿Se habría puesto tenso, estrechando los ojos, flexionando las manos y parándose más firmemente? Casi llegó a moverse, pero ella lo detuvo con un suave:

—No lo intente.

Entonces sólo pudo menear tristemente la cabeza, mientras su cuerpo se relajaba. Mientras miraba el corredor le preguntó:

—Si entro allí ¿saldré con vida? —la mujer le contestó con tranquilidad:

—Eso dependerá de lo que usted haga.

Ella volvió a hacer un gesto de «después de usted» y él, suspirando, comenzó a adelantarse por el corredor, pensando varias cosas en varios niveles de conciencia. Esta es verdaderamente una mujer maravillosa. Y ¿Qué es lo que tiene que la hace tan distinta?, porque había visto otras más lindas, otras muchas que eran incalculablemente más divertidas, y en un nivel mucho más profundo pensó: Me han atrapado, y he de morir

aquí. Un poco más adelante, ella tomó la delantera y finalmente llegó a una puerta que abrió. Los dos entraron.

¿Una cámara de torturas? ¿Un laboratorio de un científico loco, de paredes de roca, retortas humeantes y arcos voltaicos que chisporroteaban? Nada de eso... simplemente una sala confortable. Una alfombra usada, pero no rota. Una lámpara algo ajada. Un sillón y dos sillas grandes, otras tres pequeñas, una mesa que hacía juego y un escritorio grande. Un hogar, no una oficina ni un negocio. Un hombre de unos cincuenta años y aspecto alegre se levantó de un salto y dando la vuelta al escritorio le extendió la mano:

—Teniente! ¡Hace tiempo que deseaba hacer esto!Tomó la mano que se le ofrecía casi por reflejo, el hombrecito, sin soltarla, lo guió hasta uno de los sillones. Pudo elegir entre sentarse o desplomarse sobre él, y dijo, atontado:

—¡Doctor McHenry...! —y, si hubiera sido el momento adecuado para una broma, podría haber agregado—... Supongo.

—Y bien que podía suponer: se hallaba frente a una de las caras más famosas del mundo, conjuntamente con la de... ¡Dios mío! y aquí estaba ella también: Rachel Heinz McHenry. La leyenda que había visto en el suplemento dominical del periódico, para esta pareja, era «Los Curie del siglo XXI». Ella era bioquímica, y su esposo era el teórico de computadoras más importante del momento, lo que implica dominar conocimientos de matemáticas, lógica, lenguaje, cibernética, filosofía, electrónica y varias cosas similares. No llegó a ponerse de pie para estrechar la mano de Rachel McHenry, pues ella ya lo había hecho antes de que pudiera proponérselo, y ahora le pedía que aceptara un café. El se negó, no porque no lo deseara sino porque se sentía como si el Papa se hubiera puesto a hacerle un par de huevos revueltos. Toda la escena estaba siendo observada en forma que a él se le ocurrió llena de regocijo, por la muchacha de uniforme, que parecía hallarse allí como en su casa, si bien él deseó que se quitara esa gorra tan rara, con su hebilla reluciente y el volado en la parte de atrás, tan de legión extranjera. La capa correspondiente al uniforme le sentaba bien, pero la gorra no.

El doctor McHenry fue hasta su escritorio y se sentó. Abriendo el cajón del centro, extrajo unas hojas amarillas, y poniéndoselas a la vista dijo:

—Voy a ir directamente al grano, teniente. Usted trató de matar al líder Dorne esta noche. Quisiera que me dijera cuánto tiempo hace que está planeando esto.

Súbitamente se evaporó la sonrisa de placer, y todo se tornó otra vez triste.

—Usted va sabe. Creo que tiene acceso a una Mark VII.

—El la diseñó —dijo la muchacha con brusquedad defensiva.

El doctor McHenry levantó las manos en un gesto pacificador y dijo:

—Por favor. No lo estoy acusando, teniente. Le ruego lo tome como una pregunta retórica. Quería saber algo más. No está obligado a contestar.

—En tal caso —respondió el teniente—, contestaré. Creo que comencé a planearlo cuando mi padre y mis dos hermanos no regresaron después de que algunos soldados irrumpieron en mitad de la noche. Yo tenía trece años entonces y veintisiete ahora. Durante ese tiempo no hice nada que no formara parte del plan, ingresar en el servicio, calificándome para integrar la guardia Concéntrica, todo. Nunca me casé. Nunca aprendí a bailar. Esta noche todo llegó a una culminación; ustedes me lo quitaron. Ahora va saben qué soy, qué hice y cómo me siento.

El doctor McHenry se recostó en su asiento y exclamó:

—¡Caray!Su mujer (resultó casi cómico) dijo en una forma que parecía de verdadera preocupación:

—¿Estás seguro de que no puedo alcanzarte algo?La muchacha parecía muy sobria. El doctor McHenry abrió la gaveta del escritorio y tomó otra hoja de color amarillo. Le echó un vistazo y dijo:

—¿Cuánto sabe usted sobre el líder Dorne? Quiero decir en cuanto a su familia, a cómo se ha criado, a todas las cosas que hicieron de él lo que es.

—He leído los textos escolares. ¿Quién no lo ha hecho? Tuvo visiones cuando niño, deslumbró a sus maestros, derrotó en las discusiones a sus profesores cuando tenía doce años de edad, todas esas cosas. Nunca me preocupé mucho de ello. Lo único que me interesaba era cómo es ahora, sus hábitos, sus costumbres, cómo podría llegar hasta él.

—Entonces permítame que le cuente algunas cosas que quizá no sepa. Dorne nació judío. Sus padres no eran judíos, sino que se convirtieron inmediatamente antes de que él naciera. Eran rigurosos fundamentalistas que querían hacer en forma integral el camino hacia el Antiguo Testamento, porque consideraban que el Nuevo no era lo bastante ortodoxo para ellos. Cuando Dorne alcanzó la edad suficiente como para pensar por sí mismo, dejó todo eso de lado y se hizo cristiano. En cierto momento de su adolescencia fue transitoriamente budista, pero eso no duró; el budismo verdadero tiene poco que ofrecer a un hombre que desea el poder personal. Después dejó de lado las religiones en conjunto y estuvo involucrado con el comunismo. Muy involucrado. No le llevó mucho tiempo llegar a formar parte de la cúpula.

Esto duró algunos años y luego la corriente comenzó a fluir en la otra dirección. Dorne se unió con la oposición, delató a una cantidad de sus amigos y antes de mucho tiempo fue la mente directora del llamado «giro a la derecha» de la década de 1990. No hizo falta mucho para transformarlo luego en lo que tenemos ahora.

—Y lo tendremos para siempre, gracias a usted y a su Mark VII.

McHenry volvió a levantar la mano en actitud pacificadora.

—Es muy importante, es vital, para usted comprender lo que estamos tratando de decirle. Recuerde lo que le dije acerca del líder. Quisiera hacerle notar especialmente el ritmo de los cambios que ha ido sufriendo. Primero estos se producían cada semana. luego tomaron meses, por último, años.

—Y ahora —dijo el teniente— nunca más habrá otro cambio. Es demasiado viejo para cambiar.

—Bien. Muy bien —dijo el doctor McHenry con tono sorprendentemente cálido—, este es justamente el punto al que quería llevarlo. Ahora bien: Rachel.

Ella se acercó y, se apoyó sobre el brazo de uno de los grandes sillones; tenía el aspecto de un pájaro regordete. Nuevamente él se maravilló ante idea de que aquella legendaria figura pudiera pensar en hacer café para él, cuando ella dejó caer su bomba:

—Teniente, he encontrado la manera de hacer a un hombre inmortal — Se interrumpió un instante—. De veras. Impidiendo los accidentes, un hombre puede vivir eternamente.

El teniente cerró los ojos con cuidado y los volvió a abrir para mirar nuevamente a esta amable, regordeta, pequeñita mujer que estaba diciendo cosas acerca de las moléculas de ADN y ARN.

—Es difícil de realizar, pero fácil de comprender. Cada una de las células del organismo humano llevan en sí la pauta, el sello de lo que ese ser humano es. En un bebé recién nacido, estas pautas son nítidas y claras, pero a medida que nos hacemos mayores las líneas del sello se hacen más borrosas a medida que las células van siendo reemplazadas. Es lo mismo que hacer copias de una cinta grabada. Es posible obtener reproducciones hermosas por medio de un buen equipo, pero, no importa lo bueno que sea, cuando hay que hacer copias de copias, se pierde un poco cada vez. Esto es, en síntesis, el envejecimiento.

»Pero si uno dispone de la cinta original para hacer cada copia a partir de ella, es posible obtener un gran número de reproducciones casi perfectas. Del mismo modo, si se dispone de una muestra de tejidos de un niño recién nacido, y se la conserva durante, digamos, cuarenta años, se la puede utilizar como matriz para volver nítidas las líneas borrosas en las moléculas de ADN de la misma persona. Esto se hace a través del sistema linfático, impregnando los tejidos... pero, no importa, no tenemos por qué entrar en detalles técnicos. ¿Me creerá usted si le digo que estamos en condiciones de hacerlo?

—Le creo. —dijo. Tenía que decirlo.

McHenry volvió a abrir la gaveta y tomó otra hoja amarilla. Esto estaba comenzando a irritar al teniente. El doctor McHenry, hizo una seña a la muchacha, quien fue hacia él, dio un vistazo al papel, y luego se dirigió hacia el teniente. Cayó de rodillas ante él, le tomó ambas manos y lo miró profundamente a los ojos. Sosteniéndolo de tal modo, y eran sus ojos los que parecían hacer el mayor esfuerzo en ese sentido, le apretó las manos contra los brazos del sillón. Se oyó un débil «click», él miró hacia abajo, encontrando que sus muñecas, antebrazos y muslos estaban rodeados por una malla plateada y grisácea que oscilaba hacia arriba y hacia abajo contra el sillón.

—Todo va bien —dijo la muchacha antes de que él pudiera hablar—. Trate de relajarse. —Ella se incorporó y se alejó.

El teniente miró con disgusto sus miembros atrapados.

—Es ahora cuando comienza, supongo.

Tenía la esperanza de que su tono de disgusto ocultara su terror.

—No comienza nada —dijo el doctor McHenry—, es justamente el momento de decirle algo y no queremos que sufra usted daño.

Miró a su mujer, quien dijo pausadamente:

—Tenemos una muestra de los tejidos del líder Dorne, tomada cuando sólo tenía ocho días de edad. Hemos logrado reconstituir el ADN a partir de ella y preparar en forma sintética una cantidad suficiente como para impregnar todo su organismo. Vamos a transformarlo en un perfecto organismo autopropagante. Lo vamos a hacer inmortal.

El teniente dio un alarido y luchó contra sus ligaduras. Lo hizo una y otra vez. Comenzó a gritar algo con tal fuerza que era imposible comprender sus palabras. Fluyó saliva de su boca, se mordió la lengua, fluyó sangre. Las mujeres corrieron hacia él diciendo palabras tranquilizadoras sin sentido como si fuera un niño lastimado, secando su boca húmeda y sanguinolenta. Rachel McHenry le mojó las sienes y párpados con un paño empapado en algo fresco y medicinal. Por último se calmó lo suficiente como para utilizar palabras, si bien seguía gritando:

—¿No ven lo que han hecho? Nos han matado a todos y a toda la gente por venir. ¡Oh, los ejércitos, las fábricas y las granjas seguirán funcionando, con toda la gente en ellos, pero estarán todos muertos, toda la humanidad estará muerta porque no podrá crecer, no podrá cambiar! ¿Por qué no me dejaron solo? ¿Por qué no me dejaron matarlo? —Sollozó y volvió a gritar—: ¿Qué representa esto para ustedes? ¿No tienen suficientes medallas y premios? ¿Qué es lo que Dorne puede hacer por ustedes? —Entonces comenzó a insultarlos. Ellos lo dejaron. El doctor McHenry tomó otra hoja amarilla de la gaveta. Cuando la miró se sonrió. La extendió a la muchacha y las expresiones que se sucedieron en su rostro fueron un espectáculo digno de verse: sorpresa, risa y luego una exquisita onda de rubor. Volvió al sillón y se arrodilló ante el prisionero, en actitud expectante. Cuando él comenzó a calmarse, le preguntó con gentileza:

—¿Querría usted prestarme atención? —Tuvo que repetírselo antes que él pudiera oírlo. El se echó hacia atrás, furioso. Ella le dijo pacientemente—: Si lo dejo libre, ¿me escuchará usted?

El siguió absorto, y entonces ella suspiró y sacó de un bolsillo la insignia de cuero que había mostrado en el cuarto de piedra: el perfil del líder franqueado por las dos eses.

—Esta insignia no es real. La hicimos nosotros. ¿No se da usted cuenta? No estamos a favor de Dorne. Estamos a favor suyo. Usted, yo y todos nosotros queremos la misma cosa; queremos que se ponga fin a todo lo que Dorne ha hecho. —Arrojó la insignia por encima del hombro, como algo que se descarta.

El hombre la siguió con los ojos, y luego volvió a mirarla, aún indignado:

—¿Por qué cree que yo pertenecía a la SS? ¿Simplemente porque le mostré eso? ¿Qué otra cosa podía hacer? No pensará que era posible explicarle todo esto, en el estado en que se encontraba. Aunque hubiera podido ¿adónde hubiéramos llegado si me hubiera sido necesario traerlo apuntándole con una pistola? Nos hubieran apresado a los

dos. No había otro remedio que dejarlo que saliera solo, bajo la creencia de estar vigilado. Y eso sólo sucedería si usted se creía perseguido por la SS. ¿Se da cuenta de que no tenía otra forma de actuar? — Ahora le estaba suplicando, y mientras su mente confusa se veía cercada por la furia, ella se llevó las manos a la cabeza y se soltó el cabello. Este cayó como una cascada sobre sus hombros, su espalda, su busto, una masa de cabello cobrizo como él no había visto antes en toda su vida—. ¿Puedo dejarlo en libertad ahora, me escuchara? Por favor.

Asintió. Ella tocó otro control y las ligaduras desaparecieron.

—Tal vez ahora acepte usted esa taza de café — dijo Rachel McHenry. Y todos rieron, no con entusiasmo, pero de forma que limpió el aire.

McHenry rodeó el sillón, llevaba uno de sus papeles amarillos.

—Piense entonces, piense. Recuerde lo que le dije acerca de la forma de actuar de Dorne. Ha cambiado una religión por otra, luego se metió en la política, y también cambió de aquí para allá. Buscaba respuestas, buscaba un sistema que pudiera venirle bien, no lo halló, así que se construyó uno, pero evidentemente la pauta de este hombre es el cambio. Claro está que esos cambios se realizan cada vez más lentamente a medida que va pasando el tiempo, si se considera que su vida durará lo que es normal, el fin lo alcanzará antes de que pueda dar otro giro. Si muere ahora, no habrá más cambios. El también tiene computadoras, y las ha programado. Ya no se limitará a dar él las órdenes; la computadora será la que maneje toda la estructura. Y entonces eso significará la muerte para nosotros. La vida es crecimiento y cambio, y una sociedad que no crece ni cambia está muerta, así como todos los que la componen.

»Le hemos dado a Dorne vida ilimitada, y puesto que es como es, cambiará hasta esto que hizo. No va poder dejar de ser lo que es. Es Dorne, esa es su forma de actuar. También es necesario agregar que tiene más poder para producir los cambios que cualquier otro.

»Pero esto depende de que sea inmortal. No puede ser inmortal, sin embargo, si usted anda por allí en libertad, decidido a matarlo. ¿Me comprende ahora?»

El teniente miró lentamente a todos, y sus ojos se fijaron finalmente en el cabello de la muchacha.

—Ha encontrado algo por qué vivir —murmuró Rachel McHenry.

El muchacho se levantó del sillón se desplazó lentamente hacia donde estaba la joven. Casi como un sonámbulo levantó dulcemente la mano y le tocó el cabello. La mano se retiró luego. Se estremeció, y finalmente le dijo a Rachel:

—Tal vez me fuera posible... Tal vez me fuera posible...

Nadie terminó la frase por él, pero sonrieron. El teniente se cubrió el rostro con las manos durante unos instantes, y luego, al retirarlas, se dio cuenta de que podía sonreír.

—Me han estado trayendo y llevando como si fuera una pelota de ping-pong —dijo, algo débilmente—. Nunca me había sentido tan indefenso en toda mi vida. Realmente, ustedes son algo serio.

—No, nosotros no —dijo el doctor McHenry, sonriendo—. Pero nuestro amigo sí. — Estaba señalando el usado escritorio y el teniente comprendió que, después de todo, una Mark VII podía hacerse pasar por un escritorio usado—. No nos halague más de lo que merecemos. Mire.

Vio que en las hojas amarillas había unas frases recientemente mecanografiadas: Si matar a Dorne es una convicción, consérvenlo vivo. Si se torna una obsesión, mátenlo.

—Las convicciones se rinden a las razones —dijo gentilmente McHenry—. Las obsesiones no. Casi sucede algo terrible.

El teniente miró la masa de cabello cobrizo y dijo:

—Bueno, no era una obsesión.

Nunca nadie le contó que VII le había dado instrucciones a la muchacha para que se lo soltara, puesto que había controlado de cerca todo lo que se dijo en aquel cuarto.

Tampoco nadie le explicó por qué a él no se le ocurrió preguntar, la razón por la cual los padres fundamentalistas son capaces de preservar todos los trozos de carne que se extraigan de ellos o de sus hijos, puesto que creen que se reunirán con ellos el día del juicio final. Lo creen literalmente.

De esta forma la humanidad venció a la muerte y conquistó al tiempo, ganando las estrellas.

SUICIDIO

Boyle... saltó. Lo hizo. Lo hizo genuina, verdaderamente. Dicen que cuando llega el fin, no importa cuán rápido sea éste, hay suficiente tiempo para que toda nuestra vida pase frente a nuestros ojos. Esto no es estrictamente verdad, porque tal cosa requeriría largo tiempo. Pero diremos que sí hay tiempo suficiente como para muchas cosas. Sin embargo, Boyle descubrió tal como otros lo habían hecho antes que él, que uno es capaz de visualizar cuadros de su vida, todos desordenados, así como sonidos, voces que dicen una o dos palabras, que ríen o que gritan, y que un grito puede volver a uno a pesar de los años transcurridos, significando ahora lo que quiso decir el que gritó, y no lo que uno siempre creyó. En tales momentos, uno es capaz de comprender todo. Algunas de las imágenes y de los sonidos eran aparentemente triviales: la tía Edith diciendo:

"Por favor, pásame la sal" y la forma en que Hank siempre llevaba un calcetín bajo y el otro alto cuando eran niños. Cosas así.

Luego estaba el revivir los momentos que no fueron triviales, como la vez que tenía que ir a Scranton y Kay dijo, súbitamente: "No vayas" y sabía que ella iba a acostarse con otro y quería que estuviera afuera esa noche, pero de todas formas lo dijo, y a pesar de todo se fue a Scranton. Y a Kreiger diciendo. "Boyle, usted y yo sabemos que va a ser más feliz en otra cosa", lo que quería decir Fuera, no me importan los años de tus sueños y tu lealtad, ni tu trabajo, ni la puerta del escritorio, con letras de opalina.

Saltó.

Saltó, y sintió terror, porque siempre lo hay cuando se cae y cuando es de noche. Indudablemente, lo lamentaba, estaba allí el si-lo-tuviera-que-hacer-otra-vez-sería-diferente. Lo esperaba, y se le ocurrieron un par de ideas nuevas. Hay que ir a verlo con decisión y decirle... le voy a demostrar a ella que... mejor pedir un préstamo... cosas como esas; y dando vueltas y vueltas una especie de insano orgullo: lo hice. Boyle no había fallado. Aseguró que lo haría, y lo había hecho. Esperaba que ahora todos esos sinvergüenzas hubieran aprendido la lección.

Hasta allí llegó cuando algo en la oscuridad se enganchó en su tobillo y lo hizo dar vuelta. El viento era diferente cuando lo sintió zumbar en su cara y se halló, incrédulamente, mirando a las estrellas, con el enorme bulto de la montaña que borraba la tercera parte del cielo. Entonces las luces (diez mil luces en el valle que estaba debajo de su cabeza, un millón de luces en el cielo bajo sus pies) fueron eclipsadas por diez millones más que había en su cabeza, mientras el dolor desesperante de las innumerables lastimaduras amenazaba transformarse en una agonía si llegaba a vivir suficientemente, cosa que no iba a suceder.

Entonces las luces se apagaron.

—No se suelte. Por favor, no se suelte. —La voz era suave, clara y cercana. Abrió los ojos y pudo ver la silueta de la cabeza de la muchacha, al inclinarse sobre el precipicio. Hasta creía que era capaz de sentir el agitarse de los cabellos de ella contra su sien, el compás de la respiración. Entonces parpadeó, y vio que no era la cabeza de ella, ni la cabeza de nadie, sino simplemente el bulto de la montaña contra el cielo. Por un

momento de locura pensó que podía estar cayendo aún, pero las raspaduras en la mejilla le hicieron sentir que no era así. No se sienten las mordeduras de los guijarros ni la caída de la tierra suelta en la cara, si se está cayendo por el aire. Sacudió la cabeza para aclararse las ideas, y sintió que todo el cuerpo se deslizaba. Fueron realmente unos pocos centímetros, pero lo suficiente como para mandar un mensaje de intolerable dolor que partía de su pierna derecha, y para recoger tierra y guijarros en el cuello de la camisa. Todavía arriba era abajo para él. Con precaución miró sobre la cabeza y vio luces... ¿estrellas? No, porque seguían un esquema regular. Eran iguales a las luces del valle. Eran las luces del valle.

Se hallaba en una grieta de la montaña, apoyado precariamente de espaldas, con la cabeza hacia abajo, y el lugar donde descansaba estaba peligrosamente inclinado. Miró otra vez las estrellas, y volvió a deslizarse unos centímetros. Súbitamente comprendió con terror que si seguía retorciéndose y desliziéndose iba a caer, puesto que el precario sostén no lo aguantaría.

Lenta y cuidadosamente trató de determinar dónde estaban sus manos. Una se hallaba apoyada en tierra, a su lado, la otra cruzando su estómago. La levantó y la puso también sobre el suelo. Con la mano izquierda sólo pudo hallar guijarros sueltos y tierra, que se deslizaban al mover los dedos y se perdían en alguna parte dentro del espacio negro que había más allá de su cabeza. No muy lejos, sin embargo. La mano derecha descansaba sobre algo que parecía un trozo de roca más sólida. Con cuidado, sin atreverse a volver la cabeza para mirar y sabiendo que de todos modos estaba demasiado oscuro para hacerlo, la exploró con la punta de los dedos.

Había un borde, es más, había una hendidura de dos o tres centímetros de ancho. No pudo descubrir cuán larga era ni cuán profunda. Deslizó sus dedos en ella y la sensación fue maravillosa. Dejó de moverse por un rato y se concedió el placer de dicha sensación. Había sentido algo parecido una vez, cuando se compró el primer auto nuevo. Es mía, me pertenece. Permitted que la punta de sus dedos penetrara dentro y volviera a deslizarse fuera de la grieta, en forma muy similar a como había pasado sus orgullosas manos sobre los relucientes tapizado y paragolpes. Qué maravilloso era poseer una grieta en una roca.

Trató de encontrar un apoyo para sus talones para poder elevarse un poco, pero no había otra cosa que polvo y guijarros sueltos y una explosión de dolor que se produjo en su pierna derecha. Y todo su cuerpo le dijo que estaba a punto de volver a deslizarse hacia aquel reborde, hacia abajo (arriba), más allá de su cabeza.

Introdujo lo más profundamente que pudo en la grieta los dedos de su mano derecha y dejó de pensar. En ese momento comenzó el miedo y éste no le permitiría pensar. El miedo surgió, lo inundó y lo debilitó, abandonando fragmentos de él en una y otra parte de su alma como charcos dejados por la marca. Sabía que se producirían nuevas oleadas. El miedo obnubila el cerebro, el miedo puede debilitar, puede paralizar los dedos, puede hacerlos deslizar fuera de esa preciosa grieta de la roca que es la única posesión restante en ese pedregoso y deslizante universo cabeza abajo.

Apretó los dientes hasta que le dolieron. Era un dolor diferente de los otros dolores que lo atormentaban y atravesaban, porque era un dolor que él mismo se producía y que él mismo podía interrumpir. Esto puede parecer una cosa sin importancia, pero no lo es. Cuando un hombre indefenso comprueba que es capaz de hacer algo, cualquier cosa, deja de ser indefenso aunque lo que haga no tenga ninguna utilidad. Fue algo extraño lo que comenzó a hacer. Comenzó a apretar y aflojar las mandíbulas y comprobó que esto era como una bomba que lo vaciaba de miedo. Sabía que nunca podría suprimirlo totalmente, hasta la última gota, pero no lo necesitaba; todo lo que deseaba era liberarse lo bastante como para poder pensar otra vez.

Lentamente, cruzó su mano izquierda sobre su cuerpo y la llevó lo más lejos que pudo en dirección a la derecha. Una mano encontró la otra y las tensas puntas de los dedos exploraron el terreno cerca de ella. La grieta estaba llena de polvo seco y cavó

laboriosamente para eliminarlo. El esfuerzo aumentó la presión de todo su cuerpo para deslizarse y la roca bajo su mano derecha comenzó a hacer presión. Súbitamente tomó conciencia de que su mano derecha se cansaría, que simplemente se saldría de la grieta, si tal presión se hiciera demasiado grande o durara un tiempo excesivo. Introdujo los dedos de la mano izquierda en la grieta, lo más profundamente que pudo. Para lograrlo, debió rotar ligeramente su cuerpo y todos sus planes de moverse despacio y con cuidado se evaporaron en otra gran oleada de terror cuando su cuerpo comenzó a deslizarse. Se semiincorporó e hizo una serie de esfuerzos para introducir las manos, una junto a otra, dentro de la grieta. Su cuerpo giró alrededor de las manos como si fueran un pivote y alrededor hubo una pequeña cascada de rocas sueltas que terminó en un terrible silencio en un punto situado verticalmente debajo de él, cuando cayeron hacia el espacio negro. Cuando cesó por fin todo movimiento, se encontró acostado sobre el vientre con ambas manos profundamente introducidas en la grieta y no pudo ver nada más. Pero por lo menos tenía la cabeza hacia arriba y esto pareció ser de ayuda para él.

Inspiró profundamente en busca de aire y escupió polvo. Se quedó acostado y jadeante hasta que le dolió un poco menos al respirar, cosa que inmediatamente lamentó, porque la relativa relajación le permitió captar otras sensaciones. La que sobrepasó a todas las otras, como un disparo sobre un murmullo, fue la proveniente de su pierna derecha. No podía sentir, respecto a ella, otra cosa que una constante sensación de agonía. Algo sumamente horrible debía haberle pasado a esa pierna.

La otra parecía encontrarse bien. La movió un poco. Pudo sentir la rodilla apretándose contra la montaña, y la pierna, pero nada por debajo de ésta. Movié el pie. No sintió nada con él y luego tomó conciencia, con terrible claridad, de que sus dos pies se proyectaban por sobre el borde del precipicio.

Esta comprobación dio origen a una nueva y gigantesca oleada de miedo. Aplicó entonces lo que había aprendido acerca de ello: cuando el terror se aproxima a uno, hay que ponerse firme y dejarlo pasar. No hay que dejarse apabullar, no hay que escapar. En un segundo, o en un minuto, o quizá en una eternidad, el miedo pasará. Aun si penetra a través de uno, tarde o temprano se comprueba que es posible pensar otra vez.

Volvió a asirse con fuerza con ambas manos y tiró. Su cuerpo se deslizó dolorosamente alrededor de un centímetro y oyó el comienzo de aquel suave crujido producido por los guijarros y el polvo que comenzaban a deslizarse alrededor. Bueno, cáiganse si quieren, les dijo con furia, a mí no va a pasarme. Tomó el otro camino, fue hacia arriba. No mucho, no rápidamente y por cierto, no con facilidad.

Al levantar los pies por encima del borde, sufrió un amargo dolor y recibió también una espléndida recompensa. Lo que sintió en la pierna derecha cuando el pie tocó la pendiente y giró, sobrepasó cualquier otra sensación dolorosa que hubiera tenido en su vida, y se refugió debajo de esta sensación rogando que no lo hiciera debilitarse y soltar las manos. Pero el dedo gordo de su pie izquierdo, explorando a la manera de un animal ciego, encontró una pequeña saliente y acudió al rescate como un regimiento de caballería en una película de indios y vaqueros ¡ta-taaa! ayudando a sus crujientes dedos a movilizarlo hacia arriba.

El momento en que sus labios llegaron a la altura de sus manos, fue uno de los más gloriosos que jamás hubiera vivido. Llevado por un impulso que nunca podría explicar estalló en una breve y áspera carcajada e introdujo la lengua en la grieta rocosa, entre sus manos. Luego se quedó quieto, semiatontado y semisonriente, hasta que llegó el momento de volver a moverse.

Ahora el traccionar se había transformado en empujar, ya que ejercía presión sobre la grieta por debajo de su cuerpo, más allá del tórax, más allá del vientre. Cuando sus manos llegaron a estar completamente extendidas hacia abajo volvió a descansar y comenzó a mover la pierna izquierda. No se atrevía aún a incorporarse sobre las rodillas y

debía llevar la pierna hacia afuera y a un lado hasta que su cadera casi le imploró que se detuviera, pero no lo hizo.

A regañadientes, la pierna izquierda comenzó a hacerse cargo de la situación, y cuanto más la estiraba más capaz se volvía. Se deslizó hacia arriba. Se atrevió a desplazarse hacia adelante y encontró unas pocas briznas de hierba, que no eran de ninguna ayuda por sí mismas pero cuyas raíces constituían un firme apoyo. Las percibió al moverse, de modo que las tomó con mucha facilidad. Puso ambas manos en ellas y su pie izquierdo expresó un caluroso "adiós y gracias" a la grieta de la roca, desplazándose nuevamente hacia arriba.

La pendiente era algo menor aquí y encontró posible mover la rodilla directamente hacia arriba en vez de hacerlo lateralmente como antes; era todo un lujo y una sofisticación el poder hacerlo así. Su pierna derecha constituía una tortura. Apretó los dientes para combatirla; se dijo a sí mismo: no tengo más que decir basta, para que desaparezca. Por supuesto que es imposible hacer desaparecer de un momento a otro el dolor de una pierna rota. Uno actúa como si fuera así, como si el dolor se hubiera ido. Y entonces, de alguna manera, resulta posible moverse.

La pendiente era ahora todavía menor. Dejó de mirar hacia arriba. Debía encontrarse aproximadamente en el sitio en que se golpeó y deslizó después de haber saltado. No podía ver muy bien, ya que sólo había la luz de las estrellas y un mínimo resplandor de las luces del valle, pero la roca por encima de él se irguió como una imposible pared uniforme y el reborde casi horizontal en que se encontraba no era muy ancho, quizá cuatro o seis metros.

Se arrastró hasta la base de la roca y se volvió con mucho cuidado, levantando la pierna rota con ambas manos, dejándose luego caer con la espalda contra la roca.

Estaba tan cansado y perturbado y con tanto dolor, que las luces distantes le parecían oscurecerse y girar; y hasta el simple acto de sentarse, de sentarse de verdad y apoyarse contra algo, le hizo sentirse favorecido hasta el punto del lujo.

Luego todo desapareció en un negro y confortable sueño, antes de que pudiera aclararlo en su mente.

Cuando despertó, se encontraba en medio de las grises sugerencias del lejano amanecer. Por un momento miró a derecha e izquierda y a través del valle, con vértigo, tan lejos, esas luces tan lejos allá abajo. Luego la memoria lo retrotrajo a los minutos ¿u horas? en que había estado con la cabeza hacia abajo y una mano en una grieta, y miró alrededor, se vio apoyado contra la roca, y casi sonrió.

Hizo movimientos hacia atrás y adelante para hacer circular la sangre en caderas y piernas, y luego hizo presión y se incorporó algo, luchando contra el dolor. Descansó un momento, de pie, luego se abrió los pantalones y orinó. No hizo esfuerzo, sólo dejó que ocurriera. Había algo maravilloso en el sonido que producía y en el suave, cálido y familiar olor acre. No se trataba de que algo estuviera saliendo de su cuerpo, sino de que estaba sucediendo algo vivo y que era importante justamente por eso.

Cuando terminó, subió el cierre automático y miró a derecha e izquierda. El agua de lluvia había cavado, al caer, un hueco anguloso en dirección al reborde en que se encontraba. No era suave, ni amplio ni tampoco especialmente seguro, ya que en parte tenía más el aspecto de tierra suelta y deslizante que de roca, y era muy empinado.

Comenzó a trepar por él.

Trepó durante unas cinco horas. Su extensión era de sólo veinte metros. Una vez debió detenerse para fabricarse un camino, un camino de guijarros y extremos de raíces incluyendo una o dos rocas, cualquier cosa que pudiera alcanzar y acumular, dos veces se desmayó cuando la tierra se deslizó bajo sus pies y debió saltar para salvarse, retorciendo su pierna herida.

Y durante la cuarta y quinta hora algo extraño le ocurrió a Boyle. Comenzó a apurarse.

Fue el apuro el responsable del segundo de esos desmayos. y al recuperarse debió quedarse un rato quieto y pensar en ello y preguntarse por qué se había apresurado, ya que no había ninguna razón para ello y no era realmente adecuado avanzar con apuro, ¿verdad?

La única conclusión a que pudo llegar fue que deseaba alcanzar la cima antes de que nadie pudiera venir a ayudarlo. No comprendió esto, de modo que lo quitó de su mente, pero dejó de esforzarse tan intensamente.

Pero cuando alcanzó la cima, no pudo seguir adelante. No había forma de hacerlo. La pequeña y excavada hendidura que a veces estaba allí y a veces no, a veces era de roca y a veces de tierra; terminaba en una estrecha grieta por debajo de una saliente.

Boyle se sentó bajo la saliente y observó el valle. Era de día ahora y, con pocas excepciones, las luces estaban apagadas. El sol todavía no se había levantado, pero el distante horizonte era negro y nítido y el cielo por sobre él había cambiado su color de gris a perla y comenzaba a mostrar un ligero tono rosado. Miró la parte inferior de la saliente y súbitamente comenzó a enfurecerse.

Entre los fragmentos que había alrededor, encontró una piedra estrecha, plana y puntiaguda, de unos cuarenta y cinco centímetros de largo. La tomó, la levantó y comenzó a cavar la saliente. Cavó hacia adentro y hacia arriba y la tierra se desprendió y cayó precipitándose con ruido hacia abajo y cavó algo más. Tardó muy poco en aprender cuanto podría cavar antes de que se produjera la caída de fragmentos. Descubrió algunas raíces y cavó alrededor hasta que dejaron de ser hilos y cuerdas para transformarse en varas y ramas blanquecinas, algo de que sostenerse mientras cavaba más y más profundamente. Los brazos, la espalda y la pierna izquierda, que sostenía todo su peso, comenzaron a dolerle, era algo que hacía frente al dolor de su pierna derecha rota. Parecía haber aceptado una especie de desafío para ver si podía lograr que el resto de su cuerpo le doliera tanto como esta pierna. Cavó una especie de cueva en la roca, sabiendo perfectamente bien que si llegaba hasta un punto suficiente, era más que probable que el todo cayera sobre él y lo arrastrara hasta el valle; pero no temía los riesgos y no abandonaría.

Por centésima vez miró hacia arriba para cavar el material blando por sobre su cabeza y cuando ocurrió casi no se dio cuenta de lo que pasaba, de que el techo sobre él se había vuelto bruscamente más bajo. Realmente se movía cuando dejó caer su herramienta de piedra y aferró unas raíces con ambas manos, retorciéndolas sobre sus muñecas y colgándose de ellas con todas sus fuerzas.

En forma casi silenciosa la saliente se derrumbó y durante un negro y estremecedor momento estuvo totalmente seguro de que se había enterrado a sí mismo. Luego el crujiente peso se deslizó y oyó el ruido de tierra y rocas que caían, y agitó su cabeza, que estaba libre, y abrió los ojos.

No había más saliente. Donde el canal de la lluvia comenzaba, antes en una estrecha hendidura, ahora había una amplia en forma de V, que bajaba desde la cima en una pendiente natural muy pronunciada, y estaba llena de raíces. Se introdujo en ella, con manos como garras se abrió camino hacia la cima y avanzó (con una especie de alegría) diez metros más en sentido horizontal, antes de desmayarse.

Se quedó tirado durante un largo tiempo. Sin siquiera tratar de pensar. Luego, por último, rodó sobre sí mismo manejando su pierna rota como si fuera la frágil posesión de algún otro, y se sentó mirando a través del valle hacia el borde del sol que se abría camino desde detrás de las montañas. Todo lo que esto le sugirió fue que se trataba de un nuevo día y que no tenía por qué pensar mucho en ello.

En lo que sí pensó, mientras estaba allí sentado, en su nuevo día, esperando que alguien pasara, fue en las dos preguntas que no se había hecho, ni por un segundo, durante todas estas terribles horas.

¿Por qué había saltado? ¿Por qué había trepado?

Allí sentado, mirando la salida del sol, comprendía que esto era todo lo que necesitaba para responder a la segunda.

Y, con respecto a la primera, ya no importaba. ¿De acuerdo? se preguntó a sí mismo. "De acuerdo". Se respondió.

FIN